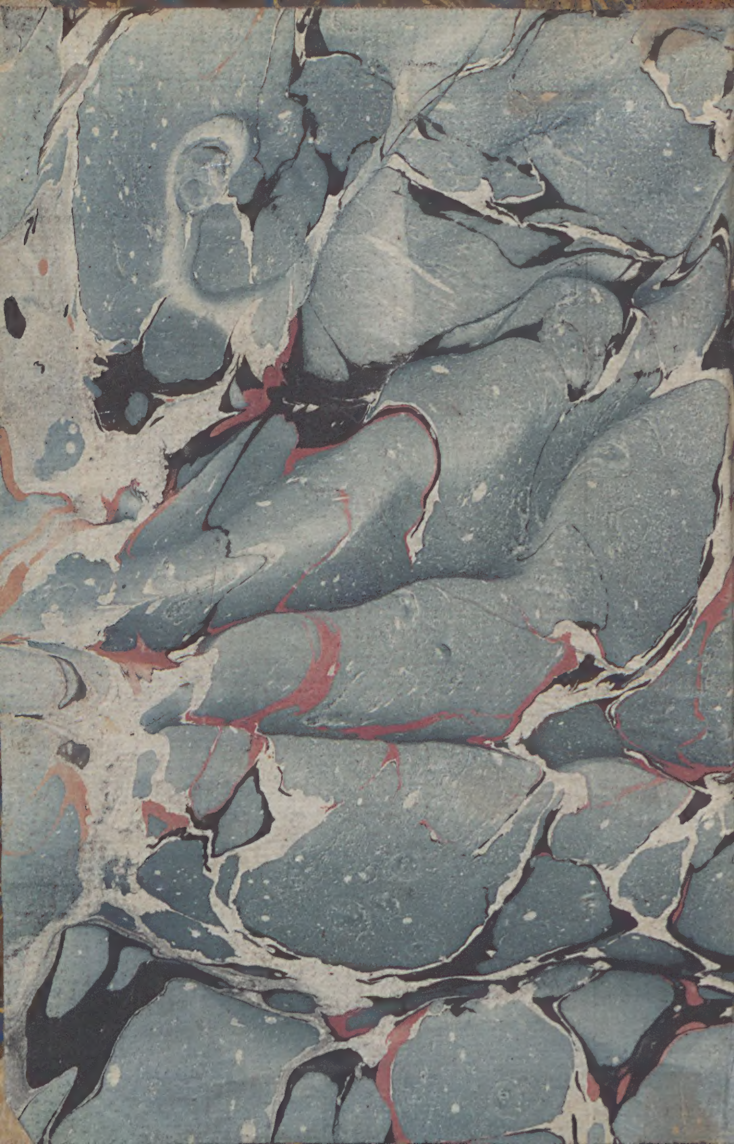






Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XX.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA.

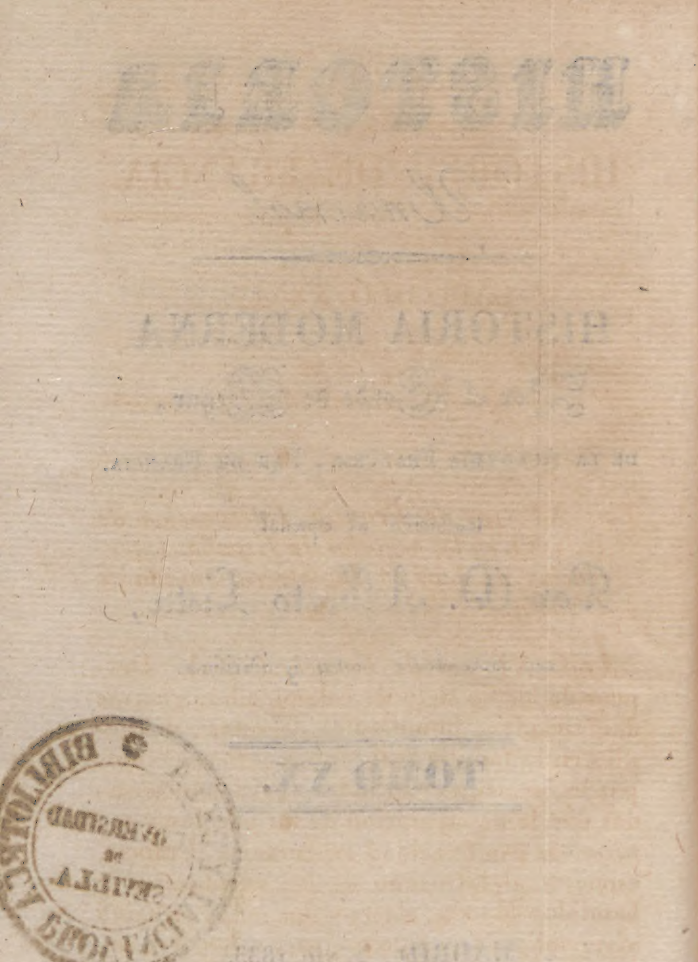
traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO XX.

MADRID, JUNIO 1833.
Imprenta de DON TOMÁS JORDAN,
calle de Toledo, frente á la del Burro.



HISTORIA DE FRANCIA.

CAPITULO XXXIV.

Principios del reinado de Luis once.

Luis XI, rey de Francia. Intervencion de Luis XI en los negocios de España. Intervencion de Luis en Inglaterra: batalla de Exham.

Luis XI, *rey de Francia* (1461). Despues de medio siglo de calamidades, guerras desgraciadas, humillantes derrotas, discordias en la familia real, asesinatos cometidos por los príncipes y grandes, sediciones causadas por la desesperacion de los pueblos y reprimidas con ferocidad sanguinaria, Francia, espuesta al latrocinio de los aventureros y bandidos de todas clases y naciones, se habia visto obligada por una reina sin pudor á sufrir el yugo estrangero y colocar un usurpador inglés en el trono de san Luis: pero recobrando pronto en sus infortunios nueva ener-

gía, y adquiriendo nuevo temple, digásmoslo así, por el esceso mismo de su infelicidad, vió suceder á tantos desastres una brillante época de entusiasmo, triunfos, gloria y prosperidad. En el reinado de Cárlos el victorioso se renovó casi su poblacion con ciudadanos valientes, magistrados íntegros, ministros ilustrados y hábiles capitanes. El amor de la patria y el odio de los estranjeros habian formado muchos héroes: y desde el seno de una aldea ignorada salió una doncella entusiasta y belicosa, alentó las esperanzas casi muertas de los guerreros, llevó el terror á las legiones enemigas, y volvió á colocar la diadema real en la frente del heredero legítimo del trono. El estranjero desapareció del suelo de Francia. Un gobierno sabio, y fuerte por el amor que inspiraba, libertó el reino de las cuadrillas de aventureros que lo infestaban desde tan largo tiempo. Sacerdotes, magistrados, guerreros, nobles, plebeyos, todos, enseñados por una funesta esperiencia, conociendo los tristes efectos de las disensiones, las venganzas y la anarquía, deseaban unánimemente la justicia y la fuerza del gobierno. Uniéronse al rededor del trono que los defendia: y los tres órdenes de la nacion dieron de comun acuerdo el poder mas estenso al gefe del estado. Todos, sacrificando al interés público los antiguos derechos y pretensiones, se sometieron á las contribuciones que impuso el rey. Así se organizaron tropas regladas, y

se revisaron en el parlamento las costumbres señoriales. Desaparecieron las milicias de feudo: se quitaron las armas á los pueblos: cesó el latrocinio que esterilizaba los campos; la agricultura volvió á florecer: el comercio recobró su actividad y las leyes su imperio. Los sacrificios hechos al órden y á la autoridad real, fueron hijos del entusiasmo: el amor del pueblo, justificado por la lealtad del príncipe, no permitia á la política temer los inconvenientes de las concesiones, cuyos buenos efectos se gozaban entonces y no se preveian los abusos. Francia feliz y triunfante, tranquila en el interior, respetada de los estranjeros, no tenia nada que turbase su ventura sino un nublado, pequeño á la verdad, pero que parecia, presentándose en el horizonte, anunciar tempestades. El hijo de Cárlos VII, jóven y valiente, pero turbulento como un aventurero, sombrío y suspicaz como un viejo, inquieto y artero como un usurpador, rebelde á las órdenes de su padre y á las leyes del estado, ostinado en su voluntad, pérfido con sus amigos, implacable con los que aborrecia, habia perturbado muchas veces la tranquilidad pública, tremolado el estandarte de la rebelion, fatigado la paciencia paternal, y desterrádose á sí mismo para libertarse del rigoroso castigo que merecia. La conducta de este hijo ingrato llenó de amargura la vejez de Cárlos; porque temió este rey, sin duda infundadamente, ser víctima de un parricidio. Desgra-

ciado él solo en medio de su pueblo que le debia la libertad, la gloria y la ventura, terminó su vida abreviándola por el hambre para evitar que la acabase el veneno. Cuando Francia supo que habia muerto y que su hijo ascendia al trono, pareció sumergida en aquel pasmo melancólico que produce en la naturaleza la aparicion de un fenómeno espantoso. Nadie podia prever con certidumbre los males que produciria el reinado del príncipe: pero todos los ánimos estaban poseidos de un terror vago. La Francia, que desde el tiempo de Hugo Capeto en una serie tan larga de reyes no habia contado ningun tirano, comenzó á temer que tendria uno: el suceso justificó sus temores, y Luis XI lo fue.

Estaba en Genappe, villa del Brabante, cuando supo la muerte de su padre el 23 de julio de 1461. Habia manifestado en muchas ocasiones su odio al autor de sus dias: y así dicen varios historiadores que mostró alegría indecente al recibir la noticia. Pero como este hecho no está probado, es mas verosímil lo que dicen otros escritores, y es que aquel príncipe disimulado supo ocultar la satisfaccion que quizá sentia en su ánimo.

Pasó á Maubeuge, y el primer acto de su autoridad fue escribir á los gobernadores de provincia mandándoles que le remitiesen por escrito el juramento de fidelidad, y que encargasen á las ciudades principales que cada una eligiese dos diputados y que estos viniesen á la corte. Temia

que no se reconociesen sus derechos, así como él no habia respetado los de su padre: y así suplicó al duque de Borgoña que pasase á verse con él en Avesnes. Como sospechaba que Cárlos VII habia tomado disposiciones para alejarle del trono, invocó la proteccion del príncipe que le habia dado asilo, y queria volver á su patria rodeado de tropas estranjeras y con el aparato amenazador de un enemigo. El duque de Borgoña condescendió á sus deseos, y le dió un ejército, que segun algunos escritores, ascendía á cerca de 100000 hombres. Entonces temió Luis el gran número de sus defensores. Pero al mismo tiempo acudieron á rendirle homenáge muchos príncipes, señores, generales, ministros y magistrados; y así sus primeros temores se desvanecieron, y sus recelos se fijaron en el príncipe poderoso, que aunque habia sido su protector, no era ya á sus ojos sino un vasallo formidable. Luis, que de nadie fiaba, porque sabia que nadie podia fiar de él, para evitar los peligros de la imprudencia y de la ingratitud, representó á Felipe de Borgoña, que los franceses le verian con disgusto entrar acompañado de tanta gente de guerra; y que así le suplicaba que despidiese la mayor parte de aquel ejército, y solo pusiese á sus órdenes para que le acompañase, un cuerpo escogido de caballeros y de hombres de armas. Felipe el bueno condescendió tambien á esta peticion, y acompañó á Luis hasta Reims con solo una escolta de 4000 caballeros.

El rey, antes de partir, recibió en Avesnes una diputacion del parlamento de París, presidida por el célebre Juvenal de los Ursinos, arzobispo de Reims: y en esta primera solemnidad manifestó su aversion á los hombres que habian merecido la confianza de su padre. Interrumpió al venerable orador cuando comenzaba, y le encargó que fuese breve. Luis mandó celebrar en la iglesia de Avesnes las exequias de su padre, y asistió á ellas de luto, pero al dia siguiente lo dejó: accion que fue generalmente censurada. El continuador de Monstrelet la disculpa, diciendo que como en Francia no muere el rey, era necesario que Luis se vistiese de color de púrpura que era el de su dignidad.

El rey fue consagrado en Reims con la pompa acostumbrada. Prodigó al duque de Borgoña favores, que anunciaban su próxima ingratitud. No quiso que se recibiesen órdenes sino de Felipe: mandó que el arzobispo le entregase las llaves á la puerta de la ciudad, y en fin declaró que á la proteccion de aquel vasallo debia Francia la conservacion de su rey. El duque de Borgoña fue el único par lego que asistió á la consagracion: los otros cinco fueron representados por el duque de Borbon, y los condes de Angulema, Nevers, Eu y Vendoma. El bastardo de Armagnac, nombrado en el mismo año conde de Cominges, llevó la espada de condestable, vacante desde la muerte de Richemont que la

conservó toda su vida aun despues de ser duque de Bretaña. Antonio de Croy, gran maestre de la guardia del rey, suplió el puesto de Chabannes, conde de Dammartin, que no se atrevia á presentarse á Luis, su enemigo personal. El famoso Pothon de Xaintralles, demasiado anciano para concurrir á Reims, fue tambien sostituido por el gran maestre. Al fin de la ceremonia sorprendió el rey á todos los circunstantes, sacando la espada y suplicando al duque de Borgoña que le armase caballero. En vano alegó Felipe que los reyes eran caballeros desde que recibian el bautismo: Luis insistió, y el duque dió el orden de caballería á él, á los hijos de Antonio de Croy, á los señores de Beaujeu y de Borbon y al tesorero Juan Bureau, de estraccion plebeya, pero ilustre por los servicios que habia hecho al estado, como artillero, y como el mejor ingeniero de su siglo. Despues armó el rey caballeros á 117 señores, y comió con los doce pares.

El duque de Borgoña, que conocia muy bien á su antiguo protegido y monarca actual, esperó sin embargo que venceria sus pasiones y gobernaria con moderacion por su interés propio: y antes de volverse á sus estados, usando del derecho que le daban su edad, su poderío y sus servicios, le pidió que olvidase sus resentimientos y calmase las inquietudes de sus vasallos conservando en sus destinos y dignidades á los que habian con su prudencia y

valor contribuido á restituir la corona á su padre. "No debeis acusarlos, le decia, porque ejecutaron contra vos las órdenes rigurosas del rey difunto. La fidelidad con que le sirvieron es una prenda de la que tendrán con su nuevo monarca: perseguirlos por ella seria confundir el crimen con la virtud. Ademas, vuestra autoridad no está consolidada todavía: y el clero y los grandes no han consentido en los progresos del poder regio, sino con la promesa de tener parte en las dignidades y empleos. Conservad pues, á los consejeros que han trabajado tanto en estender los límites de la prerogativa de la corona, y olvidad vuestras injurias personales." Luis, que olvidaba facilmente los beneficios, pero jamas las injurias, disgustado del consejero tanto como del consejo, le oyó con frialdad, pero con deferencia: y le prometió conceder una amnistía, de la que solo se esceptuasen cinco personas, que no quiso decirle quiénes eran. El duque no se dejó engañar; y hablando de Luis algun tiempo despues á un agente secreto de Dammartin, le dijo: "Este hombre no reinará mucho tiempo en paz."

Felipe el Bueno, que por vengar el asesinato de su padre humilló á Cárlos VII estipulando en el tratado de Arras que durante su vida no prestaria homenage ni á él ni á sus sucesores por el ducado de Borgoña, contento con esta declaracion y con haber sido el protector de Luis, atendiendo á la magestad

de la familia real, á la cual él mismo pertenecia, prestó homenage voluntariamente al rey el 17 de agosto, sin que se le hubiese hecho la menor insinuacion sobre esta materia. La fórmula del juramento fue como sigue: "Mi señor muy temido: os hago homenage ahora del ducado de Borgoña, de los condados de Flandes y Artois, y de todos los dominios que tengo de la noble corona de Francia, y os tengo por señor y como á tal os prometo obediencia y servicio, y no solamente de las tierras que tengo de vos, sino tambien de las que no tengo de vos, y de todos los señores y hombres nobles y gentes de guerra y demas que hay en ellas y que yo pueda alistar; las pongo á vuestro servicio con mi propia persona, mientras viva, y todo lo que yo tenga de oro y plata."

Concluido el acto de la consagracion, partió el rey á París. El duque de Borgoña, que le habia precedido, salió de esta capital para recibirle. Hechas en san Dionis las exequias á Cárlos VII, Luis entró solemnemente en la corte. Felipe, cuyo defecto era la magnificencia, onerosa siempre á los pueblos, porque siempre los deslumbra, ostentó en esta ceremonia un lujo desconocido hasta entonces. Sus vestidos y los jaeces de sus caballos, cubiertos de oro y diamantes, se valuaron en un millon de escudos. Esta suntuosidad y la de los señores de su comitiva contrastaba singularmente con la sencillez afec-

tada del rey que tocaba ya en mezquindad. Luis tenia un vestido de seda blanca sin mangas y un sombrero de puntar: su caballo era blanco, sin adornos ni bordaduras en los jaeces. Su presencia era ignoble, y representaba mal la potestad real; solo indicada por dos hombres de armas que le precedian con hachas de desarmar, por el palio de oro que sostenian sobre su cabeza cuatro vecinos distinguidos de París, por el gran número de príncipes y señores de su comitiva, y por 12000 gendarmas que cerraban la marcha.

A la puerta de la ciudad, dos niños vestidos de ángeles, bajando por tramoya de un pabellon, que representaba el cielo, le ofrecieron una corona, segun la antigua costumbre. Un rey de armas que llevaba el escudo de París, le presentó cinco damas montadas en soberbios caballos: significaban las cinco letras del nombre de la ciudad y recitaron versos en alabanza del monarca. Vióse despues un navío, y en él tres personas unidas, emblemas del clero, de la nobleza y del pueblo. En la fuente de Ponceau habia tres jóvenes desnudas bañándose en el agua como sirenas, que cantaron algunos tenzones y pastorelas: y esto no se tuvo por indecente. Mas adelante estaba representado el asalto de Dieppe, en que Luis dió brillantes pruebas de su valor siendo delfin. Cerca del puente de los cambistas se soltaron al aire mas de 200 docenas de pájaros: símbolo de la li-

bertad que el pueblo esperaba de su nuevo rey.

En medio de la alegría pública, solo un carnícero se atrevió á despertar la cruel memoria de las facciones sanguinarias de Borgoña y Orleans, diciendo á Felipe: "seais bien venido á esta ciudad de París: ya hace mucho tiempo que no estais en ella, y siempre habeis sido deseado." Las fiestas con que los parisienses recibieron al rey, las calles adornadas de ricas colgaduras, los arcos de triunfo coronados de flores y la alegría universal calmaron momentáneamente las sospechas é inquietudes de Luis, mas no el odio contra el gobierno de su padre, que era su pasion dominante. Destituyó al canciller, á Debeuil, al conde de Sancerre y á los magistrados y preboste de París: persiguió al camarero Guillermo de Harcourt y al mariscal de Loheac, mandó prender al bailío de la ciudad de Rohan, y quiso que se formase causa á Chabannes, conde de Dammartin, á quien aborrecia mas que á todos porque este fiel ministro habia descubierto á Cárlos VII la conspiracion de su hijo, y mandado el ejército que obligó á éste á buscar un asilo en Borgoña. Habia corrido la voz de que Luis tuvo parte en las conjuraciones del duque de Alenzon y del conde de Armagnac, tramadas á favor de los ingleses en el reinado anterior: y el nuevo rey dió alguna apariencia de realidad á estas hablillas ofensivas, mandando anular las sentencias dadas contra los conspiradores, y colmándolos de

honores y beneficios. El duque de Borgoña reiteró en vano sus consejos: el tono de proteccion con que los daba, era desagradable á Luis, tanto como la vista de un bienhechor, cuya ausencia deseaba. Llegó en fin el momento de partir Felipe: el rey fue á hacerle la visita de despedida en el palacio de Artois, donde estaba alojado. El duque salió á recibirle á la puerta y se echó á sus pies. El monarca, afectando enternecimiento, ó porque así lo sentia, repitió en público, que jamas olvidaria sus beneficios, y que le era deudor de la corona y de la vida.

Apenas se vió libre de los miramientos á que le obligaba la presencia de un consejero tan respetable, manifestó su verdadero caracter. Se aumentaron las contribuciones con grande opresion de los pueblos, aunque no habia apariencias de guerra que justificasen los gravámenes. Esta providencia á principios de un reinado excitó mas indignacion que miedo. Hubo sediciones en varias partes, señaladamente en Ruan, donde ya los estados de Normandía habian declarado en los reinados precedentes, que sin su consentimiento, que solo darian en caso de urgencia, no se habia de cobrar ninguna contribucion nueva en la provincia.

El mariscal de Rohault, enviado por el rey para reprimir esta sublevacion, hizo entrar en la ciudad de Ruan gendarmas y soldados disfrazados de mercaderes y labradores. Reunidos en la plaza, acometieron al pueblo

dieron muerte á muchos ciudadanos y prendieron á 80 de los principales rebeldes, de los cuales fueron degollados, sin forma de proceso, el gefe de la conmocion y otros seis caudillos, con lo cual quedó pacífica y sometida la ciudad. Este mismo año perdió Francia á Pothou de Xaintrailles, que falleció muy anciano. Este antiguo camarada de Lahire y de Dunois, era escudero mayor, mariscal de Francia y senescal de Guiena.

El rey hizo un viage desde París á Tours para visitar á su madre, y el conde de Charolais, que habia venido á Francia á la romería del santuario de san Claudio, se presentó al rey en aquella ciudad. Luis le prodigó tantas señales de amistad cuanto era grande el aborrecimiento que le tenia. El conde le detestaba igualmente: pero su impetuosidad natural le impedia ocultar sus pasiones. El rey, como prenda de su gratitud á su padre Felipe el Bueno, le nombró su lugar teniente general en Normandía, le dió 36000 francos de renta, y á ruego suyo concedió amnistía á los borgoñones que en la última guerra habian cometido en Francia crímenes y latrocinios.

Estos fueron los primeros actos del reinado de Luis XI. Para apreciar su conducta política, conviene examinar cuál era el estado de las demas potencias en aquella época. A ningun monarca francés se le habia presentado una ocasion mas favorable para consolidar tranquilamente su poderío, y llevar al mas

alto grado la grandeza, la gloria y la prosperidad del reino. Luis XI era el único soberano que poseyese entonces una monarquía vasta y compacta: un ejército pagado de 20000 hombres, y hacienda superior á las necesidades de una administracion prudente. Las querellas sangrientas de la rosa encarnada y de la rosa blanca, que asolaban la Gran Bretaña, le dejó libre por muchos años de la rivalidad inglesa: solo tenia que considerar los derechos de sus dos grandes feudatarios los duques de Borgoña y Bretaña, que ambos le reonocian por soberano. Las demas potencias, amenazadas ó invadidas por sus vecinos, estaban ocupadas en sus guerras; y muchas, entregadas á discordias intestinas, ni tenian medios ni voluntad de perturbar el reposo de Francia. En Italia, la santa Sede, ocupada por Eneas Silvio, que tomó el nombre de Pio II, era árbitra entre Fernando I, rey de Nápoles, hijo de Alonso el magnánimo, y la casa de Anjou que le disputaba aquel cetro: pero ni pudo someter á su política á Cosme I de Médicis, que mandaba entonces en Florencia, ni impedir que los venecianos se estableciesen en el continente, ni sosegar la inconstancia anárquica de Génova, sometidas sucesivamente á los reyes de Francia y á los duques de Milán. Roma necesitaba de la amistad de Luis, porque solicitaba de él que revocase la pragmática sancion. La casa de Saboya, debil aun, no estaba segura de poseer sus cortos esta-

dos sino por la proteccion de Francia. Poco antes habian quitado los musulmanes al duque la corona de Chipre, que habia adquirido por Carlota de Lusignan. Francisco Esforcia, usurpador reciente de Milán, solicitaba tambien la alianza de Luis.

España, donde ocupaban todavía los sarracenos el reino de Granada, se hallaba dividida en los pequeños reinos de Portugal y Navarra, y las considerables monarquías de Aragon y Castilla que estaban casi siempre en guerra, y en vez de dar recelos á Luis le daban ocasiones con sus querellas de engrandecerse á costa de una y otra: porque ambas buscaban su amistad. Enrique IV, rey de Castilla, era vicioso, sin talento y sin vigor de ánimo. Su reinado fue una continua lid contra la ambicion de los grandes. Antes de morir, sufrió la ignominia de ver escluida del trono á su hija Juana, porque se la creia fruto del adulterio de la reina su esposa con uno de sus privados, y reconocida por heredera del trono su hermana Isabel. El matrimonio de esta princesa con don Fernando de Aragon, uniendo las dos coronas, les dió fuerzas para triunfar de su sobrina Juana, y conservar el cetro en sus manos. Pero en los primeros años de su reinado solo emplearon sus fuerzas Fernando é Isabela en lanzar los moros al África conquistando á Granada: y en esta época no se presentaron las armas francesas en los Pirineos sino para conciliar las

desavenencias de los partidos, favorecer al que era su aliado y aprovecharse de sus discordias.

Alemania no podia ejercer influencia en lo demas de Europa: porque el régimen feudal habia echado raices, y la soberanía estaba dividida y subdividida. *La bula de oro*, célebre decreto del emperador Cárlos IV, afirmó por lo menos el uso que habia reducido á siete el número de los príncipes electores. Bastaba la república aristocrática de Venecia para impedir que los alemanes se estableciesen en Italia: y por esta razon eran los venecianos útiles aliados de Francia. La Bohemia se hizo independiente del imperio. Los húngaros, capitaneados por Uniades, le quitaron el Austria y la Carintia: las conquistas de los turcos lo amenazaban en lo sucesivo: y la Polonia, potencia formidable desde el reinado de Casimiro, era aliada de Hungría y enemiga del emperador. La Suiza, sublevada contra la casa de Austria y erigida en república federativa, solicitaba desde 1436 la alianza de Francia para defenderse de sus antiguos señores y de la ambicion de los duques de Borgoña.

El imperio griego acababa de ser destruido por los turcos con la toma de Constantinopla: pero muchos de sus príncipes, señaladamente los comnenos, continuaban la lid, aunque desigual. El Occidente no les dió socorro: porque la voz de Roma no era poderosa, como en otro tiempo, para reunirlo contra los musulmanes. Ninguna nacion europea

comprendió que los griegos eran el antemural de la cristiandad: la indiferencia con que se les dejó perecer, prueba la ignorancia de aquel siglo en materia de política. Mahomet II, caudillo de los turcos, conquistada la capital del imperio de Oriente, subyugó tambien la pequeña monarquía de Trebizonda: destruyó 12 reinos: se apoderó de 12 islas del Archipielago: invadió la Morea: tomó 200 ciudades: estendió sus fronteras desde el Eufrates hasta el mar Adriático, y solo encontró verdaderos obstáculos en la espada del famoso Scanderberg, príncipe de Epiro, y en la intrepidez de los caballeros de Rodas, que arrojaron de su isla el ejército inumerable de aquel conquistador, invencible hasta entonces. El coloso otomano, amenazando las provincias orientales de Europa, aseguraba por algun tiempo la tranquilidad de las occidentales.

La situacion del mundo político era pues, favorable para que la Francia se elevase á una altura proporcionada á sus fuerzas: pero el caracter artificioso y suspicaz de Luis XI conmovió desde el principio de su reinado el edificio construido por su padre. Su tiranía, su avaricia y sus intrigas descontentaron la nacion, despertaron los partidos y renovaron la guerra civil; y sus primeros actos manifestaron que en su corazon triunfaba la venganza, no solamente de la justicia, sino tambien de sus intereses mas notorios.

Los ministros de Cárlos VII y los grandes de su corte habian manifestado mucho celo en libertarle de las conspiraciones de su hijo: y Luis, cuando fue rey, olvidó los servicios que habian hecho, y solo se acordó de las injurias que él habia recibido. Su único objeto en todo su reinado fue humillar á los grandes por espíritu de venganza: y su palacio se llenó de intrigantes subalternos, infames delatores, guardias estrangeras, y verdugos, ejecutores de sus caprichos sanguinarios.

Ya hemos dicho que Chabannes, conde de Dammartin, evitó su presencia en los primeros momentos, renunciando á todos sus empleos y dignidades y saliendo de Francia. Luis, no contento con esto mandó formarle causa: se le condenó en rebeldía y se embargaron sus bienes. Entonces Chabannes tomó la noble determinacion de purgar la contumacia, y presentarse á disposicion de la justicia. Púsosele preso en la Bastilla, y habló á sus jueces con la firmeza propia de un ministro íntegro, de un consejero fiel, y de un guerrero intrépido que merecia por sus hazañas y servicios premio y no castigo. Sin embargo, el miedo de los magistrados fue superior á la justicia y le condenaron á destierro y á confiscacion de sus tierras. Cárlos de Melun, yerno del baron de Montmorency y gobernador de París, se enriqueció sin pudor con sus despojos. La familia de Santiago Coeur que reclamaba contra una condenacion, no menos

injusta, pero mas antigua, manchó su noble causa, aprovechándose para reparar sus pérdidas de la ruina de Dammartin.

La caida de Chabannes excitó la indignacion pública. El duque de Berry, hermano de Luis, y los de Borbon, Borgoña y Bretaña manifestaron su descontento hasta con amenazas: la mayor parte de la nobleza se unió á ellos: porque á todos quitaba la seguridad el golpe que proscribió un varon tan ilustre. Esta esplosion universal espantó á Luis sin hacerle mudar de propósito. Entonces empezaron los conciliábulos, las intrigas, las reuniones secretas: los grandes, que no se habian opuesto á los progresos de la autoridad real, se prepararon á formar contra ella una liga, en que el trono estuvo á pique de perecer. La trama de esta vastísima conspiracion se urdió con tanto secreto y actividad, que el rey, á pesar de su suspicacia, no conoció la tempestad hasta el momento que estalló: y así no tuvo dificultad en hacer manifiesto en los nombramientos, en los beneficios y en los rigores el proyecto de desatender en el gobierno á los consejos y á los grandes. Hasta entonces habia servido de contrapeso y al mismo tiempo de apoyo á la autoridad regia la influencia de los príncipes de la sangre y de los vasallos mas eminentes, como eran los duques de Nemours, y los condes de Foix, Armagnac, Dunois, Albret, Laval, Dammartin y Breze, poderosos en dominios y en armas. Pero Luis

XI, resuelto á abatirlos, desdeñó sus consejos, se burló de sus resentimientos, y eligió por consejero íntimo á un hombre oscuro, como era Joffredi, obispo de Arras.

Este hombre hijo de mercaderes pobres, era muy hábil y astuto. Siendo religioso, supo grangearse el favor del duque de Borgoña, que le nombró obispo de Arras: y tenia tanto ascendiente sobre Felipe, que logró de él la promesa de hacer que el papa le nombrase nuncio y cardenal, persuadiéndole que sería muy conveniente á Borgoña tener en Francia un legado de la santa silla, adicto, como él se manifestaba á los intereses del duque. Pero Felipe no se daba mucha prisa á cumplir su palabra: y cuando Luis subió al trono, Joffredi, que le habia conocido en su destierro, se aplicó á ganar su confianza, lisongeando sus pasiones dominantes, y lo consiguió.

No tardó en conocer que Luis deseaba inclinar la corte de Roma á que favoreciese las pretensiones de la casa de Anjou al trono de Nápoles; pero no ignoraba los empeños que habia contraido Pio II con la de Aragon. Sin embargo en Roma se le dió á entender que la dignidad de cardenal seria premio del servicio que haria á aquella corte, moviendo al rey de Francia á abolir la pragmática de Cárlos VII, odiosa á Luis, porque habia sido obra de su padre.

Joffredi fue enviado pues, de embajador á Roma con el triple objeto de lograr el ca-

pelo, la abolicion de la pragmática y la adquisicion de la corona de Nápoles para los angevinos Los dos primeros se lograron: en cuanto al tercero, se dieron á Luis esperanzas vagas y felicitaciones por los venturosos principios de su reinado.

Intervencion de Luis XI en los negocios de España (1462). Luis publicó el edicto de la abolicion de la pragmática, Joffredi fue cardenal; pero los intereses del duque de Anjou iban de caida. El rey, enojado contra la corte de Roma y contra Joffredi, envió una nueva embajada al papa, esperando conseguir con amenazas, lo que no habia podido con negociaciones. Fue recibida en Roma con ostentacion y benevolencia; y al mismo tiempo, con el firme propósito de no concederle nada: porque Pio II deseaba que la guerra de Nápoles concluyese para formar una confederacion de los príncipes de Italia contra los turcos.

Bournacelle, senescal de Tolosa, y uno de los gefes de la embajada, pidió al papa que retirase del ejército de Fernando I, rey de Nápoles, las tropas auxiliares que le habia enviado: amenazándole, si no lo hacía, con un rompimiento de parte de Francia. El colegio de cardenales atemorizado aconsejó al pontífice que condescendiese con los deseos del rey y no se espusiese á la enemistad de Luis, tan temible á su poder como funesta para la iglesia; pero Pio II, que por su correspondencia secreta con Joffredi sabia que los em-

bajadores habian recibido órdenes del rey para no realizar sus amenazas, respondió á Bournacelle, que su gratitud al rey de Francia no debia llegar hasta quebrantar un tratado solemne, en virtud del cual estaba obligado á asistir con tropas á Fernando. "Pero, añadió, hay un medio de conciliarlo todo. Si el duque de Anjou se aviene á dejar las armas, yo exigiré de Fernando que imite su ejemplo; y si no lo hace, la santa Sede se declarará contra él." Los embajadores se volvieron, sin haber podido conseguir otra satisfaccion, sino esta respuesta que dejaba á la casa de Aragon en posesion de Nápoles. Joffredi pidió en premio al santo padre los obispados de Albi y de Besanzon: pero Pio II solo le concedió el de Alby.

Luis XI, que era uno de los hombres mas instruidos de su siglo, y que se creia el mas astuto, sintió mucho verse burlado por la política romana: y aunque no restableció la pragmática, prestó sin embargo oidos favorables á la representacion que sobre esta materia le hizo el parlamento de París.

El preámbulo de esta famosa representacion manifiesta que el parlamento lo hacia en virtud de orden real: pondera el esplendor que siempre habia tenido en Francia la religion católica, cuyos ministros y templos habian sido generosamente dotados por la piedad de los reyes y de los pueblos, y vindica á favor del monarca, en calidad de protector

y guarda de la iglesia galicana, el derecho de convocar las asambleas de prelados para tratar de los intereses de la misma iglesia. Cita despues la ordenanza de san Luis de 1268, que mandó proveer por eleccion las prelaturas y dignidades electivas, y por presentacion y colacion los beneficios de patronato, y cesar las exacciones pecuniarias de la corte de Roma en Francia. Cita tambien la renovacion de esta ordenanza, que habia dejado de cumplirse, en 1406 bajo el reinado de Cárlos VI: y el edicto del mismo rey del 15 de mayo de 1408, en que se declaró ley, perpetua la sentencia dada por el parlamento de París, y en virtud de querella de la universidad, contra las exacciones que los agentes de Benedicto XIII hacian en el reino: edicto, que fue confirmado en una asamblea del clero, y constantemente defendido por el fiscal del rey en el parlamento. Pasa despues á los tiempos de los concilios de Constanza y de Basiléa, y de la pragmática sancion, promulgada en la asamblea de Bourges de 1438 y fundada en las decisiones de aquellos dos sínodos; en ella se anularon para siempre las reservas, gracias y espectativas de Roma.

Esplicados estos antecedentes, espone el parlamento las consecuencias de la abolicion de la pragmática, á saber: confusion de jurisdicciones eclesiásticas, salida del dinero de Francia á Roma, despoblacion del reino, y falta de seguridad acerca de la religion y

buenas costumbres de los nombrados para beneficios: "porque la moralidad de los candidatos, dice, puede examinarse mas bien en los mismos lugares y provincias donde han nacido, estan domiciliados y han de residir, que en una corte estranjera."

El parlamento para fundar sus quejas, cita la antigua disciplina eclesiástica, desde la eleccion de Matías al apostolado, hasta el concilio de Letran de 1205, en cuyos cánones se reconoció que *los obispos fuesen elegidos*: pero evita cuidadosamente esponer las causas que obligaron á la iglesia en los siglos x y xi á reconocer en la silla apostólica una autoridad mas fuerte y concentrada; cuales fueron los desórdenes del régimen feudal que cundieron tambien entre los obispos convertidos en barones, la barbarie é inmoralidad de los príncipes y grandes temporales, y el perverso sistema de enjuiciar en los tribunales de los señores.

La magistratura francesa era entonces muy instruida: y así se citan en esta representacion los edictos de Justiniano, los capitulares de Carlomagno, las ordenanzas de Felipe Augusto y de san Luis, y los decretos de Felipe el Bello, Luis el Hosco y Juan II, todos favorables al derecho de eleccion. Enumera despues los abusos de las espectativas y gracias: dice que en sola la diócesis de Angers habia 600 beneficios concedidos de esta manera por la corte de Roma: todo lo cual

hacía salir del reino gan suma de dinero: pues al fallecimiento del sumo pontífice se revocaban muchas veces estas gracias, y era menester solicitarlas de nuevo: no olvida que solian concederse á estranjeros y aun á legos, y que frecuentemente quedaban los beneficios y prelacías ó vacantes ó en encomienda, con notable detrimento del servicio divino y ruina de los edificios sagrados.

El parlamento terminó su discurso con esta conclusion: "parece al parlamento, que el rey nuestro señor, manteniendo los santos decretos y constituciones de los concilios relativamente á las elecciones y colaciones, no puede ser acusado de desobediencia al gefe de la iglesia: pues obrará segun la autoridad y santidad de los concilios antiguos y modernos: decretos, cuyas disposiciones fueron adoptadas y aprobadas en otro tiempo por los padres de la iglesia, tales como Pio, martir, Leon, confesor de la fé, san Gregorio y otros muchos. Así el rey nuestro señor, publicando edictos y ordenanzas, conformes á estos decretos, no solamente no desobedece, sino tambien se ilustra, imitando los ejemplos de los santos, y de los reyes sus predecesores tales como Clodoveo, primer rey cristianísimo, Carlomagno el santo, Felipe Deusdedit el conquistador, san Luis, Felipe el Bello, Luis Hutin y otros monarcas muy piadosos, bajo cuyo imperio floreció y prosperó tanto la monarquía."

Luis XI ni quiso retractar su ordenanza,

ni desatender la representacion del parlamento. Y así permitió que se resistiese, y que continuase *de hecho* la pragmática de Cárlos VII, que subsistió con mas ó menos actividad hasta el concordato de Francisco I. En este tiempo recibia Luis de la corte de Roma nuevos motivos de descontento: porque el papa concedió á Fernando, rey de Nápoles, la investidura de este reino: y como el hijo de Renato de Anjou acometiese á Nápoles con fuerzas superiores, pasó á Italia en ausilio del aragones el último héroe de Grecia, el famoso Scanderberg, príncipe de Albania, movido no solo de las instancias de la corte de Roma, sino tambien de la gratitud que debia á los socorros generosos, con que en otro tiempo le habia sostenido contra los turcos Alonso el magnánimo, rey de Aragon y de las dos Sicilias, padre de Fernando.

Las hazañas de Scanderberg renovaron en los tiempos modernos los prodigios de los siglos antiguos de Grecia. Este guerrero célebre fue, en su niñez, entregado como rehen, al sultan Amurates por su padre Juan Castrioto, príncipe de Epiro. Cautivo en la corte del gran Señor, ó por mejor decir, esclavo, siguió á su amo á la guerra. Su brillante valor, su audacia increible y su fuerza portentosa eran admiracion de los musulmanes. En una ocasion peleó á la vista de todo el ejército con un tártaro de estatura colosal, y le cortó la cabeza de un solo golpe. Otro dia, siendo

acometido por dos sirios, atravesó al uno dé parte á parte, y le partió al otro la cabeza. En aquel siglo la pujanza del brazo era superior á todas las demas prendas: y así Castrioto ganó facilmente el favor de Amurates, que le confirió grados superiores en el ejército y el mando de un cuerpo escogido. Los turcos le habian dado ya el renombre de Scanderberg, esto es, *príncipe Alejandro.*

La fuerza de alma del jóven héroe escedia á la de su cuerpo, y era tan hábil para concertar sus proyectos como ardiente para ejecutarlos. Fingiendo la sumision de un esclavo, para aprovechar mejor la oportunidad de romper sus cadenas, aparentó pelear con fanatismo mahomético contra los mismos cristianos de los cuales se propuso ser libertador. Mientras que el ejército otomano marchaba contra los húngaros y polacos, mandó Amurates á uno de sus generales que se apoderase de Epiro y de la ciudad de Croya, capital de Albania. El bárbaro hizo dar muerte á los hermanos de Scanderberg; y este héroe, tanto mas temible cuanta mas gloria habia adquirido, estuvo á pique de sufrir la misma suerte: pero su genio y una ocasion favorable le salvaron. Los turcos, en cuyo ejército se hallaba, dieron batalla al gran Huníades, y fueron vencidos. Scanderberg, despues de la derrota, convocó sus amigos mas fieles, rodeó la tienda del general otomano que mandaba el ejército vencido, y amenazándole con la

muerte, le obligó á firmar una orden de entregar al alvanes la ciudad de Croya. Scanderberg corrió, ó por mejor decir, voló á su patria, presentó la orden, libró su capital, dió armas al pueblo, se apoderó de las principales fortalezas de Epiro, inflamó á los valientes, animó á los tímidos, disciplinó su ejército, y persuadió á los epirotas y albaneses que no habia medio entre morir ó vencer. Sus primeros combates contra las tropas otomanas, que habia en el pais, fueron felices, y desde entonces se creyeron invencibles los albaneses con tal caudillo. Casi todos los generales de Amurates vinieron sucesivamente á pelear contra el nuevo Alejandro, y fueron derrotados: Amurates en persona emprendió someterle, y Scanderberg triunfó de sus armas y de su astucia.

Cuando Mahomet II, elevado al trono de los turcos, hubo sometido el imperio de oriente, y tomado á Constantinopla, su gloria se eclipsó en Epiro, y despues de sangrientas batallas, se vió obligado á firmar la paz con los albaneses. Scanderberg, único monumento que quedaba de la independencia griega, habia infundido tanto terror á los mahometanos, que se valian de su nombre, aun en las aldeas, para espantar á los niños y á las mugeres. Cuéntase de este infatigable guerrero que habia dado muerte con su mano á 2000 turcos. Los prodigios que se le contaban de su fuerza eran tan estraordinarios, que los turcos los

atribuian á una virtud secreta de su alfange. Mahomet quiso tenerlo, y durante la negociacion de la paz, pidió á Scanderberg que se lo enviase. Al verle quedó sorprehendido de no hallar en él nada de estraordinario. "Es que no le he enviado el brazo," dijo Scanderberg.

Este héroe, despues de muchos años de libertad y gloria, desembarcó en Italia para ausiliar al rey Fernando, con solo 800 hombres, pero valerosos. Los aragoneses con este refuerzo vencieron al angevino, que tuvo que volver á Francia: porque al mismo tiempo se sublevaron contra él los genoveses.

La política de Luis XI producia tan malos efectos dentro del reino como fuera: porque sus desconfianzas y enojos, manifestados con harta imprudencia, prepararon los ánimos á nuevas sediciones. Pero antes de que los descontentos se entendiesen unos con otros, y hubiesen reunido medios suficientes para declararse, gozó la Francia de aparente tranquilidad, que burló la penetracion y suspicacia del rey, y le ocultó peligros muy cercanos. Aprovechóse de este descanso engañoso, para arreglar segun el sistema de su política la administracion del reino. Dió á la reina su madre una viudedad considerable, y á su hermano Cárlos, el ducado de Berri é infantazgo. Al mismo tiempo no olvidando el proyecto de someter los principales del reino alhagando su orgullo y codicia, procuró atraerlos á la corte, y les dió dignidades y pensio-

nes en cambio de los antiguos derechos y del poder verdadero que habian perdido.

Felipe de Comines dice que en aquel siglo las létras y el saber hicieron progresos muy notables en las clases medias de la nacion; pero que los príncipes y señores mas poderosos eran tan ignorantes aun en materias de sus intereses domésticos, que les era forzoso confiar el cuidado de su hacienda y el manejo de los negocios mas importantes á personas subalternas que se enriquecian á costa de ellos, y los servian ó vendian segun las ocasiones. Luis, que sabia esto, se aplicó á sobornar estos agentes codiciosos, y así dividió y enflaqueció el poder de los grandes, que en otro tiempo eran opresores del pueblo y rivales de los monarcas. Cuando venian á la corte, Luis adormecia su desconfianza tratándolos, no solo con afabilidad y cariño, sino tambien con familiaridad. Comian á su mesa, dormian en su cuarto: sufria sus burlas y contestaba á ellas con viveza y originalidad: sus conversaciones eran entonces de placeres, de caza y de amoríos. Si alguno de ellos era mas temible y advertido que los demas, se abatia para ganarle, hasta el punto de humillarse: valíase de caricias, juramentos, regalos, y mentiras: tales medios usaba para llegar á conseguir su fin que era corromperlos á todos para dominarlos.

Aunque Luis era valiente y habia dado pruebas de su intrepidéz, nunca se resolvia á hacer la guerra, hasta haber agotado todos los

medios de artificio y de seduccion. No temia los combates; pero como su éxito es incierto, le parecian armas mas seguras la astucia y la perfidia; y donde no bastaban, el puñal y el veneno. Las mismas máximas seguia en su conducta con el pueblo. Iba á comer familiarmente con los burgueses, asistia á sus juegos, les hablaba en su mismo tono, prestaba atencion á sus negocios domésticos: y no recurria á la violencia sino cuando estos medios no alcanzaban á sacarles dinero. Pero una vez enfurecido, aquel rey tan popular se mostraba tirano, mandaba sin piedad horrendos suplicios, y aun los inventaba nuevos. Luis XI engañó largo tiempo sus enemigos por medio de concesiones, protestaciones y tratados, á pesar de que tenia siempre en la boca el adagio maquiabélico: "quien no sabe disimular, no sabe reinar," *Qui nescit dissimulare, nescit regnare:* y aun dicen que estas son las únicas palabras latinas que encargó á su hijo grabar en la memoria. No puede negarse que enmedio de sus vicios poseyó cualidades eminentes. Era penetrante, firme, infatigable, instruido: todo lo examinaba por sí mismo, y velaba sobre sus ministros, magistrados, hacendistas y generales. Como siempre tuvo necesidad de dinero, que era su arma principal, procuraba con sumo cuidado impedir las dilapidaciones. Amaba la justicia como instrumento del orden y base de la autoridad: y así, cuando un grande interés no se lo impedia, dejó á las leyes su

accion tan libre y eficaz, que algunos le dieron el renombre de justiciero. Este vigor, que concedió á los parlamentos, le era necesario para reprimir á los grandes ó castigar sus rebeliones.

La necesidad de llenar su tesoro le obligaba á impedir que los barones oprimiesen el pueblo, y agotasen, empobreciéndole, la fuente de las contribuciones. Por el mismo motivo favoreció el comercio, que le pagó muy bien su proteccion, fue amigo de toda especie de industria, y promovió la de la imprenta. Al célebre Fausto, su inventor, mostró su benevolencia, mandándole restituir unas prensas y libros que se le habian quitado injustamente. Publicó muchos edictos y reglamentos para establecer ferias, consejos de hombres buenos y municipalidades libremente elegidas, y para arreglar el beneficio de las minas: y creó el servicio de postas, bien que se sirvió de él para acelerar el movimiento de sus intrigas políticas, y estender á toda Francia el espionage mejor organizado.

Ninguna de las acciones de su reinado le mereció el título de gran rey, que le han dado algunos: pero le es debida la palma de hábil intrigante y artificioso espía: no se puede añadir el título de gran político, á no ser que se confunda decididamente la política con la perfidia.

Luis XI habiendo hecho en la época de su consagracion todas las concesiones necesarias

para establecer relaciones de buena amistad entre Francia y Borgoña, quiso asegurar la sumision de las provincias del mediodia y la del duque de Bretaña. A este fin pasó á Tolosa donde no reconoció signo alguno de descontento ni de turbulencia. Allí recibió embajadores del duque de Bretaña, que le prometió ir á verle á su paso por Tours y prestarle homenage, como en efecto lo cumplió. El duque hizo juramento en presencia de Dunois y de Montauban: pero se suscitó una cuestion. El célebre Tannegui Duchatel, antiguamente valido de Cárlos VII, lo era entonces del duque de Bretaña, y ademas, su camarero mayor, gran maestre de su casa y gobernador de Nantes. Este alegó que el duque ni debia desceñirse la espada ni prestar el homenage ligio. El rey, disimulando su ira, se contentó con un juramento redactado en términos ambiguos; y en vez de quejarse de esta oposicion que le injuriaba, y que se proponía castigar á su tiempo, quiso engañar al duque con fingida benevolencia, é indisponerle con el conde de Charolais: para lo cual quebrantó sin pudor la palabra que habia dado al duque de Borgoña, quitó á su hijo la lugartenencia general de Normandía, y la dió al duque de Bretaña juntamente con las de Maine, Turena y Anjou. Pero él mismo fue víctima de sus artificios, como lo habia sido en sus negociaciones con la corte de Roma: sin granjear el agradecimiento del duque de Bretaña, ofendió mortalmen-

te al conde de Charolais; y con su imprudencia estrechó mas los lazos secretos de los dos príncipes que queria desunir. Desde entonces nadie se creyó obligado á ser sincero con quien procuraba engañar á todos aquellos con quienes trataba.

Luis, continuando su fingimiento, hizo un viaje á Bretaña socolor de consolidar por medio de esta visita las relaciones que habia contraido con el duque: pero su verdadero objeto era conocer mejor las fuerzas de aquel estado, y al mismo tiempo saciar su venganza contra el señor de la Tremouille, en otro tiempo amigo de su padre Cárlos VII. Francisca de Amboisse, duquesa viuda de Bretaña, no queria casarse con el duque de Saboya que solicitaba su mano. Luis de Amboisse, proscripto durante el ministerio de la Tremouille, deseaba que se hiciese este casamiento, y habia tramado una conspiracion para robar á la princesa. El rey favorecia esta empresa: pero la duquesa, advertida á tiempo, evitó la violencia, y declaró que nadie podia obligarla á romper el voto de castidad vidual que tenia hecho. El rey enojado la mandó comparecer ante él en presencia del duque, y para vencer su resistencia empleó las exortaciones y las amenazas: mas no pudo triunfar de su firme resolucion. Entonces mandó ponerla presa; pero el duque, indignado de esta violencia, no la permitió: y Luis no sacó otro fruto de su empresa sino la ignominia de ceder. De allí á poco se separa-

ron el duque y el rey, encubriendo su mútuo odio bajo apariencias mentidas de amistad. En esta época empezaban á suavizarse las costumbres: y á la violencia que habia sido el carácter de los siglos feudales, sucedia el artificio.

Otros objetos llamaban entonces la atencion del rey. Por una parte España era víctima de disensiones intestinas, y ofrecia á Luis sin riesgo, alguna esperanza de intrigar y de engrandecerse: por otra, las guerras civiles, encendidas en Inglaterra; la lucha de las casas de York y de Lancaster que se disputaban la corona, y las desgracias, empresas é infortunios de la heróica Margarita de Anjou, esposa de Enrique VI, parecian proporcionar á un genio emprendedor ocasion oportuna de dar el triunfo á la Francia, y de quitar para siempre toda preponderancia á su eterna rival. Pero el rey, prefiriendo las mezquinas ventajas que le prometia la intervencion en los negocios de España, despreció la gloria que podia adquirir en las riberas del Támesis. Y así, contentándose con hacer varias demostraciones de armamentos, y con dar pequeños socorros á Margarita y al partido de Lancaster, fijó toda su atencion en la península.

Cárlos, príncipe de Viana, hijo de don Juan II, rey de Aragon, y heredero de sus estados, murió, segun se creyó, envenenado por su madrastra. Pero este suceso no terminó las discordias civiles que afligian aquel reino. Don Cárlos al morir dejó la corona de Navarra, que le

pertenecia por su madre, á su hermana Blanca. Esta infeliz princesa, despues de haber sufrido el yugo de un matrimonio ignominioso con Enrique IV el impotente, rey de Castilla, esperaba por lo menos librarse de la suerte cruel que le amenazaba, viviendo en retiro y soledad.

Los habitantes de Cataluña, cuyo carácter altivo los movió tantas veces á rebelarse contra sus príncipes, resolvieron vengar la muerte del príncipe de Viana: tomaron las armas, se declararon independientes, convocaron sus estados, se erigieron en república, y destituyeron al rey don Juan de todos los derechos de soberanía. Esta declaracion, publicada en Barcelona, fue enviada á todas las municipalidades del principado, y adoptada generalmente. Luis se aprovechó de esta ocasion para alegar derechos, muy difíciles de fundar, al reino de Navarra, y envió agentes secretos á los estados de Cataluña para asegurarles que sostendria la causa de la rebelion. Al mismo tiempo el conde de Foix apoyaba con las armas los derechos de su esposa Leonor, que pretendia la corona de Navarra á falta de Blanca, su hermana mayor. El conde de Armagnac recibió orden de Luis, de marchar contra él con algunas tropas. El rey de Aragon, amenazado de tantos enemigos, y no ignorando que las intrigas de Luis alimentaban el incendio, imploró la proteccion de Inglaterra; pero Eduardo IV, mal seguro en un trono conquistado, ni podia dividir sus fuerzas, ni enviar al con-

tinente una parte de ellas. Don Juan no pudiendo pelear á un mismo tiempo contra sus vasallos, contra los franceses y contra Castilla, con la cual estaba tambien en guerra, determinó reconciliarse con Enrique IV. Ya estaba para concluirse la negociacion, cuando los catalanes la rompieron, prometiendo someterse á Enrique. Este aceptó sus ofertas, confirmó sus privilegios, fue proclamado en Barcelona, y envió un ejército á las órdenes de Juan de Beaumont que tomase posesion del principado. Mas el aragonés halló medios para hacer que el rey de Castilla mudase de resolucion, y las negociaciones volvieron á entablarse; pero de mala fé, pues al mismo tiempo incitaba don Juan á Luis XI á que hiciese guerra á Enrique IV. Luis prestó oidos á las ofertas de don Juan y abandonó sin escrúpulo á los catalanes.

Todos estos sucesos que aumentaban las dificultades y los desórdenes, hicieron al fin conocer la necesidad de entenderse desde mas cerca. Los reyes de Francia y de Aragon tuvieron una conferencia cerca de Mauleon en las fronteras del Bearne. Allí concluyeron un tratado en que Luis prometió al aragonés 50000 escudos y 700 lanzas, y recibió en prenda los condados de Rosellon y Cerdania; pero bajo la condicion que las rentas de estos señoríos durante el depósito, no serían miradas como parte del pagamento correspondiente al préstamo que hacia la Francia. Despues de este tratado y contra su espíritu, Luis procuró asegurar

para sí la posesion de aquellos condados, reuniéndolos al dominio de la corona en virtud de las pretensiones de su madre María, como descendiente de Violante de Aragon. Mientras se terminaban estas negociaciones, hacian los catalanes todos los esfuerzos posibles para arrojar á los aragoneses de su pais. Despues de diferentes encuentros, sitiaron á Gerona y la tomaron por asalto. Hallábase en aquella plaza la reina de Aragon y su hijo Fernando, célebre despues con el sobrenombre de católicos, y escaparon con mucha dificultad de las manos de los vencedores que los persiguieron. Refugiáronse á la ciudadela; pero los rebeldes lo sitiaron tan estrechamente que en poco tiempo privada de víveres la guarnicion, se vió reducida al mayor estremo. Como se acusaba á la reina de la muerte del príncipe de Viana, se tenia por cierto que si sus enemigos triunfaban, saciarian su venganza dándola muerte. En vano procuraba favorecerla el rey de Aragon: porque ningun pueblo de Cataluña quiso dar paso á sus tropas. Ya comenzaba á perder toda esperanza, cuando los condes de Foix y Albret, al frente de 10000 hombres y de un cuerpo francés, acudieron desde el Rosellon, forzaron las gargantas del Pirineo, y se presentaron junto á la plaza. Los sitiadores, sorprendidos, se retiraron, y la reina recobró la vida y la libertad.

Luis XI por su parte envió contra los rebeldes el cuerpo de tropas que mandaba el conde de Armagnac. Una de las condiciones del

tratado concluido entre los reyes de Francia y Aragon, era que Blanca fuese entregada á su cuñado el conde de Foix. El matrimonio de esta infeliz princesa con el rey de Castilla se habia disuelto por sentencia judicial á causa de impotencia relativa: y ella se habia retirado á Navarra. Su padre, acostumbrado á sacrificarlo todo á su ambicion, la miraba como un obstáculo al engrandecimiento de su hijo Fernando. La madrastra implacable juró la ruina de la princesa. Quisieron engañarla, aunque en vano, diciendo que la llevaban á Francia para casarla con el duque de Berry. Algunos amigos fieles, pero incapaces de defenderla, lo advirtieron el peligro que la amenazaba. En vano recurrió á las súplicas y á las lágrimas para enternecer á su padre: el mismo don Juan la llevó consigo; pero cuando llegó á Roncesvalles, quisieron con violencia hacer que renunciase á la corona de Navarra, ó en favor de su hermana la condesa de Foix, ó en favor de Fernando: pero Blanca protestó contra todo acto que la obligasen á firmar por fuerza, y transfirió todos sus derechos á Enrique de Castilla, que si no la habia hecho feliz, por lo menos habia manifestado compasion generosa por la suerte del príncipe de Viana. En la frontera de Navarra la recibió el captal de Buch, y la condujo al castillo de Ortez, que le sirvió de prision. Despues de dos años de cautiverio, falleció envenenada, segun se dice, por su cruel hermana la condesa de Foix.

la entrevista. Los castellanos se presentaron vestidos magníficamente. Enrique, sus ministros, los grandes de su corte y los caballeros de su séquito estaban cubiertos de oro y seda. No se habia conocido antes un lujo tan grande. El trage del rey de Castilla, sus armas y corona, y los jaeces de sus caballos deslumbraban la vista con las piedras preciosas y diamantes de las bordaduras: y las velas de la falúa en que pasó el rio el príncipe y su corte, eran de tela de oro. Esta brillante comitiva formaba un contraste muy estraño con la sencillez y negligencia afectada, por no decir mezquina, de Luis y de su séquito. El acero era el único adorno de su guardia: el vestido del rey era corto y de paño pardo, con una sobrebata de lana. En la cabeza llevaba un sombrero muy chico, sin mas adorno que una medalla de plomo, donde estaba grabada una imágen de nuestra Señora. Los españoles se rieron de la nutricidad grosera de la corte de Francia, y los franceses, del lujo del rey de Castilla, cuyos estados, segun creian, no eran muy ricos, ni sus fuerzas muy considerables. Luis afectaba despreciar los adornos esteriores; y decia que *la grandeza verdadera no necesita de zancos.* A pesar de eso ofendió con su negligencia y la falta aparente de miramiento á la nobleza castellana: mas no dejó de adquirir entre los personages mas distinguidos de la corte de Enrique, partidarios útiles y celosos por medio de sus dones y artificios. La reina

de Aragon, aunque manchada con la sospecha de haber causado la ruina de sus dos entenados Cárlos y Blanca, asistió á esta entrevista. Cubríanse en aquella época, con el nombre de razon de estado, las violencias y maldades de los poderosos.

Dícese que el objeto de Luis en esta conferencia fue conseguir la posesion de Guipuzcoa y Vizcaya: pero que Eduardo IV, ya rey de Inglaterra, se opuso con todas sus fuerzas á esta pretension, no facil de conseguir sin el asenso de los naturales de aquellas provincias, aun cuando Enrique hubiese tenido la flaqueza de ceder. Solo pues, se estipuló que Enrique renunciase á Cataluña y Navarra. Las demas cuestiones se dejaron á la decision de Luis, que fue favorable á Castilla. Publicóse una amnistía general, y todos se separaron descontentos.

Pocos dias despues, hallándose el rey en Chinon, de vuelta de Bayona, publicó un edicto por el cual se estableció un parlamento en Burdeos con la misma composicion y los mismos derechos que los de Paris y Tolosa. Luís declaró en sus letras patentes de ereccion que seguia el dictamen de su consejo, y que deseaba cumplir las promesas hechas en 1451 á los tres ordenes de Guiena, reunidos en junta de estados en Burdeos, de concederles un tribunal supremo: y que ademas, considerando cuán precioso era poner fin á un gran número de pleitos y procesos que se quedaban suspendi-

dos en el parlamento de la capital por la multiplicidad de las causas y la distancia de los lugares, lo que turbaba la tranquilidad de los pueblos y comprometia sus riquezas, instituia, con la jurisdiccion señalada en el edicto sobre Gascuña, Aquitania, las Landes, el Bazadés, el Agenés, el Perigord y el Limosin, una corte soberana, llamada parlamento de Burdeos, con autoridad de juzgar y decidir sin apelacion. Este acto era justo y sabio: pero aun en él puso Luis el sello de su carácter desconfiado y amigo de la arbitrariedad: y así insertó en las letras patentes esta cláusula: *Quamdiu tamen nostræ placuerit voluntati.* "*Solo por el tiempo que los quisiéremos.*"

El año siguiente dió otro edicto para establecer en Leon dos grandes mercados ó ferias, con exencion de derechos de dominios y de las demas contribuciones. Multiplicó en las provincias estas ferias que dieron grande actividad al comercio. Este hábil monarca sabia que el tesoro no tanto se enriquece con impuestos gravosos para el comercio y la agricultura, como con la libertad prudente, y derechos moderados que fertilizan estas dos ramas de la opulencia pública, en vez de esterilizarlas. La miseria era en Europa el resultado del sistema reglamentario del físico: apenas hubo algunas vislumbres de emancipacion, volvió á aparecer la abundancia. Luis permitió tambien á sus vasallos pasar sus bienes á paises estranjeros, escepto á Roma: tan re-

sentido estaba contra la santa Sede por el mal éxito de sus negociaciones á favor de la casa de Anjou. Ademas, era grande la suma que la corte romana sacaba de Francia con diversos títulos, aun de los no comprendidos en la pragmática. Esta suma era anualmente, segun la valuacion, acaso exagerada, del parlamento, ocho ó diez millones de francos.

En esta misma época, deseando Luis desenojar al duque de Borgoña, resentido por habérsele quitado á su hijo el gobierno de Normandía, le cedió sus derechos al ducado de Luxemburgo, y aun le dispensó de pagar 50000 escudos que se debian por esta adquisicion al duque de Sajonia. Pero aun en esta accion generosa mostró Luis su falsedad, y al mismo tiempo que halagaba al padre, ofendia al hijo, colmando de beneficios al señor de Croy, su enemigo personal y dándole el condado de Guines, y ofreciendo asilo en su palacio al conde de Etampes, acusado de haber sido cómplice en una conspiracion contra el conde de Charolais: y así el rey creaba y aumentaba imprudentemente la tempestad que no tardó en descargar sobre el.

Las discordias sangrientas, que entonces dividian la Gran Bretaña, proporcionaron á Francia una ocasion, que no se aprovechó, de dar glorioso fin á la antigua y funesta rivalidad de ambas naciones. Enrique VI, que siendo niño habia llevado las dos coronas de Francia y de Inglaterra, vió perderse la par-

te mas rica de esta inmensa sucesion. Los ejércitos ingleses, despues de tantos años de victorias y conquistas; cedieron al valor de Cárlos VII y á la espada portentosa de Juana de Arc. Enrique, abandonado por el duque de Borgoña, privado de los consejos y de la esperiencia de Bedford, y arrojado sucesivamente de París, de Normandía y de Guiena, y abatido por tantos reveses, no sabia oponer á los infortunios la firmeza de carácter que los repara ó los ennoblece. Era débil de espíritu y de cuerpo; laudable á la verdad por sus virtudes privadas; pero incapaz de hacer respetar en su persona al hijo humillado de un conquistador ó al soberano menoscavado de un pueblo altivo y belicoso.

Mas tenia por compañera en el trono una princesa dotada de gran fuerza de ánimo, una verdadera heroina: Margarita de Anjou, digna de otro esposo y de mejor fortuna, hizo esfuerzos prodigiosos de audacia y de valor para sostener al pusilánime Enrique VI, que parecia haber trocado el sexo con ella. Margarita, siendo muger y estranjera, sucumbió en esta larga lucha: todo lo perdió, grandezas, opulencia, cetro, hasta la misma libertad. Pero en sus derrotas y en sus triunfos, en la prision ó en destierro así como en el trono, adquirió la gloria de ser contada justamente en el número de los heroes y de los grandes reyes de la Europa moderna.

La ambicion de los príncipes de la fami-

lia real fue la sola causa de los disturbios que ensangrentaron tantos años la Gran Bretaña. La casa de York no podia consolarse de la pérdida de la corona, que le habia quitado la familia de Lancaster. Los reveses de Enrique, su poquedad de ánimo y la indignacion de los militares ingleses, ofrecian al duque de York una ocasion harto favorable á sus designios, para que no se aprovechase de ella. Acabó de irritarle la injusta preferencia que la corte dió al conde de Somerset. Imploró el ausilio de los descontentos, y todos se le unieron: formó un ejército, y lo aumentó por la indolencia de Enrique. Los dos partidos vinieron á las manos, y fue vencido del rey, que perdió con la batalla la libertad. El vencedor le condujo á Londres, se apoderó de la autoridad con el título de protector, y solo dejó al monarca cautivo el vano título de rey sin poder alguno. Enrique se resignaba con su suerte: pero la altiva Margarita habia resuelto sacarle de aquel abatimiento. Empleando sucesivamente las amenazas, las reprehensiones, las promesas y las súplicas, supo valerse de la versatilidad del pueblo, de la compasion que excita una grande calamidad, y de la envidia que siempre se tiene á los que se elevan de pronto. La heroina reunió sus partidarios, dividió á sus enemigos, burló la vigilancia del protector, y no se declaró hasta que el entusiasmo de los suyos le dió fuerzas suficientes para triunfar. Con ellas arrojó de

la capital al duque de York, y restituyó á su esposo la corona, que solo debia á ella su esplendor. Pero el triunfo de la restauracion duró poco. El enemigo sorprendido, pero no abatido, se habia retirado sin huir; y mientras el duque de York procuraba animar sus tropas, y probar de nuevo la suerte de las armas, el conde de Warwik, á quien habia encomendado el mando de un cuerpo numeroso, marchó atrevidamente contra Londres, y venció á Enrique en una corta, pero sangrienta batalla.

Margarita no pudiendo evitar que huyese su marido, se retiró con la flor de sus guerreros al condado de Durham, donde acudió pronto un gran número de sus partidarios. Entretanto Enrique volvió á su capital perseguido por los vencedores, y cayó segunda vez en sus manos. El duque de York se presentó en Londres, convocó un parlamento, y exigió que le diese la corona, en un discurso, en que esplicó los derechos de su casa, despojada por la familia de Lancaster. "Mientras esta familia, dijo, conquistando la Francia, cubrió su usurpacion con el laurel de la gloria, pudo tolerarse la ilegitimidad de su poder: pero Enrique, despues de haber mancillado la nacion inglesa con una ignominia indeleble, no es digno ya del cetro que pertenece á mi familia: la justicia y el honor piden igualmente que los restituya." El duque era mas temido que amado: la bondad de Enrique inspira-

ba á todos cariño y compasion: era objeto de la admiracion general la intrepidez de Margarita. Todos estos motivos obligaban al parlamento á vacilar y á manifestar su incertidumbre con el silencio. El duque impaciente esclamó: "yo he tomado mi partido: á vosotros toca tomar el vuestro.» El parlamento careció de energía: mas se le propuso un medio entre los dos estremos, y lo adoptó. Este fue el de decidir que se devolveria la corona á la casa de York despues de la muerte de Enrique: pero que este príncipe conservaria mientras viviese, el título y los honores de rey.

Enrique solo via en su humillacion un puerto despues de la tempestad y un descanso muy á propósito para su flaqueza. Libre de las fatigas y de los peligros del gobierno, ya no reinaba, pero tenia una corte. Su prision se llamaba palacio, y esto le bastaba: y así escribió á la reina exhortándola á que se sometiese á un tratado tan vergonzoso.

Margarita, demasiado altiva para consentir en su degradacion, no respondió: aumentó sus esfuerzos para alistar nuevas tropas, con tal actividad, que en pocos dias se halló al frente de 18000 hombres. El duque de York, indignado de que una muger, despues de dos victorias, le disputase todavía el imperio, no midió ni sus fuerzas ni su valor; y cometió la imprudencia de marchar contra ella con solo 5000 hombres, y sin esperar los refuerzos que Warwik estaba reuniendo. En-

contró á su enemiga cerca de Wakefiel, y le dió batalla, en que fue castigada su temeridad con la ruina de su ejército, y con la muerte que halló en el combate.

El jóven conde de Rutland, su hijo, cayó en poder de lord Cliford, y le pidió la vida, postrado á sus pies: pero el feroz inglés le respondió, al atravesarlo con su puñal: "morirás, en venganza de la muerte de mi padre: y ¡ojala pudiera esterminar toda tu familia!" El bárbaro envió á Margarita su cabeza, con las de Salisbury y del duque de York.

La reina mancilló su gloria haciendo clavar aquellos sangrientos trofeos en las murallas de York, y añadiendo la crueldad de mandar poner en la cabeza del duque una corona de carton. Su noble carácter no pudo sobreponerse enteramente á la perversidad de su siglo. Era Margarita demasiado hábil para descuidarse despues de la victoria: y así persiguió á los enemigos y marchó rápidamente contra la capital. El conde de Warwik y el duque Norfolk le salieron al opósito, pero en vano. La reina, segunda vez victoriosa en san Albano, entró en Londres y dió á su admirado esposo la noticia de que era libre y rey. Enrique, insensible á estas frecuentes vicisitudes, pasaba con indiferencia de las cadenas al trono: y lejos de mostrar encono contra sus carceleros, pidió á Margarita que los perdonase, mas no lo consiguió: todos fuero enviados al suplicio.

Los dos partidos eran muy numerosos, y estaban muy irritados para que dos batallas saciasen su furor. Tenia necesidad de rios de sangre. Margarita supo que el conde de March, hermano mayor del infeliz Rutland, habiendo convocado á la venganza todos los partidarios de su familia, y alistado numeroso ejército, se dirigia á marchas forzadas contra la capital. La reina, cuyo ejército estaba fatigado de tantos combates, no quiso esperar á su formidable enemigo en Londres, cuyos habitantes la aborrecian por sus venganzas sanguinarias. Salió pues, de la ciudad, llevando con sigo á su hijo y á su esposo, y se refugió en las provincias del norte. El conde de March entró pues, sin obstáculo en la capital, y fue proclamado rey con el nombre de Eduardo IV. El parlamento, siempre indeciso, fue impelido en esta ocasion por el entusiasmo de la muchedumbre.

La mayor parte de estos sucesos pasaron antes de la muerte de Cárlos VII: pero se han referido aquí para unirlos con los que se verificaron despues del advenimiento de Luis XI. Eduardo, ansioso de vengar la sangre vertida de su familia, se apresuró á perseguir al enemigo. Encontráronse los dos ejércitos: el de Margarita constaba de 60000 hombres, el de Eduardo, de solos 40000. La victoria estuvo indecisa dos dias: por ambas partes se peleaba con igual valor y ostinacion. Esta fue no una batalla campal, sino una multitud

de combates particulares cuerpo á cuerpo. En fin, á pesar de la inferioridad del número, triunfó la fortuna de Eduardo. Warwik, para dar á entender á los suyos que pelearia hasta vencer ó morir, habia dado muerte á su caballo, antes de entrar en el combate. Esta resolucion atrevida dió nuevo ardor á los soldados de Eduardo: y aun pareció que los elementos favorecian su causa: pues un viento impetuoso del sur lanzaba la nieve sobre las caras de sus enemigos y les impedia ver. Clifford, atravesado de heridas, espió la sangre del príncipe que habia degollado. La cabeza del duque de Devonshire se puso en lugar de la del padre de Eduardo en las murallas de York. Enrique, su muger y su hijo, despues de inútiles esfuerzos para volver á reunir sus tropas fugitivas, se retiraron á Escocia.

Luis XI, que acababa de subir al trono, y cuyo ausilio imploraron, no les prometió tropas, sino asilo; y aquellos ilustres proscriptos se retiraron á sus estados, para librarse de la persecucion de su infatigable enemigo. El interés del reino y los lazos de la sangre movian á Luis á sostener la causa de Margarita. Pero entonces, como en toda la carrera de su vida, este monarca, indeciso á fuerza de ser sutil, y esperando conseguir por el artificio lo que no se atrevia á solicitar con las armas, pareció respetar igualmente los derechos de Eduardo y los de Enrique. Recibió cordialmente y con generosidad á los vencidos: pero el

recibimiento que hizo á los embajadores del vencedor no fue menos amistoso. El duque de Bretaña se habia declarado públicamente contra Eduardo: las fuerzas de este se habian disminuido mucho en tantos combates, y si Luis, con un ejército rejuvenecido despues de tantos años de paz, hubiese atravesado el estrecho, y conducido á Londres á Margarita, habria ilustrado su reino y vengado á la Francia.

Pero la política del rey no era tan sublime: amaba la autoridad mas que la gloria, y no queria engrandecimientos que le costasen mucho. Calés fue la sola conquista, que quiso entonces intentar, no por las armas, sino por las negociaciones. Limitóse pues, á recibir cortesmente á Margarita, á ser padrino con ella de un hijo del duque de Orleans, y á dar al rey fugitivo un socorro de 20000 libras, bajo condicion, que si recobraba su trono, le restituiria la plaza de Calés. Eduardo que juzgaba de Luis por su mismo corazon, creyó que aprovecharia el rey de Francia la ocasion para vengar injurias antiguas y dar un golpe terrible al poder de Inglaterra: y así queriendo anticiparse y aterrar al mismo tiempo al duque de Bretaña, puso en la mar una escuadra que amenazó las costas de Normandía. Luis, sorprendido de estas ostilidades inesperadas, acudió prontamente á aquella provincia, guarneció las playas, y permitió á Brezé, senescal de Normandía, alistar algunas tro-

pas en socorro de Margarita. El entusiasmo de Brezé á favor de esta heroina era tan ardiente y apasionado, que se atribuia mas bien al amor que á la gloria. Juntó un cuerpo de 2000 caballeros, al frente de los cuales se atrevió á embarcarse Margarita con su esposo é hijo para disputar de nuevo la corona á su poderoso enemigo.

Dícese que Luis no amaba al senescal, y esperaba que pereceria en esta peligrosa aventura. Los vientos impidieron que los bajeles enemigos persiguiesen á Margarita: pero tambien dispersaron la escuadra de esta princesa. Despues de mil peligros llegó con solo el navío en que iba cerca de Werwik, y se apoderó de una fortaleza que le sirvió de asilo y de punto de reunion de sus partidarios. Fue sitiada por las tropas de Eduardo; pero Douglas acudió con algunos amigos fieles, y la libertó. Este primer suceso alentó á los lancasterianos, y en breve reunió Margarita bajo sus banderas un ejército numeroso, al cual se juntaron Somerset y Northumberland con sus vasallos. Como faltaban á estas tropas dinero y víveres, los soldados, primero descontentos y amotinados despues, rompieron el yugo de la disciplina. En esta situacion, Montaigu, general de Eduardo, atacó inopinadamente el campo atrincherado de Hexham, donde estaban los lancasterianos, y despues de corta resistencia, disipó aquella muchedumbre, tan mal preparada á defenderse. Margarita y Enrique huye-

ron segunda vez á Escocia: pero el regente de este reino queria entregarlos á Eduardo, con quien estaba en paz. Huyeron pues, del mal seguro asilo: Enrique fue preso por los soldados de Eduardo, y conducido á la torre de Londres. Margarita, mas feliz, logró escaparse con su hijo, pero sola y sin un guardia ni un criado. Esta princesa, vagando por las montañas y bosques, no atreviéndose á pedir asilo en ninguna parte, privada de alimento, estenuada del cansancio, cayó en poder de unos ladrones que la quitaron las joyas y el poco dinero que tenia. Mientras los bandidos peleaban por el repartimiento del robo, Margarita se escapó llevando en los brazos á su hijo, hasta que ya sin fuerzas cayó en el suelo. Uno de los ladrones llegó donde estaba. La reina se levanta, toma el aire de magestad propio de su estado y de su carácter, y le dice: "amigo, este niño es hijo de tu rey: sálvale." Aquel hombre conmovido la obedeció: y por senderos ásperos y ocultos la llevó á la orilla del mar, donde encontraron una lancha que los condujo á la Esclusa. El duque de Borgoña, sabiendo la llegada de Margarita á sus estados, la recibió con generosidad y le dió escolta para que pasase á la corte de Renato de Anjou, padre de la reina. Luis XI no tomó interés alguno por ella, porque nada esperaba de su alianza, y ademas, entonces le ocupaban esclusivamente los negocios de España y la conferencia del Bidasoa.

CAPITULO XXXV.

Reinado de Luis once desde 1463 hasta 1468.

Desavenencias y reconciliacion de Luis XI con el duque de Borgoña. Asambléa de Tours. Liga del bien público: batalla de Montlery: sitio de París: tratado de Conflans. Conquista de Normandía por Luis XI. Carlos el temerario, duque de Borgoña: guerra en Normandía. Estados generales de Tours: tratado de Ancenis.

Desavenencias y reconciliacion de Luis XI con el duque de Borgoña. El conde de Armagnac habia cumplido tan exactamente las órdenes de Luis en Rosellon y Cataluña, que para premiarle le nombró par y duque de Nemours. Pero el parlamento rehusó por largo tiempo archivar sus letras patentes, y las del duque de Nevers y Rethel. Hasta entonces los reyes no habian instituido nuevas dignidades de par sin el favor de los príncipes de la sangre; y el tribunal temia que se envileciese tan ilustre título prodigándolo. Mas el rey, cuyo designio constante era tener bajo su dependencia á los pares y abatir á los grandes,

persistió en su voluntad, y fue obedecido. Los parlamentos eran entonces imágenes débiles de los antiguos tribunales compuestos de vasallos inmediatos y barones, sin cuyo consentimiento decia san Luis que ni podia hacer guerras ni paces, ni aun casar su hijo. Los tiempos eran muy diferentes. Los mismos estados generales no eran mas que una sombra de los antiguos campos de mayo; y cuando no estaban reunidos, las mas esclarecidas corporaciones de la monarquía, solo gozaban del derecho, frecuentemente ilusorio y muchas veces contestado, de presentar quejas. Luis XI se afirmaba siempre en las decisiones del parlamento, cuando eran favorables á su política; y las anulaba, si acaso se oponian á su interés ó á su capricho. En esta misma época, como la corte de Roma amenazase escomulgar á los que apelasen al rey de sus actos, Luis dió un decreto, archivado en el parlamento el año siguiente, prohibiendo toda contribucion y exaccion de dinero, que no fuese impuesta por él.

En tiempo de Pio II y de su sucesor Paulo, intentó la corte romana excitar contra Luis enemigos interiores y esteriores: pero sus esfuerzos fueron inútiles. Los ministros de Cárlos VII habian acostumbrado el pueblo á la obediencia: y los reyes de Inglaterra y de España tenian hartos negocios en sus estados, para intervenir en los de Francia. Si poco despues tomó las armas contra Luis una confe-

deracion de hombres poderosos, la culpa fue de su mala política y de su perfidia, que los sublevó contra su autoridad.

Este principe halló traza en su ingratitud de excitar la ira de Felipe el Bueno, cuyo favor le habia sido tan útil: porque, habiendo prometido devolverle el ducado de Luxemburgo, diferia con vanos pretestos la ejecucion de su promesa. El duque le envió para reclamarla al señor de Chimay: y como Luis le entretuviese sin darle audiencia, vino á palacio, se puso á la puerta del cuarto del rey, y declaró que no se quitaria de allí hasta que el rey le recibiese.

Luis, se vió obligado á admitirle; y el borgoñon exigió que se le diese una respuesta positiva ó una declaracion de guerra. El rey, admirado de esta osadía, le preguntó si el duque de Borgoña se creia de *diferente metal* que otros príncipes. *Debe serlo*, dijo Chimay: *pues os recibió y protegió, cuando nadie sino él se hubiera atrevido á hacerlo.* El rey, poco acostumbrado á semejante atrevimiento, callaba sorprendido. El valiente Dunaois esclamó indignado. "¿Cómo os atreveis á hablar con tanta insolencia á un monarca tan grande?" Si estuviera á 50 leguas de aquí, respondió el orgulloso borgoñon, y el rey hablase con desprecio del duque mi señor, yo hubiera vuelto á toda brida para decir lo que he dicho." Las quejas eran fundadas de ambas partes en cuanto á la esencia del asun-

to. La falsedad de Luis y la violencia del conde de Charolais detenian á cada paso las negociaciones. Aquel eludia todas sus promesas: este faltaba continuamente á la moderacion y al respeto. Parecia inevitable la guerra, y los agentes de Eduardo IV multiplicaban sus esfuerzos para incitar los ánimos á un rompimiento.

Pero la prudencia del duque de Borgoña conjuró la tempestad por algunos meses: y aun se encargó de la mediacion entre Francia é Inglaterra, que hasta entonces no habian podido convenirse en suspender las hostilidades sino por cortos intérvalos. Su voz fue oida favorablemente, porque Eduardo temia la alianza del monarca francés con Escocia, y Luis XI preferia siempre las negociaciones á los combates. Hubo pues un armisticio, y mientras se lograba terminar la querella por una paz definitiva, Felipe concluyó una tregua de un año entre los dos reyes, que era todo lo que deseaba Luis. Este rey, para premiar el celo que mostró en la negociacion el señor de Croy, le dió el condado de Guines que le tenia prometido. Con este don adquiria la amistad de una familia poderosa, y ofendia el orgullo del conde de Charolais su enemigo. Aquella era la época de los malos hijos, como dice Duclos. Luis XI habia acortado á pesadumbres la vida de su padre: el conde de Charolais aborrecia á todos los amigos de Felipe el Bueno. El hijo del duque de Saboya

sublevaba los pueblos contra el autor de sus dias, y le obligaba á él y á su misma madre á buscar asilo en Francia. La política de Luis fomentaba con actividad todas estas enemistades. Cuanto era amado el duque de Borgoña por su benignidad, tanto miedo inspiraba el caracter violento de su hijo, y heredero. Cada dia se anunciaban nuevas conspiraciones contra él: y el odio las creia, por mas absurdas que fuesen. Se acusó á Juan Bruyere, médico del conde de Etampes, de haber usado de sortilegios y *embobedamientos* para dar muerte á los príncipes de Borgoña: y esta ridícula acusacion fue seguida ante los tribunales. La desconfianza que inspiraba el carácter de Luis daba verosimilitud á todas las acciones perversas que de él se contaban: y Luis por su parte, pareció justificar estas sospechas injuriosas, protegiendo al acusado. Esta conducta habia de obligar al conde de Charolais á declararse en fin contra el monarca que no perdia ocasion ninguna de ofenderle. En efecto, su mútuo aborrecimiento se manifestó públicamente cuando se trató de la restitucion de las plazas del Soma, que segun el tratado de Arras, debia entregar al rey el duque de Borgoña, mediante una suma de 400000 escudos. El conde de Charolais se opuso con todas sus fuerzas á esta cesion: pero Felipe, leal á sus promesas y dócil á los consejos del señor de Croy, consintió que se ejecutase el tratado.

El parlamento de París dió entonces un ilustre ejemplo de adhesion al rey y á la patria: porque dió la mitad de la suma pactada, repartiendo el gravámen entre sus individuos. Luis procuró tambien recobrar á Lila, Dovay y Orchies: pero como la bondad de Felipe estaba exenta de fllaqueza, sus ministros, aunque vendidos al rey, no pudieron persuadirle á hacer este nuevo sacrificio.

Luis XI que no podia estar un solo momento sin dar algun paso en su designio principal, que era el abatimiento de los grandes, se aprovechó de su reconciliacion con el duque de Borgoña para vengarse del de Bretaña. Las injurias que decia haber recibido de este vasallo, se habian aumentado últimamente: porque el duque, sobre no permitir á la armada del rey entrar en sus puertos cuando los bajeles ingleses amenazaban las costas de Francia, se negó á darle socorro en la guerra que sostenia en España.

El rey juntó algunas tropas y pasó á Tours. Desde allí envió á decir al duque que le diese satisfaccion de sus agravios, le prestase el homenage ligio que le habia rehusado, y renunciase al derecho de regalía sobre los obispados vacantes. El breton, con la esperanza de ganar tiempo, pidió por juez árbitro al papa: y declaró ademas, que mas bien queria llamar los ingleses á sus estados y ponerse bajo la proteccion de ellos, que consentir en la ruina de su independencia, y en vivir, no

como príncipe, sino como súbdito del rey. El papa aceptó la mediacion, y Luis hubo de suspender la ejecucion de sus amenazas

Luis XI no era amado, pero se le respetaba por su valor personal de que habia dado pruebas en su juventud, por ser el mas hábil, el mas rico y el mas poderoso de todos los príncipes de su siglo. Por su carácter, era el amigo menos seguro y el enemigo mas temible. Y así le sucedió lo que á los malos reyes: se le aborrecia, pero se solicitaba su amistad. Felipe, príncipe de Saboya, era sostenido, en su rebelion contra su padre, por Francisco Esforcia, duque de Milán. El padre imploró el auxilio del rey. Luis, para favorecerlo, entró en negociacion con Esforcia, le cedió la plaza de Sabona y sus derechos sobre Génova, con tal que pagase 200000 escudos de oro al duque de Orleans en resarcimiento de sus derechos al milanesado, y abandonase la causa del príncipe Felipe. El senado de Génova, incapaz de resistencia por sus divisiones intestinas, se sometió á esta decision, prestó juramento á Esforcia y aun le cedió la soberanía de la isla de Córcega. Este mismo año de 1463 enviaron los suizos una embajada al rey, pidiendo que los defendiese contra la ambicion de la casa de Borgoña. Luis fundó tambien en este año la universidad de Bourges: y publicó una ordenanza mandando formar un censo exacto de la nobleza y de los feudos de primera y segunda clase que poseia.

Falleció á la sazon su madre María de Anjou, princesa que por su dulzura, moderacion y piedad religiosa era venerada universalmente en aquel siglo de facciones y de guerras civiles.

Asamblea de Tours (1464). Continuaba la rebelion de los catalanes contra don Juan, rey de Aragon. Don Pedro, infante de Portugal, á quien los rebeldes habian elegido por príncipe, tomó tambien el título de rey de Aragon y de Sicilia. Pero ninguna hazaña justificó esta temeridad. Silva, su lugarteniente, puso sitio á Gerona: pero fue muerto en un combate, y la plaza quedó libre. Don Pedro solicitó la alianza de Luis XI, y no la consiguió: procuró despues, para despicarse, sublevar el condado de Rosellon, y tambien le salió mal esta empresa. Luis, aunque desechó las ofertas de don Pedro, no por eso socorrió á don Juan. Solo le envió pequeños destacamentos de tropas, incapaces de terminar la guerra, pero suficientes para prolongarlos.

Un nuevo interés llamó su atencion hácia las provincias del norte. La ciudad de Tournay se habia negado á darle asilo, cuando huia, siendo delfin, del enojo de su padre Cárlos VII: y temiendo que se vengase cuando ya era pacífico poseedor del trono, le prestó 20000 escudos para completar la suma que debia pagar al duque de Borgoña por la restitucion de las plazas de Picardía.

Luis, hallando la ocasion favorable para

ganar el afecto de aquella ciudad populosa, fue á visitarla, confirmó sus antiguos privilegios, y logró del agradecimiento de sus vecinos que el préstamo anterior se convirtiese en donativo gratuito. Este viaje tenia ademas por objeto celebrar una conferencia con el duque de Borgoña para persuadirle á que no impidiese sus designios contra Bretaña. Felipe exhortó al rey á que nombrase por árbitro de sus desavenencias con el breton al conde de Maine, cuya prudencia y autoridad habian contribuido tan poderosamente á los triunfos de Cárlos VII. Las quejas de Luis eran que el breton desobedecia las decisiones del parlamento, desconocia la soberanía real, y se titulaba *duque de Bretaña por la gracia de Dios.* El conde de Daru, en la historia que escribió de este ducado, esplica largamente los fundamentos y progresos de este pleito feudal: la cuestion principal era si Bretaña debia ser reconocida, ó no, como potencia independiente.

En este tiempo el pontífice Pio II, conservada la paz de Italia, incitó á los príncipes cristianos contra los turcos que amenazaban ya el occidente europeo. El duque de Borgoña, animado del ardor de su fé, correspondió al llamamiento, alistó numeroso ejército, y se puso en marcha para Italia: pero por falta de prevision escasearon los víveres y los soldados se dispersaron. No por eso abandonó el papa su gloriosa empresa. Juntó en Ancona bastantes tropas, aunque indóciles á su autoridad

y acostumbradas á la licencia é indisciplina, se disipó tambien este simulacro de ejército. Pio II murió poco tiempo despues, afligido con el mal éxito de sus santos designios. Sucedióle, con el nombre de Paulo II, Pedro Barbçau, natural de Venecia. Este renunció al proyecto de su antecesor, viendo cuán dificil era convencer á los príncipes cristianos, atentos solo á sus querellas é intereses, de la necesidad, deoponer firme resistencia á un pueblo bárbaro, conquistador y victorioso, como eran entonces los turcos.

El duque de Bretaña, declarado enemigo de Luis XI, propagaba en todas partes la noticia de una conspiracion tramada por el rey contra la vida de los príncipes de Borgoña. Luis interceptó sus cartas, y envió á todas partes muchas copias de ellas con el objeto de que se supiesen las intrigas secretas del conde de Charolais y del breton para unirse con Inglaterra y destruir á Francia. Pasó despues á Picardía, alistó tropas, y pidió al duque de Borgoña que pasase á Hesdin á conferenciar con él. El designio del rey era rebelarle las intrigas criminales del conde. Pero al mismo tiempo cometió un acto de violencia, que hizo imposible toda esplicacion, y que la desconfianza y el odio interpretaron como prueba de intenciones aun mas perversas que las que él tenia. Habiendo sabido que el vicecanciller de Bretaña estaba en Holanda disfrazado de regioso dominico para hacer un tratado secre-

to entre el duque su señor, el conde de Charolais y el rey de Inglaterra, quiso apoderarse de su persona y de sus papeles: y encargó esta mision al bastardo de Rubenpré, hombre hábil, intrigante y atrevido. Este se embarcó en un buque armado, que tenia 25 hombres de tripulacion, en la embocadura del Soma, y echó el ancla en Walcheren, una de las islas de Zelanda. Desembarcó con dos compañeros, hombres resueltos, pasó de noche y por caminos estraviados á Gorcum, ciudad pequeña, en la cual esperaba hallar y sorprender al vicecanciller. Pero el conde de Charolais, que á la sazon estaba reñido con su padre, se habia retirado á la misma ciudad: la llegada secreta y la conducta misteriosa de Rubenpré escitaron sospechas, y se le puso en prision. Como se sabia que era aventurero y temerario, se dijo y repitió que habia venido á Holanda para apoderarse de la persona del conde de Charolais, y despues de su padre Felipe y de la de su hija María. El mismo conde, preparado ya á creerlo y temerlo todo de Luis XI, tuvo tanto terror, que encargó á Oliveros de la Marche, su maestresala, llevar apresuradamente esta noticia al duque de Borgoña que esperaba al rey en Hesdin. El mensagero produjo tal impresion con estas nuevas y quizá con las circunstancias que añadió, que el duque, en lugar de recibir al rey, á quien se esperaba al dia siguiente para comer, montó á caballo y salió de improviso para Lila, dejando á su sobrino

el duque de Cleves el cuidado de obsequiar á Luis, si aun persistia en su determinacion de pasar á Hesdin. Entonces esparcida la calumnia en los campos, castillos y aldeas, en las plazas públicas y en las casas de los particulares, se levantó un grito universal contra Luis XI, acusándole de tirano y asesino. El rey, sabiendo lo que pasaba, se retiró indignado á Normandía, y envió embajadores al duque de Borgoña que exigiesen satisfaccion por el agravio hecho á la magestad real.

Estos embajadores eran el conde de Eu, venerable por sus canas y esperiencia, el arzobispo de Narbona, prelado virtuoso y respetado, y Pedro de Morvilliers, canciller de Francia, hombre austero, duro, y cuyas espresiones violentas serian mas propias para irritar los ánimos que para calmarlos. El rey no podia justificar un acto contrario al derecho de gentes, como era apoderarse del enviado del duque de Bretaña en territorio estrangero: y si las otras perversas intenciones que se le atribuian, no estaban demostradas, él mismo habia hecho verosimil la calumnia, protegiendo al conde de Etampes, acusado de tentativas contra la vida del conde de Charolais; pero otro suceso dió mayor probabilidad á la sospecha.

Juan Constain, repostero del duque de Borgoña, quiso envenenar al conde, y encargó á un caballero, llamado Juan de Yvy, que le trajese de Italia un veneno sumamente activo. Yvy cumplió la comision, exigió recom-

pensa, y Constain le dijo muchas injurias. Enfurecido y ardiendo en deseos de venganza, delató esta horrible maldad al príncipe. Constain fue preso, juzgado y condenado á muerte. Antes de sufrir el suplicio, pidió por gracia que se le permitiese revelar al conde un secreto importante, y la consiguió. Los testigos de esta audiencia que duró una hora, no pudieron oir lo que Constain decia: solo observaron que el conde dió repetidas muestras de sorpresa y de indignacion, y que se santiguaba casi á cada palabra. La suerte de Yvy el denunciador no fue menos cruel: porque habiendo dicho neciamente que hubiera guardado el secreto á habérselo pagado Constain, fue degollado. Aunque nada de esto fuese una prueba decisiva contra Luis, ya es una gran mancilla para su reputacion haber inspirado á todos sus contemporáneos tan odiosas sospechas.

En este tiempo, habiendo caido Felipe gravemente enfermo, su hijo fue á verle, mostró arrepentimiento sincero de su inobediencia, y recobró la gracia de su padre. El duque le permitió asistir á la audiencia que dió á los embajadores del rey: pero mandándole que contuviese su ira y refrenase su ímpetu. Cuando se presentaron los enviados, el canciller, que era orador de la embajada, pedida la venia para hablar, dijo con arrogancia que venian á exigir satisfaccion de una grave injuria. "El conde de Charolais, añadió, sin motivo alguno, y sin respeto á la autoridad regia, ha man-

dado embargar un navío francés. Se ha atrevido á mas: pues ha preso al bastardo de Rubenpré, vasallo del rey, y le tiene en una cárcel, publicando falsamente que este caballero habia venido á Gorcum para cometer un atentado contra su persona. Esta voz calumniosa se ha difundido con cautela, y se ha procurado acreditarla en Brujas, donde concurren todas las naciones de Europa, por medio de un caballero borgoñon, llamado Oliveros de la Marche. Por estas razones, el rey, tan gravemente ofendido con tal calumnia, requiere de la justicia y fidelidad del duque Felipe, que envie preso á París á dicho Oliveros para que se le imponga el castigo digno de su mentira y de su insolencia." "Señores, respondió el duque, el señor Oliveros de la Marche, nacido en el condado de Borgoña y maestresala mio, no está sujeto á la jurisdiccion de la corona. No obstante si se prueba en justicia que ha dicho ó hecho alguna cosa contra el honor del rey, yo le castigaré como el caso merezca. En cuanto al bastardo de Rubenpré, es verdad que se le ha preso por sus manejos é intrigas en las cercanías del Haya, donde estaba entonces mi hijo. Si el conde de Charolais es desconfiado, no lo ha aprendido de mí, sino de su madre, la muger mas suspicaz que he conocido. Pero aunque yo no lo sea, os aseguro que si me hubiese hallado en lugar de mi hijo con el bastardo de Rubenpré cerca de mí, le hubiera puesto preso como Cárlos lo ha hecho. Mas si

no se halla ningun indicio de que el bastardo intentase apoderarse de la persona de mi hijo, le pondré inmediatamente en libertad y le enviaré al rey. Siento que se haya dado crédito tan generalmente á las voces esparcidas contra S. M. Yo, ni he dado nunca motivo á sospechas de ese género, ni las creo ligeramente. Tal vez he faltado á mi palabra con las mugeres; jamas con los hombres." El canciller en su réplica alegó las quejas de Luis contra el duque de Bretaña, y reprendió con viveza al de Charolais haberse unido secretamente con este duque, cuando fueron á ver al rey en Tours. "Hicieron, dijo, juramentos recíprocos y trocaron sus sellos en presencia de Tannegui Duchatel, contrajeron alianza, y fraternidad de armas, que es un delito enorme en un príncipe de la familia de Francia." El conde de Charolais manifestó entonces que iba á interrumpirle: pero el canciller le cortó la palabra diciéndole: "Señor conde, yo no he venido aquí para hablar con vos, sino con vuestro padre." El conde irritado rogó á su padre que le permitiese responder. "Yo he respondido por tí, dijo el duque, como me parece que un padre debe responder por su hijo. Pero si tienes tanto deseo de hablar, medita hoy lo que has de decir, y mañana responde cuanto quieras." Morvilliers terminó esta conferencia diciendo al conde que ningun motivo legítimo justificaba su alianza con el duque de Bretaña, á no ser a pérdida del gobierno de Normandía que el

rey pudo quitarle, como habia podido dárselo. Así terminó esta audiencia en que el duque manifestó bien á las claras cuán despreciable era á sus ojos el carácter de Luis XI.

Al otro dia cuando llegaron los embajadores, hallaron al conde de Charolais puesto de rodillas sobre un almoadon de terciopelo, y pidiendo á su padre licencia para hablar. Cuando la hubo conseguido, se disculpó de todo lo que habian censurado en su conducta los embajadores del rey, sostuvo que la prision de Rubenpré habia sido justa y fundada en motivos racionales: que las circunstancias misteriosas del viaje de aquel aventurero, sus conversaciones y su conducta habian dado lugar á justas sospechas: que ya solo pertenecia á los tribunales decidir entre los acusadores, y el acusado: que Oliveros de la Marche, siempre fiel á sus señores, estaba justificado en sus recelos contra un hombre como Rubenpré, capaz, segun todos decian, de los crímenes mas atroces: que la fraternidad de armas que tenia con el duque de Bretaña era permitida á los príncipes franceses, y un derecho de todos los que profesaban la orden de caballería: que ninguno de los tratados ó alianzas que habia contraido, tenia una sola cláusula contraria á los intereses ni á la seguridad del rey: que á todas las quejas vagas que se daban contra él, podia responder con otras mas legítimas, pues el rey habia prometido 400 lanzas al conde de Etampes para que

se sublevase contra e duque de Borgoña y le quitase el Brabante. "No hablaré, añadió, de la injuria que se me ha hecho en quitarme el gobierno de Normandía: porque siempre seré muy poderoso si conservo el amor de mi padre. Sabemos que el rey conserva tenazmente en la memoria los agravios imaginarios que cree haber recibido de nosotros, y olvida los importantes servicios que le ha hecho nuestra casa." El conde terminó su discurso diciendo á los embajadores que á no ser por el respeto que debia á su padre, se hubiera espresado en términos mas duros. El duque de Borgoña les dijo que suplicaba al rey que no se dejase preocupar facilmente contra él ni contra su hijo, y que les conservase su benevolencia. Segun la costumbre, se sirvieron vino y vizcochos de especias, y al retirarse los enviados de Luis, acercándose el conde de Charolais al arzobispo de Narbona, que salia el último, le dijo al oido estas palabras: "Recomendadme muy humildemente á la bondad del rey, y decidle que me ha dado muy mal rato con las reprensiones del canciller: pero que le pesará antes que se acabe el año."

Luis creyó que no debia vengarse por entonces del desaire de negarle toda satisfaccion acerca del asunto de Rubenpré. Sus enviados se espresaron con violen ia, pero él obró con debilidad: pues en lugar de insistir en la reparacion que exigia, procuró contentar al duque de Borgoña, cumpliendo exactamente su

promesa relativa á la cesion del Luxemburgo. Esta condescendencia aplacó el enojo de Felipe, mas no el de su hijo; que resuelto á vengarse, multiplicó sus intrigas, entró en relaciones con todos los descontentos de Francia, y á pesar de los consejos de su padre, alistó en sus dominios hombres de armas y soldados.

El rey convocó en Tours una grande asamblea compuesta del rey de Sicilia, de los duques de Berry, Orleans, Borbon y Nemours; de los condes de Angulema y de Nevers, y de otros muchos señores. El canciller declaró que S. M. los reconocia por árbitros, entre él y el duque de Bretaña, espuso los agravios que la corona habia recibido de este baron y pidió que se le obligase á satisfacerlos. El rey tomó despues la palabra, manifestó el mal estado en que se hallaba el reino á su advenimiento, la prosperidad que gozaba, debida á la cooperacion de los príncipes, de los nobles y de los pueblos con la autoridad real, las pocas fuerzas y la temeridad del duque de Bretaña, y la necesidad de reprimirlo: y concluyó diciendo á la junta que resolviese ella misma, si el rey estaba en el caso de emplear toda su autoridad para obligar al duque á cumplir sus deberes.

El rey de Sicilia, que sabia que Luis gustaba mas de ser obedecido que aconsejado, le dió gracias, en nombre de la asamblea, de la confianza que depositaba en ella: y en se-

guida todos los señores juraron sacrificar su vida en servicio de S. M. El rey, satisfecho de esta declaracion, dijo al rey de Sicilia, que escribiese al duque aconsejándole la sumision. Solo el duque de Orleans, creyendo por el discurso del rey que el deseo de este monarca era que le dijesen la verdad, tuvo osadía para quejarse de algunos abusos del gobierno, y aun emprendió disculpar la conducta del duque de Bretaña. El rey le respondió enojado y censuró su parcialidad á favor de un rebelde. El duque de Orleans, ofendido de las espresiones duras de Luis, cayó enfermo y murió dentro de pocos dias. Tenia un hijo que reinó despues con el nombre de Luis XII, y dos hijas: una fue abadesa en Fontebrault, y otra casó con Juan de Foix, vizconde de Narbona.

Apenas se disolvió la asamblea, envió el rey embajadores á Bretaña: pero el duque no quiso recibirlos. Pont l' Abbé á quien se envió despues, fue mas dichoso en su mision, porque fue admitido y oido. "Príncipe, dijo al duque, vos habeis propagado infames calumnias contra el rey: vos permitis, que uno de vuestros parientes sirva en el ejército del rey de Inglaterra, y son notorias vuestras relaciones íntimas con Eduardo. Estas ofensas contra vuestro soberano no pueden quedar sin castigo Creedme: si habeis obrado así por consejo de algunos amigos imprudentes, sacrificadlos á vuestra seguridad; aplacad al rey con la sumision. Mirad el peligro á que os esponen vuestros

consejeros, y pensad, que si llamais los ingleses en vuestro socorro, será Bretaña teatro de una guerra sangrienta, cuyas calamidades caerán sobre vos solo." El duque, sin obligarse á la sumision, disculpó con espresiones vagas las acciones de que se le acusaba. Confesó sus negociaciones con Eduardo, pero asegurando que nada habia estipulado contrario á los intereses de Francia: y como se le reprendia haber dado al rey de Inglaterra en sus cartas el título de su señor soberano, dijo que solo lo habia hecho por conformarse con la antigua etiqueta, y por lisonjear el orgullo del consejo británico.

Luis, justamente enojado de esta respuesta, resolvió tomar satisfaccion con las armas: pero no tardó en saber que el de Bretaña habia hecho alianza contra el conde de Charolais y con el rey Eduardo. Este, vacilando todavia acerca de la determinacion que debia tomar, acababa de dar á Luis alguna esperanza fundada de reconciliacion. Su casamiento con la princesa Bona de Saboya debia ser la prenda de la paz: y ya el contrato estaba dispuesto, cuando Eduardo, tan fácil de seducir como de irritar, se enamoró perdidamente de Isabel Ribers, su vasalla, viuda de Juan Gray; y sacrificando á su pasion, todas las consideraciones políticas, la recibió por esposa y la elevó al trono. Este matrimonio desigual ofendia el orgullo del pueblo inglés: pero el conde de Charolais, que via con pla-

cer esta nueva causa de discordia entre Eduardo y el rey de Francia, envió á Lóndres un embajador, acompañado de 300 caballeros para felicitar á los nuevos esposos: y este homenage tan público hizo mas respetable á la reina en la opinion del instable vulgo.

Liga del bien público: batalla de Montlery: sitio de París: tratado de Conflans (1465). A pesar de este contratiempo, Luis XI persistia en sus proyectos de venganza contra el de Bretaña. Este, para conjurar la tempestad, se aprovechaba astutamente del odio que se habia suscitado contra el rey. El duque de Borbon, cuñado de Luis, estaba irritado porque no se le habia concedido la espada de condestable; y fue uno de los primeros que entraron en la liga que el breton procuraba formar contra el rey. El de Berry no tardó en asociarse á ella: porque su infantazgo era corto y su ambicion mucha. El de Borgoña deseaba evitar esta nueva guerra civil: mas su prudencia no pudo sostenerse contra las instancias de su amigo el duque de Borbon, que le obligó á entrar en el partido. El clero estaba mal con el rey desde que abolió la Pragmática, aunque todavia estuviese vigente de hecho. Los pueblos estaban agoviados de impuestos. Los ministros y privados de Cárlos VII, destituidos por Luis, solo esperaban una ocasion de vengar sus agravios. Los príncipes y nobles, persuadidos de que el rey tenia el designio de someterlos, si dejaban perecer inde-

fensos á los vasallos mas poderosos, formaron una union defensiva y ofensiva, á la cual dieron el nombre de *Liga del bien público.* La mayor parte de los que entraron en esta grande conspiracion, eran jóvenes, presuntuosos, y tan imprudentes, que para concertar sus designios, en lugar de cubrirlos con velos misteriosos, se reunian frecuentemente por la noche en la catedral de París. Luis XI, á pesar de su cautela y habilidad política, no hizo caso de estos conciliábulos, que pudo haber destruido con su autoridad: y en lugar de acometer al duque de Bretaña antes que los coligados pudiesen acudir á defenderle, se dejó engañar con la promesa de someterse cuando estuviese seguro del consentimiento de los estados de Bretaña. El rey concedió al duque término de tres meses: yerro notable, que cometió por su propension á las intrigas: porque entonces trataba de corromper á la dama del breton, y á Lescum, su favorito, seguro de que ganada la voluntad de los dos, dispondria de la del duque á su arbitrio. Pero ellos reconocieron el lazo, y no se dejaron sobornar. El rey, engañado en su esperanza, y avisado tarde, comenzaba á desconfiar del duque de Berry su hermano: y así le llevó consigo en la espedicion que hizo contra bretaña al frente de un cuerpo considerable de tropas.

Lescum tenia inteligencias con el de Berry y le envió al Poitou donde ya estaba el rey, algunos hombres seguros, con cuyo auxilio

fingiendo una cacería, se escapó á Bretaña. Allí publicó un manifiesto contra Luis. El de Berry se creia gefe de la liga, y no era mas que instrumento suyo. Apenas estuvo al frente de ella, tomó una bandera, proclamaron los rebeldes su confederacion, y adoptaron por insignia un cordon de seda, de color de escarlata, que llevaban en la cintura. Luis XI, en el momento que se creia casi seguro de conquistar la Bretaña, se halló obligado á pensar solo en defenderse.

El duque de Calabria, los condes de Dunois, Dammartin y Armagnac, el duque de Nemours, el mariscal de Lohéac y el señor de Albret entraron en la liga. El rey de Sicilia y los condes de Maine, Nevers, Vendoma y Eu permanecieron fieles á Luis: pero la índole de este príncipe era tal que temia á sus enemigos y desconfiaba de sus amigos. Antes de pelear, ensayó sus armas ordinarias, que eran las promesas, el dinero y las negociaciones. La liga publicó un manifiesto contra los abusos del gobierno; y Luis respondió justificando su conducta. Decia que su hermano se quejaba injustamente, pues le estaba asegurada la herencia del trono, si el rey moria sin hijos, y que la prosperidad de que gozaba el reino, bastaba para refutar las calumnias inventadas contra su administracion. "Si hay, añadia, algunos abusos, que me los adviertan con el respeto debido, y no sigan los consejos de una juventud imprudente y sin espe-

riencia, ó los dictámenes de algunos grandes personages que en toda su vida no han hecho otra cosa sino oprimir á sus vasallos y saquear los pueblos."

La ciudad de Burdeos prometió fidelidad al rey: pero al mismo tiempo le suplicó que concediese al duque de Berry un infantazgo de mas renta. La Auvernia, el delfinado, el Leonesado y la Normandía tomaron las armas contra la liga; y lo que no era de esperar, el rey de Inglaterra renovó impolíticamente la tregua que tenia con Francia. Luis escribió al pontífice que acallase con su autoridad las quejas del clero de Francia: pero Gruel, su embajador en Roma, indignó con espresiones altaneras el consejo del papa.

Entretanto el rey juntó en el Berry un cuerpo de 14000 hombres, y le hizo observar severa disciplina: envio á los condes de Eu y de Nevers á Picardía para que defendiesen las fronteras: el conde de Maine, á las de Bretaña, y á Torcy, á las de Champaña. Las ventajas y pérdidas fueron casi iguales de ambas partes: los rebeldes ocuparon á Bourges: pero el rey tomó por asalto las plazas de Saint Amand, Montront y Montlugon, sometió el borbonés y el Berry, y bloqueó á Bourges. Hallándose poco despues en Saint Pourgain, descubrió una conspiracion tramada por los condes de Nemours y de Harcourt, dirigida á prender fuego á un almacen de pólvora, y en el desórden que causaria la explosion, apode-

rarse de la persona del rey. Poco despues supo que el de Armagnac traia á los rebeldes un socorro de 6000 hombres; y mostrando en esta ocasion la misma actividad que en su juventud, marchó contra ellos al frente de 14000 hombres, y los obligó á retirarse con precipitacion. Como á pesar de estas operaciones militares continuaba la negociacion, se concluyó una tregua de pocos dias.

Entretanto los duques de Berry y de Bretaña marcharon por las orillas del Loira con poderoso ejército para reunirse en París con el conde de Charolais, que marchaba al mismo tiempo desde la frontera del Soma. Luis conociendo, aunque demasiado tarde, que le habia engañado con la tregua, dejó 400 lanzas en Languedoc para defensa de esta provincia, encargó la del delfinado á Galeazo, hijo del duque de Milán, envió 4000 hombres á Auvernia, y marchó rápidamente con el grueso de su ejército, para impedir, si aun era posible; la reunion de los enemigos y salvar la capital.

El conde de Charolais, habiendo vencido á fuerza de instancias la repugnancia de su padre á la guerra civil, comenzó sus operaciones con todo el ardor que debia esperarse de su carácter impetuoso y de su odio contra Luis. El anciano duque le dijo al separarse de él: "pues así lo habeis querido, pelea: pero ya que has sacado el acero, no lo vuelvas á la vaina sin honor: prefiere una muerte

gloriosa á una fuga que te envilezca. Si sufres algun reves, yo marcharé en tu socorro al frente de 20000 hombres.» Uno y otro procuraron seducir con grandes promesas las ciudades del Soma: pero en vano. Todas permanecieron fieles al rey. El conde tomó á Roye y á Montdidier: y en este primer ensayo dió á conocer su temeridad en el combate, su dureza en el gobierno y su mala fé en la capitulacion.

Precedido del terror que inspiraba, y demasiado violento para esperar la llegada de sus aliados, se presentó al pie de las murallas de París, y dió inutilmente dos asaltos. La ciudad tenia 32000 hombres de guarnicion, mandados por el mariscal de Rouhault. El pueblo, aunque no amaba al rey, aborrecia á los grandes, y así la resistencia fue vigorosa. Los borgoñones, despues de esfuerzos inútiles hubieron de retirarse á san Dionís. Algunos dias despues se acamparon en Longjumeau, y su vanguardia en Montlhery. Cominy dice que Cárlos, si se hubiese aprovechado del primer susto de los parisienses, cuando obligó las tropas de la plaza que estaban fuera á encerrarse en los muros, hubiera tomado la ciudad.

El conde esperaba en su campamento á los duques de Berry y de Bretaña. En su consejo de guerra hubo diversos pareceres acerca de las operaciones ulteriores. Unos decian que podia retirarse sin mengua, pues habia

ejecutado por su parte lo que le tocaba; otros que debia pasar el Sena, y este dictamen se siguió. En estas circunstancias llegó al campamento el vicecanciller de Bretaña, que anunció la llegada inmediata de los duques. Entretanto Luis vencia desde el Borbones con tanta celeridad que en menos de diez dias atravesó las sesenta leguas que hay desde Montluçon hasta Montlhery. Su objeto era pelear con los borgoñones, antes que se les uniesen las demas fuerzas de la liga: pero ya habian reforzado al ejército borgoñon el duque de Nemours y los condes de Armagnac y Albert: y el conde de Maine, enviado por el rey para retardar la marcha de los duques de Bretaña y Berry, retiró antes las fuerzas superiores de estos duques, reforzadas con las de Dunnois, Loéoc, Dammartin, Beuil y otros muchos descontentos. El ejército de Luis constaba en aquel momento de 2200 lanzas, del alistamiento de segunda clase del delfinado, y de las milicias de 40 ó 50 señores. El rey convocó un consejo á que asistieron el conde de Maine, que habia venido á dar cuenta de su mision, y el gran senescal Brezé. Luis, con admiracion de los que le escuchaban, propuso un dictamen tímido, y fue, evitar el combate y encerrarse en París: pero se conoció que su desconfianza habitual era la que le habia inspirado esta determinacion poco honrosa. Sospechaba del conde de Maine, y no tenia mucha fé en la lealtad del senescal. Uno y otro aconsejaron

que se diese la batalla. Se separó el consejo sin haber decidido nada, y al salir, dijo el senescal á un amigo suyo: «yo pondré hoy á Luis tan cerca de Cárlos, que ha de ser muy hábil quien los aparte." Acaso deseaba la muerte de entrambos. Pero si obraba con perfidia, recibió el castigo, pues fue uno de los primeros que perecieron en la accion. El mismo Luis refirió despues esta anécdota á Comines.

El 27 de julio de 1465 la vanguardia real, mandada por Brezé, se acercó á las murallas de Montlhery. Saint Pol dió aviso de esto al conde de Charolais, que se hallaba apostado dos leguas detras en un terreno que habia elegido para combatir. Los gendarmas y flecheros de Saint Pol estaban á pie; sus carros les servian de atrincheramiento. El conde mandó llamar á Saint Pol: pero este le escribió que su salida de Montlhery seria mirada como una fuga y desanimaria al ejército. Entonces el príncipe le envió un refuerzo, mandado por el bastardo de Borgoña, y se determinó en fin á marchar él mismo á Montlhery con todas sus fuerzas. Ya los franceses y borgoñones estaban á tiro de flecha, separados no mas que por un foso. El vicecanciller de Bretaña, y Madray, un traidor que habia entregado á los borgoñones el puente de san Magencio viendo que se iba á dar batalla sin la llegada de los duques de Berry y de Borgoña, se aterraron y huyeron. Cuando llegó el conde de Charo-

lais, halló al conde de Saint Pol á pie y á los flecheros, llenos de ardor, que para doblar su brio estaban apurando muchos toneles de vino. Casi toda la gendarmería montó á caballo, por orden del príncipe, escepto algunos valerosos como Desquerdes y Felipe de Lalaing que segun las ideas de aquel siglo querian merecer la palma del valor peleando á pie, y se pusieron entre los flecheros. Como otros muchos gendarmas quisieron hacer lo mismo, esta incertidumbre les hizo perder mucho tiempo, y el ejército real lo tuvo para avanzar y ganar terreno en el primer choque á los borgoñones, de los cuales perecieron muchos en este primer encuentro, entre ellos Felipe de Lalaing. El rey en persona mandaba el cuerpo que acometió; al principio solo era de 400 lanzas: y se aumentaba muy despacio, porque las tropas que le llegaban de refuerzo, tenian que pasar un desfiladero, en el cual solo podian marchar en columna. El señor de Contay, que conoció esto, corrió á decir al conde de Charolais, que era favorable la ocasion para decidir la victoria, acometiendo impetuosamente al enemigo antes que se reforzase y se doblase en lo llano. Pero los consejos de otros capitanes tenian dudoso al conde, y esta vacilacion resfriaba el ardor de sus soldados, aunque eran mas en número que los del rey. Sin embargo, los borgoñones, habiéndose atrincherado en dos ó tres casas, hicieron fuego bastante vivo contra el enemigo, que

comenzó á cejar, y aun algunos de sus gendarmas volvieron á montar á caballo y huyeron: sus camaradas, viéndolos huir, levantaron gran vocería, que aterró á los borgoñones; de modo que de ambas partes hubo terror y derrota. Los flecheros borgoñones, atravesando campos de trigo y habas, marcharon desordenadamente. Los franceses que se habian rehecho, los persiguieron salvando fosos y vallados, y los estrecharon tan de cerca, que no les dieron tiempo para disparar sus saetas. Comines, hablando de esta accion, dice que las tropas borgoñonas se habian afeminado tanto con el ocio de una larga paz, que entre 1200 gendarmas apenas habia 400 que llevasen arnes: casi ninguno sabia enristrar la lanza, y sus escuderos iban muy mal armados. El buen duque Felipe, ocupado únicamente en aliviar el pueblo, reformar abusos, fundar establecimientos de caridad para los pobres, habia descuidado ejercitar sus tropas y tenerlas completamente armadas: de modo que aquel numeroso ejército, reunido por sus órdenes, y que prometia con su muchedumbre la victoria, engañó su esperanza, y disipó todas sus ilusiones de triunfo. Mientras que Saint Pol peleaba debilmente, el conde de Charolais estaba en la derecha muy lejos de él, detras del castillo de Montlhery. El ala izquierda de su ejército, mandada por el señor de Revestein, se desordenó por la derrota de Saint Pol. Entrambos vencidos, y no fiándose ni

aun en el abrigo que les ofrecia el recinto de sus carros, continuaron su fuga por el espacio de media legua, y no se detuvieron hasta la entrada de un bosque; donde se unieron á algunas tropas de infantería que llegaron á socorrerlos. Así pues, el cuerpo que mandaba el rey, creyó que habia conseguido la victoria y terminado la jornada; pues habia derrotado á Saint Pol, como tambien el centro y el ala izquierda de los enemigos. Pero nada estaba decidido todavía, y la fortuna aun no pronunciaba su sentencia: porque el conde de Charolais, que ignoraba la derrota de su izquierda, acometía en este momento con intrepidez las tropas reales que se hallaban á su opósito, triunfaba de su resistencia, y las desordenaba, dispersaba y perseguia con la celeridad del rayo. Ya su ardor le habia llevado muy lejos, cuando Antonio el breton, gentilhombre Luxemburgués, vino á avisarle que detras de él se via gran número de realistas en formacion, que procuraban cortarle la retirada, y que le pondrian en mucho riesgo, si no se escapaba con prontitud. El conde, sin hacer caso de esta advertencia, continuó imprudentemente persiguiendo á los enemigos, cuando el señor de Contay corrió á él, y le representó con tanta vehemencia el peligro de su posicion, que volvió al momento la brida, "é hizo bien, dice Comines: porque si hubiera avanzado tres tiros de flecha mas, infaliblemente hubiera sido hecho prisionero, co-

mo sucedió á los que iban delante de él." Y aun cuando se retiraba, encontró un batallon enemigo, que le detuvo: pero aunque entonces solo llevaba consigo cien caballos, se abrió paso por medio de aquella infantería, no sin recibir una herida que le hizo un soldado con la pica en el pecho y le inundó de sangre: el conde le derribó de un sablazo á los pies de su caballo, y continuó su marcha hácia el castillo de Montlhery: pero sus muros estaban ya ocupados por la guardia del rey. Separóse, pues, precipitadamente de aquel puesto, y le acometieron 16 gendarmas que se arrojaron sobre él y le mataron un escudero. El conde se defendió ostinadamente, y recibió en este combate una cuchillada en la garganta, cuya cicatriz conservó toda su vida. A pesar de su intrepidez, como perdia mucha sangre de las heridas, estaba ya para caer en manos de los enemigos: ya uno de los que peleaban contra él le tenia asido por el cinto y le gritaba: «Monseñor, rendíos: yo os conozco bien: no deis lugar á que os matemos;» cuando Juan Cadet, hijo de un médico, que seguia su bandera, se arrojó con su caballo grande y poderoso en medio de aquel grupo, derribó á los que acosaban á Cárlos mas de cerca y consiguió salvarle. Al mismo tiempo vió el conde la bandera del bastardo de Borgoña y algunos de sus soldados escondidos en los fosos, y se arrojó en medio de ellos. Poco despues llegó á aquel sitio Comines con 30 gen-

darmas, le dió un caballo no cansado, y reunió al rededor del príncipe algunas cuadrillas de fugitivos, fatigados y heridos que se hubieran rendido al instante, si el enemigo los hubiese perseguido con mas ardor. Mas no lo hizo así, y se reunieron al conde otros cuarenta gendarmas mandados por Saint Pol, que llegó en su socorro con lentititud sospechosa. Cárlos logró en fin juntar alguna infantería y 800 lanzas, que se apostaron á lo largo de un foso muy ancho y al abrigo de un vallado bastante alto.

Nunca se habian visto dos ejércitos enemigos poseidos de igual terror y puestos uno y otro en vergonzosa fuga. Por la parte del rey, el conde de Maine y cerca de 900 gendarmas habian sido completamente derrotados casi sin pelear. Uno de los personages mas distinguidos de la corte del rey huyó hasta Lusignan, ciudad del Poitou; y un oficial del conde de Charolais, hasta Quesnoy. «Estos dos, como dice ingenuamente Comines, no tenian gana de morderse el uno al otro.» En fin, habiendo tomado posicion los dos ejércitos y acercádose segunda vez, se tiraron todavía algunos cañonazos, que mataron mucha gente sin que resultase ninguna ventaja decisiva.

El ejército del rey estaba muy desanimado, y la presencia de Luis impedia con dificultad que se desmandase. Si se ha de creer al señor de Hautbourdin, los borgoñones lo hubieran destruido enteramente, á haber te-

nido sus flecheros en estado de disparar saetas á los enemigos. La noche separó los combatientes. Creíase que el rey, para ganar el prez de la jornada, dormiria en el campo de batalla: pero se retiró á Corbeil: y Saint Pol y Hautbourdin hicieron venir los carros, y atrincheraron sus tropas detras de ellos. Algunos cuerpos del ejército del rey, que creian al enemigo dispersado y fugitivo, volvieron sin desconfianza á Montlhery, y se hallaron en medio de los puestos borgoñones, donde muchos soldados encontraron la muerte. De una parte y otra perecieron cerca de 2000 hombres, y los prisioneros fueron otros tantos. Parecia que los dos príncipes enemigos manifestarian su gratitud á los valientes que se habian mostrado firmes en el peligro y castigarian á los cobardes que abandonaron las banderas. «Pero, dice Comines, juzgaron Luis y Cárlos como hombres y no como ángeles. Hubo quien perdió, por haber huido, sus estados y dignidades, que se dieron á otro que habia huido diez leguas mas lejos. Uno de los oficiales de nuestro ejército perdió su empleo y se le mandó no presentarse ante el conde: pero un mes despues era mas favorecido que antes.» Los borgoñones quedaron tan abatidos y desanimados, que al principio temieron que los parisienses salieran de sus murallas y los acometiesen y acabasen. Aquella misma noche nombró Cárlos 50 hombres para hacer un reconocimiento, y la mitad de ellos no obedeció. Cuando supo que

el rey habia partido, cobró aliento, permitió que le curasen las heridas, y tomó algun alimento. Como el sitio donde se hallaba, estaba lleno de cadáveres, los apartaron á un lado: pero entre ellos habia un soldado mal herido á quien tuvieron por muerto, y le despojaron; el cual, apenas comenzó el príncipe á comer se sentó y gritó con voz fuerte: *Dénme de beber*. Así se hizo, le curaron las heridas y sanó.

En el consejo de guerra que se celebró despues, el conde de san Pol propuso que atendida la inminencia del peligro, pues el ejército se hallaba entre el del rey y la guarnicion de París, se pegase fuego á los equipages, y al rayar el dia se pusieron las tropas en marcha para Borgoña. Muchos oficiales, entre ellos el señor de Hautbourdin, apoyaron este dictamen: pero el de Contay esclamó: "el partido que se propone es el mas ignominioso y el mas funesto: y apenas se publique, se apoderará el terror del ejército: se desmandará, será perseguido, y quedará destruido. Cuanto mayor es nuestro peligro, tanto mas cuidado debemos poner en ocultarlo. El único medio de imponer respeto al contrario y de impedir que nos acometa es acometerle nosotros mismos. La resolucion de vencer ó morir es la mas honrosa y la mas segura.» El conde de Charolais adoptó este consejo. Poco despues los centinelas dieron aviso de que el rey habia levantado su campo: noti-

cia que llenó de alegria á los borgoñones. «Entre estos, dice Comines, habia muchos que gritaban que era menester perseguir al enemigo denodadamente: pero el dia antes no habian mostrado tantos brios.» Cuando fue de dia, aseguraron al conde que el ejército de Bretaña estaba cerca. Esta voz se estendió con rapidez, y todos los fugitivos volvieron á las banderas, llegaron tambien el vicecanciller de Bretaña y Madray, acompañados de dos flecheros del duque, y en favor de la buena noticia que traian se les perdonó la desercion del dia de la batalla. El conde, ya libre del riesgo, recobró su orgullo, y comenzo á hablar de la batalla de Montlhery como de una victoria incontestable.

Al dia siguiente llegáron con sus tropas los duques de Berry y de Bretaña al campamento de Cárlos. Dunois, Dammartin, Amboise y otros mal contentos reforzaron este ejército, que era ya formidable y tenia cerca de 6000 lanzas. Los príncipes intimaron la rendicion al castillo de Montlhery: pero la guarnicion se mantuvo firme: y ellos no tuvieron por conveniente perder en sitiarlo un tiempo que podian emplear mejor. El rey estaba en Corbeil. Cuando supo la reunion de los ejércitos enemigos, que no habia podido impedir, dejó una parte de sus tropas en Paris, y pasó á Normandía para alistar en esta provincia nuevas fuerzas. Su ausencia dió motivo á que se esparciese la falsa noticia de su muerte, y

con ella hubo en el ejército contrario indecible alegría. El duque de Berry creia ya estar subiendo al trono, cuyos despojos pensaban repartir entre sí los demas coligados. Pero esta ilusion duró poco.

Los príncipes pasaron á Etampes, y resolvieron acercarse á París, por si podian persuadir á los de esta capital que accediesen á la liga. No dudaban que las demas ciudades considerables seguirian su ejemplo: tan grande era la influencia que ejercía ya sobre todo el reino. En el consejo que celebraron los príncipes, el duque de Berry, jóven, sensible y de excelente carácter, manifestó su afliccion por las calamidades de la guerra civil y por la sangre derramada. El conde de Charolais se disgustó mucho con la bondad y dulzura del de Berry; y al salir del consejo, dijo á sus amigos: "¿habeis oido á este hombre? Se ha desmayado de haber visto 700 á 800 heridos, que ni son sus parientes ni los conoce. Juzgad cuál seria su afliccion si le tocasen de cerca. Sería capaz de capitular con el rey y dejarnos en el lodo. No nos debemos olvidar de las enemistades y guerras que hubo entre su padre Cárlos VII y el mio. Estas gentes se volverán muy pronto contra nosotros, y es menester buscar otros amigos." Con esta idea envió un prelado al rey de Inglaterra para pedirle en matrimonio á la princesa Margarita, su hermana, y exhortarle á formar con él estrecha alianza.

En este tiempo trajo el duque de Calabria á los aliados un refuerzo considerable. Alentados pues, echaron un puente sobre el Sena, ahuyentaron las tropas del rey que defendian el rio, y pusieron su campo alrededor de la ciudad. Su ejército, que se aumentaba diariamente, ascendia ya á cien mil hombres. Con el duque de Calabria venía, por desgracia de Cárlos, un aventurero italiano, llamado Campo Basso, que despues colmado de sus favores y nombrado gobernador de Borgoña, fue en parte causa de los desastres que mancillaron su reinado y abreviaron sus dias. El rey al pasar á Normandía se detuvo algunas horas en París: y conociendo el peligro con que le amenazaba la reunion de los ejércitos de Borgoña y Bretaña, agotó los recursos de su ingenio para ganar el afecto de los habitantes de la capital, y excitar su celo á la defensa. Comió familiarmente con los principales burgueses, les contó sus hazañas y los peligros que habia corrido en la última batalla, exageró sus triunfos, y divirtió á los convidados con sus burlas contra los borgoñones: de modo que quedaron contentísimos de él y dispuestos á sacrificarse en servicio suyo. En esta ocasion y muy inoportunamente, Guillermo Chartier, obispo de París, le presentó quejas contra varios abusos, y le rogó que nombrase consejeros mas hábiles y virtuosos que los que tenia. Como entonces le importaba adquirir popularidad, oyó con venevolencia

al prelado, introdujo en el consejo seis vecinos y doce miembros del parlamento y de la universidad, suprimió los impuestos mas onerosos, y solo pidió á la universidad, en recompensa del privilegio que le ofrecia, que los estudiantes tomasen las armas como los demas vecinos: pero el rector se opuso á ello, y aun guardó poca moderacion en sus espresiones. Luis no insistió: pero cuando pasó el peligro, le mandó salir del reino. Antes de partir de la capital, hizo alianza con los de Lieja, pueblo turbulento, y enemigo pertinaz de los borgoñones.

Se cree que al mismo tiempo Dunois, tan buen francés como valeroso guerrero, le hizo el señalado servicio de persuadir al de Berry que no hiciese causa comun con el duque de Borgoña, pintándole á este príncipe como enemigo del trono de Francia. Este gérmen de desunion entre los coligados fue mas util al rey que sus ejércitos. El conde de Charolais, mas irritado cada dia contra el duque de Berry, no le comprendió en un tratado nuevo que hizo con el de Bretaña. Pero estas semillas de division no produjeron sus frutos sino mas tarde. Entonces todos los príncipes caminaban de acuerdo en la apariencia.

Enviaron un rey de armas á todas las autoridades de París, declarando que sus miras se dirigian al bien público, y pidiendo que se les enviasen diputados para evitar las guerras y deliberar sobre los grandes intereses de la

monarquía. Cada corporacion envió uno, y el obispo fue presidente de todos los diputados. Cuando se presentaron en el campamento, Dunois, en nombre de los príncipes, les dijo así; "el rey, enemigo de nuestros fueros, trata de arruinar á los grandes vasallos, que oponen obstáculo á sus designios. Ya se sabe que no quiere convocar estados generales. Si deseais que la nobleza conserve su existencia, el clero su independencia, el pueblo sus libertades, y los vecinos de las ciudades sus privilegios, abrid á los príncipes las puertas de la capital, donde auxiliados por vuestros consejos, reformarán el gobierno y obligarán al rey á respetar las prerogativas de todos. Preferimos la paz á la guerra; pero el tiempo es precioso; os damos dos dias de término para aceptar nuestras proposiciones; y si os negais á admitirlas, nos veremos obligados á tomar por asalto á París y á no dar cuartel."

Cuando la diputacion volvió á la ciudad y dió cuenta de esta conferencia, hubo gran terror en el pueblo; y el vulgo amenazó que se sublevaria, si no se abrian las puertas á los aliados; pero los gefes y capitanes de la guarnicion declararon que pasarian á cuchillo todos los habitantes que propusiesen recibir á los príncipes. Y así los diputados, muy á su pesar, volvieron al campamento, llevando una respuesta negativa, y no pudieron dar mas escusa sino que nada podia hacerse sin orden del rey que estaba ausente.

Los aliados, admirados de esta resolucion, deliberaron largo tiempo, y no se atrevieron á asaltar las murallas. Su incertidumbre dió ánimo á los enemigos: y 100 lanzas, que salieron de París, apresaron 60 caballos borgoñones. Pero la ciudad estaba consternada, temiendo el asalto y la hambre.

Dos dias despues cambió la faz de los negocios; porque se presentó el rey al frente de 12000 hombres: fue recibido con entusiasmo por la muchedumbre, que poco antes queria abandonarle: castigó severamente á los diputados que mostraron mas parcialidad á favor de los príncipes; trató al obispo con desprecio y mandó azotar algunos sediciosos que habian procurado sublevar la plebe. Luis no disimulaba cuánto temor le infundia el estado de las cosas: y despues dijo á Comines, que á haber entrado los aliados en París, no le quedaba mas recurso que emigrar á Suiza ó á Milán Despues de haber corregido al pueblo, lo divirtió con la ceremonia del oriflama, que supuso haberse hallado, y fue á recibirle con la solemnidad acostumbrada. Al mismo tiempo trataba de dividir á los enemigos: y el rey de Sicilia le favoreció en esto, rompiendo los lazos que unian á su hijo el duque de Calabria con el conde de Charolais. Cada uno de los aliados, temiendo que otro se anticipase á hacer la paz con el rey, procuró solo sus intereses particulares: las operaciones militares se suspendieron, y las hostilidades se convirtie-

ron en intrigas. Solo en una ocasion se puso en marcha el ejército de la liga contra unas lanzas del rey, que segun los avisos estaban preparadas á atacarlo. Cuando se disipó la niebla que las cubria, vieron que las lanzas no eran mas que unos cardos muy altos que habia en un terreno inculto.

Poco despues convinieron uno y otro partido en entablar negociaciones, á cuyo efecto se concluyó una tregua que nadie observó con religiosidad. Cuando los comisarios se reunieron en Charenton para tratar de la paz, el rey fue en persona al campamento de los príncipes: y viendo al conde de Charolais á la otra orilla del rio, le gritó: "hermano, ¿me prometeis seguridad?" "Sí, como hermano", respondió el conde. Luis pasó el rio, y le dijo: "sois verdaderamente caballero de la casa real de Francia: porque habeis cumplido muy prontamente vuestra palabra. Cuando el loco de Morvilliers os dijo en nombre mio espresiones bastante duras, me enviasteis á avisar con el arzobispo de Narbona que yo me arrepentiria antes del año. A mí me gusta tratar con gentes que saben cumplir lo que prometieron."

Despues hablaron los príncipes sobre las condiciones de la paz; y en ellas solo atendieron á sus intereses personales los que habian condecorado su liga con el nombre de *bien público*. El hermano del rey pedia que se le diesen en infantazgo la Normandía y la Guiena: Luis se negaba á ello, y le ofrecia la Champa-

ña, el Vermandes y la Brie, reservándose las plazas de Meaux, Melun y Montereau. El conde de Charolais exigia que se le entregasen las ciudades del Soma, y desdeñaba el condado de Boloña y las ciudades de Peronne, Roye y Mondidier que el rey le cedia. Los demas de la liga pidieron tierras, dignidades y señoríos; todos trataban á la Francia y al tesoro público como una presa: y así como el rey solo pensaba en aumentar su autoridad, ellos solo atendian á amontonar riquezas y privilegios. La complicacion de tantos intereses opuestos hubiera hecho interminable la negociacion, á no haberse abreviado por circunstancias imprevistas. El obispo de Bayeux faltó á lo que debia al rey, y entregó la ciudad de Ruan al duque de Borbon. Los normandos se mostraron entonces dispuestos á abandonar las banderas del rey, y los parisienses, á quienes Luis exigia un nuevo juramento, murmuraban, y daban con su agitacion fundados motivos de recelo. El ejército de la liga comenzaba á estar escaso de víveres: y así la necesidad obligó á entrambos partidos á transigir.

El rey y el conde de Charolais conferenciaron solos en el campo á igual distancia de la ciudad y del campamento, y en el calor de la conversacion llegaron paseándose hasta el primer recinto de los atrincheramientos de la capital. Cuando Cárlos reflexionó dónde estaba, se acordó de la triste suerte de su abuelo en el puente de Montereau: pero ya era tarde pa-

ra retroceder: disimuló su temor, y á un peligro sin remedio opuso firme y sereno rostro. Su recelo era infundado: porque, habiendo concluido la conversacion y despedídose el conde, Luis le saludó con una risa que daba bastante á entender que no ignoraba lo que pasaba en su ánimo, y le dejó ir libremente. Ya los borgoñones, inquietos por su ausencia, habian montado á caballo para buscarle, y evitar, si era posible, las consecuencias de su temeridad. Cuando se encontraron con él, le reprendieron su descuido. "No me riñais tanto, les dijo, mi locura fue grande: mas no caí en ello hasta que estuve junto al baluarte.

Las negociaciones continuaron con suma actividad, y el rey tenia tanto mas deseo de concluirlas cuanto no pensaban en cumplir nada de lo que estipulase en ellas. Y así, removiendo todas las dificultades, firmó la paz en Conflans, y aceptó todas las condiciones que le dictó la liga. El duque de Berry obtuvo por infantazgo la Normandía: el duque de Calabria, á Mouzon, Santa Menequilde, Neufchatel, la paga de 1500 lanzas por seis meses, y cien mil escudos. Luis renunció á la alianza con Castilla y Aragon: cedió al conde de Charolais las ciudades del Soma con la facultad de recobrarlas pagando 200000 escudos, y ademas, las plazas de Peronne, Boloña, Montdidier y Roye: prometió el restablecimiento de la pragmática: dió al duque de Borbon muchos señoríos en Auvernia, la paga de 300 lanzas

y 100000 escudos; y al duque de Bretaña, las plazas de Montfort y Etampes, y el derecho de regalía en sus estados: á Dunois, una compañía de cien lanzas, y á los señores de Albret y de Armañac, señoríos y pensiones. Dammartin recobró sus bienes confiscados y el mando de una compañía de 100 lanzas: Saint-Pol recibió la espada de condestable, no tanto por su valor, pericia é ilustre nacimiento, cuanto por separarlo de la alianza del duque de Borgoña. Saciadas de este modo la ambicion y la codicia, se habló del bien general largo tiempo, pero sin concluir nada. Dammartin tenia razon para llamar á la liga del bien público *liga del mal público.*

Este tratado se dividió en dos actos, uno firmado en Conflans, con el conde de Charolais, y otro en San Mauro con los demas príncipes ligados. El parlamento, ó por una firmeza noble, ó condescendiendo á las sugestiones secretas de Luis, se negó á archivarlo, diciendo que se habia obligado al rey á hacerlo por la fuerza: que en él se estipulaban enagenaciones considerables del dominio de la corona, y que en uno de los artículos se reconocia la supremacía temporal del papa. Pero habiendo opinado todos los señores consultados por el canciller, que se archivasen, el parlamento cedió á las órdenes repetidas del rey: pero declarando que siendo constreñido á obedecer, se sometia, sin que su obediencia parase perjuicio á su oposicion.

El tribunal de cuentas se opuso igualmente: lo que no desagradó á Luis. Despues se supo que este príncipe habia protestado secretamente contra el convenio. La paz se publicó el 20 de octubre de 1465. Cuando todo se hubo terminado, fue el rey sin escolta al ejército de los príncipes y le pasó revista. Abrazó al conde y se prometieron el uno al otro eterna amistad, mientras en sus corazones ardia el mas implacable rencor. Algun tiempo despues recibió Luis en Vincennes el homenage de su hermano por Normandía, el del conde de Charolais por las ciudades del Soma, y el juramento del condestable por su empleo. Bastará un hecho para mostrar cuán poco se fiaban de Luis. Esperaba al de Charolais en el castillo de Vincennes, y el conde no consintió entrar en él sino bajo una condicion, vergonzosa para la dignidad real, y fue que se le diese el mando de aquella fortaleza durante el tiempo que estuviese en ella, y se le permitiese que la guardasen entretanto tropas borgoñonas. El monarca se sometió á esta humillacion; y como no era decente que quedase bajo la custodia de sus enemigos, volvió á París despues de concluida la ceremonia. En esta época Jacobo II, rey de Escocia, queriendo aprovecharse de las turbulencias de Francia, envió embajadores al rey para reclamar el Saintonge que Cárlos VII le habia prometido. Luis lo negó formalmente y despidió á los enviados.

El rey no podia desconocer los tristes efec-

tos de su errada política. Ya era tiempo de separarlos, de calmar tantas irritaciones y de disminuir el número de sus enemigos. Resolvióse, pues, á no ostentar tan á las claras la autoridad absoluta que pensaba dar á la corona. Llamó á su consejo los grandes del reino, muchos magistrados, y aun algunos burgueses, cuyo influjo y conocimientos podian serles útiles. Reparó sus anteriores injusticias que habian sido pretesto de la sublevacion. Juvenal de los Ursinos fue restablecido en su emplo de canciller, y Dauvet en su destino de presidente del parlamento de París. Mandó tambien que cuando vacase alguna plaza en este tribunal, le presentase el cuerpo tres candidatos, de los cuales elegiria uno. Se queria, y aun se esperaba quizá, alguna disminucion en los impuestos: pero Luis no podia resolverse á ello. Mas no pudiendo aliviar los gravámenes que afligian á los vecinos de París, alagó su amor propio, visitó sus familias, habló con ellos de sus intereses privados, los convidó á comer; y á falta de generosidad, grangeó su afecto con la mansedumbre. Lo que mas les agradó, fue que los libertó del alistamiento primero y segundo, sin conocer que era una manera diestra de desarmarlos: y se le mostraron tan agradecidos, que consintieron sin murmurár en un aumento de contribuciones para pagar las sumas que se debian á la liga por el tratado de Conflans. Los impuestos mudaron de forma en el Langüedoc, y todas las contribuciones diversas, que

se percibian en esta provincia, se convirtieron en una *talla* personal. Si la paz de Conflans libertó á Luis XI del peligro en que él mismo se habia puesto, y le permitió gozar de algun descanso, no por eso fue menos funesto á Francia, que, habiendo sacrificado tantas plazas fuertes, quedaba descubierta por todas partes á las invasiones de los bretones, ingleses y borgoñones. Una de las cosas que el rey deseaba mas, era recobrar la amistad de Felipe el bueno: con este objeto dió por esposa á Juana, su hija natural, al bastardo de Borgoña, y en dote muchas ciudades de Auvernia y del Delfinado.

El rey no halló mas que un recurso para impedir los males que debian resultar de la flaqueza del reino; y fue sembrar odios y enemistades entre todos sus enemigos y oponer los unos á los otros. Poniendo pues, manos á la obra, tuvo medio, por industria de Dammartin, de excitar la envidia del duque de Bretaña contra su hermano Cárlos de Berry, con motivo de Normandía: y el breton, que tenia pretensiones no muy infundadas sobre algunas ciudades de aquella provincia, siguiendo los consejos de Tannegui Duchatel, se retiró descontento á sus estados. El rey se aprovechó de esta disposicion de ánimo. Pidióle una entrevista en la ciudad de Caen, conferenció con él, irritó su resentimiento contra el de Berry, amplió el derecho de regalía en Bretaña que le habia concedido, y al mismo tiem-

po le quitó cuatro hombres que habian contribuido mucho á su prosperidad, y eran Dunois, Dammartin, Loheac y Lescun. Todos cuatro pasaron al servicio de Luis, que los colmó de favores. Desde entonces procuró ganar á todos los malcontentos cuyo odio podia serle dañoso, y útiles los servicios. Luis XI, inquieto por carácter, pudo contenerse algun tiempo y encubrir sus designios; pero al fin la naturaleza triunfó del artificio, la inclinacion de la razon, y se quitó la máscara.

Conquista de Normandia por Luís XI (1466). Apenas habia gozado algunos meses la tranquilidad de la paz, cuando ya su espíritu revoltoso y vengativo se ponia en movimiento para romper los lazos que habia aceptado. Al punto que la division de sus enemigos alejó de él el peligro, no tuvo escrúpulo alguno de violar manifiestamente su fé. Todos los que trataron con él en Conflans, le creyeron pérfido en sus promesas: y su conducta justificó estos recelos.

Habia cedido la Normandía á su hermano de malísima gana, y le vía con mucha pena dueño de una provincia por la cual era vecino de los príncipes que mas temia; á saber, los duques de Borgoña y de Bretaña. Así, en el momento que menos se esperaba, sin encubrir su perjurio con ningun pretesto, marchó á Normandía con un cuerpo considerable de tropas. Al principio fue rechazado: pero un traidor que en la campaña anterior habia entre-

gado á los príncipes la plaza de Pontoise, los vendió en esta; y sobornado por Luis, abrió á sus soldados las puertas de Pont de l'Arche. Despues de esta espedicion, puso el rey sitio á la ciudad de Ruan. Su hermano, tan sorprendido como asustado de este ataque imprevisto, imploró al punto el socorro del conde de Charolais y del duque de Borgoña: pero estos se hallaban entonces harto ocupados en la guerra con los rebeldes de Lieja y no podian acudir en su auxilio. Su amistad con el duque de Bretaña se habia ya debilitado, y así el duque de Berry, careciendo de medios de defensa se vió en la necesidad de apelar á la justicia de su hermano, y suplicarle que tomase por árbitros de su desavenencia á los duques de Calabria, de Borbon y de Bretaña, al conde de Charolais y á los estados del reino. Luis se manifestó inaccesible á sus ruegos, y no concedió á Ruan mas término para capitular que diez dias La ciudad, atemorizada, se sometió, y el príncipe, obligado á huir, se refugió en la corte del duque de Bretaña: el cual, aunque estaba tan enojado con él que no habia querido socorrerle, fue bastante generoso para concederle un asilo. El conde de Charolais, que solo habia exigido la cesion de la Normandía al de Berry para debilitar el poder de la corona, apenas supo la invasion de esta provincia, envió á su privado Oliveros de la Marche para que hablase con Cárlos; y este embajador se hallaba en Ruan cuando el rey se apoderó de la

plàza. Luis le mandó venir á verle y le preguntó cuál era su comision. Oliveros respondió que solo la de cumplimentar y felicitar al duque de Normandía. El rey le hizo muchas protestaciones de amistad al duque de Borgoña, y el enviado se volvió á decir á su amo que todos sus designios se habian malogrado por la debilidad de Cárlos y la rapidez de Luis. Este príncipe, usando sucesivamente de amenazas, de clemencia y de fuerza, sometió á los normandos, concedió amnistía á muchas ciudades, mandó arrasar el castillo de Chaumont, puso en prision á Juan de Lorena, condenó á Esternay á ser ahogado en el rio, y á Mauviel, uno de los mas fieles servidores de su hermano, á que le cortasen la cabeza. Los estados de la provincia fueron convocados, y reconocieron la autoridad del rey. El duque de Berry tuvo que vender su vajilla para pagar sus criados. En vano invocó la garantía de los príncipes que firmaron los tratados de Conflans y de San Mauro: se dolieron de su infortunio; pero ninguno tomó las armas para vengarle. Este triunfo de una política desleal mostró que el rey conocia muy bien la moralidad y el espíritu de los que trataba. Cuando habian puesto en salvo sus intereses, no era de temer que peleasen por una causa que solo les tocaba indirectamente.

Sin embargo, Luis temia la rectitud natural de Felipe el Bueno; y así le envió á los señores de la Tremouille y de Craon por

embajadores para que justificasen su conducta. Estos le dijeron, en su nombre, que «por lo mucho que amaba á su hermano le habia concedido, cuando subió al trono, el título de duque, tierras y pensiones considerables: pero que el ingrato príncipe, no contento con el infantazgo que habia tenido el hermano de Cárlos V, entregándose á los consejos de hombres facciosos, habia excitado en el reino una guerra civil, y ademas, mientras se estaba tratando de la paz, sin esperar á que se firmase el convenio, se habia apoderado con violencia de Normandía." Es evidente, añadian, que el rey no ha podido ceder, sino obligado de la fuerza, una provincia que paga la tercera parte de los gastos del reino. Ademas, la cesion fue ilegal, pues las leyes del reino, publicadas y archivadas en los reinados de Cárlos V y Cárlos VII, han declarado innagenable aquel ducado. Por tanto el rey suplicaba á Felipe que no juzgase la ocupacion de Normandía como rompimiento del tratado; y que creyese, que Luis, siempre buen hermano, indemnizaria convenientemente al de Berry, sin perjudicar los intereses del reino." Felipe, amigo de la paz, satisfecho de este lenguaje moderado, y persuadido de las instancias de los embajadores, prometió que no intervendría en aquella disputa. Luis, no teniendo ya recelo de parte del duque de Borgoña, procuró apartar de la alianza de su hermano á los príncipes de la casa de Anjou; y lo consiguió por

medio de una mezquina pension de 24000 libras que concedió al duque de Calabria. Como durante la guerra del bien público tuvo contra el conde de Maine sospechas por indicios que no eran suficientes para formarle causa, limitó su venganza á quitarle el gobierno de Languedoc y el mando de las compañias de ordenanzas. Calmó enteramente el enojo de Renato, rey titular de Nápoles, prometiendó á su nieto la mano de Ana de Francia, hija mayor del rey, y un dote cuantioso. Para asegurar mas la amistad del condestable de Saint Pol, le casó con María de Saboya, hermana de la reina de Francia, y le dió el condado de Guisa, y el de Eu con título de par.

Luis XI era inaccesible á los sentimientos mas dulces de la naturaleza. Aborreció á su padre, y tenia envidia de su hermano. Pero como el despojo de este podia excitar enemigos poderosos, conoció la necesidad de reconcíliarse con él, y envió á Bretaña al duque de Calabria para que ofreciese á Cárlos como infantazgo el Rosellon ó el bajo delfinado. Cárlos desechó estas ofertas que le parecieron un destierro mal disfrazado: y como Luis no quiso prometer mas, el duque de Bretaña no solo ofreció sus tropas al de Berry para que tomase satisfaccion de sus injurias, sino que procuró atraer á su partido al rey de Inglaterra. Pero Eduardo IV renovó en esta misma época la tregua con Francia, y envió de embajador á París al conde de War-

wik para anunciar á Luis que iria á visitarle y á concluir y firmar con él la paz definitiva. Luis, que de todo recelaba, mandó prevenir para el recibimiento de Enrique IV regocijos y armamentos. El conde de Charolais, sabiendo la entrevista de los dos monarcas, y que el rey habia enviado órdenes á los magistrados deBeauvais relativas al viage de Enrique, temiendo que esta conferencia tuviese por objeto formar alianza contra Borgoña, escribió arrogantemente á Luis, que el prebostado de Beauvais era suyo, y no debia recibir órdenes sino de él solo.

Al mismo tiempo convocó el rey en París una asamblea de personages distinguidos para consultarlos acerca de la reforma del estado. Esta junta, presidida por el conde de Dunois, se componia del arzobispo de Reims, del obispo Limoges, del primer presidente Dauvet, de los señores de Rambure, y de Torey, de Escars y de Mouy, de otros nobles y de muchos magistrados. El rey les presentó la insolente carta del conde de Charolais, y los pliegos que él enviaba á los duques de Bretaña, Borgoña, Alenzon y Nemours, á todos los obispos, senescales y bailíos y á todas las municipalidades, exortándolos á manifestarle los abusos que hubiese en el gobierno civil y militar, y á que le diesen informes exactos acerca de las sumas de dinero que en los tres años últimos habian salido para Roma. Los comisarios de la junta rogaron al rey que procu-

rase, por medio de embajadores, conciliar las nuevas disputas que se habian suscitado entre él y el conde de Charolais, y se confió esta mision á los señores de la Tremouille y de Rochechouart y á dos consejeros del parlamento de París.

Esta conducta tan moderada, cuando acaso era conveniente reprimir con el castigo el ultrage hecho á la dignidad real, procedió de haber sabido Luis, que el duque de Borgoña y su hijo acababan de vencer á los de Lieja, y se hallaban en estado de reunir todas sus fuerzas contra él, si los provocaba. Así pues, las espresiones de los embajadores fueron suaves y conciliadoras: se contentaron con reprenderle blandamente por el tono de su carta, y recibieron la disculpa que el conde dió de la vivacidad de sus espresiones, atribuyéndola á primer movimiento. Mas no por eso dejó de insistir sobre sus derechos á las plazas de Picardía. Cuando los embajadores volvieron á dar cuenta de su comision, fueron acompañados de los que enviaba el de Charolais; y estos espusieron á la asamblea sus pretensiones, y los motivos de sus quejas. Esto era lo que deseaba el rey: porque cuando formó aquella junta, su objeto fue, no tanto la reforma del gobierno, cuanto valerse de ella como de un instrumento dócil para acusar y condenar á los autores de la guerra del bien público. La asamblea no engañó su esperanza, y despues de muchas sesiones en que se examinaron las

quejas del conde de Charolais, el de Dunois declaró, en nombre de la comision, que no habiendo recibido de Cárlos de Borgoña las tierras de Picardía, segun el tratado de Arras, sino como las tuvo su padre y bajo condicion de rescate, no podia exigir juramento de obediencia ni de los vasallos ni de las ciudades, ni echar contribuciones en el prebostado de Beauvais. Era claro que el conde no se someteria á esta decision: y así redobló Luis sus esfuerzos para asegurar la amistad de Inglaterra y reconciliarse con el duque de Bretaña: precaucion muy prudente, pues poco despues tuvo noticia de un tratado secreto concluido en Utrecht entre su hermano, el conde de Charolais y el rey de Dinamarca; tratado, al cual deseaba adherirse el duque de Bretaña y otros muchos señores del reino. El duque de Borgoña, enflaquecido por los años, cedia, á pesar de su caracter pacífico, á los deseos de su hijo; y ademas no ignoraba que la rebelion de los de Lieja contra su obispo Luis de Borbon, pariente de Felipe, habia sido fomentada por Luis XI. Esta noticia le enojó tanto, que se puso en campaña con el ardor de un jóven.

Puso sitio á Dinant, la tomó por asalto, pasó á cuchillo todos sus habitantes, y desmintiendo el sobrenombre de Bueno, mandó que le llevasen en unas parihuelas, no pudiendo ir de otro modo á causa de su edad, para ser testigo de aquella cruel ejecucion. Algu-

nos ciudadanos escaparon de la matanza: el duque mandó perseguirlos, cogerlos y echarlos en el Mosa. La ciudad fue entregada á las llamas. Los de Lieja, que llegaron demasiado tarde á socorrerla, se horrorizaron de aquel espectáculo, que en vez de indignarlos, los atemorizó. Sometiéronse al duque dándole 300 rehenes, recibieron á su obispo y le pagaron una indemnizacion de 600000 florines. Felipe, aunque naturalmente era enemigo de la guerra, solo oponia débiles esfuerzos á la fogosidad impetuosa del conde de Charolais, el cual recorria todas las ciudades de sus estados, excitándolas á la pelea é inspirándoles odio contra el rey.

En la misma Francia encontraba Luis iguales obstáculos contra su deseo de conservar la paz. En aquel tiempo la nobleza no tenia otra pasion que la de las armas. La guerra ofrecia á los caballeros algunos años de desenfreno y licencia: y temian la paz, porque establecia en todas partes el orden y la sumision á las leyes. Solo los labradores y mercaderes, víctimas de las calamidades de la guerra, detestaban este horrible azote: y quizá fue esta disposicion de los ánimos la que hizo que Luis XI fuese agradable al pueblo, que lo consideraba como conservador de la paz y enemigo de los señores, que anhelaban por los combates. Mas no por eso deja de ser cierto que el caracter suspicaz, pérfido y revoltoso de Luis, sus continuas intrigas y la inquietud

de su ánimo dieron lugar á que se renovasen las facciones y discordias, estinguidas para largo tiempo, segun parecia, por la prudencia de su padre. La asamblea de París continuó sus operaciones haciendo un examen riguroso de la conducta de muchos nobles, y proporcionando al rey la ejecucion de algunos actos de justicia y muchos de venganza.

El señor de Lau, valido en otro tiempo del monarca, fue encerrado en un castillo de Auvernia, por haber tenido correspondencia criminal con los estranjeros. Por igual causa se quitó el gobierno de la Bastilla á Claudio Melun, cuyo hijo, mas tarde, fue decapitado. Se persiguió y condenó en el delfinado á un gran número de concusionarios. Muchos de estos castigos se ejercieron con formas tan arbitrarias y rigurosas, que aterraron todo el reino. Cuando el miedo llegaba hasta el descontento, Luis calmaba al pueblo con amnistías ó promesas, que se quebrantaban casi al mismo tiempo de publicarlas. Habíase quitado el condado de Gaure al vizconde de Tartas, generalmente aborrecido por sus rapiñas. El rey quiso restituirle este feudo: y el pueblo se sublevó por no volver á caer en sus manos. El vizconde sitió la ciudad, la entregó al pillage y mandó ahorcar á los magistrados: sus soldados persiguieron y mataron á los fugitivos al pie de los altares. Apelóse al rey de tantas violencias: pero el vizconde quedó sin castigo, porque era amigo del de Ber-

ry, y Luis no hizo caso de la justicia cuando halló ocasion de ganar á un partidario de sú hermano. Otro amigo de Carlos resistió á los halagos y amenazas del rey: y como este le ofreciese gran suma de dinero, le respondió: "señor, si no habeis podido convencerme, no me corrompereis."

El reino sufria entonces las calamidades que se siguen siempre á las guerras civiles. Muchos soldados que se alistaron en tiempo de la liga del bien público, cuando se les dió su licencia hecha la paz, formaron cuadrillas de ladrones, y cometieron en todas partes los mayores excesos. Los estragos que hacian, la interrupcion de los trabajos del campo, la escasez que de ella resultó y el contagio que se sigió al hambre, hicieron morir en el año de 1466 mas de 40000 víctimas. La epidemia no cesó hasta la entrada del invierno. En este mismo año fallecieron el duque de Saboya, padre de la reina de Francia, y Francisco Esforcia, duque de Milán, cuya habilidad y osadía le elevaron desde la condicion privada á ser uno de los mas grandes potentados de Italia. Luis dió el empleo de almirante, vacante hasta entonces, al bastardo de Borbon, y el de gran maestre de la artillería, á Luis de Labal, señor de Chatillon.

Cárlos el temerario, duque de Borgoña: guerra en Normandía (1467). En Cataluña continuaba siempre la guerra civil. Don Pedro, infante de Portugal, habia fallecido, y

los catalanes ofrecieron el cetro á Renato, duque de Bar, conde de Anjou y de Provenza, y rey titular de Sicilia. Su hijo el duque de Calabria, era ademas duque de Lorena. Don Juan, rey de Aragon, tenia pues, en Francia dos enemigos poderosos, la casa de Anjou, y el conde de Foix, que entonces invadia con sus tropas á Navarra: pero á tantos peligros opuso su firmeza y el valor y las brillantes cualidades de su hijo Fernando, jóven á la sazon de 14 años. No podia recibir socorros de Luis su aliado: porque este príncipe, ocupado en las operaciones de la asamblea de París, solo pensaba en terminar su querella con su hermano el de Berry, y en halagar al rey de Inglaterra para que no accediese á la alianza de los duques de Bretaña y Borgoña.

Eduardo, entregado enteramente al amor de su esposa, olvidaba las guerras y la política. El pueblo y los señores de Inglaterra llevaban muy á mal la privanza de la familia de la reina Isabel Gray, y el conde de Warwik, que aun poseia la confianza del rey, ni olvidaba ni perdonaba el desaire de haber roto Eduardo el contrato con la casa de Saboya, que el mismo Warwik estipuló. Resuelto á la venganza, y siéndole necesario para emprenderla el auxilio de Luis, persuadió á su rey que le enviase por embajador á París á terminar las hostilidades marítimas que habia renovado el vice almirante francés Coulon, arruinando con su curso el comercio de la gran Bretaña. Luis,

informado de las intenciones secretas de Warwik, y alegre de encontrar esta ocasion para desunir á sus enemigos, salió á recibirle hasta Ruan, mandó hacer grandes fiestas á su llegada, le dió alojamiento en una casa contigua al palacio y que tenia comunicacion secreta con los aposentos del rey, y pasaba dias enteros en conferencias íntimas con él. En el exceso de su alegría, concedió á los habitantes de Ruan el privilegio de poseer feudos nobles.

Warwik, concluido el negocio ostensible de su mision, volvió á Lóndres, acompañado del bastardo de Borbon, del señor de Popincourt y de Oliveros Leroux, embajadores de Luis cerca de Eduardo. Este los recibió con frialdad, les dió solo una audiencia, y partió á Windsor, encargando á los comisarios que nombró para ello, sostener las conferencias. Warwik se mostró muy irritado de este desaire, y dijo en público que el rey estaba rodeado de traidores. El duque de Clarence habló tambien con los embajadores, y les manifestó cuanta era su indignacion contra los parientes de la reina. Este duque casó poco despues con la hija del conde de Warwik. Los enviados del rey de Francia volvieron á París, dejando sembrado en Inglaterra el gérmen de una guerra civil.

Luis supo al mismo tiempo, con gran pesar suyo, la muerte de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, que falleció en Brujas el 15 de junio

de 1467: príncipe ilustre por su bondad, y que dejó al morir sus pueblos felices, sus estados engrandecidos, y lleno el erario. Tantos bienes iban á ser disipados en breve tiempo por la ambicion, la prodigalidad y las empresas temerarias de su hijo Cárlos, conde de Charolais, el mas impetuoso y desarreglado de los príncipes de su siglo. Mereció el título de tirano, ó á lo menos de insensato. su siglo se contentó con darle el de *temerario*, que conserva en la historia.

Luis, apenas supo su advenimiento, tuvo la guerra por inevitable, y sin perder tiempo, aumentó su artillería, reunió los flecheros francos, convocó á su bandera la nobleza de Normandía y Poitou, y guarneció las fronteras de Champaña y Picardía, sosegó una querella que se habia suscitado entre los habitantes de Mouzon y de Ivoy, y encargó al conde de Dammartin que procurase no desagradar al pueblo de Lieja, protector de los de Mouzon. Luis aborrecia al conde: pero se servia de él, porque era uno de los mas grandes capitanes de su tiempo; y uno de los caballeros mas leales que tuvieron los reyes de Francia.

A pesar de estos preparativos, envió á la corte de Borgoña al condestable de Saint-Pol para terminar las desavenencias entre Cárlos y los habitantes de Lieja: pero la altanería del enviado, en Lugar de calmar al duque, lo irritó mas. Los liegeses se habian apoderado de Huy. Cárlos creia que esta empresa era

una infraccion del último tratado, y en el primer momento de su cólera, mandó ahorcar los 300 rehenes de Lieja que tenia en su poder. Felizmente, el señor de Imbercour, el mas prudente de sus consejeros, le demostró que una barbarie semejante mancillaría en todos los siglos su memoria, y Cárlos permitió que se les pusiese en libertad: pero los amenazó con la horca, si los cogia peleando contra él.

Luis envió otro nuevo embajador á Cárlos. Este era el cardenal de la Balué; hombre que se elevó, siendo hijo de un artesano, hasta tan alta dignidad por su astucia y osadía. Fue comensal del obispo de Poitier, despues vicario general del de Angers; y allí fue conocido de Juan de Melun, privado del rey, que le presentó en palacio. Luis se agradó de él, le hizo su limosnero, y despues obispo de Bayeux y ministro de hacienda. Paulo II le revistió de la púrpura en premio del servicio que hizo á la santa Sede persuadiendo á Luis que obligase al parlamento á alzar el decreto de abolicion de la pragmática.

Este cardenal pues, nombrado por Luis embajador á la corte de Borgoña, se presentó al duque, y le pidió que no hiciese guerra á los de Lieja, aliados de Luis: ó por lo menos, que no llevase á mal que Luis hiciese al duque de Bretaña aliado de Borgoña. Cárlos no dió respuesta clara y decisiva: solo se contentó con decir que el rey le ofenderia mucho si atacaba á los bretones, y dicho esto iba á sa-

lir para montar á caballo: pero el condestable de Saint-Pol, que aun estaba en su corte, le dijo con impaciencia: «elegid pues: no es justo, ni el rey puede sufrirque hagais la guerra á nuestros amigos, y no permitais que la hagamos á nuestros enemigos.» Cárlos replicó: «los de Lieja me esperan armados: dentro de tres dias les daré batalla. Si venzo, dejareis en paz á los bretones: si soy vencido, haced lo que querais. Yo no temo la guerra: si el rey dá dos pasos en mis estados, yo daré cuatro en los suyos. En cuanto á vos, primo mio (añadió hablando en particular con Saint, Pol), os advierto como amigo que no os fieis de Luis. Haced lo que querais: mas no espero, aunque lo deseo, que esteis con seguridad en su servicio."

La marcha de Cárlos fue rápida, y su victoria pronta y brillante. Derrotó á los Lieges junto á san Trond, quitándoles la artillería y los bagages: la ciudad pagó 20000 florines para libertarse del saqueo; sus murallas fueron demolidas, y degollados diez caudillos de los rebeldes. Trescientos vecinos de los mas distinguidos salieron de la ciudad descalzos y en camisa á presentar los llaves al señor de Imbercourt é implorar la clemencia del vencedor. El duque entró triunfante en Lieja, mandó degollar á diez de los rehenes que fueron cogidos con las armas en la mano, y echó sobre los habitantes contribuciones cuantiosas. Algunas crónicas dicen que antes de la batalla el ejército de Lieja se ha-

bia reforzado con un cuerpo de 10000 fanceses ausiliares: pero, como dice Duclos, el silencio de Comines y de Oliveros de la Marche desmiente este hecho, y mucho mas una carta de Dammartin en que se leen estas espresiones: «no nos acercamos á Lieja, porque temimos no ser bien recibidos."

La victoria del duque Cárlos era una derrota para Luis XI, aumentaba la inminencia del peligro que le amenazaba, y dába osadía á sus enemigos interiores. Y así el rey procuró, mas que nunca, grangearse en aquellas circunstancias el favor popular. La ciudad de París, habia sufrido mucho en la guerra del bien público. Despues el hambre y la epidemia disminuyó notablemente su poblacion. Luis se propuso restituirle la seguridad, la abundancia y la prosperidad. Convocó una asamblea de los vecinos mas distinguidos, que fue presidida por Boulangy, y otros dos consejeros del parlamento: y en conformidad con su dictamen el rey permitió á todos, aun á los delincuentes (escepto el crimen de lesa magestad) avecindarse en París con exencion de impuestos. Se restablecieron y completaron los gremios de oficios, y á cada uno se dió su bandera. Incorporáronse en ellos tambien los individuos del clero y del parlamento, los cuales pusieron sus guiones en estas cofradías Algunos meses despues quiso Luis pasar revista á todos los vecinos de la capital: y poniéndolos en línea desde la puerta de san Antonio hasta Con-

flans, se averiguó que su número ascendia á 80000 hombres, 30000 de ellos con armas, bajo 67 banderas y otros tantos guiones. El rey, mirando con poco aprecio aquellos burgueses armados, dijo á Crussol: «buenas tropas son: mas no me fiaria de ellas en un dia de batalla:" olvidando con ingratitud el servicio eminente que le habia hecho aquella milicia valerosa, cuando por su causa resistió con intrepidez los asaltos del de Charolais y las armas de los borgoñones. Luis, fiel á su costumbre, aceptó, como tambien su esposa, los convites que les hicieron muchos vecinos de París, y comieron familiarmente en sus casas. Este monarca no temia mas oposicion contra su autoridad que la de los grandes vasallos y de la nobleza: y así procuraba abatirla haciéndose popular y dando los primeros empleos del estado ó de la corte á hombres de la mas ínfima estraccion, como eran Joffredi, La Balue, y sobre todos su barbero Oliveros le Dain. Procuraba tambien atenuar ó anular los privilegios de la caballería. Siguiendo el ejemplo de su abuelo, concedió nobleza á los vecinos de muchas ciudades y la facultad de poseer feudos nobles: y así en un torneo que hubo en París, á que asistió la corte, los mantenedores eran plebeyos, el uno jurado y el otro regidor. Juan de troie y los demas cronistas de aquel tiempo solo nombraron entre los justadores uno que probablemente era noble, pues tenia el empleo de co-

pero del rey. Esto enardecia la ira de los nobles, que conocieron, aunque tarde, cuan cerca estaba de su ruina el sistema feudal. Solo les daba esperanza y ánimo ver al frente de los descontentos al hermano del rey.

Este príncipe, auxiliado por las tropas del duque de Bretaña y por las milicias del de Alenzon, invadió de improviso la baja Normandía, y se apoderó de ella casi sin resistencia. Solo la plaza de Saint-Lo se defendió tan ostinadamente que no pudo tomarla. Una muger exaltó el ánimo de los habitantes, tomó las armas, marchó á la cabeza de ellos contra los bretones, y despues de haber muerto por su mano á muchos enemigos, los auyentó de la plaza. El rey no dió en premio á esta heroina mas que 20 escudos de oro. Mientras que los aliados devastaban á su sabor tan rica provincia, Cárlos el temerario, con sorpresa y admiracion de todos, en vez de unir sus fuerzas á las de los duques rebeldes, hizo con Luis una tregua de seis meses. El rey acometido cuando no lo esperaba, pidió socorro al rey de Sicilia y al conde de Maine. El condestable acudió con los flecheros franceses: mas todavía fue mas útil la defeccion del conde de Perche, que abandonó el partido de los aliados, se sometió al rey, obligó á muchos caballeros á que siguiesen su ejemplo, y echó á los bretones de Alenzon, donde fue recibido el rey con grandes aclamaciones del pueblo.

Estados generales de Tours: tratado de

Ancenis (1468). Este acontecimiento introdujo entre los coligados divisiones y desconfianzas. Luis hubiera podido aprovecharse de la ocasion para acabar con la liga, á no haber sabido al mismo tiempo que el duque de Borgoña, no obstante la tregua, acercaba tropas á las fronteras de Picardía: y temiendo ser engañado, se apresuró á entablar negociaciones. Su hermano y el duque de Bretaña las deseaban tanto como él, de modo que se estipuló muy pronto un armisticio. Ninguna de las partes contratantes estába de buena fé: todos querian ganar tiempo para volver á las ostilidades con ventaja: y en esta época se tenia tan poco escrúpulo de quebrantar lo pactado, que muchos escritores disculpan las perfidias de Luis diciendo que vivia entre pérfidos y le era forzoso acomodarse á la moda del siglo. El duque de Bretaña negociaba en secreto un tratado con Inglaterra contra Francia: el de Borgoña entraba en esta liga, y el hermano del rey tenia inteligencias con ellos. El duque de Alenzon, los condes de Armagnac y de Foix y otros señores interrumpian sus armamentos. El rey por su parte continuaba la guerra de intrigas en la cual era mas fuerte que sus enemigos: y ganó al conde de Foix, que cansado de la amistad de los duques, se presentó al rey y le prometió servirle con lealtad. Hizo tambien un tratado con Galeazo, duque de Milán: pero la casa de Saboya, á pesar de las obligaciones que

tenia contraidas con el rey, favorecia con todas sus fuerzas la rebelion del duque de Berry.

Luis conoció en fin que la presencia de este príncipe en el ejército enemigo era la verdadera raiz del mal: y para remediarlo, resolvió, contra su inclinacion natural convocar los estados generales. Conocia mejor que nadie las ventajas y los inconvenientes de esta asamblea: halagábanle los ausilios que de ella esperaba: mas temia las pretensiones que sus individuos podrian suscitar. Así, en vez de dejar las elecciones libres, insinuó ó dictó los nombramientos de diputados: reunió la asamblea cuando el pueblo fatigado de la invasion del duque de Bretaña, de las amenazas de los borgoñones y de los ingleses, y de los alborotos de los varones, se hallaba mas dispuesto á unirse con él para establecer la tranquilidad por medio del orden y de la sumision. Así la asamblea de los estados, celebrada en Tours en 1468, mas bien obedeció que deliberó. Este triunfo de Luis ha sido elogiado por la habilidad política que lo preparó. Otros han censurado las miras estrechas de esa misma política, que para lograr sus fines empleó medios poco decorosos, como era el soborno, el fraude y la corrupcion. El primer cuidado del rey fue que su hermano se sometiese como él, en cuanto á los intereses que los dividian, á la decision de los estados. El de Berry convino en ello. Unos historiadores ponen la convoca-

cion de esta asamblea en 1467 y otros en el año siguiente. Esta divergencia es mas aparente que real: porque el año comenzaba entonces por Pascua de Resurreccion, y los estados comenzaron el 6 de abril de 1468 antes de esta festividad. Las sesiones se celebraron en el salon del palacio arzobispal de Tours: estaba dividido en tres estados, uno para el rey y su familia, otro para los grandes personages del reino, y otro para los nobles, condes, varones, consejeros del rey y diputados de las buenas ciudades: de modo que los tres órdenes estaban casi confundidos. Cuando Felipe el Bello convocó los estados por la primera vez, dispuso que cada orden deliberase separadamente, y así se practicó en los estados generales que se siguieron. La innovacion de confundir las clases que introdujo Luis, tenia por objeto abatir la nobleza y elevar el estado llano, del cual nada temia. El rey ocupaba el primer estrado en un sólio alto al cual se subia por tres gradas, y que estaba cubierto de terciopelo azul sembrado de flores de lis, con guarniciones de oro, como tambien su cielo y respaldo. El vestido del rey era de damasco blanco con broches de oro de Chipre y forro de marta cibelina. Tenia en la cabeza un sombrerillo negro con una pluma de oro. A su derecha é izquierda estaban sentados en sillas de respaldo el cardenal de santa Susana y el rey de Sicilia. El duque de Nevers, el conde de Eu, el principe de Navarra y el conde de Foix

estaban en pie cerca del monarca; y un poco mas lejos y detras el conde de Dunois, camarero mayor. En pie tambien, y fuera del estrado, se via al señor de Pembrok, hermano del rey de Inglaterra, al vizconde de Narbona, y á los señores de Tancarville, Chatillon, Beuil, Longueville, Laval, l'Aigle, Craon, Crussol y otros muchos. En el segundo estrado estaban sentados el condestable de Francia, el marqués de Pont, los condes de Perche, Vendoma y Guisa, el patriarca de Jerusalen y gran número de arzobispos y obispos. En el tercero habia, mezclados unos con otros, nobles, magistrados, dignatarios eclesiásticos y diputados de los pueblos.

El canciller, habiendo recibido de rodillas las órdenes del rey, espuso el objeto de la convocacion de los estados en un discurso. Ponderó la constante fidelidad del pueblo francés á sus reyes, y el mutuo amor que debian profesarse los soberanos y los vasallos: manifestó los inconvenientes que se seguirian de ceder al príncipe Cárlos una provincia tan importante como Normandía, por la cual podrian tener franca entrada en el reino los enemigos estranjeros, y sin cuyas rentas, que eran muy considerables, no podia el rey atender á las necesidades del estado: y concluyó atribuyendo la querella entre el rey y su hermano á los pérfidos consejos de los enemigos de la monarquía, que abusaban de la juventud del príncipe. Concluido este discurso

se retiró el rey, como para dejar mas libertad de opiniones á la deliberacion de la asamblea.

Entonces Juvenal de los Ursinos, arzobispo de Reims, tomó la palabra, y dirigiéndose al rey de Sicilia, presidente de la asamblea, pronunció, aunque ya tenia 80 años, un largo discurso; en que bajo formas obsequiosas para la magestad del trono, no dejó de insinuar algunas ideas relativas á los abusos del gobierno. Empezó demostrando la obligacion en que estaban todas las clases del estado, de acatar, obedecer y servir al rey con el consejo, con la espada y con los bienes. Pasó despues á examinar los consejos mas prudentes que podrian darse á S. M. en aquellas circunstancias. "Hay tres maneras, dijo, por las cuales se puede juzgar que un hombre está en peligro de muerte, y un reino ó república próximo á su ruina: la primera, cuando los miembros se separan de la cabeza á pedazos, la segunda, cuando la calentura es tan vehemente, que el enfermo no puede mantenerse en pie: la tercera, cuando se desangra y nadie acude á atajar la sangre." Aplica despues, segun el gusto de su siglo, estos síntomas á la situacion de Francia: manifiesta que muchos príncipes y particulares se habian separado del rey, que es la cabeza del estado, y obligádole á firmar por violencia la paz de Conflans. Dice que no se debe aconsejar al rey que ceda la normandía á su hermano: sino que le dé un infantazgo que pueda satisfacerle.

:

"Es verdad, añadió, que el rey Cárlos V, llamado el Prudente, despues que subió al trono y fue consagrado, reunió los tres estados, que satisfacieron muy bien sus demandas y le presentaron muchas peticiones; una de ellas fue que diese infantazgos á sus hermanos Luis, Juan y Felipe: lo que el rey hizo de modo que quedaron contentos; considerando que si él tenia otros tantos hijos, el mayor, subiendo al trono, podria seguir el mismo ejemplo: y así dispuso que cada uno de aquellos tres príncipes tuviese 12000 libras de renta y el título de duque. Ahora bien, el rey, nuestro soberano señor, está pronto á dar á su hermano mayor cantidad: con lo cual podrá sanarse la principal enfermedad del estado, que es la separacion de los miembros."

Pasa despues á la segunda, que es el delirio é inquietud contínua en que se hallaban todas las clases del estado. "Esta calentura, dijo, debe atribuirse á la discordia que hay entre el rey y muchos señores: la cual causa mucha pobreza, destruccion y miseria en el pueblo. Porque todos estan arruinados, y tan pobres que apenas tienen pan que comer, *por las escesivas tallas que pagan, y por los saqueos y requisiciones que sufren.* Ademas de pagar la gente de guerra, segun los decretos del rey, los soldados roban los pueblos: los oficiales, recibidores y sargentos hacen exacciones indebidas, con grande detrimento del público, y por su interes particular. Debemos

advertir al rey lo que pasa, y aconsejarle que lo remedie castigando á los autores de la miseria y despoblacion del reino, y que no solamente dé buenas ordenanzas, sino que tambien cuide de que se egecuten: y es de creer que lo hará: pues pertenece á los reyes averiguar y saber las cosas que son útiles al pueblo, y remediar sus calamidades y miserias . . . De este modo sus vasallos serán ricos, y le auxiliarán en caso de necesidad; y como dice Ciceron, podrá descansar, cuando haya asegurado el descanso de su pueblo. Es, pues, mi opinion que debemos suplicar al rey que nos alivie de los gravámenes, calamidades y tiranías. En 1355 el rey Juan pidió á los estados un arbitrio de seis dineros por libra. Los estados lo negaron, pero prometiéndole, que en caso de guerra, mantendrian 30000 combatientes por cuatro meses. Hay varias contribuciones pequeñas que afligen mucho al pueblo: y el rey se acordará, que antes y despues de su consagracion, manifestó deseos de suprimirlas. La gabela es tambien muy pesada: convendria reducirla á lo que fue en sus principios. Aunque el señor canciller no ha hablado de estas cosas en su discurso, me parece que sería bueno dirigir al rey humildes súplicas sobre esta materia. No ignoro que cierta persona ha dicho en el consejo: *echad sin miedo contribuciones y tallas, porque todo es vuestro*. Estas palabras son de un tirano, é indignas de ser oidas."

Pasando despues á la tercera causa de los males, que es la evacuacion de sangre, entiende por esto la escasez del oro y de la plata. "En otro tiempo, dice; habia en el reino moneda *blanca y fuerte*, *carneros*, *francos de caballo*, *francos de á pie*, y escudos de sesenta en marco. Las monedas de oro y las *blancas* son ahora muy inferiores, y no hay ya escudos de oro. Corren las *mallas* del Rin de diversas especies y las monedas de Flandes, Bretaña, Saboya y de otros paises estrangeros; monedas faltas, que los cambistas debieran llevar á la casa de la moneda. Pero aun así como son, no las tiene el pueblo, que paga al sargento percibidor por su parte mas que por la contribucion que exije.» Esplica despues las causas de la falta de numerario, que eran las sumas que pasaban á Roma, el lujo de géneros estrangeros, las pensiones concedidas á los cortesanos. En cuanto al lujo de los vestidos dice: "en los tiempos pasados las señoritas y matronas de calidad ponian por franjas en sus vestidos hermosas pieles de gato blanco: ahora necesitan martas, armiños, telas preciosas, grandes mantos de seda, y peinados altos como torres. Y este lujo no lo costean con el caudal de sus padres ó maridos: sino con el del rey, y por consiguiente, con los impuestos que paga al pueblo . . . . Por los registros de la cámara de cuentas se vé cuan modestos eran los regalos y gajes que daban antiguamente los reyes á sus oficiales.

Cuando Felipe I, duque de Borgoña, vino á visitar á Carlos V su hermano, y se alojó en Charenton, recibió del rey para gastos de posada 1000 francos, y fue á París á darle gracias por esta merced. Pero hoy los regalos son de 20, 40, 60 mil libras: se hace todo el gasto de muchos casamientos: se asignan gajes y pensiones escesivas á personas inútiles al estado: y si el rey tuviese que hacer guerra, podria en conciencia volver á tomar todos estos dones concedidos sin justas causas." El arzobispo concluyó su discurso, diciendo que los estados debian aconsejar al rey lo que convenia, y despues, obedecer lo que él mandase.

Los estados no siguieron el consejo del arzobispo en cuanto á hacer peticiones al rey: como todo estaba convenido de antemano entre ellos y el gobierno, despues de algunas sesiones muy cortas que no duraron una semana, enviaron al rey con un mensage su resolucion acerca del consejo que les habia pedido. Esta se redujo, despues de las protestaciones de fidelidad, á pedir que no se separase de la corona la provincia de Normandía, y que se declarase nulo todo acto contrario á este principio: que se pasase copia de esta resolucion de los estados al de Berry en el congreso que estaba convocado para Cambrai: que el rey podria dar al príncipe un infantazgo de 12000 libras de renta, añadiendo, si gustaba, el título de duque: que estaba en sus facultades aumentar esta renta hasta 20, 30

ó 48 mil francos, suma muy superior al infantazgo fijado por Cárlos V: que declare al mismo tiempo, que no sirva esta generosidad de precedente para los infantazgos futuros: que los estados están resueltos á auxiliar al rey con todas sus fuerzas, si el príncipe ú otras personas tratasen de hacer valederas sus pretensiones á mano armada: que se pasase copia de estas resoluciones al duque de Borgoña, para que, como príncipe de la sangre real, adhiriese á ellas, y contribuyese á la defensa de la corona: que el duque de Bretaña habia cometido grave injuria contra el reino, ocupando las plazas del rey en Normandía: que S. M., por el bien de la paz, le admitiese á su gracia si se sometia y reparaba los agravios, sino, que debia perseguírsele con guerra, para la cual ofrecian los estados al rey sus espadas y sus bienes: que S. M. debe reprimir el delito intolerable de haberse coligado el de Bretaña con los ingleses, y en fin, que si este delito se repetia, el rey podria tomar contra él todas las providencias convenientes sin necesidad de convocar de nuevo los estados.

Como el rey habia insinuado á la asamblea que le propusiese los medios de hacer florecer la justicia en su reino, los estados, despues de manifestarle que los desórdenes no procedian de él, sino de los fautores de las guerras civiles, nombraron por comisarios para examinar los desórdenes de la gente de guerra,

las malversaciones de los bailíos y senescales y las exacciones indebidas de dinero, al cardenal de la Balue, á los condes de Eu y de Dunois, al patriarca de Jerusalen, al arzobispo de Reims, á los obispos de Langres y de París, al señor de Torcy, á un enviado del rey de Sicilia, y á algunos diputados de Ruan, Burdeos, Leon, Tournay, Tolosa, Beaucaire y Carcasona, y á uno de la Normandía baja. Dióseles la autorizacion suficiente para reformar los abusos, y encargóseles tambien hacer saber al príncipe Cárlos y al duque de Bretaña las resoluciones de la asamblea. Todos estos comisarios eran amigos fieles y favorecidos del rey.

Concluida la asamblea, envió el rey embajadores al duque de Borgoña, exhortándole á que se sometiese á la decision de los estados y contribuyese con él á asegurar la tranquilidad pública: y como la respuesta de Cárlos fuese altanera y negativa, Luis envió á todas partes copias de las cartas insolentes del duque y órdenes para tomar las armas; pues la tregua iba á espirar y la guerra era inevitable. Esta providencia vigorosa amedrentó á Cárlos, creyendo ver sobre sí todos los ejércitos de Francia. Ademas, entonces trataba de celebrar su casamiento con la hermana del rey de Inglaterra: union, de la cual esperaba un aumento de fuerzas antes de comenzar las hostilidades: y así concluyó otra tregua por dos meses, á condicion de que el rey diese á su hermano

una pension mensual de 4000 libras. Con esta suspension impolítica de hostilidades cayó en el lazo que queria poner á Luis XI, y dió tiempo á este monarca para acometer inmediatamente al duque de Bretaña.

El conde de Saint Pol, vasallo del duque de Borgoña, y al mismo tiempo condestable de Francia, aborrecia á Cárlos y á Luis, y era temido de entrambos: despues de Dammartin, era el capitan mas hábil del reino; pero ambicioso y arrogante sobremanera. Siendo convidado por el duque á las bodas, que iba á celebrar en Brújas con Margarita de York, entró en la ciudad con tanta pompa, que mas bien semejaba monarca que conde. Precediánle seis trompetas, y muchos oficiales que llevaban sus banderas, y uno su espada desnuda. Junto á él iban seis pages, y le seguian muchos caballeros. Esta magnificencia llamó la atencion de la muchedumbre, siempre deslumbrada con el esplendor: pero el duque, ofendido de tanta arrogancia, juró vengarse. Sus nobles, en vez de sosegar su ira, le decian: "no es tolerable que nuestro igual afecte tan arrogante supremacía. En el reinado del duque Felipe no se hubiera atrevido á tanto." El duque le envió á decir que no le recibiria, y que era inútil su presencia en Brújas. Saint Pol se disculpó diciendo que no habia entrado como vasallo de Borgoña, sino en calidad de condestable de Francia: que en París se hubiera presentado del mismo modo, y que Brújas

pertenecia, como ciudad de Francia, á su jurisdiccion. Esta disculpa no fue admitida. El pueblo, sabiendo el disgusto de la corte, convirtió en ódio su primer entusiasmo: y el condestable, temeroso de esta esplosion general, salió de Brújas sin comitiva y á escondidas: pero jurando ódio eterno é implacable al duque de Borgoña.

Al mismo tiempo el rigor sanguinario del duque escitó contra él rencores no menos peligrosos. Cuenta Chatelain en su crónica, que un caballero jóven de la corte de Borgoña, jugando á la pelota en Condé, pidió á un canónigo, que estaba entre los espectadores, un lance dudoso que ocurrió. El canónigo lo decidió contra él: el jóven, cuyo nombre era Hamaide, resolvió vengarse: y como el canónigo huyese, le persiguió hasta su casa, encontró en ella á su hermano, y le atravesó con su espada. La Hamaide, segun las antiguas costumbres feudales, que aun estaban en vigor, podia satisfacer con dinero á los parientes del muerto: pero confiado en el poder de su familia, no quiso entrar en composicion, creyendo que su crímen quedaría sin castigo.

El duque, irritado contra tanta osadía, le mandó prender. Todos los parientes y amigos de Hamaide, imploraron su clemencia: pero Cárlos les respondió: «Ahí estan los parientes del difunto: á ellos toca hacer gracia: yo no puedo mas que obrar en justicia." La familia del matador logró que los parientes del

muerto se bajasen de la querella: pero conocian mal el carácter del duque, que aspiraba al renombre de justiciero con tanto mas ardor, cuanto mas piedad escitaba la suerte del jóven acusado. Antes de partir á la esclusa para recibir á la princesa Margarita, mandó llamar al primer magistrado de Brújas, y le dijo: «apenas anochezca, pondreis al homicida en un calabozo, y al rayar el dia, vereis su causa en la forma acostumbrada: le condenareis, y ejecutareis la sentencia. Tal es mi voluntad." El juez hizo muchas representaciones al duque, todas en vano. «Obedece, le dijo Cárlos: los resultados no corren por cuenta vuestra.»

El duque partió: la duquesa viuda su madre, se arrojó á sus pies, y al fin le movió á revocar la sentencia: pero el perdon llegó tarde: porque ya Hamaide habia sufrido el suplicio. Cárlos no logró con este acto el renombre de justiciero, sino de orgulloso y cruel: porque usó para ejecutar un acto de justicia, las formas mas acerbas. La familia de Hamaide huyó de Borgoña y juró ódio eterno al duque: y la nobleza irritada de una condenacion, mandada con tanta arbitrariedad cuando el crímen estaba ya perdonado, y aun espiado segun las leyes vigentes, se dispuso en secreto á sacudir, apenas pudiese, un yugo tan tiránico.

Las bodas de Cárlos y de Margarita de York se celebraron con toda la magnificencia

conocida en aquel siglo. Hubo suntuosas entradas á caballo, á que concurrieron las damas mas ricas de Inglaterra y Flandes, adornadas con la mayor profusion de oro y de piedras preciosas; representaciones de misterios y comedias, banquetes espléndidos y torneos y justas en que se representaron al vivo las fábulas de la caballería.

Entretanto Luis XI aprovechaba el tiempo que su rival perdia tan agradablemente, en pelear con el duque de Bretaña, que acababa de hacer alianza con Inglaterra, y de acuerdo con el hermano del rey, amenazaba con su ejército á Normandía. Luis envió contra él los alistamientos de segunda clase de Maine, del Anjou, de la Turena, del Poitou y del Saintonge, con sus flecheros francos. Un cuerpo considerable de bretones fue destrozado junto á Sain-Lo, y el ejército francés, despues de esta victoria, ocupó casi todas las ciudades de Normandía que estaban en poder del enemigo. Por otra parte el hijo del duque de Calabria puso sitio á Ancenis. El rey, segun su costumbre, sembró la division entre los favoritos del duque de Bretaña. Confiscó las tierras de la señora de Villequier, dama del duque, y por este agravio enemiga de los consejos pacíficos de Tannegui Duchatel. Este, enojado de ver pospuestos sus dictámenes, dejó el servicio del duque de Bretaña y pasó al del rey. Su esperiencia y habilidad, eran incontestables, y Luis le recibió con mucho

aprecio, aunque habia sido el amigo mas antiguo de Cárlos VII. Este astuto monarca era sabidor de todos los designios de sus enemigos, porque interceptaba las comunicaciones y correos.

El duque de Borgoña despertó de su letargo conociendo el peligro de sus amigos: tomó las armas, pasó el Soma, y marchó al socorro de sus aliados; pero llegó tarde: porque el de Bretaña, asustado por los rápidos progresos del ejército del rey, acababa de firmar la paz en Ancenis. Por ella se estipuló que el condestable y el duque de Calabria arreglarian en el espacio de un año el infantazgo que debia darse al de Berry; y que entretanto recibiria este la suma de 60000 libras. Si no aceptaba las proposiciones que se le harian, el de Bretaña se obligó á no favorecerle. De una parte y otra se devolvieron las plazas conquistadas.

El placer de la victoria no mitigó el ánimo vengativo de Luis. El señor de Lau habia tenido correspondencia con los enemigos del rey: Luis mandó prenderle, y llevarle á la fortaleza de Usson para que se le encerrase en una jaula de hierro: pero el almirante Bournazelle no quiso dar cumplimiento á esta orden, y dijo: "si el rey gusta de tratar así á los presos, custódielos él mismo." Lau, poco despues, sobornó sus guardas, y se escapó. Luis mandó á Tristan, gran preboste de su guardia, y su amigo íntimo, que formase proceso á todos los indiciados de haber tenido parte en la evasion. Muchos fueron presos

condenados á muerte y ajusticiados: entre ellos el gobernador del castillo, yerno de Lou fiscal de Meaux.

El rey continuó persiguiendo á todos los que le habian deservido en la guerra del bien público. Cárlos de Melun, su valido en otro tiempo, gran maestre de su guardia y á quien habia dado las tierras confiscadas á Dammartin, habia perdido su gracia. Dammartin, que volvió á ella, se conjuró con el cardenal de La Balue para arruinar á Cárlos, enemigo de ambos: despertó antiguas sospechas contra él, y le acusó de haber vendido empleos públicos y sustraido documentos judiciales. Luis le echó en cara haber impedido que saliese de París el mariscal de Rohault durante la batalla de Montlhery, y que cayese sobre el flanco de los borgoñones: La Balue se denostó por sus inteligencias con el duque de Bretaña: y su juez fue el feroz Tristan, que divertia mucho al rey con sus chanzas brutales contra los infelices que llevaba al suplicio. Cárlos de Melun sufrió el tormento, y se le condenó á ser degollado. El primer golpe no hizo mas que herirle en la cabeza: tuvo aliento para levantarse y protestar que era inocente: y luego le acabaron.

Dammartin, que poseia entonces toda la confianza del rey, y la merecia por sus talentos militares, fue nombrado comandante del ejército que habia de defender la provincia de Champaña contra los borgoñones. Los ma-

riscales de Rohault y de Lohéac no se desdeñaron de servir bajo sus órdenes. En este tiempo consiguió la abolicion completa de las sentencias del parlamento que le habian condenado al principio del reinado de Luis XI. Juvenal de los Ursinos, ministro tambien caido, recobró el empleo de guardasellos, que se quitó á Morvilliers, porque su discurso en los estados de Tours habia parecido flojo é insignificante.

El duque de Borgoña, que habia venido á pelear, se vió obligado á entrar en negociaciones, porque el convenio de Ancenis le dejaba sin aliados. Reunióse pues, el congreso que se habia convocado en Cambray. Los plenipotenciarios del rey fueron el condestable, el cardenal de La Balue y Doriole. Pero Dammartin y los generales de Luis le aconsejaban que comenzase las hostilidades, diciéndole que no debia sufrirse que un vasallo, como era el duque de Borgoña, amenazase siempre, protegido por la alianza de Inglaterra, la corona de Francia, sin que valiesen tratados ni convenios, tantas veces violados. "Nuestra causa es justa, añadian: nuestras fuerzas numerosas. Acometamos, pues: y con una victoria decisiva pongamos fin á las desavenencias interiores, que durante un siglo han entregado nuestra patria á los furores del estrangero." Ni menos incitaban á la guerra los barones de Borgoña á Cárlos, mostrándole la ninguna confianza que podia tener en un tratado hecho con Luis, que estaba en posesion de quebran-

tarlos todos, como quebrantó el de Conflans. «El no quiere, decian, tener vasallos, sino esclavos. Su único objeto es la ruina de los príncipes y nobles: y camina á lograrlo, ya con las armas, ya con el puñal: todos los palacios estan llenos de sus espias: en todas partes escita rebeliones y tumulto. Derribémosle pues, del trono, y coloquemos en él á su hermano.» A pesar de estos discursos belicosos predicaban la paz, el pueblo, por temor de las calamidades de la guerra: el clero, por espíritu religioso: y los ministros del rey y del duque, porque su autoridad, seria nula en tiempo de combates, y los militares se alzarian con todo el poder dejándoles á ellos el gravámen de la administracion y deudas que no podrian pagar. Cárlos, violento por carácter, tardó mas tiempo en reducirse á los consejos de sus mas prudentes ministros: pero al fin, espantado quizá de la penuria de su erario, consintió en deponer las armas por la corta suma de 120000 escudos de oro que el rey le dió aconsejado de La Balue, y se firmó en Cambray una tregua que nada decidia: porque Cárlos no quiso nunca reconocer la decision de los estados de Tours contra los duques sus aliados. Al mismo tiempo intimó al duque de Nevers, á quien acusaba de sacrilegio y de atentado contra su persona, para que compareciese ante el cabildo de la orden del Toison. El de Nevers le devolvió el collar de esta orden y despreció la intimacion.

CAPÍTULO XXXVI.

Reinado de Luis once desde 1468 hasta 1472.

Conferencia de Peronne: Luis XI en Lieja. Reconciliacion de Luis XI con su hermano. Luis XI favorece el partido de Lancaster: triunfo momentaneo de este partido. Guerra con Borgoña: tregua. Nuevas hostilidades con Borgoña: sitio de Beauvais: muerte del duque de Guiena.

Conferencia de Peronne: Luis XI en Lieja. El cardenal La Balue habia adquirido tanto ascendiente en el animo de Luis, que en todos los negocios del estado entendia; y en una ocasion pasó revista al ejército con el mismo trage eclesiástico que siempre llevaba. Dammartin se burló de su presuncion, pidiendo licencia al rey para visitar el clero, cabildo y seminario de Evreux. La Balue, persuadido á que le era muy conveniente apartar á Luis de los embarazos y dificultades de la guerra para conservar su favor y hacerse mas necesario al monarca, concibió el desgraciado proyecto de una entrevista con el duque de Borgoña. Dijo al rey que en esta conferencia toda la ventaja seria suya, por la superioridad de sus luces y de su política. Luis lo creia así:

sin embargo, no accedió, sino despues de haberlo rehusado muchas veces, á ponerse en manos de su mas ardiente enemigo. La Balue, para determinarle, y vencer su repugnancia, se valió de Juan Vobrissel, ayuda de cámara y favorito de Luis: el cual, habiendo hecho con diversos pretestos varios viages á Borgoña, dijo al rey que el duque, desconfiando de los plenipotenciarios, deseaba terminar con él silla á silla todas sus desavenencias. Con esta noticia cesó la irresolucion de Luis y se dispuso para la entrevista: pero su inclinacion á la astucia le hizo tomar algunas providencias anticipadas, que fueron causa del peligro en que se vió despues. Los agentes secretos, que habia enviado á Lieja, tenian tratado con los habitantes de aquella ciudad que se rebelarian contra el duque de Borgoña en el caso de que este príncipe declarase guerra á Francia. Cuando el rey se propuso tener una conferencia con Cárlos, en lugar de abandonar la alianza de una ciudad tan turbulenta, le pareció que bastaba enviar un nuevo agente que aconsejase á los magistrados; no renuciar á sus designios, sino solo suspender la ejecucion; y sin esperar respuesta, se puso en camino para Peronne. Antes de salir, Dammartin y los consejeros mas prudentes le hicieron algunas reflexiones para disuadirle de una resolucion tan peligrosa: pero una carta del condestable habia asegurado al rey en su propósito: porque le decia en ella, que el

duque, depuestas ya sus sospechas, deseaba hacer con él estrecha alianza, y que ademas de las cuestiones generales que podian resolverse por la via comun de los plenipotenciarios, habia otras particulares que requerian para su decision una conferencia secreta y personal.

El rey pues, habiendo recibido un salvo conducto, firmado del duque de Borgoña, dejó el mando del ejército al conde de Dammartin, y emprendió su viage el 8 de octubre de 1468, en compañía del condestable, del duque de Borbon, y del cardenal de La Balue con una pequeña escolta de 80 hombres de la guardia escocesa y 60 caballos. Muchos barones de Flandes y Borgoña salieron á recibirle hasta la orilla del Doing. Allí se despertaron de nuevo sus sospechas y temores, viendo algunos enemigos personales suyos, como Lau, el obispo de Ginebra, Felipe de Saboya y otros, proscritos por él, y que parecian insultarle, mezclándose con arrogancia en las filas de la escolta borgoñona que le recibia. Entonces recordó de un prognóstico que le habian hecho de que moriria pronto, y la apariencia de un cometa, acaecida en aquel año.

Ademas, las conversaciones de sus mas leales sirvientes aumentaban la turbacion de su ánimo. "El rey, decian, está aquí entre los suyos: ¡plegue á Dios que no dé un paso adelante!. Las tropas del duque se reunieron de todas partes; tráele nuevos refuerzos el

mariscal de Borgoña, seguido de los enemigos mas ardientes de S. M. Todas esas demostraciones que hacen de respeto y amor son, flores con que cubren el abismo, donde lo quieren sepultar.» Dammartin, Rohault y Lohéac renovaron en aquel momento sus instancias para que Luis mudase de determinacion: pero ya era tarde, y ademas le parecia que Cárlos no tendria atrevimiento para violar el salvoconducto. Su tenor era el siguiente:» señor, me recomiendo humildemente á vuestra gracia. Si es vuestro placer venir á esta ciudad de Peronne á tener una entrevista conmigo, os prometo y juro, por mi fé y honor, que podeis venir, permanecer y volveros con seguridad á Chauni ó á Nayon cuando querrais, sin que se ponga impedimento ni á vos, ni á ninguno de vuestra comitiva por mí ó por otros, sean cuales fueren los casos que ocurrieren. En testimonio de lo cual, escribo y firmo esta cédula de mi mano, en Peronne, 8 de octubre de 1468. Vuestro humildísimo y obedientísimo vasallo, Cárlos."

El rey no vaciló mas: el duque salió á recibirle: se abrazaron, y continuaron su marcha con todas las demostraciones de amistad. Comines dice, que el rey, en señal de cordialidad, ponia muchas veces su mano sobre la espalda del duque. En Peronne se alojó Luis en casa del recibidor de la ciudad: porque el castillo, largo tiempo no habitado, estaba ruinoso y sin muebles. Casi al mismo tiempo

se acampó el mariscal de Borgoña con su ejército junto á las murallas de la ciudad. Luis para ganar á este guerrero que le aborrecia, le dió en feudo, á su advenimiento al trono, la ciudad de Epinal y su territorio. Mas los habitantes se opusieron á esta cesion contraria á letras patentes anteriores que incorporaban aquel pais con la corona, y el parlamento decidió en favor de ellos. El mariscal tomó las armas para someterlos: pero Juan, duque de Calabria, por instigacion del mismo Luis, acudió al socorro de la plaza. Desde entonces juró el mariscal vengarse de aquel engaño. El duque recibia á los demas enemigos del rey tan favorablemente, que Luis, temiendo alguna perfidia, demandó y consiguió que se le diese alojamiento, para mayor seguridad, en el castillo: y pasó á él con los pocos que le escoltaban y acompañaban.

Las conferencias comenzaron entre los consejeros del rey y del duque, en presencia de entrambos. Luis prometia la completa ejecucion de los tratados de Arras y de Conflans: y solo pedia en recompensa que el duque le jurase fidelidad para con todos y contra todos. Pero Cárlos, ostinado en sus ideas, no queria ni abandonar sus antiguos aliados, ni renunciar á sus conexiones con el rey de Inglaterra.

Esto dió motivo á que en las deliberaciones hubiese mutuas quejas, y tal vez animosidad. Pero una noticia no esperada trocó de improviso el semblante de los negocios, hizo

imposible la reconciliacion, é inspiró al duque de Borgoña las resoluciones mas violentas. Súpose que los de Lieja, volviendo á tomar las armas, habian sorprehendido la ciudad de Tóngres, donde residia su obispo, y desarmado la guarnicion, haciendo prisioneros al obispo, á los canónigos y al señor de Imbercourt, y amenazándolos con muerte infame. Ya habian asesinado al arcediano de Lieja, y hecho pedazos su cadáver. Muchos habitantes de Tóngres, que huyeron de esta plaza, contaban y aun exageraban las atrocidades cometidas por los liegeses.

El duque de Borgoña estaba muy dispuesto, por la violencia de su carácter y por el odio que tenia á Luis, á creerle capaz de las mayores perfidias, y así no dudó un momento que la insurreccion era obra del rey. «Se me convidó, á esta entrevista, para adormecerme: pero la venganza está en mis manos, y no dejaré la ofensa sin castigo."

Mandó inmediatamente cerrar las puertas de la ciudad, y sin respeto á los derechos de la corona, ni á los del hospedaje, ocupó con tropas escogidas todos los alrededores del castillo, y lo convirtió en prision. Pero aun dudaba en tomar la resolucion á que su enojo le impelia: ya para disculpar la violacion de su juramento, echaba voz de que le habian robado unos diamantes, y que por coger al ladron daba aquellas órdenes rigurosas: ya enfurecido esclamaba contra los de Lieja y contra los

instigadores de la rebelion: ya juntaba los de su consejo, por ver si con sus dictámenes podia asegurar su conciencia y artar la sed de venganza que le aquejaba.

Felipe de Comines, camarero mayor del duque, estaba entonces de servicio. Era hombre de talento y prudente, y previó todos los males en que la ira de su señor precipitaria á la Francia, si le impeliese á cometer el atentado que meditaba. Procuró pues, sin irritar su fogoso carácter con la resistencia, suspender el golpe y ganar tiempo. Ayudóle mucho para conseguirlo Cárlos de Visen, ayuda de cámara del duque.

Luis, encerrado en el castillo, estaba poseido á un mismo tiempo de sorpresa, arrepentimiento y terror. Tenia no lejos de su aposento la antigua torre en que Cárlos el simple falleció, prisionero del conde de Vermanolés. No esperaba el rey que la rebelion de Lieja, la cual favorecia bajo mano solo con el objeto de obligar al duque á acelerar la negociacion, estallase tan pronto y en el momento que él estaba á merced de su enemigo, cogido en el mismo lazo que habia puesto. Habian alejado de él su guardia, y estaba solo en su prision, excepto cuando se permitia á alguno de sus sirvientes venir á asistirle: pero estos ignoraban las resoluciones del duque, y no podian dar á Luis consuelos y noticias que calmasen sus fundados temores.

El de Borgoña por su parte no estaba me-

nos agitado é incierto. Unas veces queria condenar al rey á prision perpetua: otras, darle la muerte y destruir su monarquía: tal vez, se amedrentaba él mismo de su propio furor y de los peligros á que podria arrastrarle la ira. En fin, propuso el negocio á su consejo. Muchos de los cortesanos, señaladamente el mariscal de Borgoña, le excitaban á la venganza, y le acosejaban que colocase en el trono al hermano del rey: pero los mas prudentes le pusieron delante el oprobio de que se cubriria á la faz de Europa, si violase un salvo conducto, firmado de su propia mano. El duque se convencia: mas no pudo acabar consigo que se moderase su enojo: veinte y cuatro horas pasaron sin tomar resolucion ninguna. Entretanto Luis prodigaba dinero y joyas para ganar á los que tenian favor cerca del duque, sirviéndole de agente para ello los criados que servian su mesa. Cuando estuvo seguro de algun apoyo, escribió á Cárlos ofreciéndole hacer paces con él á las condiciones que gustase, y concurrir con sus fuerzas al sometimiento de los de Lieja. Cárlos tardó dos dias en responderle; y ya porque conocia la necesidad de tranquilizar su ánimo para tomar una resolucion definitiva, ya porque temia adoptar consejos ó muy tímidos ó muy violentos, se encerró en su palacio sin mas compañía que la del señor de Comines, un camarero y dos ayudas de cámara; estos eran los que deseaban apartarle de las determinaciones que

le sugeria el enojo. Dejáronle prorrumpir en esclamaciones de ira cuanto quiso: y en las ocasiones en que le vian cansado ó mitigado, le hacian observaciones prudentes.

En fin, el duque, habiendo pasado dos noches sin dormir, tomó su resolucion, fue al castillo y entró precipitadamente en el aposento del rey, y le dijo: "¿consentis en firmar sin tardanza alguna el convenio que os traigo ya redactado?» "Sí,» respondió Luis. "¿Consentis, añadió el duque, en venir con migo á Lieja á castigar la rebelion y vengar al obispo, príncipe de vuestra sangre?» «Cuando esté firmada la paz, dijo Luis, os acompañaré con el número de tropas que designeis vos mismo."

Entonces se puso el tratado sobre la mesa, Luis lo firmó; y juró su observancia, poniendo la mano sobre una parte de la verdadera cruz que llevaba siempre consigo. Las puertas del castillo se abrieron: todos manifestaron tanta alegria como habia sido la anterior consternacion: pero Luis conservaba en su alma el resentimiento de la humillacion á que se hallaba reducido. Felipe de Comines dice en sus memorias que le aconsejó en secreto someterse á todo, sino queria perder la corona y la vida: y el rey confesó despues que debia á este señor haber salido del peligro: porque el agente encargado de distribuir 20000 escudos de oro entre los cortesanos del duque, se habia quedado con la mayor parte de este dinero.

Las condiciones del tratado de Peronne fueron 1.ª la renovacion de los tratados anteriores sin que pudiese alegarse contra el duque su última alianza con Inglaterra: 2.ª si el rey faltaba al convenio, perderia sus derechos soberanos sobre Borgoña: y si faltaba el duque serian confiscados sus dominios. 3.ª El príncipe Cárlos de Francia renunciaba al ducado de Normandía, y se le daba en infantazgo la Champaña y la Brie. El rey mismo ofreció rehenes para el cumplimiento de su tratado, conociendo que no se fiaban de su palabra; y Comines ni fiaba de su palabra, ni de los rehenes, que no fueron aceptados. "Si lo hubiesen sido, dice, Luis no hubiera hecho escrúpulo de abandonarlos."

Luis mandó publicar en Francia el tratado, y envió órdenes al conde de Dammartin para que licenciase el ejército, excepto algunos cuerpos que debian acompañarle á la espedicion de Lieja. Dammartin respondió con respeto, pero con firmeza, que no podia obedecer, sin dejar espuesta las fronteras del reino: Luis insistió, escribiéndole que concluida la espedicion de Lieja, volveria inmediatamente á Francia: "porque el duque, añadió, tiene mas deseos de abreviar el tiempo de mi permanencia en sus estados, que de prolongarlo."

Dammartin, viendo que el correo de Luis venia acompañado de un mensagero del duque, se convenció de que el rey no estaba li

bre, y que de niguna manera le serviria mejor que desobedeciéndole; y al mensagero le dijo: «si no vuelve el rey pronto, todo el pueblo de Francia irá por él á Borgoña.»

Esta amenaza suavizó un poco á Cárlos: Luis recibió un cuerpo de 400 lanzas y una parte de su guardia: el duque de Borbon, el condestable y La Trimouille estaban en su compañía. Tremoló la cruz de Borgoña, y marchó á Lieja para castigar á esta ciudad por la sublevacion que él mismo habia suscitado.

Los de Lieja, amenazados por el duque, desamparados del rey, y no encontrando defensa en sus murallas recientemente demolidas, opusieron á la tempestad el valor de la desesperacion, y salieron al encuentro al enemigo. Sin atender á las amonestaciones del legado del papa, que les aconsejaba la sumision, acometieron con furia la vanguardia de los borgoñones, y fueron rechazados. El mariscal de Borgoña, soberbio con esta primer victoria, cometió el yerro de despreciar el corto número de los enemigos, y descuidó la guarda de su campo. Los liegeses le acometieron de noche, derrotaron á los borgoñones, los hicieron huir y mataron á muchos de los fugitivos. Cárlos no quiso que se diese al rey noticia de este reves: porque no se alegrase de él, tanto como al duque le pesaba.

Los liegeses procuraron valerse otra vez del favor de las tinieblas; y en la noche del

26 al 27 de octubre, atacaron á un mismo tiempo los campamentos del rey y del duque. Sus gritos furiosos, los lamentos de los heridos, las tinieblas y el desórden favorecieron al principio su salida. Por la primera vez Cálos el Temerario se mostró indeciso y amedrentado: pero Luis, acordándose de los dias gloriosos de su juventud, se presentó al peligro con la mayor intrepidez y serenidad, dió sus órdenes, que fueron obedecidas de los borgoñones mismos, y rechaza á los contrarios con la fuerza del número y de la táctica. Persiguiólos despues, y entrambos ejércitos victoriosos se apostaron en los arrabales de Lieja. Una granja de mucha estension separaba los reales de Luis y de Cárlos: y el primer cuidado de este fue colocar 300 hombres de guardia en la granja: porque temia menos á sus enemigos que á su aliado.

Resolvióse dar un asalto general á que no aguardaron los de Lieja. Eligieron 600 hombres intrépidos, y les mandaron penetrar denoche en las casas donde se alojaban el duque y el rey, y degollarlos. Marchan en silencio, atraviesan sin ser vistos por medio de las centinelas que dormian, y llegaron á los humbrales de una y otra casa: pero las guardias de la granja sintieron ruido, y se ponen en armas. Los liegeses, en lugar de proseguir su designio, trabaron con aquella guardia un combate largo y sangriento. El rey y el duque, ignorando cada uno lo que pasaba en el aloja-

miento del otro, acudieron al lugar de la pelea, que duró hasta el dia. Los enemigos se retiraron. El rey propuso que se ofreciese capitulacion á los vencidos: pero Cárlos creyó que daba este consejo por salvar á sus antiguos aliados; y así respondió con arrogancia: «el asalto se dará á la hora que he señalado. El rey, si quiere, puede retirarse á Namur, y esperar allí el éxito de la pelea." Los de Lieja estaban desalentados. La mayor parte de ellos se habian refugiado á la selva de Ardennes: los viejos y mugeres llenaban las iglesias; y los habitantes pacíficos creyeron que el enemigo respetaria la santidad del dia que era domingo: y así los asaltadores, sin hallar resistencia alguna, llegaron hasta el palacio episcopal.

Los soldados saquearon la ciudad, y el duque tuvo que matar por su mano algunos de ellos para libertar los templos de su violencia. Concluida la guerra, los dos príncipes confirmaron el tratado de Peronne, sin adicion alguna: pues aunque el duque pidió al rey que incluyese en la paz algunos señores que estaban en su desgracia, Luis le dijo que lo haria siempre que Cárlos restituyese su amistad al señor de Croi y al conde de Nevers: y el de Borgaña no insistó. Despidiéronse con grandes protestaciones de amistad, y el rey se volvió á Francia. Despues de su partida mandó Cárlos ahogar en el Mosa todos los prisioneros: entregó á las llamas la ciudad de Lieja, y

persiguió en las montañas y bosques á los rebeldes fugitivos. Los que no perecieron por el hierro, fueron víctimas del hambre y de la miseria.

Luis, cuando llegó á Senlis, convocó el parlamento, presentó en él el tratado de Peronne, y prohibió á sus vasallos so pena de muerte hablar mal del duque de Borgoña. Los parisienses enseñaron á muchas picazas á repetir el nombre de *Peronne*, que era muy desagradable á los oidos del rey por la humillacion que en aquella ciudad habia sufrido. A muchos vecinos costó la cabeza esta burla, y á los pájaros se les torció el pescuezo. La prision en poder del de Borgoña no corrigió el carácter de Luis: y su arbitrariedad y falta de fé obligó siempre á todos sus vecinos á coligarse contra su autoridad. Mas no puede negarse que este príncipe, tan enemigo de la nobleza, mejoró mucho la suerte del pueblo reformando los abusos, castigando las malversaciones y protegiendo la agricultura y el comercio contra la opresion de los grandes y el latrocinio de los aventureros. Luis oía con suma benignidad todos los consejos útiles que se le daban en materia de gobierno. Pedro Doriole, magistrado muy estimable, le manifestó los grandes inconvenientes que resultaban de haber descuidado la navegacion. Los estranjeros hacian todo el comercio de esportacion del reino, y los venecianos ganaban en él de 7 á 8 millones anuales. Luis atendió á

este ramo abandonado: protegió á los armadores, y en breve la esportacion de lanas, vinos y aceites se hizo en buques franceses.

Cárlos VII habia acabado con las cuadrillas de camineros y costeros que en los reinados anteriores habian desolado á Francia. Doriole denunció otras que por astucia ó violencia robaban los campos y aldeas: llamábanse *zíngaros*, *y boemios* (gitanos), casta de hombres que se habia estendido por toda Europa, y cuyo origen es todavía un problema, á pesar de las indagaciones de los sabios. Su lengua, costumbres y creencias se diferenciaban de las de todos los pueblos conocidos antiguos y modernos. Averiguose que en solo el año de 1468 habian robado 4000 marcos de plata. El rey mandó prender, ahorcar y desterrar á muchos; mas no pudo acabar con todos ellos. Por espacio de tres siglos se mantuvieron; y si tal vez se ocultaban por el rigor de los edictos, volvian despues á aparecer y á multiplicarse con rapidez inconcebible y que ponia en cuidado al gobierno. Unos los creian descendientes de una antigua tribu de Egipto, otros, teniéndolos por adoradores del fuego, buscaban su cuna en oriente. Habitaban en barracas y bajo tiendas, decian la buena ventura á los aldeanos, les vendian remedios para todas las enfermedades, y se aprovechaban de su curiosidad para robarlos. Tenian por uso robar niños, y llevarlos consigo para aumentar sus rancherías.

Luis, si adoptaba los proyectos útiles; sabia despreciar tambien los que dictaba la lisonja. Los canónigos de Loches, sabiendo cuan odiosa era al rey la memoria de las damas que tuvo su padre, le pidieron permiso para quitar de su iglesia el panteon de Inés Sorel. "Convengo en ello, les dijo el rey, con tal que me restituyais todos los dones que os hizo mientras vivió."

A esta época pertenece la ereccion de las casas de correos, que tan útil fue despues á Francia y á toda Europa. Estableció los correos de 4 en 4 leguas en todos los caminos reales, y estaban bajo la direccion de administradores juramentados, cuya obligacion era tener en todo tiempo cuatro ó cinco caballos ensillados. Las administraciones estaban bajo la direccion del gran maestre de correos que residia en la corte, y cuyos pasaportes eran necesarios á todos los que habian de correr la posta. Estaba prohibido so pena de la vida á los maestros de postas dar caballos á nadie que no presentase orden del rey ó del gran maestre. Pero se permitia al papa y á los príncipes aliados del rey servirse de los caballos de posta para enviar pliegos mediante un precio fijo. Era prohibido á los correos separarse del camino real ó hacer el viage sin pasaporte. Se les registraba rigurosamente en las administraciones para impedir que llevasen alguna cosa contraria á los intereses del rey. Todo correo que entrase ó saliese del rei-

no por senderos estraviados, era preso, y se enviaban sus paquetes al gran maestre de correos. Este magistrado nombraba y destituia á los correos y les tomaba el juramento de fidelidad. Los correos pagaban á los maestros de postas 10 sueldos por cada cuatro leguas. Esta ordenanza tiene la fecha de Luxien, pueblo cercano á Sens, en 19 de junio de 1464. En todo su contesto se vé que el objeto del legislador no fue otro que el de acelerar el movimiento del gobierno y la transmision de las órdenes, y estender á todo el reino una policía activa y contínua. Al mismo tiempo, como Luis dirigia constantemente todas sus miras al abatimiento de los grandes que le disputaban el poder politico, para grangearse el afecto del pueblo, estendió su libertad civil, que él no tenia, por medio de instituciones municipales que parecen aun en el dia estraordinariamente democráticas.

Por sus cartas patentes, fechas en san Juan de Angeles en febrero de 1461, estableció en Tours un cuerpo municipal. En el preámbulo dice que concedia la carta, por haber nacido en aquella ciudad, y por haberse celebrado en ella el matrimonio de su padre y el suyo. Las libertades concedidas á los habitantes de Tours eran las siguientes: 1.° Podrán elegir un corregidor cada año, y 24 regidores vitalicios. 2.° El rey concede al corregidor y á los regidores, como tambien á su descendencia, la nobleza con todos los pri-

vilegios anejos á ella, y podrán ser caballeros y adquirir feudos, jurisdicciones y señoríos sin pagar nada á la corona. 3.° El mismo privilegio se concede á todo habitante de la ciudad de Tours que posea un capital de 500 libras tornesas. 4.° El bailío de Turena es nombrado por el rey juez conservador de los privilegios concedidos á Tours. 5.° Todos los pueblos, aldeas y habitantes de la provincia quedan obligados, sin excepcion alguna, á contribuir al pago de las deudas y gravámenes de dicha ciudad. 6.° Queriendo impedir los abusos introducidos en el reino, y establecer en todas materias *el derecho comun*, manda el rey que los habitantes de Tours no sean juzgados sino por los magistrados de su ciudad, sin que pueda declinarse su jurisdiccion por otras personas que no sean los oficiales de casa real. 7.° Queda esenta la ciudad de Tours de alojamientos y alistamientos, aun cuando posea feudos que obliguen á este servicio. 8.° Concede el rey á los regidores de esta ciudad el derecho de exigir tributos para el empedrado y reparaciones, sobre los que tengan carretas y coches, aunque pertenezca á señores, eclesiásticos y otros privilegiados. 9.° Se concede á los habitantes de Tours el privilegio de reunirse en junta sin asistencia de subdelegado alguno de S. M. 10.° El corregidor y los regidores tendrán derecho de imponer contribuciones hasta la suma de 1000 libras, para los gastos de gobierno municipal;

y de nombrar un recibidor que les dé cuentas. 11.° Bajo ningun pretesto se les podrá obligar á tomar en arrendamiento dominios reales ó de otros señoríos, ni á echar impuestos para el gobierno 12.° y último: se conceden ademas á Tours todós los privilegios de que goza La-Rochela.

Luis XI dió mayor estension que la que tenia á la autoridad del parlamento. En 1465 autorizó por ordenanza publicada en Bourges, la egecucion á mano armada de las sentencias de aquel tribunal: y de esta ordenanza se deriva la fórmula egecutoria de los franceses: "mandamos y ordenamos á nuestros procuradores generales y á todos los comandantes de la fuerza pública que presten auxilio cuando les sea requerido." El año antes habia mandado que el parlamento le presentase tres candidatos, cuando vacase alguna plaza en aquel tribunal, para nombrar uno de los tres. En 1475 mandó que se nombrase un comisario encargado por el parlamento de examinar y verificar las bulas de Roma, y de representar, cuando contuviesen alguna cosa contraria á los derechos del rey ó de la iglesia galicana. En la ordenanza de 1475, espedida con motivo del recibimiento de un legado *à latere*, estableció reservas muy importantes á favor de dicha iglesia.

En 1477 dió la ordenanza que condena á pena de muerte á los que no diesen parte de los delitos de lesa Magestad. Bajo el gobierno

de un hombre como Luis y en un siglo como el suyo, sirvió esta ley de base á un gran número de condenaciones.

En 1467 publicó su famosa ordenanza relativa á los gremios de París. No habia olvidado el importante servicio que le hicieron los habitantes de la capital cuando cerraron sus puertas á los egércitos de Borgoña y Bretaña, y rechazaron con intrepidez los asaltos de Cárlos el Temerario: pero al mismo tiempo conocia que aquella valiente milicia, por falta de organizacion, no pudo aprovecharse de su número para obrar mas eficazmente en su favor, y acometer, despues de la batalla de Montlhery, el campo de los aliados, cuya ruina hubiera sido entónces completa. Ademas esta misma falta de disciplina, haciendo inciertas las resoluciones y dudosas las órdenes, alentó algun tiempo las esperanzas de los enemigos, cuando con negociaciones insidiosas procuraron apoderarse de la capital. Tuvo, pues, por conveniente someter la milicia á una organizacion regular y á una legislacion privilegiada, útil á un mismo tiempo á la conservacion del órden público y de la autoridad régia. Confiaba en el pueblo, que le servia de instrumento contra la nobleza: y así no temió comprometerse dándole armas, dividiéndolo en corporaciones y banderas, y concediéndole el derecho de nombrar sus gefes. Los estandartes eran 71, y servian de guia á otros tantos oficios y profesio-

nes industriales que habia entónces en Paris.

Cada bandera debia tener una cruz blanca, y las armas y divisas que escogiese su gremio. Cada compañía debia tener dos gefes, llamados *principal y subprincipal*: debian ser elegidos el dia despues del de San Juan, por los propietarios de casas y principales de las compañías, en presencia de los comisarios del Chatelet. Estos dos gefes debian prestar ante el lugarteniente del rey, ó persona delegada al efecto, servir á S. M. para con todos y contra todos sin escepcion, obedecerle en todo como tambien á sus lugartenientes, ir donde los mandasen con sus banderas y completamente armados: cumplir todo lo que les fuese encargado, como deben hacerlo hasta la muerte súbditos fieles y leales: no tolerar sediciones ni tumultos, ni otras cosas contrarias y perjudiciales al rey; y revelarle todas las maquinaciones, conspiraciones, empresas y manopolios que se hiciesen contra el rey y sus señoríos, so pena de ser castigados como rebeldes. Juran ademas no llamar su compañía á la bandera por otra causa, que no sea una órden del rey o de su lugarteniente. Los gefes se eligen por un año, y podrán ser reelegidos para el siguiente. No pueden ser elegidos sino los que fueren propietarios de casas, personas de buena fama y tengan seis meses por lo menos de residencia en París.

Desígnanse despues las armas y vestuarios de que deben estar provistos los gremia-

les, so pena de multa, y las listas que deben tener los principales de los de su bandera, en las cuales deberán inscribirse todos los habitantes, como tambien los oficiales y aprendices nuevos que reciban los maestros de oficios. Los principales y sus comisarios juzgarán las faltas é infracciones de los de sus compañías, y podrán condenarlos á multas hasta la suma de 60 sueldos: los delitos mas graves serán juzgados por un tribunal que nombrará el rey. Los gefes podrán pasar revista á su bandera una vez al año, el dia despues de la fiesta de su patron. Tambien se dividirán en corporaciones y banderas todos los curiales así del parlamento como de la municipalidad.

Reconciliacion de Luis XI con su hermano (1469). Uno de los principales actos del reinado de Luis XI fue la institucion de la órden de San Miguel, que subsiste en nuestros dias, aunque perdido en gran parte su esplendor. Esta decoracion, destinada en sus principios á las personas mas distinguidas del reino, no se dá hoy sino á los hombres que mas se distinguen en las artes, las letras y las ciencias, lo que deberia aumentar su brillo, si la razon dirigiese las opiniones de los hombres. El objeto de Luis XI en esta institucion, fue sembrar la discordia en el partido de los príncipes, y poner bajo la dependencia del cetro los varones mas poderosos. En los estatutos publicados en 1469, el rey como gran maestre de ella, se obligaba á sí y á sus suce-

sores á proteger en toda ocasion á los caballeros de la orden. Su número debia ser 36. Prometia mantenerlos en su estado, derechos, dignidades, posesiones y prerogativas, y no emprender ninguna guerra sin reunirlos y pedirles consejo. Los caballeros, por su parte, juraban no emprender ningun viage ni ninguna guerra sin el permiso del gefe de la órden. Si se moviese alguna disension entre los caballeros, debian ponerla en conocimiento del rey, que la mandaria juzgar y sentenciar en su presencia: todos los caballeros se obligaban tambien á no aceptar servicio en reinos estrangeros.

Luis trataba con igual severidad al clero que á la nobleza. Se conservan cartas patentes suyas obligando á los prelados y beneficiados á la residencia, so pena de embargo de las temporalidades. Esta ordenanza nunca ha sido abrogada: pero casi nunca se ha puesto en egecucion.

Luis XI presentó en su conducta mas que otros hombres la oposicion singular de un espíritu ilustrado y de un corazon corrompido: el primero conocia y queria lo justo: el segundo se inclinaba, irresistiblemente á la crueldad y á la tiranía Y así vemos, que este príncipe, el mas despótico de todos, fue sin embargo á quien debió Francia la inamovilidad de las magistraturas. Acaso halló el principio de esta ordenanza en un capitular de Cárlos el Calvo: pero como habia sido desde mucho

tiempo olvidado ó violado, Luis XI tiene la gloria de haberlo establecido: y aun lo estendió á otros oficios, que no se han conservado inamovibles. En su reinado no hubo distincion, en cuanto á este privilegio, entre los presidentes, ministros, procuradores del rey y abogados generales: todos eran inamovibles, y no podian ser destituidos sino en virtud de sentencia por causa de prevaricacion. Luis mismo sintió los efectos de la inamovilidad, en la resistencia que opuso el parlamento á sus rigores arbitrarios: y cuando quiso enviar al suplicio las víctimas de su aversion, hubo de recurrir á la odiosa institucion de comisiones provisionales.

Aunque la actividad del rey fuese mucha, no podia atender sino por intervalos al cuidado de la reforma de los abusos y á los afanes de la legislacion. Su carácter turbulento le movia siempre á intervenir en los negocios de los estados vecinos y en las desavenencias que él mismo habia suscitado Temiendo siempre que el rey de Aragon reclamase la restitucion de Rosellon y Cerdania, procuró alejarla suscitando turbulencias en Cataluña: y con este objeto dió socorro al duque de Calabria; el cual, favorecido de sus armas, se apoderó de Gerona y amenazó á Barcelona. El rey de Aragon tenia entónces otros designios para aumentar su poder, y trataba el matrimonio de Fernando su hijo, con la infanta Isabel, hermana de Enrique IV, rey de Castilla, ha-

biéndose negado los principales del reino á jurar por heredera á Juana, hija de Enrique, porque la creían fruto del adulterio de la reina con don Beltran de la Cueva. Roma favoreció la causa de Isabel: el legado del papa absolvió del juramento á los que lo habian prestado á Juana: de modo que Enrique, príncipe débil de cuerpo y ánimo, cedió, y proclamó á su hermana Isabel heredera del trono de Castilla. El mismo legado exigió de Isabel la promesa de casar con don Fernando, á quien la santa Sede estaba dispuesta á conceder la investidura de Sicilia, que le cedia su padre el rey don Juan. Otra faccion queria que Isabel casase con un príncipe de Portugal. Ninguno de estos proyectos convenia á la política de Luis: porque como no tenia aun hijos varones, pensaba casar á su hermano y heredero Cárlos con Isabel, para reunir así la corona de Francia con la de Castilla. Dábanle ademas mucho cuidado los asuntos de Navarra, entregada mas que nunca á las facciones. Los agramonteses y beamonteses se daban frecuentes combates. El hijo de Gaston de Foix, cuñado de Luis XI, tomo las armas contra el rey de Aragon, que deseaba enagenar algunos dominios de la corona de Navarra, y habia mandado dar muerte, segun se decia, al obispo de Pamplona. El rey no se creía entónces bastante seguro de la paz con los bretones, ingleses y borgoñones, para dividir sus fuerzas, y dirigir una parte de ellas al otro

lado de los Pirineos. Sin embargo, empleó todos sus artificios para calmar los resentimientos de sus enemigos; y para tenerlos mas quietos, hizo muchos presentes y beneficios á los duques de Bretaña y de Borbon, al señor de Croy y al condestable de Saint Pol.

Pero fue grande su sorpresa cuando averiguó que todos sus proyectos eran contaminados, que sus designios mas secretos eran conocidos; y sin que él lo sospechase siquiera, un hombre, tan turbulento, tan ambicioso, tan astuto como él, el cardenal de la Balue, su primer ministro y su mas íntimo privado, pagaba sus beneficios y su confianza, descubriendo al duque de Borgoña todos cuantos secretos sabia del rey. Guillermo de Arrincourt, obispo de Verdun, y valido en otro tiempo de Cárlos, hermano de Luis XI, habiéndose pasado al partido de la corte, y conseguido entrar en el consejo, conspiró con la Balue para frustrar los designios de Luis, que entonces eran alejar á su hermano de las fronteras de Bretaña y Borgoña, hacerle aceptar el infantazgo importante del ducado de Guiena, y casarle, como hemos dicho, con la princesa Isabel de Castilla. Por este medio, dividia á sus enemigos, aumentaba y consolidaba el poder de la corona, y evitaba el peligro de una nueva liga, siempre pronta á amenazarle mientras no lograba separar con grandes distancias las posesiones de los principales señores que formaron la primera.

La Balue y Arrincourt recibian de Luis grandes dignidades, y tenian á su disposicion el tesoro: y así es dificil de comprender cuál motivo los impelia tan poderosamente á comprometer su fortuna y á hacer traicion á su bienhechor. Las ideas morales de aquellos dos hombres no eran tan enérgicas, que los obligase á obrar contra Luis el ódio ó el menosprecio que les inspiraban los vicios de este príncipe: y si temian su enojo y su suspicacia, siguieron la senda mas á propósito para escitar su venganza. El duque de Borgoña no les ofrecia mas seguridad en esta parte: porque era tan pérfido, tan desconfiado, y tan vengativo como Luis, y mas impetuoso. Acaso creyeron mas útil para sus intereses, atendido el éxito de la célebre conferencia de Peronne servir los intereses de Cárlos el Temerario, príncipe guerrero, altivo y victorioso, que los del monarca humillado, cogido en el lazo, y obligado á seguir como cautivo, la bandera de su arrogante vasallo. Acaso, y esto es mas probable, deseaban conservar su ascendiente sobre el rey, y para lograrlo impedian que sus negocios se pusiesen en buen estado, y que saliese de la posicion embarazosa en que se hallaba.

Cuando supieron pues, que el príncipe Cárlos se inclinaba á complacer á su hermano, y en particular á trocar la Champaña y la Brie por el ducado de Guiena, enviaron en secreto al duque de Borgoña una carta muy

larga demostrándole cuán contrario era á sus intereses este cambio: que violaba el tratado de Peronne; y le prevenian que iban á enviársele diputados para darle cuenta del tratado hecho entre el rey y su hermano, y pedirle que consintiese en él. «El rey, añadian, con apariencias de buena fe y amistad, no tiene otro designio que el de engañaros y romper la union que teneis con su hermano. Estad cierto de que en este caso la única resolucion útil que podeis tomar es oponeros al trueque proyectado. Exigid rigurosamente la egecucion del tratado de Peronne, y sobre todo, persuadid, si es posible, al hermano del rey que vaya á verse con vos: porque cuando esté en la corte de Borgoña y bajo vuestra influencia, os hallareis en situacion de dictar la ley al soberano, y nada tendreis que temer de él. Ademas, tendriais entonces seguro el apoyo de los condes de Foix y de Armagnac, del duque de Borbon y de otros muchos personages, que solo buscan ocasion oportuna para declararse contra un príncipe, enemigo implacable de los grandes y nobles. Podriais tambien confiar en el condestable, que es objeto de las sospechas del rey, y no lo ignora." Terminaba la carta advirtiendo al duque que el rey formaba alianza secreta con la casa de Anjou y el duque de Bretaña; y que así no tenia tiempo que perder para ponerse en estado de defensa, y que su primer cuidado debia ser fortificar las plazas de Amiens, Abbeville, y San Quintin. . . .

El hombre, de quien confiaba el cardenal, llamado Belé, recibió el encargo de llevar este pliego al duque. Cosiólo en el forro de su vestido, y partió con suma diligencia á cumplir su mision: pero al llegar á Claye, fue detenido por dos hombres de armas del senescal de Guiena, que por sus contestaciones oscuras le creyeron espía, le registraron, le hallaron el pliego, y le llevaron inmediatamente á Amboise, donde á la sazon se hallaba el rey. El obispo y el cardenal ignoraban esta aventura: y el disimulo de Luis les permitia vivir tranquilos en engañosa seguridad; cuando de improviso los llamó á su presencia y los mandó prender y encerrar en el castillo de Tours. El rey nombró una comision de muchos jueces para ver la causa. Eran individuos de este tribunal varios señores y magistrados; y presidente, Juvenal de los ursinos. En el primer interrogatorio confesó el obispo de Verdun toda la traicion. La Balue negaba al principio: pero confundido por la lectura de los documentos, las respuestas de sus sirvientes y la deposicion de muchos testigos, se vió obligado á declararlo todo.

No era posible continuar el proceso del cardenal sin dar parte á la corte de Roma. El rey, pues, envió dos embajadores á la santa Sede, que fueron dos magistrados, llamados Gruel y Coussineau, á dar cuenta á su santidad de los motivos que le habian obligado á poner preso á la Balue. Estos embajadores

fueron recibidos en Italia con afecto y veneracion, que probaban hasta qué punto era respetada Francia en los paises estrangeros desde que Cárlos VII, restaurando su trono y arrojando á los ingleses, habia restituido á la corona su antiguo esplendor. El duque de Milan salió á recibirlos y á manifestarles su adhesion al rey. Otro tanto hicieron cerca de Roma los oficiales del palacio del sumo pontífice y todos los cardenales, de modo que entraron como triunfantes en la capital del mundo cristiano, con un acompañamiento de cerca de 2000 caballos. El soberano pontífice, en la audiencia pública que les dió, hizo grande elogio de las virtudes, celo y piedad de los monarcas franceses, señaladamente de Pipino, Carlomagno y Ludovico Pio, á los cuales debia la santa silla el patrimonio de San Pedro. "Nosotros pensamos, concluyó, que el príncipe, que hoy reina tan gloriosamente, es digno del título de cristianísimo, que los papas debieron haber concedido con mas anticipacion á sus predecesores."

Despues de estos discursos, cumplieron los embajadores su comision, y presentaron al sumo pontífice sus cartas de creencia y los pliegos reales. Habiéndolos leido el papa, nombró comisarios para examinar el negocio é informarle sobre él: pero al mismo tiempo declaró que veía con el mayor pesar el principio de una causa, capaz de comprometer el honor y dignidad de la iglesia. Los comisa-

rios, reunidos en congregacion, ántes de decidir nada, se informaron de los embajadores franceses cuál era la costumbre de Francia cuando se trataba de poner á un cardenal en juicio. Los embajadores respondieron: «ningun vasallo, sea cual fuere su clase, puede substraerse al tribunal del rey en los delitos de traicion. El rey, egerciendo la justicia en estos casos, no hace mas que seguir el egemplo dado en muchas ocasiones de la misma especie, por los monarcas de Inglaterra, Castilla y Aragon, y por los emperadores de Alemania. El cardenal y el obispo han sido presos, segun el dictámen de los príncipes y del consejo, y en conformidad con las leyes del reino. Solo al rey pertenece el derecho de castigar á las personas, cualesquiera que sean, convencidas del delito de lesa magestad, pero con esta diferencia: si el reo es eclesiástico, debe ser juzgado por magistrados civiles y por jueces eclesiásticos, sentenciando los unos segun las leyes y los otros segun los cánones. Solo por dar una prueba de su deferencia á la santa Sede, nos ha encargado el rey que diésemos parte á su santidad de este desgraciado acontecimiento." Los comisarios del papa, conformándose con el uso antiguo, sostuvieron la dignidad de su clase, y afirmaron que no debió ponerse preso al cardenal hasta haber oido su confesion y citádole al tribunal de sus jueces naturales. En fin, despues de una larga deliberacion, declararon que no po-

dian enviar comisarios eclesiásticos para proceder al juicio, si no se empezaba restableciendo con respecto á él las formalidades judiciales qué se habian omitido. "El rey, respondieron los embajadores, ha usado de su derecho, mandando arrestar al cardenal. La autoridad régia no depende de la corte de Roma: y el rey, si bien tiene sumo placer en manifestar á la santa Sede el respeto que merece, no debe jamas sacrificar los derechos de su corona.» Las discusiones se prolongaron, pero sin resultado alguno; y los embajadores se volvieron á su pais sin respuesta definitiva: mas el papa envió comisarios á Francia, no para juzgar á los acusados, sino para interceder por ellos.

Este incidente suspendió los procedimientos judiciales: pero mientras se volvia á ellos, mandó el rey, que los delincuentes fuesen encerrados cada uno en una jaula de hierro de ocho pies: prision inventada por Arrincourt, que fue el primero que la sufrió. Allí vivieron doce años padeciendo un castigo quizá mas infame para el príncipe que lo ordenó, que para los delincuentes mismos. El cautiverio de los dos ministros rompió el hilo de sus intrigas, los proyectos de Luis se cumplieron, y su hermano aceptó el título de duque de Guiena con 10000 libras de renta. Lescun, privado del duque de Bretaña, á quien el rey ganó, facilitó este convenio. Luis nombró caballeros del orden de San Miguel á su hermano, á Juan de

Borbon, al condestable de Saint Pòl, á los señores de Sancerre, de Beaumont y de Estouteville, al almirante de Rosellon, á Dammartin, Armagnac, La-Tremouille, Craon, Crussol y Tannegui Duchatel. Al mismo tiempo declaró que serian escluidos ó echados del orden los cobardes, los traidores y los hereges.

La conducta de Luis al principio de su reinado, fue imprudente, porque manifestó muy á las claras el designio de abatir la grandeza, y tuvo por castigo el tratado en que se le obligó á repartir con los príncipes las tierras y rentas de Francia. Despues logró desunir á fuerza de cautela á los grandes, codiciosos de la presa que habian conquistado y discordes al repartirla: ganó el afecto del pueblo con afabilidad y buenas leyes, acometió de improviso á Normandía y Bretaña y obligó á su hermano á aceptar el tratado de Ancenis. Para vencer al duque de Borgoña, se valió de la astucia: pero le salió mal, y cayó en el lazo de Peronne. Libre de él por un tratado oneroso y humillante, se volvia á hallar en su anterior posicion, poco mejorada; porque el ódio que se le tenia era cada vez mayor. La aceptacion de la Guiena no separó enteramente á su hermano del triunvirato formidable que habia formado con los duques de Borgoña y Bretaña. Ninguno de ellos se fiaba en las promesas de Luis, violadas tantas veces. Sus palacios eran asilo de los descontentos de Francia: seguian inteligencias no in-

terrumpidas con Inglaterra; y tenian á favor suyo las casas de Foix y Armagnac, señoras de los paises cercanos al Pirineo; los príncipes de la sangre, poseedores de muchos territorios en Maine y Anjou; el condestable, dueño de casi todas las plazas de Picardía; y y en fin, la casa de Anjou, soberana en Provenza. ¿Cómo podrá hacerse resistencia á esta masa de descontentos, animados del deseo de vengar sus injurias y de la necesidad de defenderse contra un príncipe arbitrario é implacable? El rey, en esta perplexidad, resolvió quitar á la liga el caudillo, que sino era el mas fuerte, podia mas que otro alguno reunirlos bajo su bandera. Cárlos, hermano de Luis, era el único que podia dar á los ojos de la opinion pública cierta especie de magestad al partido de los malcontentos; y mientras él estuviese á su frente, podian creer los pueblos que la liga no era enemiga del trono, sino del gobierno del príncipe.

Luis conocia la inconstancia, y la mansedumbre, que rayaba en debilidad, de su hermano. Esperó ganarle aparentando ternura, robarle á sus enemigos y tenerle bajo su yugo; y lo consiguió, á lo menos por algun tiempo. «Han abusado, le escribia, de vuestra ingenuidad. Criados pérfidos os han seducido para dominaros. Reconciliémonos pues; y no tardaremos en conocer el lazo á que nos iban dirigiendo los artificios de los malvados. Abrid los ojos, y vereis que su designio es solo ar-

ruinar el reino, cuya única esperanza sois vos, y romper la corona que debe pasar entera á vuestra frente cuando Dios disponga de mí. Os perdono con tanta mas sinceridad, cuanto sé que vuestros yerros no proceden de vos mismo. Nacen de las insinuaciones pérfidas de nuestros comunes enemigos, interesados en turbar nuestra union y en daros armas contra la franqueza de vuestro rey. Abandonad pues, á esos perversos, y venid á los brazos de vuestro hermano, padre y amigo."

Cárlos no resistió á tan urgentes solicitaciones: porque no podia creer una perfidia de que era incapaz. Convinieron los dos hermanos en tener una entrevista, que se verificó en Charton sobre el rio Brax, en el cual se construyó un puente de barcas. En medio de él habia dos barreras y dos rejas: prueba fatal de desconfianza justificada en aquel siglo bárbaro por tantas traiciones y asesinatos. Parecia que en el momento que se acercaban para abrazarse los príncipes de la familia real, aparecian en medio de ellos las sombras ensangrentadas del duque de Orleans y de Juan de Borgaña. Despues de una corta conferencia y de juramentos recíprocos, el duque de Guiena pasó la barrera, y se echó á los pies del rey que le recibió en sus brazos, y fue con él al castillo de Guido de Sourche, señor de Malicorne.

La reconciliacion de los dos hermanos causó grande alegría en toda Francia. Poco

despues resolvió Luis casar á Cárlos con Isabela de Castilla, y envió embajadores á Enrique IV, que habia convenido en estas bodas, para pedirla solemnemente. El monarca español los recibió con mucho aprecio: pero la infanta, que no gustaba de esta union, huyó de la corte de su hermano, y formó otra nueva, compuesta del arzobispo de Toledo y otros muchos señores castellanos, opuestos á las miras de Luis, y favorables al casamiento con Fernando de Aragon.

El duque de Borgoña supo con mucho disgusto la concordia de Luis XI con su hermano. Aquel príncipe, dueño de vastos dominios que se estendian desde el Océano germánico hasta el Rin de Alsacia, aspiraba á la independencia, y solo faltaba á su ambicion la corona real. Queria estender sus posesiones y formar en ellas un reino; y así su deseo secreto era la desmembracion del de Francia. Un dia le reprehendió Felipe de Comines su aborrecimiento á Luis; y le dijo: "¿no quereis que haya rey en Francia.?" "Al contrario, replicó Cárlos; yo quisiera que hubiese diez." Creyendo que podria romper los lazos, recientes todavía, entre el rey y el duque de Guiena, prodigó á este las mas tiernas demostraciones de amistad, y le hizo grandísimas instancias para que pasase á verle. Mas el duque le respondió con frialdad, dió cuenta á Luis de los manejos de Cárlos, y devolvió á este la insignia del Toison de oro, de-

clarándole que no queria otra orden sino la de San Miguel, ni mas amigo que su hermano. Los agentes borgoñones no recibieron al partir ningun presente. En fin, en la sinceridad y candor de sus esplicaciones, dió cuenta al rey de todos los pasos que se habian dado para indisponerlos, y le presentó muchas cartas que contenian pruebas evidentes de la traicion de La Balué.

Luis, asegurado por la conducta franca de su hermano, se entregó enteramente al cuidado del gobierno, y fijó su residencia en el castillo de Plessis les Tours, de donde hizo muchos viages á las otras provincias, persiguiendo á los usureros, creando nuevas municipalidades y publicando reglamentos útiles para el beneficio de las minas. Cuando Luis XI se veía rodeado de poderosos enemigos, empleaba el dinero, las caricias, las promesas y los juramentos para desunirlos. Pero cuando habia conseguido por estos medios disipar la tempestad que le amenazaba, mas terrible en el seno de la paz que entre los furores de la guerra, se ensangrentaba cuanto podia: y hallando pretestos para dar á sus venganzas el colorido de la justicia, entregaba al rigor de las leyes, ó por mejor decir, al brazo seglar de las comisiones especiales los vasallos que habian tomado las armas contra él, pero cuya seguridad se habia estipulado en convenios solemnes. Los condes de Armagnac, de Foix y de Albret y el duque de Nemours co-

nocian muy bien á este príncipe vengativo para adormecerse con sus promesas. Recelosos, y acaso informados de sus secretos designios, aunque no movian guerra, estaban sobre las armas: precaucion inútil, que aceleró su ruina. El monarca interpretó como indicios de conspiracion sus providencias defensivas. Teniendo noticia, verdadera ó falsa, de algunos saqueos, que las milicias de estos señores habian cometido en los campos, los denunció al parlamento de Tolosa. Este hizo informacion contra ellos, y les mandó que licenciasen sus tropas. Desobedecieron, y Dammartin, de orden del rey, marchó al mediodia al frente de un ejército considerable, y con las facultades mas estensas: los atacó, los derrotó y los hizo prisioneros. Nemours fue condenado: pero Dammartin le consiguió el perdon. Se mandaron confiscar los bienes de Armagnac: mas el rey le permitió entrar en negociaciones con Dammartin, que le dejó una parte de sus tierras, quedándose con lo demas. Hasta este punto habia degenerado la caballería. Un capitan esforzado, sabio ministro, soldado valiente, un héroe en fin, podia entonces sin deshonor enriquecerse con los despojos del proscrito que habia vencido. Así es que no se fiaban unos de otros. Cuando Dammartin, proscrito en otro tiempo, se reconcilió con Luis XI, entrambos para confirmar sus mutuas promesas, se creyeron obligados á hacer uso de los juramentos mas terribles: y el guer-

rero exigió del monarca, que jurase sobre la cruz de Saint Ló: porque Luis, que se burlaba de todos los demas juramentos, creia que el que se perjurase sobre aquella cruz, moriria inevitablemente dentro de poco tiempo.

Luis XI favorece el partido de Lancaster: triunfo momentáneo de este partido (1470). En vano la diplomacia de aquel siglo buscaba mil espedientes nuevos para dar alguna realidad á las promesas, alguna duracion á la paz: la inmoralidad pública hacía vanas todas las precauciones. El odio violento y recíproco de Luis XI y de Cárlos el Temerario, se adormecia algunas veces por cansancio: mas no se estinguia nunca en lo profundo de sus corazones: y al mas leve motivo despertába con nueva fuerza. Entre ellos podia haber treguas pasajeras: mas no paz sólida. El príncipe Cárlos, hermano del rey, tuvo permiso para ir á Guiena. Estando en esta provincia, el duque de Borgoña tentó su fidelidad con una oferta mas seductora que la que antes habia desechado, prometiéndole en secreto la mano de su hija María, única heredera de sus vastos estados. La ambicion del jóven príncipe no pudo resistir á una tentacion tan fuerte, y desde entonces fue este casamiento el objeto de sus mas ardientes deseos. Sus relaciones con el duque de Borgoña volvieron á ser mas íntimas que nunca, y por su medio volvió á la amistad del duque de Bretaña, que buscaba en todas partes enemigos á Luis, para impedirle que diri-

giese su turbulenta ambicion hácia las posesiones bretonas. El condestable y los demas generales, que perdian con la paz gran parte de su crédito, fomentaban todas estas intrigas: y aun la totalidad de la nobleza deseaba que el rey tuviese ocupaciones esteriores que le distragesen de atormentarla. Y de este modo procuraban todos engañarse unos á otros. El rey tenia muchas espias y no ignoraba estas maquinaciones. Convocó el alistamiento de primera y segunda clase, so color de pasar en revista el ejército permanente y las milicias, pero con la intencion verdadera de amedrentar á sus enemigos haciendo alarde de sus fuerzas. Mas se engañó en esto: todos sus rivales tomaron las armas: y se creyó que la guerra iba á comenzar, cuando de improviso se supo que una nueva convencion, dictada por el miedo que unos á otros se tenian, se firmó en Angers confirmando los tratados anteriores.

Suspendiose pues, el recelo de la guerra: pero la lid de intrigas continuó la misma. Luis, con el ausilio de Tannegui Duchatel, ganó al vizconde de Rohan, que despues fue mariscal de Gie, y que entonces era personage de grande importancia en Bretaña. Tanto él como su familia tenian mucho poder y crédito en este ducado: pues Luis creyó su adquisicion tan preciosa, que salió á recibir al vizconde con 200 caballeros, y aun se dice que le prometió para lo futuro no solo la

espada de condestable, sino tambien ausilios con que adquiriese la corona ducal de Bretaña.

La desercion de Rohan irritó en sumo grado al duque de Bretaña: y si el rey Eduardo hubiese podido y querido en aquel momento favorecer su odio y el de Cárlos el temerario, la Francia se hubiera visto espuesta de nuevo á grandes peligros. Pero Inglaterra era entonces víctima del furor de las pasiones, y la activa política de Luis daba nuevos alimentos al espíritu de discordia. Eduardo envió contra los rebeldes del norte un ejército, que fue vencido en la batalla de Bombury. Los vencedores, prosiguiendo su marcha victoriosa, se apoderaron de Grafton, y cogieron en esta villa al suegro y á un cuñado del rey, á quienes dieron muerte. Warwik, que estaba en su gobierno de Calés, pasó á Inglaterra, por ver si podia aprovecharse de la discordia para poner en práctica los designios que tenia tratados con Luis XI. El duque de Borgoña, viendo el peligro de Eduardo, escribió al corregidor y al pueblo de Londres, que cualquiera que fuese enemigo del rey de Inglaterra, lo seria suyo. Warwik y su yerno el duque de Clarence, aunque enemigos de Eduardo en su corazon, no se atrevieron á declararse, y aun le ofrecieron ir en su socorro con un cuerpo de 25000 hombres. Pero Eduardo, ó por desconfianza, ó por su denuedo invencible, dió la batalla sin esperar

este socorro, y consiguió la victoria con muerte de 10000 enemigos. Poco despues se manifestaron las intenciones de Warwik y Clarence: el rey quiso arrestarlos y ponerlos en juicio. Huyeron del reino y se embarcaron precipitadamente para Calés: pero el teniente que habia dejado el conde en esta plaza, no quiso admitirlos, y hubieron de pasar á Honfleur, donde hallaron la acogida mas amistosa.

El duque de Borgoña, mirando como un insulto hecho á él, aquella hospitalidad política, empezó á quejarse de algunas tropelías cometidas por los marinos franceses contra buques flamencos, y á exhalar su enojo en amenazas. Luis hizo inútiles esfuerzos para aplacarle: Cárlos, en vez de atender á sus disculpas, escribió en estos términos al arzobispo de Narbona y al almirante de Francia: "Arzobispo, y vos, almirante: yo sé que los navíos que decís haberse armado por cuenta del rey de Inglaterra, han insultado ya y robado algunos buques pertenecientes á mis vasallos: pero, por San Jorge, si no poneis remedio en ello, yo lo pondré con el favor de Dios, sino necesidad de vuestras licencias, razones, ni justicia, que siempre es arbitraria y tardía.= Cárlos:" el orgulloso duque gustaba, siempre que la ocasion se ofrecia, de insultar arrogantemente al monarca francés. Poco antes habia rehusado la orden de San Miguel, recibiendo al mismo tiempo de Eduardo la de la Jarretierra. Luis XI evitaba cuanto le era posible,

esponer su corona al riesgo de los combates. Mas amante del poder que de su dignidad, no le parecia vergonzosa la humillacion cuando le era útil. Determinó, pues, dar alguna satisfaccion al duque de Borgoña, y justificarse de la acusacion que este le hacía, de que deseaba romper la paz: pero siempre oscuro y cauteloso en su diplomacia, al mismo tiempo que confirmaba y juraba de nuevo el tratado de Peronne, protestaba contra el de Conflans, que segun decia, habia aceptado por fuerza. Los embajadores de este monarca en la corte de Borgoña, enumeraron, en un discurso muy pomposo, los beneficios que los reyes de Francia habian hecho á la familia de Cárlos: la creccion de aquel opulento infantazgo por el rey Juan: la herencia de Flandes y la posesion de Lila, Donay y otras muchas ciudades, debidas á Cárlos V. «Cárlos VI fue, añadian, el que por la fuerza de las armas reprimió la formidable sedicion de los flamencos. Así que el interes bien entendido del duque y la santa ley de la gratitud juntamente con los lazos de la sangre deben persuadirle que viva unido inseparablemente á la corona de Francia." Estoy muy lejos, replicó el borgoñon, de negar las obligaciones que tengo contraidas con el trono. Pero los deberes son recíprocos: y al que los quebranta deben atribuirse los tristes efectos de las disensiones intestinas. El rey no cumple ninguna de sus promesas: sus palabras son de paz, y sus ac-

ciones de enemigo. Fomenta la discordia en los estados de mi cuñado, y recibe favorablemente en su casa todos los malcontentos que huyen de Borgoña para libertarse de mi justicia. "¿Con qué pretesto pues, se atreve á exigir que deje indefenso al duque de Bretaña, cuya ruina está preparando"? Despues de haber despedido á los embajadores del rey, no respondió ni á las concesiones ni á las disculpas de Luis, sino embargando y confiscando las propiedades de los franceses que se hallaban en sus estados: "es pequeña represalia, decia, de las tentativas que han hecho los almirantes franceses para incendiar mi escuadra." En fin, no guardando ya respeto alguno, dió orden á sus fuerzas navales de reunirse con las del rey de Inglaterra y del duque de Bretaña. El rey, lleno de confianza cuando empezaba á urdir una intriga, se entregaba con facilidad al temor, cuando le salia mal; y como la llegada de Warwik á Francia, era evidentemente la causa de los nuevos obstáculos que esperimentaba su política, buscó ansiosamente los medios de que se volviese á Inglaterra.

En esta época, á 14 de junio de 1470, dió á luz la reina un príncipe, que despues subió al trono con el nombre de Cárlos VIII. Este suceso causó en Francia universal alegría, que se manifestó con las mas vehementes demostraciones. El pueblo, siempre ansioso de esperanzas, creía que el nacimiento de un heredero directo del trono aseguraria la tran-

quilidad pública calmando las desconfianzas de Luis y quitando todo pretesto á las ideas ambiciosas que inspiraban á su hermano pérfidos consejeros. Luis XI en efecto pareció mas benigno, y tomó parte en la alegría comun. Llamó cerca de sí á su hermano, y pasó á Augers con él y con Renato, rey de Sicilia, para entrar en negociacion con el duque de Bretaña, y consolidar la paz, mal observada hasta entonces por entrambos partidos. La reina Margarita de Anjou, el príncipe de Gales su hijo y el conde de Warwik asistieron á estas conferencias. En ellas se concluyó el casamiento del príncipe de Gáles con la hija de Warwik; y éste, cediendo pocos dias despues á las instancias de Luis, dió la vela con algunas tropas, burló la vigilancia de los cruceros de Eduardo, y desembarcó en Inglaterra.

Apénas se supo en la isla su llegada y la del duque de Clarence, todos los partidarios de la casa de Lancáster, animados de nueva esperanza, tomaron las armas y se les reunieron. El hijo del famoso Talbot les trajo 5000 hombres. En breve sus fuerzas, aumentándose diariamente, ascendieron á 50000 soldados. Animados con esta ventaja, declararon formalmente la guerra á Eduardo, llamándole rey intruso de Inglaterra y usurpador del trono de Enrique Eduardo, á la primer noticia de esta formidable insurreccion, abandonó el seno de los placeres, recobró su audacia beli-

cosa, juntó sus tropas y marchó precipitadamente contra los rebeldes: pero la fortuna, que en tantas ocasiones le habia favorecido, le fue desleal esta vez. Su vanguardia, mandada por Montaigu, desertó sus banderas y pasó á las de Warwik. Todo el ejército de Eduardo, desalentado con esta infame defeccion, le abandonó y se dispersó. El rey, vencido sin pelear, no teniendo mas esperanza de salvacion que una pronta huida, se valió de las tinieblas para marchar á las playas del mar con su hermano el duque de Glocester, Hastings, el duque de Northumberland, Rivers, hermano de la reina, y 600 hombres: embarcóse con ellos en tres bajeles que los trasportaron á Holanda. El victorioso Warwik marchó rápidamente á Londres, y sacó de nuevo al infeliz Enrique VI de su prision para restituirlo al trono.

El duque de Borgoña, mas irritado que abatido por este reves, favorable á la política de Luis XI y contrario á la suya, recibió con honor al rey fugitivo, y rompió solemnemente toda comunicacion con Francia. Durante estos sucesos, Luis visitaba las costas de Normandía, grangeaba el afecto de los habitantes de esta provincia reuniendo en su corte gran número de comerciantes y mercaderes para que de acuerdo con él redactasen los reglamentos mas útiles al comercio. Al mismo tiempo, preparando de antemano una terrible diversion contra el duque de Borgoña, concluyó

el 25 de setiembre de 1470 una alianza ofensiva y defensiva con los suizos, y otra de la misma especie con Enrique VI de Inglaterra.

El duque, habiendo hecho vanos esfuerzos para frustrar estas negociaciones, comenzó á temer que se volviese contra él esta liga amenazadora; y envió á Calés á Felipe de Comines para declarar á los ingleses que nunca dejaria de ser aliado de ellos, y que no era su intencion intervenir en las querellas de sus príncipes. Al mismo tiempo reclamó vivamente los socorros de Renato ,rey de Sicilia, y del duque de Bretaña, y los exortó á que tomasen las armas contra Luis XI, como garantes de los tratados que este príncipe habia infringido. En fin, envió al parlamento de París un manifiesto enérgico, en que repetia todas sus quejas contra Luis. Mientras Cárlos esparcia en toda Europa las acusaciones mas graves y las sospechas mas injuriosas contra el rey, Luis, no menos violento, pero mas artificioso, fulminaba contra él acriminaciones que parecian mas fundadas que las del duque. Acusábale de haberle enviado un hombre perverso que le prometió, si se le daba una gran suma de dinero, asesinar al duque de Bretaña. Esta acusacion no carecia de verdad: porque efectivamente Cárlos habia encargado esta infame mision á un antiguo capitan de ladrones, llamado Roes, con el objeto, si el rey aceptaba su propuesta, de publicarla y deshonrarle. Pero el lazo era demasiado grosero para

un príncipe tan astuto como Luis: el cual mandó prender á Rocs y le entregó al parlamento. Puesto en juicio, fue sentenciado á muerte y ahorcado. Al mismo tiempo reclamaba el duque de Borgoña la estradicion de Balduino, bastardo de su familia. "Este traidor, decia Cárlos en su manifiesto, ha huido de mi justa venganza; habia prometido al rey darme veneno, y yo descubrí su maldad." En estas mútuas acusaciones pocas dejaban de ser fundadas y probables. En aquel siglo bárbaro la mayor parte de los príncipes peleaban, como los pueblos selváticos, con armas envenenadas. El rey no estaba ya en aquella posicion abatida en que se halló al salir de las cadenas de Peronne. Entonces prohibió con pena de muerte la menor palabra ofensiva contra el de Borgoña: pero ahora le trataba sin temor como pérfido que le puso en una prision violando la fé de un salvoconducto: como traidor, que infringiendo todas las leyes divinas y humanas, conspiró declaradamente contra su soberano: como cómplice en fin de La-Balue, á quien Luis atribuía todas las faltas é imprudencias que se habian imputado al mismo rey. Despues de haber justificado así á los ojos de la nacion su fatal viage á Peronne, su triste y sangrienta campaña de Lieja, y la venganza cruel que egercia sobre el cardenal de La-Balue, caminando mas declaradamente hácia el verdadero objeto de su política, anunció que hallándose sometido al ignomi-

nioso yugo del tratado de Peronne, apelaba á la Francia para que le libertase de obligacion tan funesta.

A este fin convocó, no los estados generales, sino una asamblea de notables, compuesta en parte de grandes y príncipes, cuyos votos habia captado de antemano, y en parte de comerciantes y burgueses, cuyo amor propio lisonjeaba concediéndoles el honor de deliberar juntos con él acerca de los negocios mas importantes del estado. En esta asamblea ocultando su carácter despótico bajo el velo de la moderacion y de la popularidad, no quiso tomar otro título que el de gefe y soberano protector de la corona de Francia y de los derechos reales. Seguro de la benevolencia y lealtad de los notables que le escuchaban, hizo en presencia de ellos larga enumeracion de sus quejas contra el duque de Borgoña. «Esplicándoos, dijo, sus atentados contra la corona y contra la seguridad del reino, nada podria deciros que no conocieseis como yo. ¿Quién ignora ni sus perfidias ni su ambicion desmesurada? Acordaos de su coalicion con el duque de Bretaña; de sus culpables correspondencias con Inglaterra; de todas las conspiraciones que por sí ó por sus agentes ha tramado contra su soberano. Acordaos de ese salvoconducto, firmado de su mano y redactado en los términos menos equívocos, garantizado por los mas formidables juramentos. Pues á esa fé quebrantó: llevóme á un lazo infame: es en lo

mas oculto de la torre donde me tenia encerrado, me obligó á firmar promesas tan gravosas para la nacion como funestas para mí. ¿Pensais que yo estoy obligado á cumplir la palabra, dada por violencia, cuando él no cumple ninguna de las suyas? Yo pongo mi confianza en vosotros, y pido vuestro consejo: juzgád entre vuestro rey y su vasallo. No atendais tanto á mi interes personal como al vuestro, y sobre todo al de la patria, que debe ser el norte de vuestras decisiones y de mi conducta.» La asamblea, despues de una corta deliberacion, declaró al duque de Borgoña criminal de alta traicion, y por tanto le condenó al embargo y confiscacion de los feudos que tenia de la corona.

Cárlos, cuando supo la decision de la asamblea, se entregó al mas violento enojo, corrió á las armas, prorrumpió en injurias contra el rey, le acusó segunda vez de haber tramado una conspiracion contra su vida, y mandó dar gracias solemnes á Dios por haberle preservado de aquel peligro quimérico. Mientrás reunía todas sus fuerzas para pelear contra su enemigo, buscando aliados en todas partes para asociarlos á su venganza, prometia sucesivamente á todos los príncipes de Europa la mano de su hija. No falta quien dice que su intencion era no darla á ninguno: pues concediéndola al mas favorecido, alejaria de sí á los demas pretendientes, y no tendria premio con que obligarla á abrazar su causa.

Y por eso solia decir á sus amigos: "el dia que se case mi hija, me meto fraile francisco." Pero á quien ofrecia con mas veras este cebo, era al duque de Guiena: y dándole esperanza de preferirle á todos, consiguió que volviese de nuevo á hacer alianza con el triunvirato de Inglaterra, Bretaña y Borgoña. Pero Luis XI observaba con vigilancia sus movimientos, y se preparaba á sostener con las armas la sentencia de la asamblea. Envió al condestable y al mariscal de Rohault á la frontera de Picardía con instruccion, no de pelear, sino de prodigar dinero para hacer desertar los soldados del duque y sobornar los oficiales. Al mismo tiempo recibió magnificamente en París á Margarita de Anjou y á su nuera la condesa de Warwik: á una y otra se hicieron todos los honores debidos á la dignidad real.

Guerra con Borgoña: tregua (1472). La resistencia de la princesa Isabel de Castilla al casamiento con el duque de Guiena habia frustrado las intrigas de Luis XI en España: pero este príncipe, que no abandonaba facilmente sus proyectos, mudó de improviso su plan, y creyó algun tiempo haber conseguido lo que deseaba con un nuevo artificio. Persuadió por médio de sus agentes al rey Enrique IV que se opusiese á los votos de su hermana y de su nacion. Enrique declaró que Isabel no tenia derecho alguno á la herencia del trono: y afirmó con juramento, é

hizo que su muger lo afirmase, que la princesa Juana era verdaderamente su hija, y que por tanto ella sola debia suceder en la corona; y que todos los que habian jurado á Isabel, quedaban absueltos de su juramento. En fin, prometió solemnemente la mano de Juana al duque de Guiena: pero al mismo tiempo se presentó una Bula de Paulo XI, favorable al derecho de Isabel, cuyo partido confiaba en las armas de Fernando de Aragon. No por eso dejó de seguir Luis XI en la ejecucion de sus proyectos, y el matrimonio del duque de Guiena con la princesa se celebró por poderes. Enrique exortaba al rey de Francia á enviar un ejército para consolidar su á alianza: pero Luis se halló detenido repentinamente en esta empresa por obstáculos insuperables.

El duque de Guiena, despues de haber vacilado mucho tiempo, rehusó decididamente suscribir á un matrimonio, contratado sin su consentimiento. Y en este mismo año de 1471, habiendo comenzado la guerra entre Borgoña y Francia, Cárlos el Temerario, para salir del riesgo á que le esponia la alianza del rey con la casa de Lancáster, prodigó sus tesoros á Eduardo y le dió recursos y medios para volver á subir al trono de Inglaterra. Los primeros sucesos de la campaña fuerón favorables á las armas francesas. El condestable de Saint-Pol se apoderó de San Quintin mas bien por astucia que por

fuerza. El duque de Borgoña censuró públicamente esta que llamaba alevosía, confiscó las tierras que el condestable poseía en Flandes, y se adelantó contra él. Pero el ejército del rey, que estaba ya reunido bajo las órdenes de Dammartin, marchó para socorrer á Saint-Pol, y tomó á Montdidier. Cárlos confiaba en el valor y fidelidad de los habitantes de Amiens: pero estos engañaron su esperanza, y abrieron al general francés las puertas de la ciudad. Entonces el duque escribió á Dammartin una carta insultante, acusándole de quebrantar los tratados que él mismo habia firmado y garantizado. Dammartin le respondió: "mi Señor: no entiendo nada de esas sutilezas que son para la gente de pluma: yo no he vivido nunca sino de mi espada. Si yo hubiera estado junto al rey cuando la guerra que llamabais del bien público, y que en mi dictámen fue la guerra del mal público, no hubierais salido de ella tan airoso. Despues, cuando llevasteis al rey al lazo, y le encerrasteis en Peronne, yo le salvé, negándome á obedecer sus órdenes y á licenciar su ejército. Sabía muy bien que aquella orden, dictado por vos, no era libre, sino dada por fuerza. Si quereis tomar satisfaccion de mí, antes del fin de la festividad próxima me hallareis tan cerca de vuestro ejército, que podreis conocer cuán poco os temo. Esta carta es escrita por mi Antonio conde de Chabannes y de Dammartin, gran maestre de

Francia y lugarteniente general del rey."

Apenas se vió Luis dueño de San Quintin, concedió, segun su costumbre, muchos privilegios á los habitantes de aquella ciudad para ganar su afecto. Pero como sabía que no se tenia mucha fé en sus promesas, tuvo cuidado de mandar que el parlamento archivase las cartas patentes de fuero. Cuando supo los progresos rápidos de Dammartin al otro lado del Soma, empezó á sospechar de su general victorioso: y al mismo tiempo que le escribia con espresiones de mucho cariño, manifestándole grande satisfaccion por sus servicios, le denigraba entre los cortesanos con horrendas calumnias. Las fuerzas del duque de Borgoña aumentaban diariamente, y llegaron en breve á 4000 lanzas, que equivalian á 40000 hombres. Tenia 1400 carros de artillería: y todas las fortalezas estaban bien guarnecidas y provistas. Las tropas del rey presentaban un espectáculo no menos respetable. Pero estos dos ejércitos, en lugar de acometerse inmediatamente, como se esperaba, se observaron mucho tiempo, sin arriesgar ninguna accion decisiva. Despues de algunas escaramuzas, el duque se arrojó inesperadamente sobre la plaza de Pequigny, y la tomó. El condestable por su parte hizo igual tentativa contra Bapaume: pero sin buen éxito. Entonces solo pensó en incendiar los castillos y talar los campos. En una de estas correrías quitó 50 carros á

los borgoñones: despues fue batido por Cárlos en un reencuentro: mas habiendo reunido sus tropas, obligó al contrario á retirarse. En fin, los dos ejércitos se acercaron, con mucho placer del duque de Borgoña que deseaba ardientemente la batalla.

El rey, que solo via en las acciones sangrientas de guerra el juego incierto de la fortuna, maniobró de modo que no se llegase á un combate decisivo; y para dividir las fuerzas del duque, envió al conde de Auvernia y al mariscal de Cominges á hacer una irrupcion en el Charolais y el Maconnais. Ejecutaron muy bien sus órdenes y se apoderaron de muchas plazas: de modo que el duque, rodeado por todas partes, vencido en reencuentros parciales, y perdidos sus almacenes de víveres y municiones, hubo de tascar el freno, comprimió su violencia y concluyó una tregua con el rey. El monarca y el duque, en vez de dar á este convenio las garantías ordinarias, nombraron *conservadores de la tregua* á muchos personages distinguidos por su ilustre nacimiento, por el número de sus vasallos y por el aprecio general que merecian. Las hostilidades cesaron en Francia: pero al mismo tiempo comenzaron en Inglaterra con nuevo furor.

Eduardo desembarcó en la isla con los socorros de hombres y de dineros que le habia dado el duque de Borgoña. Apenas llegó, acudieron á sus banderas los partidarios de la

casa de York, en número tan grande, que volvió á tomar con seguridad el título de Rey. Warwik salió de Lóndres con poderoso ejército al encuentro de su enemigo, y casi seguro de la victoria: pero el duque de Clarence, que mandaba bajo sus órdenes un cuerpo de 12000 hombres, le abandonó y se pasó á Eduardo. Warwik, consternado por esta defeccion, hubo de retirarse, y se encerró en Coventry. Eduardo marcha á Londres sin obstáculo alguno, sube de nuevo al trono y encierra al infeliz Enrique VI en la torre. Warwik no se habia retirado sino para ganar tiempo, recibir nuevas tropas y dar fuerzas á su partido. Cuando se halló en estado de pelear, salió á campaña, Eduardo marchó contra él, y se dieron el dia de Pascua de 1471 una batalla sangrienta en las llanuras de Barnet. El intrépido Warwik no aguardó á que llegase un numeroso refuerzo que esperaba; el rencor triunfó de su prudencia. Peleóse en esta batalla tres horas cuerpo á cuerpo, hasta que al fin las tropas lancasterianas fueron derrotadas y puestas en fuga. Entonces aquel impetuoso general, no tomando otro consejo que el de la desesperacion, se arrojó con su hermano Montaigu entre las filas enemigas, y allí perecieron. Los lancasterianos perdieron 10000 hombres en esta famosa jornada, que solo costó 1500 al venturoso Eduardo. La reina Margarita, consternada con la caida del mas firme apoyo de

su partido, y con la ruina de todas las esperanzas de su vida heróica, se encerró despues de la batalla en un monasterio: pero el silencio y el reposo de aquel asilo pacífico no podian ser agradables al espíritu audaz, al corazon agitado, al alma intrépida de la reina. Excitada por los ruegos de su hijo el príncipe de Gáles, que aspiraba á la venganza, y por los ardientes amigos que se la prometian, salió del claustro, tomó las armas, reunió sus partidarios y voló de nuevo á los combates.

Eduardo marchó contra ella, y forzó sus atrincheramientos. Las tropas mal disciplinadas de Margarita huyeron en desórden; excepto un cuerpo escogido de 300 hombres, que habian jurado vencer ó morir: estos se reunieron alrededor del príncipe de Gáles, cumplieron su juramento, y perecieron todos. El príncipe cayó prisionero en poder de Ricardo Craff, que le entregó al rey habiendo recibido antes promesa de que nada se atentaria contra la vida del hijo de Enrique VI. El desgraciado príncipe fue conducido á la presencia de Eduardo, Preguntóle éste cómo habia tenido atrevimiento para quebrantar la sentencia de destierro y volver á Inglaterra. "He querido, dijo con firmeza el jóven prisionero, recobrar la corona que á nadie pertenece sino á mí." Eduardo, enfurecido de esta réplica, le dió en el rostro con el látigo. y al instante Clarence, Glocester y Hastings se arrojaron sobre el desgraciado jóven y lo

cosieron á puñaladas. Glocester marchó despues á Lóndres, entró en la torre, y atravesó con su espada al miserable Enrique VI. Eduardo procuró despues justificarse de la muerte del príncipe de Gáles; y Comines asegura, citando una carta de este rey, que el príncipe *había muerto en el campo de batalla*. Pero esta disculpa es ilusoria: porque el coloquio y catástrofe que hemos referido, acontecieron en dicho campo. Sin duda se quiso encubrir la maldad con una espresion equívoca, por la cual se intentaba hacer creer que el príncipe murió peleando.

La reina Margarita fue tambien hecha prisionera y encerrada en la torre de donde salió libre muchos años despues por la intercesion tardía de Luis XI. Somerset pereció en el cadahalso. Las reliquias de los rebeldes, ardientemente perseguidas, se embarcaron con su gefe el conde de Richemond, y se refugiaron en Francia. Estos sucesos inesperados mudaron enteramente la faz de los negocios y la situacion de Luis. En menos de tres semanas reconquistó Eduardo la corona, se rompió el tratado entre Inglaterra y Francia, y se libró el duque de Borgoña de los enemigos que mas temia. Los temores de Luis se despertaron: y como de nadie recelaba mas que de su hermano, le llamó á Picardía, y para tener en su familia quien le diese cuenta de todo, sobornó á Malicorne, privado del duque, dándole la baronía de Medoc. Nunca

era Luis mas popular que cuando se creía amenazado de un gran peligro: y así en esta ocasion fue á París, hizo muchos beneficios á los habitantes, asistió como particular á las diversiones públicas, y encendió por su mano los fuegos de la noche de san Juan. Mas no por eso dejaron de burlarse en él en coplillas, que andaban de mano en mano, en las cuales se ridiculizaban los formidables armamentos que habia hecho, la nulidad de sus operaciones, y la tregua concluida sin haber peleado. El triunfo de la casa de York disipó los temores del duque de Borgoña y despertó sus rencores y sus esperanzas. Este príncipe, que respetaba sus juramentos tan mal como Luis, rompió la tregua y comenzó las hostilidades.

Al mismo tiempo los príncipes de Saboya se sublevaron contra el duque, y le obligaron á refugiarse en Montmelian con la duquesa, donde aquellos hijos ingratos le estrecharon á que capitulase con ellos. El rey no quiso tolerar esta injuria, hecha á la duquesa su hermana: y dió orden al conde de Cominges para que reuniese los flecheros francos y el segundo alistamiento del delfinado, y entrase en Saboya. Cominges sorprendió el castillo de Apremont, libertó á la duquesa que estaba prisionera en él, y firmó un tratado de alianza entre Francia, el duque de Milán, la república de Florencia, los duques de Ferrara y Modena y los cantones suizos. Despues sitió á Chambery: los príncipes de Saboya acudie-

ron en defensa de esta capital; y ya iba á darse la batalla, cuando Tannegui Duchatel persuadio á los padres y á los hijos que eligiesen por árbitro al rey de Francia. Los duques recobraron su autoridad, perdonaron á los príncipes y les dieron entrada en el consejo.

En este año falleció el conde de Eu, príncipe prudente y virtuoso. Descendia de San Luis por la rama de Artois que se estinguió en él. El rey dió el condado de Eu al condestable de Saint Pol. Al mismo tiempo falleció el pontífice Paulo II, económico y caritativo. Fijó el número de los cardenales á 24. Sucediole Francisco de la Rovere con el nombre de Sixto IV.

Nuevas hostilidades con Borgoña: sitio de Beauvais: muerte del duque de Guiena (1472). El rey supo que su hermano el duque de Guiena estrechaba sus relaciones con el de Borgoña, determinado á casarse con su única heredera. Luis declaró que jamas consentiria en este enlace, y escribió con empeño á Sixto IV para que se opusiese á él. El duque se salió enojado de la corte, se volvió á Guiena y concluyó un nuevo tratado con los de Bretaña y Borgoña. Oliveros el Rojo, uno de los mas célebres emisarios de Luis, interceptó algunas cartas, por las cuales supo el rey que Eduardo prometia auxiliar con todas sus fuerzas á los príncipes rebeldes: y Luis encargó á Beauveau que averiguase la verdad del caso.

Entonces el duque de Guiena, con el de-

signio de engañar al rey su hermano, le escribió que su conducta é intenciones eran calumniadas, y que su verdadero designio era casar con la heredera de Foix: pero Luis no se dejó burlar con esta superchería: y para tener segura la corte de Roma, prometió que nunca restablecería la pragmática. Pero á pesar de toda su destreza, se iba formando contra él una terrible tempestad. Don Juan, rey de Aragon, hizo liga ofensiva y defensiva con Isabel de Castilla su nuera, con Fernando su hijo, que poseía ya el reino de Sicilia y con el duque de Borgoña. Este, desechando toda disimulacion, se declaró independiente y negó todo vasallage á la corona de Francia. Luis procuró, con sus artificios ordinarios, separar á su hermano de la liga: pero como unos y otros solo pensaban en engañarse mutuamente, no produjo efecto alguno la negociacion. En este tiempo triunfaba el rey de Aragon en Cataluña, y habiéndose apoderado de Gerona, puso sitio á la capital del principado. Luis envió al Rósellon á Dulau, para que lo defendiese, si el rey don Juan intentaba recobrar esta provincia. El rey de Francia tenia entonces contra sí á los españoles, loreneses, bretones, ingleses y borgoñones: al duque de Guiena y á la duquesa de Saboya, que pagando con ingratitud los socorros que acababa de recibir de su hermano, se unió á los príncipes enemigos de Francia.

Dudábase mucho cual sería el éxito de

esta coalicion formidable cuando se supo en todo el reino que la Señora de Montsoreau, dama del duque de Guiena, habia perecido envenenada con un melocoton que le regaló el abad de Saint Juan de Angely: y que el duque, que habia comido la mitad de aquel melocoton, sufria violentos dolores y estaba próximo á la muerte. Las primeras sospechas recayeron sobre los consejeros de este desgraciado príncipe, y mas particularmente sobre Lescune: pero nadie acusó al abad: y la misma señora de Montsoreau al tiempo de morir le creía tan inocente, que le nombró albaceá en su testamento.

La enfermedad del duque de Guiena, y el estado de consuncion á que lo redujo, no le impedian proseguir activamente sus negociaciones con el de Borgoña. Aun tenia esperanzas de vivir: y recelaba mas ser despojado por su hermano de su señorío, que perder la vida con el veneno que llevaba en las entrañas. Y así en todas sus cartas pedia á los príncipes aliados suyos que acudiesen á socorrerle. El rey, deseando justificarse de la intencion que se le atribuía, de apoderarse de los estados de su hermano, propuso al duque de Borgoña nombrar árbitros para decir sus mutuas pretensiones. Quejóse tambien mucho del alistamiento repentino de tropas que mandaba hacer el duque de Bretaña: el cual por su parte declaró que solo tomaba las armas para defenderse, y no para acometer. Sin embargo,

las cartas del duque de Guiena eran cada vez mas espresivas. «No os dejeis engañar, escribia al duque de Borgoña: sostened vuestros derechos y defended los mios contra el que no respeta ninguno. Yo estoy reuniendo el primero y el segundo alistamiento de mis estados: y obrando de concierto con Eduardo, obligaré muy pronto al rey á que os vuelva las plazas que os ha quitado. Por único premio de este servicio solo pido la mano de vuestra hija.» El duque de Borgoña, ó porque le fascinaron los artificios de Luis, ó porque quiso asegurar la ejecucion de sus designios, retardándola, firmó un armisticio: pero el rey, en vez de confirmarlo, entretuvo al enviado del duque sin darle audiencia. Las espias de Luis le daban aviso de cuanto hacian los príncipes; y en el gran riesgo que le amenazaba, no confiando mucho en sus fuerzas, invocó las del cielo, mandando por un decreto rezar diariamente en todos sus estados la *salutacion angélica*: porque este príncipe estraordinario tenia ó afectaba tener mucha devocion á la Vírgen Nuestra Señora. Pero nó olvidando su costumbre, sobornó al señor de Aarchiac para que le entregase una fortaleza que tenia por el duque de Guiena. . . . . .

Este desgraciado príncipe, rodeado de favoritos que se acusaban y denigraban mutuamente, y que no sabia de cuál debia fiarse, exigió de todos nuevo juramento de fidelidad: pero ellos viendo que su fin se acercaba, le

abandonaron unos despues de otros. En fin, no pudiendo ya dudar de su muerte próxima, se preparó á ella, y pareció olvidar en sus últimos momentos sus antiguos enojos contra su hermano. Y así el 24 de mayo de 1472 firmó su testamento reconociendo al rey por heredero y nombrándole su albacéa. "Yo os perdono, le decia, todos los agravios que me habeis hecho: perdonad del mismo modo los que yo pueda haber cometido contra vos." Nadie dudó en Francia que Cárlos habia muerto envenenado: mas no todos creyeron que sus últimas espresiones de ternura fraternal justificasen á Luis XI del crimen atroz que sus enemigos le imputaron.

Lescun, ó por afecto al príncipe que le habia colmado de beneficios, ó por disipar las sospechas que recaian sobre él, puso en prision al abad de San Juan de Angely. Al mismo tiempo un oficial de la mesa del príncipe, llamado Enrique de Laroche, decia atrevidamente en todas partes, que el crimen se habia cometido por orden de Luis. Lescun llevó este hombre y el abad á Bretaña, y dijo al duque: "os entrego estos traidores, que han asesinado infamemente á su señor: vos vereis cuál es vuestra obligacion con respecto al infeliz príncipe que tan digno era de vuestra amistad. Su alma pide á Dios justa venganza contra sus asesinos. ¡Ojala que atienda desde la morada de los muertos de qué manera cumplo yo mis deberes!"

El tribunal de la historia no ha condenado á Luis, porque no existen pruebas contra él: pero ha repetido las sospechas de aquella generacion fundadas en el carácter sombrío y feroz de este monarca, en el odio y terror que inspiraba, y en ser el único á quien podia ser útil aquella maldad. Cárlos era el lazo de la liga que amenazaba á Luis, y que se desvaneció con la noticia de su muerte. Ademas, sin esperar al último instante del príncipe, el rey envió á Dammartin con un ejército á las fronteras de Guiena, para que al primer aviso entrase en el ducado. Los príncipes aliados del difunto, indignados de ver roto el vínculo de su coalicion, estendieron por Europa noticias y declamaciones, que asociaban al nombre de Luis el título de fratricida. El duque de Borgoña le denunció como parricida, herege y sacrílego. El rey no respondia á estas injurias sino con lágrimas y espresiones de dolor, y mandando formar una comision compuesta de muchos presidentes de los parlamentos de Tolosa y París, del arzobispado de Tours, del obispo de Lombez y del inquisidor mayor Orlando de Croisic, confesor del difunto Cárlos, para que juzgase á los reos, en Bretaña, donde se hallaban. Brantomé se funda para acusar á Luis en que su loco le oyó un dia pedir perdon á Dios de la muerte de su hermano: pero en ningun tribunal es recibido el testimonio de un insensato. Duclos cree que el autor del envenenamiento fue Les-

cun: mas que su intencion no era acabar con el príncipe, sino con la señora de Montsoreau. Ninguna prueba cita de esta sospecha. Lo cierto es que la comision no produjo resultado alguno. Un dia amaneció el abad ahogado en la prision y no se encontró á Enrique de Laroche. Estendióse la voz en el vulgo de que el diablo habia llevado á éste, torcido el pescuezo á aquel; y no ha faltado historiador que lo repita con circunstancias maravillosas.

Lescun se reconcilió con Luis, y la verdad del hecho quedó sepultada en profundas tinieblas. Solo un documento quedó despues de la muerte de este monarca, perjudicial á su memoria, y fue una carta, escrita de su puño á Dammartin en los primeros tiempos de la enfermedad de su hermano. "He sabido, decia en ella, que M. de Guiena se muere, y que no tiene remedio su mal. Esto me lo ha hecho saber uno de sus mas allegados, que es el monge que reza con él las horas, y no cree que viva quince dias: lo que me ha sorprendido mucho, y me he santiguado desde la cabeza hasta los pies." No debe olvidarse que el monge de que aquí se habla era el mismo abad de San Juan de Angely, que regaló el melocoton envenenado. Despues de la muerte de este abad, se apoderó el rey de todo el proceso, dió el obispado de Alby á Luis de Amboise que era uno de los jueces comisarios, y nombró gefe de peticiones á Pedro Saciergues, secretario de la comision. Condillac re-

fiere con suma concision este suceso memorable. "Luis, dice, sabiendo que su hermano deseaba casarse con la heredera de Borgoña, procuró impedir con sus artificios un enlace tan ventajoso para la Francia. Durante las negociaciones, murió el príncipe envenenado, y la opinion general era que Luis XI habia sido autor de esta maldad." Voltaire, despues de referir todos los hechos anteriores y posteriores á la muerte de Cárlos, se manifiesta dudoso, y dice: "la historia no sentencia en este caso por falta de pruebas." Anquetil, hablando de la posicion crítica en que se hallaba Luis, amenazado por una liga formidable, termina su narracion con estas palabras cáusticas: "no puede dudarse que su situacion era muy peligrosa: pero fue socorrido por el cielo ó por el infierno: por el cielo, si la muerte de su hermano fue natural: por el infierno, si fue violenta."

Pero fuese Luis inocente ó culpable, recogía con ansia el fruto de aquel delito, y se apoderó con prontitud de Guiena. Aunque la liga, tan temida de él, hubiese perdido en el príncipe Cárlos su principal apoyo, no tardó el rey en conocer los efectos que produjo aquella funesta catástrofe en el ánimo irascible de su mas encarnizado enemigo. En vano procuró reparar las ofensas que hizo al de Borgoña cuando se negó á firmar el último convenio. Ya era tarde: y aunque no habia espirado aun la tregua anterior, no tardó en

saber que los borgoñones iban á pasar el Soma y á renovar las hostilidades. En ninguna época reunió tantas fuerzas Carlos el Temerario. Su ejército era numeroso y brillante, y parecia animado del mismo ardor que abrasaba el alma de su caudillo. El deseo impaciente de saciar su venganza no permitió á Cárlos olvidar ninguno de los medios que podian asegurar su triunfo. Prodigando sin consideracion alguna las sumas que su padre habia atesorado, aumentó el sueldo de las tropas, y reunió á mucha costa víveres, municiones y trenes formidables de artillería. Ofreció á sus barones las glorias y las riquezas; á sus oficiales, rápidos ascensos; y á los soldados, el saqueo. Todos los descontentos de Francia parecian dispuestos á reconocerle por gefe, y el duque de Calabria, nieto de Renato, seducido por la esperanza de casar con la heredera de Borgoña, rompió sin escrúpulo los vínculos que ligaban al rey, y la promesa que le habia dado de casar con su hija Ana de Francia. En fin, el rey de Inglaterra ofreció al duque prontos y poderosos auxilios.

Cárlos, preparado de esta manera, pasó el Soma, invadió el territorio frances, y juró reducir á cenizas todas las fortalezas y ciudades que le resistiesen. Nesle fue la primera plaza que atacó. Defendíala un valeroso capitan, llamado Petit Picard, con 500 flecheros. Cuando se le intimó la rendicion, desechó la propuesta con menosprecio, y mandó matar

al parlamentario que la llevaba. Pero la guarnicion era muy corta, y su resistencia fue un acto de temeridad. Los habitantes asustados comunicaron su temor á la tropa, los sitiados parlamentaron, y el bastardo de Borgoña les prometió las vidas. Para egecutar este convenio, empezó la guarnicion á deponer las armas: pero por desgracia se anticiparon los habitantes á abrir las puertas, algunos flecheros se opusieron á ello, y mataron á dos borgoñones que pugnaban por entrar. Los sitiadores irritados mirando como nula la capitulacion, se arrojan con furia á la ciudad y la inundan de sangre. En esta ocasion llega el duque, y en lugar de detener la carnicería, pareció animar con su presencia los escesos de la soldadesca desenfrenada. El capitan Picard fue ahorcado, los flecheros mutilados, los habitantes degollados sin perdonar á la vejez ni á la infancia: las casas incendiadas. La iglesia estaba llena de mugeres que esperaban hallar asilo en aquel lugar sagrado: los feroces borgoñones rompieron las puertas, y pasaron á cuchillo á cuantos hallaron postrados al pie de los altares. Todos los historiadores, principalmente Comines y Juan de Troyes, han representado con los colores mas vivos esta escena sangrienta. Algunos oficiales mas humanos gemian á la vista de aquellos horrores: "esos frutos produce el árbol de la guerra," les dijo el despiadado Cárlos. Entró en la iglesia á caballo, y pasando sobre

los montones de las víctimas, se paró enmedio de un lago de sangre, y dijo con alegría feroz: "no traigo malos carniceros conmigo." Saliendo de las ruinas de Nesle, puso sitio á Roye, que tenia de guarnicion 1500 flecheros, y algunos centenares de lanzas del segundo alistamiento, mandadas por los señores de Mony, y de Balagny: pero aunque la plaza era fuerte y estaba bien provista, el terror del estrago de Nesle obligó á la guarnicion á capitular.

Entonces se acordó el duque de que habia hecho la invasion, sin declaracion de guerra, y publicó un manifiesto justificando las hostilidades, y añadiendo á las antiguas quejas que tenia contra el rey, el reciente suceso de la muerte del de Guiena. Atribuíala á Luis, y estaba en prueba el dicho del duque de Bretaña relativo á los interrogatorios de los reos Enrique Laroche y el abad de San Juan de Angely, los cuales, decia, declararon ante los jueces haber sido cometida la maldad por órden del rey. "Estas confesiones, añadia, se renovaron en Nantes por los acusados, y en esta ciudad declararon públicamente haber maleficiado y envenenado á M. de Guiena por mandato espreso del rey. No podemos dejar impune un parricido tan execrable. Nuestra obligacion y la de todos los príncipes y grandes del reino, es vengar al desgraciado príncipe, víctima de la mas odiosa tiranía, y castigar á todos los que tuvieron parte en mal-

dad tan horrenda. Por esto, á peticion del duque de Bretaña y súplica de muchos hombres de gran valía, declaramos tomar por nuestra y sostener la querella de la muerte de M. de Guiena para vengarla como Dios nos permita, tanto contra el rey como contra los que quieran defenderle." Esta apelacion á todo el pueblo frances no pudo conmoverle. Las ciudades y villas, como dice M. de Barante, robadas y oprimidas tantos siglos por los príncipes y los señores, no podian interesarse de ningun modo en sus querellas: y si la necesidad las hubiese obligado á declararse, habrian favorecido mas bien la causa del rey que la de los rebeldes: porque las violencias políticas de Luis XI caían sobre los grandes vasallos y la nobleza: pero atendia al pueblo, cultivaba su amor, y procuraba buscar en él su apoyo. Á la verdad cobraba impuestos muy crecidos: pero estos gravámenes regulares y proporcionales eran mil veces preferibles para el labrador y el comerciante á las devastaciones y saqueos, sin órden ni término, de las milicias feudales.

La vanguardia borgoñona, despues de la toma de Roye, se presentó delante de Beauvais. Pero los habitantes de esta ciudad, irritados contra la ferocidad del enemigo, determinaron defender sus muros con la mayor intrepidez, y no permitieron ni aun que se hablase de capitulacion. El señor de Baligny, á la cabeza de sus flecheros, salió por una

potena, atravesó el foso y ocupó un castillejo situado en la entrada del arrabal. Despues de algunos combates ostinados, dados en aquel puesto, obligado á ceder al número, volvió á pasar valerosamente el foso y entró en la ciudad por la misma poterna, aunque herido de una flecha. Los borgoñones, dueños de los arrabales, se entregaron con furor al saqueo. Tenian ya el triunfo por seguro: pero acercándose á las murallas, las vieron cubiertas de soldados, arcabuceros, culebrinas y flecheros. Todo el pueblo concurria á la pelea con el mayor ardor. Los viejos, mugeres y niños traían á los sitiados piedras, lanzas y flechas. En vano los borgoñones redoblan sus esfuerzos para escalar las murallas: el oficial que llevaba el estandarte de Borgoña recibió una herida y cayó en el foso. Los sitiadores convencidos de que un golpe de mano no bastaba para rendir una plaza tan bien defendida, se arrojaron en los arrabales, y coronaron de almenas las casas. Entretanto otro cuerpo mas numeroso de borgoñones asaltó la ciudad por otro punto que no defendian ni edificios, ni canales ni jardines. El asalto fue dado con audacia, y recibido con ostinacion. En la iglesia mayor de la ciudad se veneraba el cuerpo de santa Angadresma, á la cual tenian los de Beauvais mucha devocion: y los ancianos se acordaban, segun decian, de haberla visto aparecida sobre las murallas en trage de religiosa, donde peleó

contra los ingleses y los rechazó victoriosamente.

La urna, en que estaban las reliquias de la santa, se sacó en procesion por la ciudad, y á su vista los mas tímidos cobraron valor. Todos acudian á las murallas con el ánimo que dá el espíritu religioso. Las mugeres mismas arrojaban sobre los sitiadores enormes piedras, barras de hierro, y grandes cántaros llenos de aceite y lardo hirbiendo. Una de ellas se distinguia sobre todas por su fuerza y osadía. Unos historiadores la llaman Juana Lainé, otros Juana Hachette. Lo fiero de sus gritos, el fuego de sus miradas, la valentía de sus golpes parecian milagrosos, y todos creyeron ver resucitada la doncella de Vaucouleurs. Las jóvenes, que la seguian, se convirtieron en heroinas. Ella arrancó de las manos á un alferez de los enemigos el estandarte que llevaba. En fin, despues de un terrible combate la constancia de los borgoñones cedió á la desesperacion de los sitiados. Cárlos el Temerario habia concebido esperanzas de sorprender la plaza y apoderarse de ella sin sitiarla en forma, y así su vanguardia solo habia traido consigo dos culebrinas, poca pólvora y escalas muy cortas. Cuando el duque dió vista á los muros de la ciudad, pensaba que ya estaria, como los arrabales, en poder de su tropa: y al ver este príncipe violento que los habitantes habian rechazado dos asaltos, en vez de renunciar á una em-

presa tan temeraria, mandó romper las puertas á fuerza de tiros de las culebrinas, y quiso que se volviese inmediatamente á la pelea. Algunos momentos se creyó que su temeridad tendria feliz éxito; porque rota una puerta, entraron los borgoñones por ella en gran número, y reforzada á cada momento su masa, empezaban á cejar los de Beauvais. Pero cuando la victoria parecia ya cierta, cayeron muchas faginas encendidas sobre los borgoñones, y quemaron el rastrillo, los pedazos de la puerta y las casas vecinas: de modo que aun los mas animosos de los asaltadores se retiraron espantados de aquella barrera de fuego, cuyas llamas alimentaban con cuidado los defensores, echando en la hoguera vigas, muebles y tablas.

Así quedó frustrada la esperanza de Cárlos. Pero lo que contribuyó principalmente á este reves y á los que le siguieron, fue su negligencia, imperdonable en un guerrero tan esperimentado. En vez de cercar la plaza, dejó abiertas todas las comunicaciones, por las cuales se enviaban á Beauvais refuerzos y municiones, apenas se supo el trance en que se hallaba. Mas á pesar de todo, y de haber durado el combate todo el dia, Cárlos mandó á sus tropas que se preparasen á renovarlo, despues de un breve descanso: cuando de improviso se oyó en la ciudad gran ruido de caballos; y los gritos del pueblo que clamaba *Navidad*, anunciaron la llegada de la guarnicion

de Noyon, mandada por los señores de la Roche Tesson y de Fontenailles, que acudia en socorro de la plaza, De allí á poco parte del refuerzo se presentó en la muralla, parte concurrió á alimentar la hoguera, y parte comenzó á construir en lo interior de la ciudad una nueva muralla de piedra con armazon de madera. Cárlos vió, rabiando de enojo, aparecer entre las almenas 300 hombres de armas dispuestos á resistirle. Y no por eso abandonó la empresa: pero conociendo que para lograrla eran necesarias mas prudencia y mas tropas, mandó hacer trincheras para resguardar sus soldados de las flechas y arcabuces, y acercarse el resto de su ejército, que llegó con mucha artillería, municiones y bagages. Pero mientras los borgoñones se atrincheraban, los sitiados recibian sucesivamente nuevos refuerzos. El mariscal de Rohault entró en la plaza con cien lanzas: los senescales de Carcasona y de Tolosa y el mariscal de Poitou llegaron con sus compañías; y pocas horas despues se presentaron al pie de las murallas el señor de Torcy al frente de la nobleza de Normandía y el de Estouteville con la de París. En fin, llegó la compañía de Dammartin con las tropas de Amiens; de modo que la guarnicion de Beauvais tenia ya toda la apariencia de un ejército completo. El pueblo recibió con entusiasmo á los que venian en su socorro: toda la ciudad era fiestas, cantos, banquetes: y los toneles de vino abiertos de-

jaban correr el vino por las calles. Con este júbilo se respondió á las terribles amenazas de Cárlos el Temerario, que habia jurado entregar la ciudad á las llamas y pasar á cuchillo todos sus habitantes. Ya no le era posible tomarla por sorpresa. Comenzó, pues, á asediarla regularmente, y la artillería borgoñona fulminó contra los muros. En la ciudad, los soldados, los generales, el pueblo, las mugeres mismas se prepararon á hacer intrépida defensa. Unos guardaban la puerta incendiada; otros apagaban los fuegos producidos por las bombas enemigas. La valerosa Juana Hachette y la urna de Santa Angadresma se hallaban en todas partes, y despertaban en todos los corazones el valor y la esperanza. Los vecinos trabajaban de noche y dia en reparar las brechas, en arrojar fuego sobre los sitiadores, y en echarlos de las puertas cuando se alojaban en ellas. A pesar de todos estos esfuerzos, la artillería enemiga abrió en ocho dias una brecha grande en la muralla, y el duque propuso en su consejo dar el asalto. Pero solo él fué de este dictámen, y los mas valerosos guerreros tuvieron por delirio semejante empresa. Mas Cárlos tenia sobre los suyos el ascendiente que siempre conservan, á pesar de los mayores reveses, las voluntades absolutas y los caracteres enérgicos: mandó y fue obedecido. El mismo dirigió todos los preparativos del asalto: y cuando dispuso que se cegase con faginas el foso, el bastardo de Bor-

goña su hermano le dijo: "ese es trabajo inútil: porque nuestros cadáveres lo cegarán muy pronto.» Cárlos, muy persuadido de que su nombre solo aterraria á los enemigos, dijo á sus soldados, que apenas se presentasen á la mañana siguiente, verian las murallas desiertas y la guarnicion puesta en fuga. Pero no fue así: la ciudad recibió en la misma mañana un socorro de hombres y municiones que llegó de París á las órdenes del señor de Gaucourt. Dióse en fin la señal del combate: los borgoñones echaron un puente sobre el foso, dirigieron por otro cauce las aguas, y acometieron con furia dos puertas de la ciudad y las murallas que las separaban. En vano arrostrando todos los peligros, se sucedian unos á otros como las olas del mar alterado: sobre ellos caía un diluvio de balas y flechas, grandes vigas, aceite y pez hirviendo: los que subian á los muros, caían atravesados á lanzadas: los nuevos combatientes, que los reemplazaban, corrian á la muerte como pudieran al triunfo, y arrojaban con mano impía sus dardos contra la imágen de la santa que los de Beauvais habian colocado sobre la muralla. Una de estas flechas quedó clavada en la efigie, y los habitantes de la ciudad la conservaron como testimonio del socorro que habian recibido de su augusta patrona. En fin los sitiadores consiguieron plantar tres banderas en las torres: pero no tardaron en verlas arrancadas: y despues de un combate sangriento, en

que perdieron 2000 hombres, suspendieron el ataque. El mismo duque, convencido de la inutilidad de un nuevo asalto, dió, aunque rabiando, la señal de la retirada, su ejército se alejó, y Beauvais quedó libre. La guarnicion salió de la plaza, penetró en el parque de artillería de los borgoñones, y cogió un cañon muy grueso de hierro, en el cual estaba grabado el nombre de *Montlhery*. El duque conociendo, aunque tarde, qué providencias debia haber tomado al principio, pasó el rio, y procuró rodeando la ciudad, cortar sus comunicaciones con París.

Este nuevo plan se malogró como el primero. O con astucia ó á fuerza abierta penetraba el enemigo en sus líneas ó burlaba la vigilancia de sus guardias. Parecia conjurado todo el reino para salvar aquella sola plaza. La ostinacion de Cárlos cedió, y hácia fines de julio, despues de 24 dias de sitio, valido de la oscuridad de la noche, levantó su campo en silencio, y tomó el camino de Normandía, devastando y quemando todos los sitios por donde pasaba: venganza mas ignominiosa todavía que la afrenta recibida delante de Beauvais.

Luis XI no habia omitido ningun medio para defender la plaza de Beauvais: pero siempre evitó comprometer su reino al trance de una batalla: y reprendió al condestable por no haber arrasado, segun le habia dado órden, las fortificaciones de Nesle y Roye: desobe-

diencia que causó la pérdida de las tropas que guarnecian estas plazas. Recomendó á Dammartin que viese si podia vengar en Borgoña la ruina de Nesle, y que defendiese con valor á Compiegne, abandonado las fortelezas mas fáciles de espugnar. Aunque estaba resuelto á no desamparar la frontera de Bretaña, decia en sus cartas á los defensores de Beauvais: "estoy alojado aquí á tres leguas de Bretaña, adonde el senescal de Beaucaire me ha traido 5000 combatientes: y dentro de poco veremos si soy tan cobarde como dice M. de Bretaña." Despues les daba cuenta de los muchos refuerzos que les enviaba de Guiena, Normandía y París, y del orden que habia dado al condestable, de conducir á Beauvais las guarniciones de Amiens y de San Quintin, y concluía diciendo: "yo iré ahí, y os llevaré mucha gente."

Su alegría fue estremada cuando supo el levantamiento del sitio. Mandó que se hiciese una imágen de la ciudad de Beauvais, de plata, y que pesase 2000 marcos. Como su mayor placer era ver aterrado al leon de Borgoña por la lanza de una jóven, instituyó una fiesta, en la cual las mugeres de Beauvais presidian á los hombres. Concedió exencion á los habitantes de aquella ciudad del primero y del segundo alistamiento, y de toda contribucion: les confió la custodia de sus murallas, les permitió que formasen y eligiesen su ayuntamiento, y los autorizó

para adquirir feudos libres de derechos.

El duque de Borgoña, caminando á marchas forzadas, llegó en poco tiempo á las puertas de Ruan, y la acometió. Pero como todas sus operaciones habian sido dirigidas sin prudencia y dictadas por la cólera, ninguna tuvo éxito feliz. Los destacamentos de las tropas del rey interceptaban sus convoyes en todos los caminos: no tardó en haber escasez de víveres en su ejército: y cuando se hallaba en esta penuria, supo que las guarniciones de Amiens y de San Quintin devastaban sus propios estados. Vióse, pues, obligado á retirarse, no sin incendiar todavía muchos castillos y la villa de Neufchatel. Como estos escesos ahuyentaban de todas partes á los aldeanos, no hallaba víveres en ninguna. Su ejército se arruinaba, al mismo tiempo que el delfin de Auvernia asolaba á Borgoña, y entregaba á las llamas la villa de Tonnézre, y los territorios de Joigny, Troyes y Langres: de modo que en esta campaña perdió el insensato duque sus tesoros, sus mejores soldados y una parte de sus equipages; y solo ganó el funesto sobrenombre de *Terrible*, que le dieron los pueblos horrorizados. En vano representaron al rey sus mas hábiles generales que podia aprovecharse del desórden del ejército borgoñon para arruinarle completamente. Luis se ostinó en observar la frontera de Bretaña, porque temia que los ingleses penetrasen en Francia por aquella parte. El mismo entró

prontamente en el ducado, tomó á Ancenis y otras muchas villas, y escribió á Dammartin que se contentase con incomodar á los borgoñones, mientras él se preparaba á dar batalla á los bretones.

Estos, sabidores de los reveses que habia sufrido Cárlos el Temerario, se acobardaron y firmaron treguas. Lescun volvió á la gracia del rey, y en premio de sus servicios ó de sus traiciones fue nombrado gobernador de Guiena. El rey conservó á Ancenis en rehenes de la tregua. Los duques de Borbon y de Calabria fueron comprehendidos en esta suspension de hostilidades. El duque de Bretaña recibió una pension de 40000 libras, y "así, dice el Padre Daniel, quedaron enterrados el secreto de la muerte del príncipe Cárlos, y el resentimiento del duque de Bretaña su amigo." El duque de Borgoña, ya sin soldados, dinero ni víveres, y abandonado de sus aliados, hubo tambien de humillar su orgullo, y concluyó una tregua con Francia. En aquel mismo tiempo envió Sixto IV á la corte de Luis al cardenal Besarion con orden de hacer paces entre el rey y Cárlos: pero Luis XI no estaba muy contento con la corte de Roma desde la causa del cardenal de la Balue: y así no respondió al legado sino con espresiones irónicas y ofensivas. Besarion tuvo tan grande sentimiento del infeliz suceso de su mision, que murió poco despues: pusilanimidad muy notable en un hombre, estimado como el me-

jor filólogo de su siglo, y al que debió en gran parte Europa el conocimiento y adquisicion de los libros griegos, que pasaron á Italia por medio suyo despues de la ruina del imperio de Oriente.

En esta época dejó Felipe de Comines el servicio de Cárlos el Temerario y pasó al de Luis XI. El rey pagó esta infidelidad ó esta traicion con 40000 libras que le dió para comprar la tierra de Argenton, y ademas, con el principado de Talmont. Habia mucho tiempo que procuraba el rey ganar para sí este antiguo servidor y confidente de su enemigo, y lo consiguió, segun consta de una de sus cartas, en que recordando la vergonzosa prision de Peronne, dice así: "Comines, sin temer el peligro que pudiera entonces sobrevenirle, nos advirtió de todo lo que podia hacerse por nuestro bien, y de tal manera lo tomó á pechos, que por su medio y ayuda salimos de las manos de nuestros rebeldes é inobedientes vasallos. Despues, ha puesto su vida á riesgo y ventura por nos.» Algunos escritores han atribuido la defeccion de Comines á un acto de violencia de Cárlos. Estando en una cacería, dicen, Comines le sacó una bota al conde de Charolais: y habiéndole propuesto el conde por burla hacerle el mismo servicio, Comines se prestó á ello: pero Cárlos, en vez de quitarle la bota, le dió un bofeton, diciéndole: «pícaro, te atreves á permitir que el hijo de tu amo te sirva como si fuese tu

criado?" Esta anecdota es evidentemente falsa: porque Comines era caballero, y si hubiese sufrido semejante injuria, no habria permanecido tanto tiempo en servicio de Cárlos. Ni es menester buscar causa para una accion tan comun entónces. Joffredi, La-Balue, Lescun, Comines y los ministros de Eduardo vendian sin escrúpulo los secretos de sus amos. Todo el honor de aquel siglo consistia en mostrar intrepidez en los combates Comines era hombre de mucho talento. Su estilo es elegante para su tiempo, y sin embargo carece de afectacion. Tenia grande esperiencia: muchos príncipes le consultaron y se aprovecharon de sus consejos: pero ninguno tuvo bastante confianza en él para darle empleos de importancia. El ingenioso Montagne apreciaba mucho á este cronista. "En *mí* Felipe de Comines, decia, se encuentra lenguaje suave y agradable, sencillez y candor, narracion verdadera, exenta de vanidad cuando habla de *sí*, y de afectacion y de envidia cuando habla de otros, Sus discursos y exhortaciones, llenos de buen celo, y libres de declamacion, tienen siempre la autoridad y gravedad propia de un hombre de nacimiento distinguido y acostumbrado á grandes negocios.» La posteridad ha suscrito á este elogio, y las *Memorias* de Comines son siempre muy apreciadas.

CAPITULO XXXVII.

Reinado de Luis once desde 1473 hasta 1477.

Victoria de Juan de Aragon junto á Perpiñan. Alianza de Luis XI con los suizos. Invasion de Eduardo IV en Francia: batalla de Pequigny. Guerra de borgoñones y suizos: batallas de Granson y Morat. Batalla de Nancy: muerte de Cárlos el Temerario.

Victoria de Juan de Aragon junto á Perpiñan (1473). Todo el año de 1473 estuvo enfermo el rey de irritacion de nervios y alteracion de sangre, y aun algunos escritores dicen, que sufrió ataques frecuentes de epilepsia: males producidos por la violenta y continua agitacion de ánimo. El recelo de su muerte próxima, que habia dejado espuesta la Francia á los peligros de una regencia en menor edad, le obligó á poner límite á sus planes de engrandecimiento y á buscar, casando á su hijo en una familia poderosa, los medios de asegurar la tranquilidad pública despues de su fallecimiento.

Su principal objeto era entonces reconciliarse con los príncipes sus enemigos: y asi

escribió al duque de Bretaña que la muerte del de Guiena debia terminar todas sus desavenencias, logró de él la prolongacion de la tregua, mediante 60000 libras que le pagó, y le pidió que enviase plenipotenciarios al congreso que iba á reunir en Clermont del Beauvaisis para arreglar los límites de sus estados respectivos, y tratar de la paz general con todos los príncipes de Europa, escepto el duque de Alenzon y el conde de Armagnac á quienes Luis aborrecia como los agentes mas fieles y decididos del duque de Borgoña.

El de Alenzon fue preso por Tristan, preboste y verdugo de Luis. El de Armagnac, por sus frecuentes infidelidades, y por la tentativa que hizo para apoderarse de la persona de Pedro de Borbon, señor de Beaujeu, gobernador de Guiena, debió haber perecido bajo la espada de las leyes, y no al puñal de un asesino. Bazac, comandante de las tropas reales, le sitió en Leytoure. El conde ofreció capitular, pero con tanta altanería, que irritaba los ánimos en vez de calmarlos. Durante la negociacion, se introdujeron los sitiadores en la plaza y la arruinaron. En medio del tumulto fue asesinado el conde por Gorgieu, un soldado á quien el rey premió dándole plaza entre los flecheros de su guardia. El señor de Toulignac y el jóven de Albret, amigos del conde, fueron presos y descabezados.

Los paises del mediodia eran entonces teatro de la guerra. Don Juan, rey de Aragon,

se apoderó de Perpiñan por sorpresa. Luis encargó á Felipe de Saboya, que entrase con ejército en el Rosellon y recobrase aquella plaza: pero el valiente aragones, que á la edad de 76 años conservaba el fuego de la juventud, la defendió contra todos los esfuerzos del enemigo. Fernando su hijo, rey de Sicilia, marchó á Perpiñan en su socorro. Los franceses, sabiendo esto, y que se habia firmado la tregua general en que estaban incluidos tambien los aragoneses, quisieron hacer un último esfuerzo para quedarse con la plaza, y la dieron un asalto general. A pesar de la resistencia que se les opuso, penetraron en ella: pero el anciano rey de Aragon, juntando sus tropas, cayó sobre ellos y los arrojó á los fosos. Dulau, uno de los caudillos franceses, quedó prisionero, y el ejército del rey, despues de haber sufrido grandes pérdidas, levantó el sitio y evacuó la provincia. Luis tuvo esta desagradable noticia al mismo tiempo que descubrió una conspiracion del duque de Calabria, seducido por la esperanza de casar con la heredera de Borgoña. Este duque murió de allí á poco: se creyó que de veneno: y se atribuyó tambien á Luis esta maldad.

Este año falleció el segundo hijo que habia tenido el rey, que manifestó su pesar de un modo estravagante, mandando cortar una gran parte del bosque de Loches, en el cual recibió la noticia. Este príncipe tenia la costumbre de no conservar ni el vestido ni el ca-

ballo que llevaba cuando le daban una nueva infausta.

A pesar de su odio al duque de Borgoña, procuró reconciliarse con él, por mediacion del nuncio del papa, el cual, no habiendo conseguido su objeto, fulminó escomunion contra Cárlos, y el rey mandó al parlamento que la archivase. Perdida la esperanza de la paz, envió Luis á Champaña al señor de la Trimouille con numeroso cuerpo de tropas para impedir las empresas del borgoñon contra Lorena. Cárlos aumentaba cada dia su ambicion con sus dominios. Habia comprado los ducados de Gueldres, Zutphen y Juliers: se habia apoderado de Nimega, y marchaba con todas sus fuerzas á Lorena, para quitar este ducado á Renato, conde de Vaudemont, nieto del rey titular de Sicilia del mismo nombre, y que habia recibido en don aquella provincia, de Yolanda de Anjou, despues de la muerte del duque de Calabria. La marcha de los borgoñones fue tan rápida, que cogieron prisionero al mismo Renato. Pero Luis, en represalias, mandó prender á un pariente del Emperador que servia en las tropas de Cárlos: y este hubo de dar libertad á su cautivo, aunque bajo la promesa formal de no confiar el mando de sus plazas fronterizas sino á oficiales adictos á la casa de Borgoña. En los planes de Cárlos entraba la conquista de Lorena, Alsacia y Suiza, y la ereccion de un reino independiente con sus estados heredita-

rios y adquiridos. Aunque los emperadores de Alemania eran pobres y carecian de poder, porque en aquel pais echó raices mas que en otro alguno el sistema feudal, el gran nombre de Césares que llevaban, los hacian superiores aun á los mismos reyes, á los cuales dieron algunas veces el título de vicarios del imperio; y se creía que solo el emperador podia dar á un príncipe la dignidad de rey. Cárlos de Borgoña, que aspiraba á ella, prometió la mano de su hija á Maximiliano de Austria, hijo del emperador Federico III, á condicion de que hiciese alianza con él, y le confiriese la corona real. Federico consintió en todo, con la esperanza de asegurar á su familia tan rica herencia. Ambos príncipes tuvieron una entrevista en Trevery, donde confirmaron solemnemente sus promesas. Este sueño de la ambicion de Cárlos fue causa de su ruina, y salvó á Luis XI y á Francia de un peligro inminente: pero se trocó en realidad para Maximiliano y dió orígen á la potencia colosal de la casa de Austria. Entretanto el rey, para hacer frente á las amenazas de Eduardo y á los proyectos del duque de Borgoña, á pesar de su quebrantada salud, recorria las provincias, no solo con el objeto de aumentar sus medios de defensa, sino tambien de calmar los ánimos exasperados con su escesiva severidad. Un dia que pasaba por las calles de Alenzon, una muger que estaba asomada á la ventana para verle, dejó caer

sin querer una piedra pesada, que vino á parar á los pies del rey habiéndole roto antes el vestido. Luis se santiguó, besó la tierra, cogió la piedra, y la mandó depositar con el vestido roto en el monasterio del monte de San Miguel, donde fue á dar gracias á Dios por haberle libertado de aquel peligro. Para poner fin á la guerra de Aragon, que le obligaba á tener divididas sus fuerzas, hizo un tratado con el rey Don Juan, prometiéndole la restitucion de Rosellon y Cerdania, siempre que pagase la suma convenida. El anciano Renato, rey titular de Sicilia, fue comprendido en esta paz.

El mismo año firmó el rey otro tratado de alianza con las ciudades anseáticas, república federativa y poderosa por sus armas, sus riquezas y su comercio. Casó á sus hijas: á Juana, con el duque de Orleans, que despues reinó con el nombre de Luis XII. Esta princesa fue celebrada por sus virtudes y sus infortunios. Ana dió su mano á Pedro de Borbon, señor de Beaujeu. Las hostilidades y negociaciones continuaban siempre sin resultado decisivo entre Borgoña y Francia. El condestable de Saint-Pol cometió entonces el gravísimo yerro de engañar á un mismo tiempo á Luis y á Cárlos. Persuadiendo á cada uno que obraba á favor suyo, se apoderó de San Quintin y conservó esta plaza. El rey disimuló, reservando para mejor ocasion la venganza. El duque de Borgoña, obrando ya como

soberano, instituyó un parlamento en Malinas, é invadió el Nivernes: pero las tropas de Luis arrojaron á los Borgoñones de esta provincia y recobraron las plazas que habian tomado.

La disputa entre *reales y nominales*, dos sectas de filosofía, cuyos gefes eran Ockam y Buridan, no produjo males de consideracion, porque Luis no hizo caso de estas disensiones escolásticas, que consistian en averiguar qué valor debia darse á las palabras abstractas. Mas cuidado tenia el rey en libertarse de las emboscadas que las facciones podian armar contra su vida; y fue el primer monarca de Francia que formó compañías francesas de guardias de corps. Este año falleció el conde de Maine, tio del rey. Tuvo mucha influencia en el reinado de Cárlos VII: pero Luis le separó pronto del gobierno, porque no podia avenirse con sus sentimientos nobles y virtuosos.

Alianza de Luis XI con los suizos (1474). Un antiguo oficial del duque de Guiena tramó una conspiracion contra la vida del rey en venganza de la muerte de aquel príncipe. Su nombre era Ithier. Encargó á un criado suyo, llamado Hardy, que diese veneno al rey. Hardy trató de corromper con la oferta de 20000 escudos, á Lachenay, cocinero de palacio. Lachenay fingió consentir en ello, recibió el veneno y dió cuenta á Luis. Hardy fue preso, juzgado por Gaucourt, gobernador

de París, por el cuerpo municipal y por el preboste. Habiendo confesado su delito en el tormento, fue arrastrado y descuartizado, quemado su tronco, y puestos sus cuartos en las cuatro fronteras del reino. Ithier huyó: y la sospecha de esta maldad recayó sobre el duque de Borgoña. El tratado con Aragon no era mas que provisional, y el rey Don Juan envió embajadores á París para hacer la paz definitiva. Luis les negó audiencia, de modo que se fueron enojados: los mandó prender en Leon, para atender á su seguridad que, segun decia, estaba amenazada: y mientras el aragonés esperaba noticias de París, el rey de Francia juntó en las fronteras del Pirineo un ejército considerable, y quitándose la máscara, declaró que los reinos de Aragon y Valencia le pertenecian como á heredero de su madre Violante. Comenzó la guerra y los franceses conquistaron muchas plazas. Los impuestos se agravaron para tener fondos con que emprender la campaña: y en Bourges hubo por esta causa una sedicion que fue reprimida, y castigados con el último suplicio sus caudillos.

El rey habia jurado la ruina de Saint Pol; y por medio del señor de Imberadurt propuso al duque de Borgoña cederle la plaza de San Quintin, con tal que le entregase la persona del condestable. El condestable lo supo y se quejó al rey, que le dió satisfaccion negando haber tenido parte en los manejos de Imbercourt, haciéndole mil protestaciones de amistad y convidán-

dole á una conferencia. El condestable asistió á ella, pero bien armado y escoltado, dando por disculpa de sus precauciones el odio de Dammartin, que era su enemigo personal. El rey fingió convencerse de su lealtad, y aun aparentó querer reconciliarle con Dammartin. Sabia Luis disimular sus sentimientos con tal arte, que se le oyó decir muchas veces: "quemaria mi sombrero, si creyese que sabia lo que pasaba en mi cabeza.» Saint Pol cayó en el lazo, cuando el rey daba las mayores pruebas de su inflexible severidad. El proceso de Alenzon estaba terminado, y la sentencia fue de muerte; aunque su ejecucion se difirió á voluntad del rey. Los bienes del duque fueron confiscados: pero la mayor parte de ellos fue restituida á sus hijos.

Como estos actos de rigor irritaban á la nobleza, no acostumbrada hasta entonces á sufrir el yugo de la justicia, Cárlos de Borgoña y Eduardo de Inglaterra, creyéndose seguros de una sublevacion general de los caballeros y grandes, determinaron invadir el reino y destronar á Luis, convinieron en que Eduardo desembarcaria en las playas de Normandía, y hecha la conquista, cederia á Cárlos el condado de Champaña. Luis supo este tratado secreto por el rey de Escocia, y reunió su consejo, cuyo dictámen fue llamar á las armas todos los franceses, romper todas las treguas particulares y generales y anticiparse á la invasion. Pero el rey dijo: "yo sé que

Cárlos, antes de acometerme, piensa en hacer la guerra á los alemanes y suizos. Dejémosle ir á su perdicion. Si me declarase contra él, enfrenaria sus proyectos ambiciosos, y volveria hácia Francia toda la fuerza de sus armas. Disimulemos nuestro enojo, y preparémonos en secreto á aprovecharnos de todos los desatinos que vá á cometer."

El orígen de la desavenencia de Cárlos con los suizos era el siguiente. Segismundo, duque de Austria, habia vendido al de Borgoña el condado de Ferrette: y el de Borgoña habia dado el gobierno de este dominio al señor de Hagenbach, caballero muy valiente y leal, pero feroz y cruel, que maltrató de muchas maneras, no solo á sus súbditos, sino tambien á los comerciantes suizos de las cercanías. Nadie se atrevió á quejarse de esta tiranía, sino el canton de Berna: pero Cárlos desatendió sus súplicas, se burló de sus amenazas, sostuvo y aun animó á su ministro en las vejaciones que ejercia, y continuó los designios que tenia contra algunos paises cercanos al Rin.

Luis se mostró en estas circunstancias verdadero y hábil estadista. En lugar de acometer con sus fuerzas al de Borgoña, le permitió seguir su temeraria empresa, contentándose con guarnecer las fronteras de su reino; y al mismo tiempo para alentar á los suizos contra los borgoñones, les prometió su proteccion en caso de necesidad, ofreció su me-

diacion entre ellos y Segismundo de Austria, prestó á este príncipe 100000 florines para que rescatase el condado de Ferrette; y en fin, hizo con el canton de Berna un tratado de alianza, que ha servido de modelo á todos los que ha hecho despues Francia con Suiza. El rey prometió en él sostener á costa suya á los suizos en todas las guerras que tuviesen con otras potencias, señaladamente con el duque de Borgoña: y *en prueba de su caridad para con nosotros*, dicen los de Berna, nos entregará todos los años en Leon 20000 florines. Si tuviese el rey necesidad de los suizos, para sus guerras, se le dará cuanta gente se pueda, pagando Francia cuatro florines y medio del Rin por cada soldado, y entregando en Zurich, Berna ó Lucerna la paga de un mes, y en Ginebra la de los dos meses siguientes. El rey concede á los suizos los mismos derechos que á sus vasallos. Si el rey, por otra guerra ó por cualquier otro impedimento, no pudiese enviar socorro de hombres á los suizos cuando estos lo requiriesen, deberá darles 20000 florines del Rin por trimestre. Ambas partes se obligaron á reservar el derecho de la otra en los tratados de paz ó tregua, que celebren, como habian hecho hasta entonces los suizos con la santa Sede, con el imperio germánico, y con los demas príncipes sus aliados.

Animados con la proteccion del rey, se prepararon los suizos á su heróica lid contra

Cárlos de Borgoña, el mas poderoso y temido de los príncipes de aquel siglo. Eduardo de Inglaterra habia prometido acometer la Francia: pero viendo empeñado á su aliado á la otra parte del Rin, y á Luis XI dispuesto á recibirle con todas sus fuerzas, se contentó con demandarle arrogantemente el ducado de Normandía, amenazándole, si no le daba satisfaccion, con que invadiria el reino y reclamaria la corona de Francia. Luis se contentó con responder á su embajada; *no os aconsejo que lo hagais:* respuesta lacónica al mismo tiempo y noble: mas no lo fue el regalo que con ella envió á Eduardo, y que consistia en un asno, un lobo y un jabalí. Si este presente era alegórico, ningun cronista de aquel tiempo pudo adivinar su sentido.

Entretanto no se descuidaba el rey en grangearse el afecto de sus súbditos, reformando los abusos, castigando las malversaciones, y animando el comercio y las artes que le debian ya su prosperidad naciente. Gering, Crantz, Michel, Tribulger y Juan Heylin de la Pierre, que fueron los primeros impresores que hubo en París, recibieron de él favores y recompensas: y devolvió á los libreros de Maguncia muchos libros, que habian enviado á Francia, y que estaban embargados, segun la costumbre del siglo, por haber muerto el propietario.

Este año falleció Enrique IV, rey de Castilla, y antes de morir, hizo testamento

en favor de Juana, declarándola su hija y heredera. Fueron sus albaceas el arzobispo de Toledo, el cardenal de España, y otros muchos grandes del reino. Pero el partido de Isabel y de su esposo Fernando de Aragon prevalecio, aunque Alonso V, rey de Portugal y protector de los derechos de la hija de Enrique, la hizo guerra cruel, que duró algunos años.

Invasion de Eduardo IV en Francia: tratado de Pequigny (1475). Mientras Juana é Isabel disputaban la corona de Castilla, el rey de Portugal entró en negociacion con el de Francia; el cual trataba al mismo tiempo con Isabel y Fernando que le prometian la mano de su hija para el Delfin. Mientras Luis dirigia estas dos intrigas y engañaba á las dos competidoras, se apoderó de Perpiñan por sorpresa, sin que el rey de Aragon tuviese noticia de tan inesperado acontecimiento. Puso en esta plaza por gobernador á Bonfile, y le mandó que degollase los habitantes mas ricos y distinguidos del Rosellon, en venganza de la resistencia victoriosa que opusieron dos años antes á sus armas: pero Bonfile, á pesar de que se le ofrecian los bienes de las víctimas que sacrificase, demostró al rey con tanta energía lo odioso é impolítico de aquella órden barbara, que le obligó á revocarla,

Entretanto la ambicion del duque de Borgoña agitaba á Alemania: y prometiendo á sus príncipes sucesivamente la mano de su

hija, y violando sin escrúpulo las obligaciones contraidas con ellos, se grangeaba cada dia nuevos enemigos. El emperador Federico III, indignado por la versatilidad del de Borgoña, solicitó la alianza de Luis; y el 25 de marzo de 1475 firmaron un tratado defensivo contra el duque de Borgoña, el emperador y el imperio: segun el tenor de este convenio, debian obrar de acuerdo con la Francia. El contingente de Federico era de 30000 hombres, y el del rey, de 20000.

Eduardo y el duque de Bretaña, temerosos de esta alianza, renunciaron por entonces á toda empresa hóstil contra Francia. Luis propuso al de Borgoña, por medio del condestable de Saint-Pol, que se renovase la tregua: pero Cárlos respondió: "¿cómo se atreve á proponerme eso, cuando sé que ha hecho alianza con el emperador para invadir mis estados? Ahora no me engañará como otras veces: y teniendo como tengo en mi favor á los reyes de Inglaterra, Aragon y Castilla, á los duques de Bretaña y de Milan, á las casas de Saboya y Nápoles, á los venecianos y al conde Palatino del Rin, no prolongaré la tregua, si no se me entregan las plazas de Amiens y de San Quintin." «Ahora mismo, añadia, las tropas del rey hacen correrías en mis tierras, como si no hubiese treguas. Las que se quieran renovar, ¿en qué pergamino se escribirian; con qué tinta y de qué letra? ¿Con qué sello se sellarian, cuando las anteriores se han

violado tantas veces? ¿Por cuál Dios juraria el que tantas veces ha quebrantado su juramento?" Las hostilidades continuaron. El rey se puso al frente de su ejército, tomó á Montdidier, Roye, Bray y Corbie, penetró en el Artois, y entregó á las llamas muchas ciudades. Acercóse á Arras, y la guarnicion de esta plaza hizo contra él una vigorosa salida, pero la rechazó con gran pérdida, é hizo prisioneros á todos los oficiales que la mandaban. El duque de Lorena, creyendo favorable la ocasion para sacudir el yugo del de Borgoña, declaró la guerra á Cárlos, é invadió el ducado de Luxemburgo. Cárlos sitiaba desde algunos meses antes la ciudad de Nuys, socolor de favorecer á Roberto de Baviera, elector y arzobispo de Colonia, á quien la nobleza y clero del electorado habian quitado la administracion de sus dominios, dándola al landgrave de Hesse. El duque se ostinó en tomar aquella plaza á pesar de la fortaleza de su posicion, del valor de sus defensores y de la proteccion del emperador Federico, que venia en socorro del landgrave. El impetuoso duque dejó una parte de su ejército delante de Nuys, y marchó con el resto contra los alemanes: pero fue rechazado; y despues de haber perdido inutilmente muchos hombres y mucho dinero, tuvo que firmar una tregua de nueve meses con la ciudad de Nuys, el landgrave y el emperador. Obligóle á hacer este sacrificio la entrada de Renato de Lorena en

el Luxemburgo: y por acometer á este nuevo enemigo, olvidó la palabra que tenia dada al rey de Inglaterra, de aproximarse á las costas de Flandes, adonde este monarca pensaba efectuar un desembarco. Luis no cometia yerros de esta clase, y cada dia ganaba un nuevo aliado. Estaba sospechoso del príncipe de Orange: mandó ocupar sus dominios, y grangeó su amistad restituyéndoselos. El duque de Borbon, en quien tenia Cárlos gran confianza, marchó sin embargo contra los borgoñones, los venció, hizo prisionero al mariscal de Borgoña, incendió á Mailly y se apoderó de Bar del Sena.

Luis XI, sabiendo que un rey de armas, enviado por Eduardo para reclamar la Normandía, era hombre de talento, y conocia muy bien la corte de Inglaterra, habiéndole ganado con regalos, averiguó de él quiénes eran los que tenian mas influjo con el monarca inglés, y qué especie de seduccion podria emplearse contra cada uno de ellos. Así se informó de que tanto Eduardo como sus validos gustaban mas del dinero, de los placeres y del descanso, que de la gloria militar; y que no estaban resueltos á ligar su suerte con la de Cárlos, príncipe inconstante en sus amistades, insaciable en su ambicion, presuntuoso en sus proyectos, y maltratado entonces por la fortuna. Creyó pues, que no le seria dificil, haciendo á Eduardo proposiciones ventajosas, separarle de la alianza del borgoñon. Empezó

afectando hacer poco caso del desafio del rey de Inglaterra. Comines, de orden suya, hizo grandes regalos al rey de armas, y le despidió muy inclinado á manifestar á los señores de la corte inglesa cuanto podian esperar de Luis, si inclinaban á Eduardo á hacer la paz con Francia.

Pero el rey de Inglaterra, que no podia faltar sin ignominia á las palabras que habia dado á Cárlos, desembarcó con su ejército en Calés, donde habian de reunírsele, segun el convenio, las tropas de Borgoña: pero el duque vino casi solo, dando por disculpa la guerra del Rin, la invasion del Luxemburgo y el armamento de los suizos. Para desenojar al inglés de esta falta contra lo pactado, le prometió que se le entregaria la plaza de San Quintin, como habia prometido el condestable de Saint-Pol: pero éste, en vez de abrir las puertas á los ingleses, los rechazó de sus murallas á cañonazos: suceso que causó mucha alegría á Luis, porque recelaba del partido que tomaria Saint-Pol en aquella ocasion crítica. Las promesas que habia hecho á los ministros ingleses por medio del rey de armas de Eduardo, produgeron su efecto; y recibió aviso secreto de Howard y Stanley, privados del rey de Inglaterra, ofreciéndole su cooperacion, por medio de un criado de Santiago Grassay, hecho prisionero de los ingleses, y puesto inmediatamente en libertad. Luis se aprovechó de estas disposiciones

favorables; pero con sus precauciones ordinarias, porque ni envió un embajador que hubiera descubierto con el brillo de su mision lo que se trataba, ni un rey de armas comun, inútil para aquel encargo: sino un subalterno inteligente, que disfrazado de heraldo, y presentado al rey de Inglaterra por Howard y Stanley, le dijo que el rey de Francia no habia recibido en su corte á Warwik, sino para valerse de él contra el duque de Borgoña: que si por favorecer las pasiones violentas de Cárlos se detenia Eduardo en Francia con su ejército, podria encenderse en Inglaterra el fuego mal estinguido de la guerra civil: que la lid con Francia seria larga, pues la estacion no permitia ya emprender ninguna cosa de importancia en aquella campaña; y en fin, que Luis estaba dispuesto á entrar en negociaciones de paz. Eduardo, ya descontento de la conducta del de Borgoña, consultó aquella proposicion con sus ministros, ganados por Luis: y estos le aconsejaron hacer la paz, en atencion á que el ejército carecia de víveres, y el borgoñon no realizaba ninguna de sus promesas.

Los plenipotenciarios de ambos reyes tuvieron congreso en Amiens. El duque de Clarence, hermano de Eduardo, y el arzobispo de Cantorbery, su tio, prometieron que el ejército inglés evacuaria el territorio de Francia mediante una suma de 60000 escudos, que Luis pagó inmediatamente. Los dos reyes firma-

ron treguas por nueve años, incluyendo en ellas á sus aliados, excepto el duque de Borgoña. Por otro acto convinieron en darse mútuamente auxilio contra sus rebeldes: en el casamiento del Delfin con una princesa de Inglaterra, y en que se pusiese en libertad á Margarita de Anjou, viuda de Enrique VI.

Establecida la concordia, se abrieron las puertas de Amiens á los soldados y caballeros ingleses, que venian de su campamento á ver la ciudad. Luis mandó que fuesen alojados y mantenidos á su costa, queriendo mas bien prodigar el oro y el vino que la sangre de los franceses. Comines describe estas orgias en que el rey tenia fonda abierta para sus enemigos. Empezaron por una gran cantidad de toneles de vino, cuyos carros parecian *una hueste en marcha*, que se enviaron al campamento de Eduardo. Los ingleses eran menos desconfiados y sutiles que los franceses, y llenaban desde la mañana hasta la noche las hostelerias de Amiens. Las mesas estaban puestas en las calles, y muchos caballeros servian de órden del rey á los huéspedes. La afluencia era tal que pernoctaron en Amiens mas de 9000 insulares. El peligro de tener tantos estrangeros en una plaza fuerte de tanta importancia llegó á causar recelo á los cortesanos franceses, y aun al mismo Comines, que manifestó sus temores al rey, aunque era dia de los inocentes en el cuál nunca queria Luis que se le hablase de negocios. Convenci-

do del riesgo, encargó á Comines que exortase á los gefes de las tropas inglesas para que les mandasen evacuar la ciudad: pero los bretones estaban demasiado contentos con la buena vida que allí pasaban, y con la indisciplina que era consiguiente, para renunciar á sus placeres con facilidad. Luis tuvo que entrar en Amiens con el mariscal de Gié y un cuerpo numeroso de gendarmas que guarnecieron las puertas y los puestos principales, é insinuó á Eduardo por medio de sus enviados que gustaria de ver disminuido el número de sus huéspedes. Eduardo le respondió que *los echase*: mas la cortesía le impidió hacerlo. En fin, las órdenes de los ministros ingleses pusieron término á la indisciplina. Al mismo tiempo el condestable de Saint-Pol, que se alegraba de los reveses de Cárlos, pero que no queria ver á Luis enteramente libre del miedo de los ingleses, envió su confesor á Eduardo para exhortarle á no concluir la paz con tanta prontitud, sino á pasar el invierno en Francia en San Valery y otras plazas cuya tranquila posesion le aseguraba. Prometíale al mismo tiempo una suma considerable de dinero. Esta traicion se convirtió contra el mismo condestable: porque Eduardo, cansado de ser el juguete de Saint-Pol y de los borgoñones, se negó á todo, y dió parte de esta intriga á Luis XI: lo que contribuyó á afirmar decididamente á este príncipe en sus designios contra el condestable.

Encargóse á Comines y á otros señores ingleses y franceses designar el sitio de una entrevista de los dos reyes, y se eligió á Pequigny, ciudad situada en la orilla del Soma á tres leguas de Amiens. El rey de Inglaterra llegó al lugar de la conferencia por una calzada larga, y estrecha y rodeada de lagunas profundas. "Mal camino es aquel, dijo Comines á Luis, si no tuviéramos resuelto obrar con ellos de buena fé." La entrevista se verificó en medio del puente, donde se puso un enrejado de maderas, por el cual apenas podia pasar un brazo. Estas precauciones, que en el dia parecerian pusílanimes y estravagantes, no lo eran cuando estaba reciente la memoria del asesinato de Juan de Borgoña, Luis y Eduardo entraron en el puente con 120 caballeros cada uno. Eduardo se quitó su bonete, que era de terciopelo negro con una flor de lis de diamantes, é hincó la rodilla. Luis le saludó afectuosamente, y le dijo: "mi señor primo, seais bien venido. A ningun hombre deseaba ver tanto como á vos Alabado sea Dios porque nos hemos reunido aquí con tan buenas intenciones." Despues firmaron el tratado de paz, y juraron su observancia sobre el misal y ante un crucifijo. Luis convidó á Eduardo á venir á París, «donde hallareis, le dijo, damas que os agradarán mucho, y el cardenal de Borbon, que os absolverá si pecais." Eduardo le dijo que procurase hacer la paz con el duque de Borgoña: y si este la re-

husaba, que obrase como le pareciese conveniente. En cuanto al duque de Bretaña, que era personalmente su amigo, suplicó á Luis á que no tuviese guerra con él como queria. Terminada la conferencia, se volvió el rey de Francia á Amiens, y el de Inglaterra á su ejército. Luis dijo á Comines que estaba arrepentido de haber convidado á Eduardo á venir á París, no fuese que le agradase demasiado alguna dama, y quisiese volver, como sus predecesores, con un ejército. «Este amigo, añadió, no vale nada aquí; mejor estará al otro lado del mar." Envió uno de sus ministros á pedir á Eduardo que le permitiese hacer guerra al duque de Bretaña: pero el inglés respondió, que si el duque era acometido, volveria á Francia con su ejército para defenderle; y no se volvió á hablar de la materia.

El duque de Glocester y otros muchos señores ingleses á quienes no convenia la paz, no quisieron asistir á la conferencia; y uno de ellos, llamado Bretailles, dijo á Comines: "Eduardo, volviéndose á Inglaterra, pierde mas gloria que la que ha adquirido en tantas batallas.» ¿Cuántas ha ganado? preguntó Comines. «Nueve, le respondió el ingles." Y ¿cuántas ha pérdido? «Solo una; y es la que debia haber ganada en Francia." Luis, informado de esta conversacion, llamó al inglés, le dió mil escudos, y le prometió mirar por su familia que residia en Guiena. «Desde entonces, dice Comines, no volvió Bretailles

á declamar contra la paz." Luis, alegre por haberla hecho con Eduardo, celebraba un dia los artificios de que habia usado para lograr este objeto: pero observando que le oia un comerciante gascon, establecido en Inglaterra, y que solicitaba un pasaporte para volverse á la isla, le habló aparte, y le dió un empleo de 1000 libras de renta para obligarle á permanecer en Francia.

El condestable de Saint-Pol, á quien disgustaba la paz con Inglaterra, y que procuraba romperla por todos los medios posibles, envió al rey al señor de Treville con una mision secreta, durante la negociacion con Eduardo. Cuando Treville vino á hablar al rey, estaba con este príncipe un confidente del duque de Borgoña, llamado Contay. Luis quiso sacar partido de aquella circunstancia, escondió á Contay detras de un tapiz, y mandó entrar á Treville, que creyéndose solo, para adular el ódio del monarca, dijo contra el de Borgoña mil burlerías indecentes, entre otras, que se habia vuelto loco de enojo contra Eduardo, por la paz que este príncipe iba á hacer con Francia. Luis, manifestándose complacido, le movió á repetir las mismas chanzas é injurias, hasta que en fin le despidió dándole afectuosas espresiones para el condestable. Contay, indignado de esta maldad, escribió inmediatamente al duque de Borgoña cuán buenas espaldas tenia con Saint-Pol.

Cárlos el Temerario, vendido por Saint-

Pol, abandonado de ingleses y bretones, y amenazado de franceses, alemanes y suizos, humilló su soberbia, y concluyó con los plenipotenciarios del rey una tregua de nueve años, en cuyo tratado prometió restituir á Vervins, siempre que se le restituyese á él la plaza de San Quintin. Hecha esta paz, no habia poder humano que libertase á Saint-Pol del peligro que él mismo se habia labrado. Eduardo habia interceptado cartas suyas, en que acusaba á los ingleses de cobardía y estupidez, por haber caido en el lazo que les tendió Luis. Este sabía por Eduardo sus tramas contra Francia, y Cárlos, por medio de Contay, las calumnias que vomitaba contra él. Resuelto pues, á la venganza el rey y el duque, se sacrificaron mutuamente sus antiguos aliados. Luis prometió abandonar la causa del duque de Lorena, la del emperador y la de las ciudades del electorado de Colonia, y unir sus armas á las de Cárlos. Cárlos por su parte declaró en un acto formal que Luis de Luxemburgo, conde de Saint-Pol, condestable de Francia, era traidor á su antiguo señor y al nuevo, y prometió que no le concederia ni perdon, ni apoyo. El duque de Bretaña fue comprendido en este tratado. Tanto él como el rey concedieron amnistía general, se garantizaron recíprocamente sus posesiones, y prometieron advertirse uno á otro de cuanto supiesen que se tramaba contra sus personas. Juraron la observancia de

este tratado sobre los evangelios, sobre la temida cruz de Saint-Lo, y sobre las reliquias veneradas de San Hervéo y de San Gildas. Apenas supo el condestable que el rey habia jurado su ruina y que marchaba contra él al frente de su ejército, huyó á Mons, cuyo gobernador Aymeries era antiguo amigo suyo, esperando por su intercesion conseguir que el duque de Borgoña le protegiese. Luis XI entró en San Quintin al frente de sus tropas, y desde esta ciudad intimó á Cárlos que le entregase la persona del condestable, añadiendo á la intimacion la amenaza de enviar hácia la frontera de Lorena 400 lanzas á las órdenes de La Trimouille. El duque vaciló largo tiempo, porque aborrecia á Luis mucho mas que á Saint-Pol, y no queria libertar al rey de un enemigo hábil y poderoso. Pero despues de varias tergiversaciones, asegurado de que Luis abandonaba á su ambicion los loreneces, mandó á Aymeries que entregase el condestable á disposicion del monarca.

Aymeries pudo salvar á su antiguo camarada de armas: mas no quiso, y apenas lo habia entregado, recibió de Cárlos contraorden: pero ya era tarde. Saint Pol fue conducido á la Bastilla y juzgado por el parlamento. El fin del proceso no era dudoso; pues los oficiales del difunto duque de Guiena, de Eduardo y de los duques de Borgoña, Bretaña y Borbon habian entregado al rey cartas del condestable, en que exortaba á estos prín-

cipes á armarse contra el soberano y á quitarle la corona y aun la vida. Saint Pol, queriendo libertarse por medio de una nueva perfidia, denunció al duque de Borgoña como autor de una nueva conspiracion contra la vida del monarca, en la cual habia querido iniciar á él mismo el secretario de Cárlos. Esta delacion fue despreciada. Despues de escrita la confesion del reo, el canciller le dijo: "Monseñor, sois tenido por el hombre mas intrépido del reino: no desmintais esta reputacion, porque habreis menester toda vuestra firmeza." Despues le pidió el collar de la orden de San Miguel y la espada de condestable. Saint Pol dió el collar, y dijo que ya le habian quitado la espada. El señor de Popincourt le leyó en fin la sentencia de muerte. "Loado sea Dios! respondió Saint Pol: solo deseo ya verme en su presencia.»

Fue conducido al cadahalso, acompañado de cuatro doctores, que eran el penitenciario, el cura de San Andres Des Arts, un franciscano y un agustino. Confesó, comió un poco de pan bendito, oyó misa, y pidió la eucaristía: pero le fue negada. Repartió entre los doctores 60 escudos de oro, que tenia consigo, para que los distribuyesen en limosnas, saludó con dignidad al canciller, y al pueblo, se hincó de rodillas y recibió el golpe mortal. Así pereció el condestable de Saint Pol, descendiente de la familia imperial de Luxemburgo, cuñado del rey de Francia y tio del de Ingla-

terra: gran capitan, poderoso en dominios: pero ambicioso, ingrato y pérfido. Preguntaron á los doctores si les habia dado algo en secreto; y digeron, que un anillo de oro para una imagen de la vírgen, y un talisman, que llevaba siempre consigo como preservativo contra el veneno, para que lo diesen á su hijo. El rey lo tomó para sí: permitió á los doctores que dispusiesen de lo demas segun la intencion del difunto, y confiscó sus tierras y las repartió con el duque de Borgoña. Luis XI no hizo pesquisa de sus cómplices: la ira de este príncipe solo caia sobre los grandes, y con las cabezas ilustres derribó tambien el árbol feudal; por lo cual Francisco I decia de él: *Luis XI le quitó el ayo á los reyes de Francia.*

El duque de Borgoña, perdida la esperanza de destronar á Luis, solo pensó en lograr el objeto principal de su ambicion: y como el rey le permitia acometer á Renato de Vaudemont, duque de Lorena, marchó contra él y en pocos dias le despojó de sus estados. Siendo ya dueño pacífico de Flandes, Artois, una parte de Picardía y las dos Borgoñas, queria conquistar la Suiza. El anciano rey Renato, señor de Provenza, se proponia dejarle en manda aquel opulento condado: y hecha esta adquisicion, creía Cárlos el Temerario cosa fácil apoderarse del Milanesado, cuyos habitantes detestaban á su duque Galeazo. Con la reunion de tantas provincias pensaba formar

una de las monarquías mas poderosas de Europa. Este plan, aunque gigantesco, era asequible, porque tenia un ejército numeroso y valiente, hábiles generales é inmensas riquezas, y acometia á estados pequeños y divididos. La fortuna pues, le proporcionaba una carrera brillante y fácil: pero la violencia y la crueldad le hicieron perder la ocasion mas favorable, y abrieron el abismo en que pereció. En lugar de marchar con la prudencia y dignidad, propias de un gran capitan y de un gran príncipe, acometió á sus enemigos con el ardor de un soldado novel, trató á los vencidos como tirano, y murió como aventurero.

Dueño de Lorena y resuelto á conquistar la Suiza, sembró los gérmenes de la guerra, mandando confiscar los efectos de los mercaderes suizos y maltratar sus personas. Los de Berna escribieron al conde de Romont que mandaba las tropas de Cárlos en la frontera del monte Jura, quejándose de aquellas tropelías, y amenazándole con la venganza. «Esta será tal, le escribian que pronto direis: *basta.*» Al mismo tiempo enviaron correos á Friburg, Soleure, Neufchatel y el Valais, excitando á sus aliados á tomar las armas. Todos acudieron, y alistado un ejército, acometieron al conde de Romont, cuyas fuerzas consistian por la mayor parte en italianos al sueldo de Borgoña. Los suizos rompian á hachazos las puertas de las ciudades, las tomaban por asalto sin artillería, degollaban las guarniciones,

y tambien á sus propios verdugos, si se mostraban compasivos con los prisioneros. Así se apoderaron de Morat, Mondon, Yverdun y Grancourt. Entraron despues en el pais de Vaud: Lausana se sometió é hizo alianza con ellos, y exigieron contribuciones de Ginebra. Cárlos, que sitiaba á Nancy cuando supo la invasion de los suizos, juró vengarse.

Guerra de borgoñones y suizos: batallas de Granson y Morat (1476). Luis XI, por no verse en la precision de dar ausilio á los suizos, como estaba obligado á hacerlo por el tratado de alianza, aconsejó á Cárlos que desistiese de aquella guerra: pero sus consejos fueron muy mal recibidos, como era de esperar. Ni tuvo éxito el aviso que le dió el rey de la traicion de su valido Campo Basso, diciéndole que este italiano le habia prometido entregarle al duque, ó matarlo. Cárlos respondió: «si esta noticia fuese cierta, no me la daria Luis.»

Los suizos, reunidos en Zurich, enviaron diputados al duque de Borgoña, pidiéndole la paz, y proponiendo nombrar árbitros para transigir las desavenencias. "La guerra, le decian, no os puede ser provechosa: porque mas oro y plata hay en vuestras espuelas y en los jaeces de vuestros caballos, que en toda Suiza.» Todo fue inútil; y no las súplicas del margrave de Baden, ni las representaciones de los estados de Flandes fueron de provecho. A los de Flandes respondió Cárlos: «esta es la última vez que pediré subsidios á mis vasa-

llos: pues tengo derecho de exigirlos. Yo les mostraré que soy su señor: y si se resisten, los castigaré como merecen." Cuando se puso en movimiento con su ejército, Luis se dispuso á aprovecharse de las circunstancias que podia presentar la suerte de la guerra: y para esto renovó por medio de sus embajadores antiguas pretensiones sobre las ciudades del Soma, y se quejó de haber repartido con desigualdad los dominios de Saint Pol. "Hemos repartido la zorra, decia Luis: M. de Borgoña se ha quedado con la piel que era muy rica, y me ha dejado la carne que no vale nada." Al mismo tiempo prometió socorro á los suizos é hizo saber á los grandes de su reino que veria con placer que tomasen las armas contra Cárlos, pero sin obligarlos á ello en ninguna manera. Este modo cauteloso de manifestar su voluntad fue funesto á muchos franceses que creyéndose libres en el partido que tomasen, se condugeron con Cárlos como con un aliado de su rey. Luis los castigo, á unos confiscándoles los bienes, y á otros con el destierro, y á algunos con el último suplicio. Envió tambien embajadores á Renato, amenazándole con el juicio de felonía, si legaba al duque de Borgoña la Provenza, y privaba á la corona de la reversion de un feudo tan considerable; y para dar mas peso á sus amenazas, fue á Leon acompañado de muchas tropas, con el pretesto de una romería á nuestra Señora de Puy en Valay.

Entretanto Cárlos atacó á la ciudad de Granson, defendida por 500 suizos, la tomó por asalto, obligó á la guarnicion, que se retiró al castillo, á rendirse á discrecion, y mandó matar á todos los que la componian, con el cuchillo, el agua ó la cuerda. El mismo Molinet, cronista del duque, refiriendo este acto de ferocidad, manifiesta su compasion á aquellas infelices víctimas: bien que los suizos no habian hecho la guerra con menos crueldad en la campaña anterior.

Cuando supieron sus compatriotas el estrago de Granson, corrieron á las armas para vengarlo: y un ejército de 20000 combatientes, formado de las milicias de todos los cantones, se acampó junto á las murallas de Morat; despues sé adelantó hasta el castillo de Vaux Marcus, situado en el camino de Granson á Neufchatel. Los borgoñones, que se habian apoderado sin resistencia de aquel castillo, tenian en él supuesto mas avanzado, y alguna distancia mas atras habia sentado Cárlos sus reales en una vasta llanura donde podia desplegar su numerosa caballería. Sus capitanes mas antiguos y prudentes le aconsejaron que esperase en ella al enemigo: pero él despreciaba sobradamente á sus rústicos adversarios para consultar la esperiencia y la razon. Embriagado de ira y de soberbia, llamó timidez á la prudencia del bastardo de Borgoña que procuraba moderar su ímpetu. Se adelantó pues, incautamente hasta Neuf-

chatel, y entró en un desfiladero estrecho cuyas alturas guarnecian los suizos. Apenas estos divisaron su vanguardia, bajaron de la montaña con intrepidez: y al llegar á presencia del enemigo, hincaron la rodilla pidiendo á Dios que protegiese su justa causa. Cárlos, engañado con esta demostracion, dijo: "ved esos villanos, que piden misericordia. Nos declaran la guerra, y no se atreven á hacerla. Por San Jorge, que hemos de destruir á estos perros, y todo lo que tienen será despojo de los Borgoñones." Pero su error duró poco. Apenas los suizos se levantaron, avanzan en escuadrones cuadrados, acometen la vanguardia de Cárlos en falanges cerradas y herizadas de alabardas larguísimas. En vano el duque atacó aquellas valerosas cohortes y desbarató algunas: los montañeses vuelven á reunirse, recobran sus ventajas, y obligan á sus enemigos á retirarse hasta el Arnon, donde estaba el campo atrincherado de que no debieran haber salido. Muchos borgoñones perecieron en este combate: entre ellos, los señores de Aymeries y de Poitiers y Juan de Lalait. Cárlos, habiéndose reunido con el grueso de su ejército, esperaba que dándose la batalla en un terreno mas favorable lograría la victoria. Mientras se preparaba el combate, el ejército suizo ocupaba todas las alturas, flanqueaba y rodeaba el campo enemigo, llenando los aires con el grito de venganza *Granson*, *Granson*, y con el sonido de dos trompas, que segun la

tradicion popular, habia dado Carlomagno á los helvecios. Llamábase la una *el toro de Vri*, y la otra, *la vaca de Untewalden*, y sus acentos lúgubres y roncos, repetidos por los ecos de las montañas, fueron el terror de los austriacos en la guerra que los suizos sostuvieron contra ellos para asegurar su independencia. El mismo duque manifestó asombro cuando en lugar de un puñado de gañanes que creia destruir en el primer choque, se vió rodeado por todas partes de 20000 guerreros, que marchaban á él con paso firme; sin que las cargas de caballería ni los tiros de los cañones pudiesen desordenarlos ni romperlos.

No obstante Cárlos desplegó en este peligro su ordinaria impetuosidad y su ardiente valor: pero su caballería fue dispersada, y desordenó las demas tropas: los italianos que tenia á su sueldo, fueron los primeros en huir. En este momento descubrieron los suizos sus cañones, é hicieron grande estrago en la infanteria borgoñona que ya cejaba. En vano el duque llamaba á gritos sus soldados, diciéndoles injurias y descargando sablazos sobre ellos: el terror hacía imposible la obediencia. Ninguno se atrevia á esperar aquellos batallones cerrados que descendian con rapidez de las montañas sin que ningun obstáculo pudiese detener su marcha. La victoria de los suizos fue completa: el mismo Cárlos, perdido el campamento, el ejército, los bagages, y la artillería, y no viendo junto á sí mas que

cinco domésticos, huyó sin pararse hasta el castillo de Joune, situado á la entrada de un desfiladero del Jura. Su rabia y desesperacion era tal que nadie se atrevia á hablarle. Solamente su bufon, llamado *el Glorioso*, le dijo, mientras huia á su lado: "por cierto que estamos bien *annibalizados*."

El botin fue inmenso: porque entonces duraba todavía la costumbre de ostentar mas lujo en los ejércitos que en los palacios Aquellas agrestes milicias, apoderándose de objetos muy preciosos, sacaron de ellos muy poca utilidad porque no conocia su valor. Vendian la bajilla de plata por algunos sueldos, como si fuera estaño: los vasos de oro les parecian muy pesados, y los trocaban por hierro ó acero. Dieron un diamante muy grueso en tres escudos: y despues de haber pasado de mano en mano enriqueciendo muchas familias, vino á poder del papa Julio II. Otro, que quisieron comprar en su tiempo Cálos V y un sultan de Constantinopla, lo adquirió Enrique VIII, rey de Inglaterra, cuya hija María lo regaló á su suegro Cárlos V, y así volvió á la casa de Borgoña. El diamante llamado *Sanci*, cogido en la misma batalla, pertenece ahora á la corona de Francia. Los tapices y alfombras de seda, terciopelo, oro y damasco, y las preciosas blondas que adornaban las tiendas de los borgoñones, despues de haber estado guardadas mucho tiempo en los cajones, se vendieron á los estrangeros como telas comunes. Pero

conservaron con orgullo los cañones de Cárlos, sus ricas armas, sus lanzas, adornadas con marfil y rubíes, su bandera ducal, las de sus vasallos, su collar de la orden del Toison y su sillon de oro macizo. Nicolas de Scharnactal, principal caudillo del ejército victorioso, armó caballeros en el campo de batalla á los capitanes, Mullinen, Bonstetten, Reding, Diesbach y otros que se habian distinguido en la accion.

Luis XI, cuando supo el resultado de esta batalla, muy superior á todas sus esperanzas, apenas pudo disimular su alegria, y amenazó con mas vigor y mas á las claras que antes á los aliados de su rival. Casi todos le abandonaron Galeazo se disculpó diciendo que el miedo le habia obligado á unirse con el borgoñon, é hizo su sumision al rey, que fue aceptada, aunque no el dinero que ofrecía. Luis habia consultado al parlamento como debia proceder con renato, rey titular de Sicilia y conde de Provenza. El tribunal respondió que en rigurosa justicia podia fulminar contra él mandamiento de prision: pero que en atencion á su edad y al parentesco, debia contentarsé con citarle á comparecer ante sí ó ante el parlamento sopena de destierro y confiscacion.

El anciano rey, infeliz en todas sus empresas de Italia, atormentado por las vicisitudes que á su bija Margarita elevaron al colmo de la gloria y la arrojaron en el abismo de la desgracia, cuidadoso por la suerte del duque

de Lorena su nieto, y no teniendo confianza en Luis XI, estaba fatigado de los negocios, para los cuales no tenia disposicion. Amaba las letras y las artes; y habiendo consagrado toda su vida al bien de sus vasallos, deseaba acabarla en el descanso. En su corte hábia siempre fiestas, bailes, máscaras, diversiones campestres: sus caballeros eran trovadores, que cantaban alegres bailes y tenzones amorosos. Un príncipe de este carácter no estaba dispuesto á comprometer la fragil corona de su Arcadia, compitiendo con hombres como Luis XI y Cárlos de Borgoña. Y así, apenas supo la derrota de éste, siguiendo el dictámen de sus pacíficos consegeros, renunció á la alianza de los borgoñones. En el mismo tiempo falleció su hija Margarita, la célebre heroina de Inglaterra. Renato tuvo una conferencia con su sobrino el rey de Francia: y como este quisiese hablar de las pasadas desavenencias, Juan de Cosa, senescal de Provenza, le interrumpió diciéndole: «señor, no debeis estrañar que vuestro tio propusiese al duque de Borgoña dejarle por manda la Provenza. Sus mas fieles consegeros, y yo el primero, le aconsejamos que lo hiciese. La culpa fue vuestra: pues sin respeto á los lazos de la sangre le quitaisteis los castillos de Angers y de Bar: y solo por obligaros á reparar estos agrabios se entablaron negociaciones con Borgoña." Esta franqueza agradó al rey: y en vez de obligar á Renato á nombrarle por heredero,

consintió en no recibir tan rica sucesion sino en el caso que el duque de Calabria su hijo muriese sin prole, caso muy fácil de preveer. Arreglados los negocios, Luis asistió á todas las diversiones poéticas y amatorias de su tio: complacencia que no le costaba mucho, porque era bastante inclinado al bello sexo, cuando los placeres no contrariaban su política; y los poetas de aquel siglo han conservado los nombres de la Gigonne y la Passefillon, cuyos favores pagó Luis con ricos dotes y magníficos regalos. La duquesa de Saboya no se atrevió á auxiliar con sus armas á Cárlos: pero mas moderada en su inconstancia, le ofreció al menos los consuelos de la amistad en su infortunio.

Cárlos habia contraido despues de su derrota una enfermedad de melancolía que perturbaba á veces su razon. Con nadie hablaba, ni se presentaba en público, ni permitió mudarse el vestido, ni que le hiciesen la barba. Pero al fin su médico Angel Cato logró restituirle la esperanza, y con ella el juicio. Volvió á recobrar su actividad ordinaria, recibió una embajada del emperador, asistió á las ceremonias públicas, alistó nuevas tropas en sus dominios y en los paises estrangeros, y reunió un nuevo ejército casi tan formidable como el que habia perdido. Envió tambien embajadores á Luis para exhortarle á la observancia de la fé jurada: pero sabiendo que en este tiempo habia enviado el rey un cuerpo

de tropas al condado de Aviñon, y mandado prender al cardenal de Larovere en venganza de los desaires recibidos en otro tiempo de la corte de Roma, le envió á decir con su orgullo acostumbrado, que si no daba libertad al cardenal, romperia la tregua. Luis cedió, puso al legado en libertad, renunció á la alianza de Renato, duque de Lorena, y mostró mucha deferencia al de Borgoña, para no apartarle de sus designios contra los suizos, que probablemente consumarian su ruina.

En efecto, Cárlos, restituido á sus ilusiones de esperanza, de gloria y de conquista, pasó revista á su brillante ejército en la llanura de Lausana. Las tropas desfilaban á su vista gritando: *venganza pronta*, *por S. Jorge*. Pero este no era el grito del valor, sino el de la licencia: porque ya no tenian confianza en su caudillo. Cárlos creyó que los enemigos vendrian á acometerle en el pais de Vaud, donde estaba acampado: pero ellos despues del triunfo de Granson se retiraron á sus montañas y volvieron á los trabajos de la agricultura. Solo el canton de Berna tenia en campaña algunas tropas porque estaba en guerra con la duquesa de Saboya. Habíanse contentado con acordar en una junta que se celebró en Lucerna, el reglamento que se debia seguir si se renovaba la lid con los borgoñones. Por este reglamento se desterró á los vagos de los cantones: se prohibieron el juego, la blasfemia y el desafío: se mandó hacer oracion an-

tes de entrar en batalla, no descansar hasta haber asegurado la victoria, no hacer prisioneros, ni perdonar la vida sino á las mugeres, niños y ancianos. Se impuso la pena de muerte al cobarde, al incendiario y al sacrílego. Cuando supieron que los borgoñones se acercaban, fortificaron cuidadosamente á Morat, villa seis leguas distante de Berna, y que creyeron que seria la primer plaza que acometiesen los enemigos; al mismo tiempo reunieron todas las fuerzas de la confederacion.

El duque, no viendo parecer á los suizos, los creyó poseidos del miedo. Este error duraba todavía cuando se acampó á una legua de Morat. El conde de Remort se adelantó con los saboyardos que mandaba por medio de los pantanos que hay entre los lagos de Neufchatel, Morat y Bienne: pero los habitantes de este pais le derrotaron y obligaron á retirarse. Pocos dias despues Morat fue sitiada por los borgoñones: 70 bombardas que se asestaron contra sus muros, abrieron larga brecha y se dió el asalto, en que las tropas de Cárlos, despues de siete horas de combate, fueron rechazadas. Los suizos de la guarnicion de Friburgo destruyeron un cuerpo de tropas que venia de Niza á reforzar el ejército Borgoñon. Cárlos se indignaba de la resistencia que oponian á todas sus fuerzas 2000 aldeanos intrépidos: que no eran mas los de la guarnicion de Morat. Su ostinacion salvó la Suiza, dando tiempo para que se reuniesen los contin-

gentes de los cantones, cuyas banderas empezaban ya á aparecer en las cumbres de las montañas. Renato, duque de Lorena, les trajo 300 caballos de refuerzo. Este jóven príncipe, abandonado por Luis XI, pasó á Alemania, alistó algunos reclutas, y ligó su suerte á la de un pueblo, que peleaba como él, por la independencia. Solo se aguardaba ya á los guerreros de Zurich. Waldmann, uno de sus compatriotas, les escribia así: "si perdeis una hora de tiempo, Morat caerá en poder de los enemigos. Perecemos, sino damos pronto la batalla. Los borgoñones tienen doble número que el que tenian en Granson: pero Dios nos protege y nos concederá la victoria.» La voz de este patriota fue oida, y los de Zurich llegaron al ejército. Una cordillera de montecillos y un bosque sombrío ocultaban á los borgoñones las maniobras de los suizos. El capitan de Strasburgo propuso á estos valientes guerreros que fortificasen su campo para quebrantar el primer ímpetu de los borgoñones: pero los suizos, despues de un momento de silencio, le respondieron: "si nuestros aliados quieren combatir, ya es llegado el momento. El arte de las fortificaciones no se inventó para nosotros: sigamos el ejemplo de nuestros padres, y marchemos con denuedo al enemigo.» El duque de Borgoña habia colocado su ejército en batalla, segun reglas, entre Morat y el lago. El Bastardo y Ravenscin mandaban su izquierda, Creverceur y Des-

querdes el cuerpo de batalla. Cárlos ocupaba la derecha con los ingleses ausiliares, y los flecheros y caballería mas fuerte de Borgoña. El jóven príncipe de Tarento abandonó el ejército del duque el dia antes de la batalla, enfurecido por haber solicitado y esperado inutilmente la mano de la princesa María. Los suizos se anticiparon á dar la señal del combate, hincaron la rodilla, hicieron oracion, y marcharon ó la pelea, gritando: "Dios nos ilumina con su sol: peleemos por nuestra patria, y no consintamos que los estrangeros ultragen á nuestras mugeres é hijas.» En el primer choque mataron los borgoñones el caballo al duque de Lorena, y sus gendarmas sufrieron mucha pérdida: gran parte de los artilleros borgoñones pereció al mismo tiempo. Cárlos que no esperaba un ataque tan repentino, acudió y quedó maravillado del gran número de los contrarios. Los suizos acometieron su campo, mientras otros cuerpos de la misma nacion le rodeaban y penetraban en él saltando los fosos, apoderándose de la artillería y dirigiéndola contra los borgoñones.

Pero los flecheros, los ingleses y la guardia del duque hicieron gran resistencia. Somerset, Mailly, Montaigu, el hijo mayor del condestable de Saint Pol y otros muchos caballeros murieron en este combate. Santiago de Maes, que llevaba la bandera del duque, cayo sin soltarla atravesado de lanzas. Al mismo tiempo la guarnicion de Morat desbarató

el ala derecha, la retaguardia de los suizos penetró en el cuerpo de batalla, y todas las posiciones de Cárlos se hallaron rodeadas y acometidas. Su ejército, poseido del terror, no pudo reparar el desorden, y se dispersó; la derrota fue completa, y el duque, seguido de doce gendarmas, debió su salvacion á la fuga.

Así por la segunda vez fue vencido por unos aldeanos el príncipe mas belicoso y formidable de Europa. Este desastre fue todavía mas completo: porque la caballería ausiliar lorenesa y alemana persiguió á los fugitivos é hizo en ellos espantosa carnicería. Gran parte de los borgoñones pereció en los pantanos y en el lago que quedó enrogecido con su sangre. Tres siglos despues sacaban todavía los pescadores en las redes espadas, yelmos y corazas. La pérdida de los vencidos se valuó en 10000 hombres. Todos los historiadores de aquel tiempo censuran á los suizos por los actos de crueldad que cometieron. Con los huesos de los vencidos formaron una columna, que se llamó el *Osario de los Borgoñones*, y le pusieron esta inscripcion. *Deo Optimo Maximo. Incliti et fortísimi Burgundiæ ducis ejércitus, Moratum obidens, ab Helvetiis cæsus hoc sui monumentum reliquit.* Cuando los franceses entraron en Suiza en 1798, le destruyeron el Osario y elevaron en su lugar una columna magestuosa. Los suizos ademas de tributar los debidos elogios á Renato, duque de Lorena, le hicieron grandes presentes, entre

ellos toda la artillería que se cogió á los borgoñones.

Luis XI, viendo abatido á su rival, se abstuvo de hacer contra él hostilidades inútiles, y se contentó con dar órdenes á Dammartin de observar con su ejército las fronteras de Borgoña. Cárlos, vencido segunda vez, volvió á caer en sus anteriores desvaríos; y en uno de ellos mandó prender á los duques de Saboya que venian á consolarle. El duque huyó á tiempo: pero la duquesa quedó prisionera. Los estados de Saboya se quejaron al rey de Francia, de esta violacion del derecho de gentes, y Luis encargó en secreto á Chaumont de Amboise que libertase á la cautiva. Chaumont penetró en el castillo de Rouvre donde estaba, y la puso en libertad. Luis, que poco antes via ligados contra sí y en favor de Cárlos á los duques de Bretaña, Saboya y Milan y al rey de Inglaterra, se hallaba, por los errores ambiciosos del de Borgoña, no solo libre de tantos enemigos, sino respetado y venerado de los que hasta entonces habian jurado su ruina. Poco antes exhalaba toda Europa imprecaciones y acusaciones contra él: la opinion pública mudó con la fortuna, y le concedio la palma de la habilidad política. Pero su mérito en estas circunstancias no fue otro que el de permitir á Cárlos correr á su perdicion, sin impelerle ni socorrerle: comprar la paz, no muy noblemente, del rey de Inglaterra, que habia entrado en sus estados con ejército: di-

ferir sus proyectos contra Bretaña, y someter á su yugo con amenazas al débil y anciano Renato, cuya herencia era reversible de derecho á la corona. No fue tan feliz en los negocios de España: Fernando é Isabel fueron reconocidos reyes de Castilla, y Alonso, rey de Portugal, vencido por los españoles, imploró en vano el socorro de Luis, que solamente le dió buenas palabras, y encargó al señor de Albret mantenerse á la defensiva y conservar la paz en el Rosellon.

Renato, duque de Lorena, contento con su triunfo, deseaba gozar de él con tranquilidad: pero la violencia de Cárlos no se lo permitió. Tantos reveses habrian abatido un alma menos impetuosa que la del duque de Borgoña. La desgracia, en vez de restituirle su razon, acabó de perturbarle enteramente. Recelaba de los movimientos que hacian las tropas francesas en sus fronteras: y temiendo que Luis agravase sus males, obligándole á evacuar la Lorena, resolvió con las cortas fuerzas que le quedaban, poner sitio á Nancy.

Cárlos habia despreciado la única advertencia síncera que habia recibido de Luis, y Campo Basso conservaba todo su ascendiente sobre él. Este pérfido italiano conspiró contra su crédulo bienhechor. Sifrein de Baschi, primer maestre sala del duque de Borgoña, recibió del traidor la comision de sobornar algunos soldados borgoñones y de llevarlos á Nancy para reforzar el partido del Lorenes. La

conjuracion fue descubierta, y Sifrein preso y condenado á muerte. Antes de espirar, pidió que se le permitiese hablar á Cárlos, á quien queria revelar la traicion de Campo Basso y todos los proyectos tramados contra su vida: pero el italiano era dueño de todos los conductos por donde podia llegar la verdad al príncipe. Apresuróse la ejecucion de la sentencia, y Sifrein pereció sin haber podido delatar al autor de su crímen.

En el ejército de los borgoñones reinaba el mayor desaliento. Una enfermedad contagiosa disminuia el número de los soldados, que quedó reducido á 5000 hombres. En estas circunstancias se supo que Renato, al frente de un cuerpo considerable de loreneses, suizos y alemanes, llegaba en socorro de la plaza sitiada. Con esta noticia se apoderó el terror de los borgoñones, que se creian entregados á una perdicion inevitable por la demencia de su príncipe. Todos se quejaban, todos murmuraban: pero Cárlos sumergido en su profunda desesperacion, yacia taciturno, melancólico, inmóvil y sin tino. Nunca salia de su tienda, á nadie admitia, y todos temblaban de su furor. Solo el conde de Chimay arrastrando su enojo, se atrevió á quebrantar sus órdenes, llegó hasta su aposento, y le espuso en pocas palabras la triste situacion del ejército, la inminencia del peligro que amenazaba, y la necesidad imperiosa de retirarse. Cárlos le respondió enfurecido: "ya veo que todos

vosotros sois loreneses ó cobardes: huid si quereis: estoy resuelto á combatir: y combatiré: aunque me quede solo en medio de los enemigos."

Batalla de Nancy: muerte de Cárlos el Temerario (1477). De allí á poco brillaron á los ojos de los borgoñones las lanzas de Renato, cuyo ejército ascendía á 10000 hombres. Al acercarse el enemigo, Campo Basso con 200 lanzas abandonó la bandera de su señor, y desertó á la de Lorena. Los loreneses le recibieron con desprecio y le mandaron alejarse. El traidor fue á apostarse cerca del puente de Baurieres con el objeto de acometer á los borgoñones en caso de que pensasen huir por el camino de Luxemburgo ó de Metz. El insensato duque de Borgoña, resuelto á pelear, dió la señal de la batalla el 5 de enero de 1477. En vano le suplicaron todos sus oficiales que levantase el sitio, se retirase, y buscase en sus estados recursos para mejorar su fortuna. "Nadie me verá, respondió, huir de un jóven," Renato puso su ejército en batalla en la llanura de Neuville. Guillermo Herter, suizo, y el conde de Thierstein mandaban su vanguardia. Vaudemont, Bassompierre y otros caballeros militaban bajo sus órdenes. Su ejército se habia doblado con los nuevos refuerzos que le llegaron. El cuerpo de batalla constaba de 8000 hombres de infantería y 150 caballos. Renato mandaba este cuerpo con Linanges, Ligneville, Lenoncourt, Blomont y otros señores. La re-

serva destinada á acudir donde la necesidad lo exigiese, constaba de 800 hombres escogidos. El duque de Borgoña, acampado cerca de Jarville á media legua de Nancy, no opuso al enemigo para defender sus lineas mas que 2000 hombres. Dió el mando de su derecha á Galiot, el de la izquierda á Lalaing, y él se colocó en el centro. Los suizos, despues de haber hecho oracion hincada la rodilla segun su costumbre, avanzaron en buen orden jurando á gritos vencer ó morir. Cárlos les salió al encuentro y pasó un arroyo que le separaba de ellos. Una batería, colocada á la derecha del camino por donde venian, les hizo poco daño: porque la servian algunos traidores del partido de Campo Basso. Los suizos dejaron algunos batallones en aquel punto, y siguiendo la direccion de un vallado, cogieron por el flanco á los enemigos, que á causa de su corto número no podia ocupar toda la línea del combate. Renato mandó á 400 caballos que atacasen á los borgoñones mientras otro cuerpo los rodeaba para cogerlos por la espalda. A pesar de la desigualdad del número, se disputó con valor la victoria. Inflamaba á los loreneses el deseo de reconquistar su patria: á los borgoñones, el recuerdo de su anterior superioridad, y el ejemplo de su duque, que se arrojaba á las filas enemigas con el furor de la desesperacion. Pero la lid no podia ser larga: los borgoñones rodeados, acometidos por todas partes y oprimidos por el número, fueron

desbaratados y desechos, y se pusieron en fuga.

Cárlos, consumidas sus fuerzas con el cansancio y cubierto de heridas, fue llevado entre los fugitivos. Blomont, senescal de Saint Dié, le persiguió con ardor: y aun se dice que habiéndole alcanzado, le derribó en tierra de un bote de lanza sin conocerle, en el momento que le pedia cuartel; y que atropellado por la multitud de los que huian, y sepultado entre un monton de cadáveres y moribundos, desapareció á la vista de todos. Otros dicen que fue asesinado por algunos traidores, apostados por Campo Basso. Bievres, Contay y Lavieuville perecieron en el campo de batalla: los dos bastardos de Borgoña, los condes de Nassau y de Chimay, Galiot y Oliveros de la Marche quedaron prisioneros. Fueron inútiles las diligencias que se hicieron durante dos dias para descubrir el paradero de Cárlos. En fin, al tercer dia, por noticias que dió un page, que segun algunos lo era de Campo Basso, muchos oficiales acudieron al sitio que señaló, y hallaron el cadáver del duque de Borgoña, desnudo, desfigurado, y sumergido en el hielo, de manera, que fue necesario romperlo con las lanzas, para sacar de él el cuerpo. Su médico y su secretario le reconocieron por muchas señales, y principalmente por la cicatriz de una herida que recibió en la batalla de Montlhery. El duque de Lorena mandó que se transportase á Nancy. Él mismo, ves-

tido de luto, salió á recibirle, llevando barbas de oro, segun el uso de los antiguos paladines, que se las ponian el dia despues de la victoria. Despues de haber echado agua bendita sobre el cuerpo, le tomó la mano, y dijo: «buen primo, Dios os tenga en su gloria. Mucho mal me habeis hecho." Su cadáver fue guardado en una capilla hasta 1550, en que se transfirió á Brújas. Así acabó Cárlos el Temerario, soldado intrépido, ambicioso desmedidamente, sediento de guerras y de sangre, delirante en su orgullo, é indocil á consejo que no fuese el de sus locas pasiones. Su falsa gloria deslumbró mucho tiempo los pueblos é hizo que le admirasen con entusiasmo. Muy caro pagaron este error. El edificio colosal, levantado por sus tres hábiles antecesores, se desplomó por su temeridad, y la casa de Borgoña desapareció. Una hija sola heredó sus reliquias, las cuales, por un yerro de Luis, aumentaron la grandeza de la casa de Austria.

Comines, que habia sido muy amigo de Cárlos, pero que despues le dejó por entrar al servicio de Luis XI, habla de él con mucha moderacion. "Algun tiempo, dice, fue el príncipe mas estimado de toda la cristiandad: no sé porque ha incurrido en la ira del cielo, sino es por la soberbia con que se atribuia á sí mismo, y no á Dios, todos los bienes que gozaba. Tenia prendas buenas y virtuosas. Nadie trató mejor á la nobleza, y si sus dones no eran grandes, fue porque queria estenderlos á

muchos. Era afable con sus sirvientes. En el tiempo que le conocí, no fue cruel: poco antes de morir contrajo este vicio, lo que era señal de corta vida. Gustaba mucho de la ostentacion en trage, mesa y aparato. Apreciaba en gran manera la gloria, y hubiera querido ser como los príncipes que han dejado despues de su vida nombre inmortal. Ningun hombre le escedió en valor. Pero todas estas prendas han cedido en mengua suya: porque el vencedor tiene siempre razon."

CAPÍTULO XXXVIII.

Ultimos años del reinado de Luis once.

Invasion de los franceses en Picardía, Borgoña y Artois: union de las casas de Austria y Borgoña. Congreso de Bolonia: paz de San Juan de Luz. Renovacion de la guerra con Borgoña: batalla de Guinegate. Incorporacion del Anjou en la corona. Reunion del condado de Provenza y de Maine á la corona.

Invasion de los franceses en Borgoña, Picardía y Artois: union de las casas de Austria y Borgoña. La alegría de Luis en la muerte de su temido rival, fue estraordinaria, y la manifestó indecentemente. Sus cortesanos afectaron alegrarse con él: pero muchos gemian en secreto por ver destruido el único obstáculo que impedia á Luis entregarse á sus arbitrarias crueldades. "El rey, dice Felipe de Comines, nos dió un gran banquete. Todos comimos bien, escepto uno solo: pero no era fácil de averiguar si las buenas ganas que mostrábamos procedian del júbilo ó de la tristeza." Al mismo tiempo se supo la catástrofe de Galeazo, duque de Milán, ase-

sinado por dos caballeros en venganza del honor queaquel tirano deshonesto habia quitado á la muger del uno y á la hermana del otro. El duque de Orleans pidió entonces al rey permiso y socorros para hacer valederos sus derechos al milanesado, transmitidos por su abuela Valentina Visconti. El rey, ocupado en otro negocio que le interesaba mas, no creyó oportuna la ocasion para esta empresa.

Luis decia que los estados de Borgoña y de Artois eran reversibles á la corona *á falta de heredero varon*, aunque esta cláusula no se hallaba en las letras patentes del rey Juan, por las cuales los dió en infantazgo á Felipe de Francia su hijo. Fundada en ellas se creía María de Borgoña, hija de Cárlos, con derechos á heredar todos los señoríos de su padre. El rey apeló á la fuerza; único juez que suele decidir esta clase de cuestiones, añadiendo la astucia: porque al mismo tiempo que mandó entrar en los estados del difunto duque el ejército, que tenia preparado, socolor de tomar bajo su proteccion la persona y los bienes de la princesa María, escribia á todos los pueblos de Francía pidiéndoles subsidios para reunir á la corona los dominios del duque Cárlos.

Su accion fue tan pronta como su pensamiento. Reunido su ejército, penetró en Picardía, ocupó á Ham y á San Quintin, tomó á Peronne por traicion del gobernador, y Roye, Montdidier, Verviens y Landrecy siguie-

ron el egemplo de la defeccion. Al mismo tiempo el señor de Chaumont, la Tremouille, y el príncipe de Orange, convocaron en Dijon los estados de Borgoña, les intimaron que se sometiesen á Luis, y ellos lo hicieron á condicion de que los franceses evacuarian la provincia en el caso de no ser cierta la muerte del duque: porque durante mucho tiempo dudó el vulgo de su realidad, y se difundieron fábulas increibles que aseguraban haber sobrevivido á la batalla de Nancy. La princesa María y sus partidarios protestaron contra las pretensiones y violencias de Luis: y los varones de Borgoña, segun su pasion ó su interes, tomaron partido por el rey ó por la duquesa. La indecencia de los varones y de la corte en aquella época era tal como manifiesta la carta siguiente de Luis XI á la Tremouille y á Chaumont. "Señores condes: os doy gracias del honor que quereis hacerme dándome parte de vuestro botin. Mi intencion es que os quedeis con la mitad del dinero que hayais cogido: pero os suplico que me deis la otra mitad para costear en parte las reparaciones de las plazas fronterizas de Alemania. Está bien que os hayais apoderado de la bodega del duque de Borgoña. Peronne, 9 de febrero de 1477."

El triunfo del rey fue completo en Borgoña: pero los condados de Flandes y Artois resistieron á sus amenazas y á las seducciones de Comines. Al mismo tiempo recibió emba-

jadores de la princesa María, que eran Cluni, obispo de Terouanne, el conde de Grandpré, el señor de Imbercour, el de la Gruthuse, y el canciller Hugonet, anunciándole que la duquesa tomaba las riendas del gobierno con asistencia de un consejo, compuesto de la duquesa viuda de Borgoña, el señor de Ravenstein, el canciller Hugonet é Imbercourt. Luis les respondió que su designio era casar á María con el Delfin Cárlos su hijo, tomar entretanto posesion de las provincias reversibles á la corona, y conservar las demas hasta que la princesa, siendo mayor de edad, le prestase homenage: amenazando al mismo tiempo con la guerra, si no se conformaban con su resolucion.

Los embajadores, viendo la defeccion de tantas ciudades, tuvieron por conveniente ceder á la necesidad, y firmaron un acto en virtud del cual los estados de Artois debian enviar diputados para prestar homenage al rey, y ser gobernados, durante la menor edad de la princesa, por los oficiales que nombrase Luis: declarando ademas que si María rehusaba hacer el homenage ó se casaba con un enemigo de Francia, el Artois se reuniria á la corona, aunque conservando sus fueros y privilegios. De Usquerdes, gobernador de Arras, entregó la ciudad á Luis, pero conservó la fortaleza. Los embajadores, terminado el negocio segun parecia, se volvieron á Flandes.

La princesa, mal aconsejada, se apresuró

á convocar los estados. Los ánimos estaban en efervescencia, y esta asamblea fue muy tumultuosa. Los mismos que habian sufrido el yugo pesado de Cárlos, afectaron el mayor entusiasmo por la libertad. Los intrigantes y ambiciosos se apoderaron del poder, y quisieron vengarse de la tiranía del padre, oprimiendo á la hija. Enviaron embajadores á Luis XI en nombre de la duquesa, pidiéndole que no emprendiese nada contra los derechos de María, á quien debia proteger por huérfana y por parienta.

Esta division entre los estados de Flandes y la regencia pudo haber sido útil á la política del rey: pero su aficion decidida á la astucia y á la perfidia le hizo cometer un yerro gravísimo. En vez de calmar los ánimos, añadió leña al fuego, diciendo á los embajadores que María habia solicitado de él terminar las desavenencias por medio de su casamiento con el Delfin: que estaba ya nombrado el consejo de regencia, y que muchos de sus individuos habian venido á hablarle. Los diputados sorprendidos, apenas podian darle crédito, y le mostraron sus poderes firmados por María. Luis para desengañarlos cometió la vileza de entregarles las cartas que habia recibido de la princesa y en las cuales le decia que podia entenderse en todos los negocios que se disputaban, con la duquesa viuda, Ravenstein, Imbercourt y el canciller.

Los embajadores, furiosos por haber sido

engañados vuelven á Flandes, y escitaron con sus informes violenta conmocion en el pueblo y en los estados. La asamblea se reunió, mandó llamar á María, y censuró su conducta; la jóven princesa negaba, creyendo incapaz á Luis de una delacion tan baja: pero ¡cuál fué su sorpresa cuando se le presentaron las cartas que ella misma habia escrito! el pueblo, apenas supo lo que pasaba en la asamblea se entregó al mas violento furor: inflamado por el obispo de Lieja y por el hijo del condestable de Saint Pol, á quien tomaron por instrumento de su venganza contra los ministros del difunto duque, puso presos á Hugonet y á Imbercourt, y los llenó de ultrages. Estos dos personages fueron juzgados por una comision, que los acusó de haber entregado al rey la ciudad de Arras, atentado contra los privilegios de Gante en tiempo de Cárlos, y cometido malversaciones criminales. Era fácil á los acusados justificarse de estos cargos, que por la mayor parte carecian de fundamento: mas no se quiso oir su defensa, dióseles tormento y fueron condenados á muerte, á pesar de su apelacion al parlamento. María, al saber esta triste noticia, salió de su palacio y se presentó á los jueces para ablandar su rigor: pero la rechazaron con dureza. Entónces la jóven princesa, vestida de luto y con los cabellos esparcidos se presentó en la plaza pública y se hincó de rodillas implorando la piedad del pueblo, mientras sus ministros subian al cadahal-

so. Algunos corazones piadosos se enternecieron: pero el vulgo, incapaz de humanidad cuando manda, pedia á gritos la sangre de los reos. Sus cabezas cayeron á los pies de María que quedó desmayada. Desde entónces juró ódio implacable á Luis, cuya perfidia fue causa de catástrofe tan lamentable.

En este tiempo trataba el rey con los habitantes de Arras para que le entregasen el castillo, y les ofrecia en premio conceder á todos la nobleza. Pero habiendo tenido que hacer un viage, el partido que le era contrario, reforzado por las guarniciones de Valenciennes y Dovay que llegaron en su socorro mandadas por Salazar y Arci, tomó la superioridad. Jsulude, comandante de las tropas de Luis, marchó contra ellos, mató seiscientos hombres, hizo muchos prisioneros, sitió de nuevo la guarnicion, y la obligó por falta de víveres á enviar diputados al rey, que estaba á la sazon en Hesdin. Pidiéronle permiso para informar á María del trance en que se hallaba: pero Luis solo les respondió: "vosotros sois hombres de juicio: haced lo que mas os convenga." Los infelices, fiados en esta palabra, salieron para Flandes: pero fueron apresados por los franceses en el camino, conducidos á Hesdin y cruelmente degollados. La cabeza de Oudardo de Bussi, gefe de la diputacion, fue puesta en lo alto de una pica en el mercado de la ciudad, con un sombrero de consejero de parlamento: empleo que el rey le

habia dado poco antes. Arras capituló, y segun Comines (aunque otros niegan este hecho) se dió muerte á muchos oficiales contra el tenor de la capitulacion. Añade que Luis no gustaba del casamiento de María con el Delfin su hijo: cosa increible en un príncipe tan hábil que podia con aquel matrimonio adquirir para la Francia un aumento tan grande de territorio y de poder, y evitar que lo adquiriesen los enemigos de su corona. La fortuna, y la ingenuidad de María le ofrecieron tan grandes ventajas: su perfidia hizo que las perdiese.

Al mismo tiempo llenaba de discordias y turbulencias la corte de Inglaterra, sobornando á sus ministros. Estos persuadieron á Eduardo, por instigacion de Luis, que su hermano el duque de Clarence aspiraba á la mano de la duquesa de Borgoña. Favorecióle en esta intriga el infernal duque de Glocester, hermano tambien de Eduardo, que procuraba abrirse camino al sólio por las ruinas de la familia real. El crédulo Eduardo cayó en el lazo: Clarence fué preso, juzgado y condenado á muerte, y deshonró su infortunio con un capricho bajo y estravagante. Habiéndosele dejado la eleccion del suplicio, escogió ser ahogado en un tonel de malvasía.

Luis confió el mando de la plaza de Arras á Juan de Daillon, á quien llamaba burlando *el maestro de habilidades*, porque le ayudaba en todas sus astucias y sabia sacar de todas

mucha utilidad para sí mismo Envió á la corte de Borgoña con el objeto de sobornar á algunos hombres poderosos, á Oliveros el Dain su barbero, á quien habia dado cartas de nobleza y nombrado gentilhombre de su cámara y gobernador de San Quintin. Este monstruo fue quien prometió á una esposa afligida la vida de su esposo ya sentenciado, si se rendia á sus deseos, y le mandó ahogar apenas hubo satisfecho su criminal pasion. Oliveros fue recibido en Gante con el desprecio que merecia: y apenas supo el gobierno de Flandes las intrigas que tramaba, dió órden de prenderlo. Oliveros se escapó y huyó á Tournai, donde logró seducir algunos vecinos que entregaron esta ciudad á las tropas del rey.

Tantas defecciones llenaron de terror á los flamencos. Luis se aprovechó de la ocasion, y tomó á Mortagne, Lannoy y Leuse y puso sitio á Bouchain. Un artillero de esta plaza apuntó contra él, y la bala rasando su cuerpo dejó muerto á Tannegui Duchatel que estaba un poco detras á su lado. Le Quesnoy y Avesnes se sometieron: esta última plaza fue tomada del modo siguiente: estaba tratándose de los artículos de la capitulacion: y un dia que los gefes de la guarnicion comian con el rey, asaltaron los franceses la plaza, sorprendieron con este ataque inesperado las tropas que la defendian, y aunque no opusieron resistencia las pasaron á cuchillo. La guerra se hacia con suma barbarie. Luis escribió á

Dammartin en una de sus cartas: «destruid la tierra de modo que nada degeis que hacer á otros." El hijo del bastardo de Borgoña no queria abrir al rey las puertas de Saint Omer. Luis le envió á decir que daria muerte á su padre si se resistia. El jóven respondió: "estoy pronto á entregar la vida por mi padre: pero no sacrificaré mi obligacion á la piedad filial. Ademas, ¿cómo es posible que el rey quiera deshonrarse vengándose tan infamemente en un prisionero?" Los flamencos llamaron en su socorro al duque de Gueldres, y le confiaron el mando de sus tropas. El rey marchó rápidamente contra él, le venció y le puso en fuga. El duque volvió á reforzar su ejército, y fue vencido segunda vez por Morey con pérdida de mil doscientos muertos y mil prisioneros. . . . .

Mientras que la desgraciada María era oprimida por sus vasallos y despojada por su poderoso enemigo, aspiraban á su mano muchos príncipes: entre ellos el Delfin, Maximiliano, hijo del emperador Federico III, Juan, hijo del duque de Cleves, y el duque de Gueldres que falleció poco despues de su segunda derrota. La princesa no podia disponer de su corazon ni de sus estados. Los sufragios de los flamencos se reunieron á favor de Maximiliano. El rey hizo inútiles esfuerzos para desbaratar este contrato: y solo pensó desde que estuvo firmado, en separar á Eduardo del designio que tenia de hacer alianza con Maximi-

liano, que desde este momento era el enemigo mas temible de Francia. En las negociaciones con Inglaterra logró completamente su objeto por medio del dinero que distribuyó entre los ministros ingleses. La tregua que habia entre los dos reinos por siete años, se estendió á la duracion de las vidas de entrambos reyes.

Otra ventaja, no menos importante, resultó de este tratado. El duque de Bretaña, privado de todo apoyo despues de la muerte de los duques de Guiena y de Borgoña, no tenia mas esperanza que la de ser protegido por los ingleses; y habiéndole quitado la última tregua este único recurso que le quedaba, resolvió no solo someterse á Luis, sino concluir con él una alianza ofensiva y defensiva. Pero como el ódio arraigado en sus corazones desmentia sus mútuas protestaciones de amistad, y ambos estaban resueltos á quebrantar la fé jurada, apenas pudiesen, se negaron, el duque, á jurar la paz sobre la hostia consagrada, y Luis, sobre la cruz de Saint Lo. Al cabo conocieron uno y otro que su resistencia declaraba á la faz del mundo su mala fé, y se prestaron á jurar como se exigia de ellos. En el mismo tiempo renovó Luis sus tratados de alianza con los loreneses, suizos y venecianos.

El príncipe, elegido para ser esposo y protector de María, era tan pobre, que los flamencos tuvieron que costearle el viaje: pero su comitiva era numerosa y magnífica. Hizo su entrada en Gante, seguido de los electores de

Tréveris y de Maguncia, de los duques de Sajonia y Baviera, de los marqueses de Bramdemburgo y de Baden; en fin, de casi todos los príncipes del imperio. En 18 de agosto de 1477 se celebró el matrimonio de la heredera de la casa de Borgoña; fruto infausto de los errores políticos de Luis XI. La guerra continuó con todo el ardor que animaba á entrambos partidos. Orchies, Marchienne y San Amando fueron reducidas á cenizas. El rey guarneció de tropas la provincia de Borgoña, y el señor de Craon fue nombrado gobernador de ella; un príncipe de Baden, mariscal, y Juan de Damas, gobernador de Macon. Estos nombramientos irritaron al príncipe de Orange, que no podia sufrir verse subordinado á Craon, y desertó del servicio del rey al de la duquesa. Luis XI mandó ahorcarle en estátua.

Los del franco condado se sublevaron contra los franceses; era su caudillo el señor de Vaudrey, que puso asechanzas á un cuerpo que mandaba Craon, le cogió en ellas, y mató é hizo prisionera la mayor parte de los soldados. Los suizos, á pesar del tratado recientemente hecho con Luis, favorecieron á los rebeldes. Solo el canton de Lucerna observó la neutralidad. Los demas comprendieron que les era tan perjudicial tener á Luis XI por vecino, como á Cárlos de Borgoña ó á los austriacos. Los franceses perdieron todo el Franco Condado, escepto Gray. Craon, en lugar de esperar en esta plaza á los enemigos, les salió

al encuentro, los dió batalla y los derrotó, haciendo prisionero al señor de Chateau Guyon, su caudillo. En este tiempo los partidarios de María excitaron movimientos en Borgoña: y Toulangeon, al frente de ellos, puso sitio á Chalons. Estaba ya para tomarla, cuando Damas acudió en su socorro. En el Franco Condado Craon puso sitio á Dole, mandó asaltarla antes de estar abierta la brecha, fue rechazado con pérdida, y hubo de retirarse. El enemigo se aprovechó de este suceso, tomó á Gray por escalada é hizo pedazos la guarnicion.

Pero Maximiliano, aunque protegido por el afecto de sus nuevos vasallos, y por el odio que tenian á Luis, via arruinados sus pueblos por la guerra. El imperio le daba generales y soldados, pero no dinero; y el erario del rey de Francia estaba siempre lleno. Esta razon obligó á los flamencos á pedir la paz: empezaron las negociaciones en Lens, y el 8 de setiembre de 1477 se concluyó un armisticio indefinido entre fanceses y flamencos: de modo que Luis, libre de la guerra del Norte, pudo enviar todas sus fuerzas á Borgoña y al Franco Condado. Destituyó á Craon, cuya codicia y malversaciones habian sido causa de la sublevacion de estas provincias, y puso en su lugar al señor de Amboise, estimado por su severa probidad. En este tiempo Don Alonso, rey de Portugal, avergonzado de haber hecho inutilmente tantas súplicas inútiles á Luis, se escondió en una aldea y quiso renunciar al

mundo: pero la piedad del príncipe su hijo le sacó de su retiro y le llevó á la corte: Luis, compadecido de su suerte, le concedió el producto de un impuesto que echó sobre los normandos, para que se volviese á su reino.

El suplicio de Santiago de Armagnac, duque de Nemours, y uno de los señores mas poderos de Francia, aumentó en esta época el terror que inspiraba el nombre de Luis, manchado ya con tantos actos de crueldad. Duclos dice que este reo mereció su suerte, porque pagó sublevándose contra el rey los beneficios de haberle casado con una princesa de su sangre, hija del conde de Maine, de haberle creado duque y par, confiándole el mando de las tropas. Pero estas sublevaciones y ligas de los poderosos se miraban entonces como actos de independencia feudal, y la paz ó la tregua los borraba. La verdad es que Luis siguió constantemente el plan de destruir los últimos vestigios del feudalismo, y aniquilar para siempre el privilegio de hacer confederacion y guerra contra el trono. Su objeto fue justo y laudable, aunque los medios de que se valió fuesen inicuos. Voltaire le acusa de haber hecho morir en público ó en secreto mas de 4000 de sus vasallos. "Envió al cadahalso, añade, á Santiago de Armagnac, descendiente de Clodoveo, y mandó que su sangre derramada cayese sobre las cabezas de sus hijos. Armagnac fue juzgado por una comision, y acusado de haber querido apoderarse de la persona

del rey y asesinar al delfin: delito poco probable en un pequeño príncipe de un canton del Pirineo. Se le hizo el interrogatorio en su jaula de hierro, allí sufrió el tormento y se le leyó la sentencia. El cadahalso se levantó en el mercado de París. Los hijos de Nemours fueron puestos en un calabozo, y se les arrancaban los dientes para que declarasen lo que se exigia de ellos: inhumanidad que se cometia entonces con los judíos para sacarles dinero. Estas violencias contra los hijos de Nemours constan del memorial que presentaron á los estados de 1483 despues de muerto Luis XI. Los jueces no se avergonzaron de enriquecerse con los bienes de Nemours: y Comines, que fue uno de ellos, recibió en premio algunas tierras del Tournaisis que pertenecian al duque." Pedro de Borbon y el señor de Lenoncourt recibieron tambien el salario de la sangre derramada. Los jueces durante la causa mandaron quitar los grillos de los pies al duque de Nemours mientras le interrogaban. Luis llevó esto muy mal, y mandó al alcaide que no permitiese que se le quitasen las prisiones ni le sacase de la jaula sino para el suplicio. Era imposible que un hombre de sentimientos nobles y generosos tuviese intimidad con un príncipe tan cruel. Así su barbero fue un gran señor: La Balue, general de ejército: el verdugo, su compadre y amigo: uno de sus médicos presidente de un tribunal, y otro guardasellos. Confió una embajada

á uno de sus lacayos, dió el empleo de bibliotecario á un rentista: el de rey de armas, á un sastre: á uno de sus generales hizo carcelero, y á su astrólogo, arzobispo. Se complacía en degradar y envilecer las cosas y las personas; y por esta causa no produjo su reinado un solo hombre grande.

La devocion que afectaba, era ó la hipocresía ó la supersticion mas inmoral. Al mismo tiempo que hacia muchos novenarios y peregrinaciones, cometió muchos asesinatos, y tuvo muchas mancebas y tres bastardos. Pedia perdon á la imagen de Nuestra Señora, que llevaba siempre en el sombrero, de los asesinatos que iba á cometer. Un dia mandó á Tristan su verdugo y compadre que echara al rio á un ladron, llamado el capitan Picard. Tristan engañado por una señal equívoca, arrojó al agua á un pobre religioso que era inocente. "Eso se remedia, dijo Luis cuando supo la equivocacion, con decir una misa por su alma, y con ahorcar á Picard." Así se burlaban de la vida de los hombres aquellos mónstruos.

Congreso de Bolonia: paz de S. Juan de Luz (1478). Luis procuraba cuidadosamente conservar la paz con Inglaterra: porque á nada tenia mas miedo que á la coalicion de Maximiliano y Eduardo. Supo que el rey de Inglaterra deseaba casar su hija con el delfin, pero que no daba ningun paso para conseguirlo, enojado de que se retardase el pago del

rescate de la reina Margarita de Anjou: inmediatamente dió orden á sus ministros de aprontar la mayor parte de aquella deuda: y Eduardo ordenó á los suyos entablar negociaciones para una paz sólida y duradera. El rey de Francia, libre de este cuidado, incitó á los de Lieja para que se sublevasen contra Maximiliano: pero aquel pueblo, escarmentado del mal éxito de la anterior sedicion, desatendió sus ruegos y se burló de sus amenazas. Habia treguas con los flamencos: pero tanto ellos como los franceses se preparaban á la guerra: y cada partido procuraba reforzarse por medio de alianzas. El conde de Montbelliard y el duque de Wurtemberg se declararon por Francia. El emperador Federico se quejó de que el rey hubiese puesto en las murallas de Cambrai las flores de lis en lugar del águila imperial: y como no recibia satisfaccion de este agravio, envió tropas ausiliares á su hijo Maximiliano. El rey, por represalias, dió socorro á los suizos, que estaban en guerra con el emperador. Luis, queriendo tener por partidario suyo al bastardo de Borgoña, célebre por sus hazañas y por su numerosa clientela, le cedió las ciudades y territorios de Bapaume y Bauchain: pero el parlamento no consintió que se enagenasen estos dominios, y se negó á archivar las cartas patentes con disgusto del rey que aborrecia la guerra, y decía: "yo amo demasiado á mí pueblo: y quiero mas bien perder 10000 escudos, que arries-

gar un solo flechero." Si este sentimiento era fingido, por lo menos su conducta se conformó siempre con él: pues lo que pudo lograr con el dinero, jamás lo solicitó con las armas.

Importábale, para dar á su ambicion el colorido de la justicia, que se condenase la memoria del difunto Cárlos de Borgoña, como de un vasallo culpable de felonía que mereció por su rebelion perder los tres grandes feudos de Borgoña, Flandes y Artois: y así dió al parlamento orden de proceder jurídicamente contra él, propuso á Maximiliano conformarse con la sentencia de los pares, y aun le intimó que compareciese á este tribunal, fundándose en ejemplos antiguos, como el proceso del rey de Sicilia en tiempo de Felipe el Atrevido, y el de Eudes de Borgoña en el reinado de Cárlos el Hermoso. Tambien invitó al papa y á los electores del imperio á enviar embajadores que asistiesen á este solemne juicio: pero todos se negaron á ello. Sin embargo, el proceso se instruyó, recordándose en el acta de acusacion el asesinato del duque de Orleans, la proscripcion del delfin Cárlos, la guerra del bien público, y el salvoconducto dado á Luis XI y violado en Peronne. Muchos caballeros borgoñones, citados como testigos, declararon que aquel documento era de la propia mano del duque Cárlos, aunque la redaccion que se presentó en el juicio era diferente de la cédula original. De este proceso resultó con evidencia, que

Cárlos habia quebrantado su fé, poniendo preso al rey, y Luis la suya, excitando la sedicion de los de Lieja,

Mientras la causa se seguia en el parlamento, comenzaron las ostilidades. El rey puso sitio á Valenciennes y la obligó á capitular. Otros muchos castillos le abrieron las puertas. Maximiliano se puso al frente de su ejército, y consiguió al principio algunas cortas ventajas: pero Dammartin marchó contra él y le venció. Desanimado el austriaco con este revés, hizo proposiciones de paz, que Luis aceptó porque sabia que la duquesa viuda de Borgoña instaba á su hermano Eduardo IV que se declarase contra Francia: lo que obligaba al rey á agotar su tesoro para tener de su parte á los ministros del monarca inglés. Queriendo tambien desarmar al emperador, volvió á poner en Cambrai el águila imperial, reconocióla independencia de aquella ciudad, exigiéndose de ella solamente que observase neutralidad. El 10 de junio firmó treguas con Maximiliano por un año: prometiéndole en este convenio restituirle todas las plazas que habia conquistado del Henao y del Franco Condado. Evacuó efectivamente á Buchain, al Quesnoy y á Tournay. Restablecióse la libertad del comercio, y cada una de las partes contratantes eligió seis árbitros para un congreso, en que se habia de tratar acerca de la paz definitiva. Pero el señor de Amboise, ignorando ó fingiendo ignorar el ájuste de las

treguas, continuó las operaciones militares, se apoderó de Verdun por sorpresa, y derrotó un cuerpo numeroso de borgoñones y alemanes.

En este tiempo hubo una sedicion en el Berry, que fue reprimida por Dubouchage. Fue preso un emisario del príncipe de Orange, encargado, segun se decia, de dar veneno al rey: y para ello, habia untado con una ponzoña sutil las cuatro esquinas del altar que tenia el rey costumbre de besar despues de oir misa. El acusado y el denunciador fueron entregados al parlamento. El príncipe de Orange fue condenado á muerte en rebeldía. Luis en accion de gracias por haberse libertado de esta conspiracion, mandó construir una reja destinada á rodear la urna de S. Martin de Tours, y valuada en 1000 marcos de plata, y redificar la iglesia de la Victoria cerca de Senlis. Al mismo tiempo reprendia con severidad algunos escesos cometidos por los inquisidores en el delfinado, y daba ausilios á los Médicis, que gobernaban en Florencia, contra la corte de Roma.

Estos eran Lorenzo y Julian, hijos de Pedro, y nietos del ilustre Cosme, padre de la patria. El partido de la familia de Pazzi, envidiosa de su grandeza, formó una conspiracion contra su vida. Fueron directores del atentado Salviati, hombre muy amado del pueblo, Julian de la Rovere, sobrino del papa, y otros muchos hombres ricos y poderosos. Conviniéronse en asesinar á los médicis el 26

de abril en la iglesia al momento de la elevacion de la Hostia. Julian pereció: Lorenzo se defendió con valor, y fue socorrido por un ciudadano, á quien poco antes habia sacado de la prision. Esta escena sacrílega y horrible produjo en la ciudad el tumulto mas espantoso. Todos corrieron á las armas para defender el partido que sostenian: los Pazzi gritaban *viva el pueblo*: sus enemigos, *viva Médicis*. Lorenzo triunfó: sus adversarios perecieron en el combate ó en el suplicio, escepto los que se salvaron huyendo como Julian de la Rovere. Apenas se estendió por Italia la noticia de este suceso, el papa y el rey de Nápoles hicieron alianza contra los médicis, y propusieron á Luis XI entrar en ella, ofreciéndole socorros para la conquista de Milán ó Génova: pero el rey de Francia respondió que no le gustaban adquisiciones tan lejanas, y envió á Italia á Felipe de Comines para solicitar de la duquesa de Milán y de la república de Venecia que socorriesen á los Florentines. El papa consultó al cardenal de Pavía sobre lo que debia hacer teniendo por contrario á Luis. El cardenal le aconsejó que mostrase á la corte de París cuan necesario era castigar á los florentines que habian dado muerte á muchos eclesiásticos. Pero Luis permaneció firme en su política, exortó al Emperador que no consintiese la ruina de Florencia, rompió toda comunicacion con la corte de Roma, y prohibió á los Pazzi la entrada en

su reino. Al mismo tiempo mandó juntar un concilio, el papa consintió en ello, y el sínodo se convocó primero en Orleans y despues en Leon. La corte de Roma, temerosa de las determinaciones que podrian tomarse en este concilio bajo la influencia de Luis, que se habia declarado contra ella, logró que los suizos y genoveses hiciesen guerra al duque de Milán, aliado de los florentines; y para desarmar la cólera del rey de Francia, concedió una tregua á los médicis, y mandó reunir un congreso en Bolonia para tratar de la paz general. Como Felipe de Comines habia ya vuelto á Francia, el rey nombró para que le representase en el congreso al fiscal Saint Romam, y á Halley, su abogado general.

En el reinado de Luis XI empezó á manifestarse la superioridad del poder diplomático sobre el sistema feudal. Este tuvo su orígen en la necesidad en que se vieron de conservar su prepotencia las naciones bárbaras del Norte cuando invadieron el occidente europeo: y así el gobierno que crearon, fue el resultado de la fuerza, y todas sus leyes se dirigian á sancionar la conquista y á perpetuar la usurpacion de los vencedores y la opresion de los vencidos. En esta situacion de cosas el cristianismo hizo oir la voz de la justicia, y proclamó la superioridad del principio de la inteligencia, primero por medio de los obispos: despues, cuando estos prelados, convertidos en señores feudales, empezaron á adolecer de los vicios

del sistema, por la intervencion de la Santa sede en todos los negocios políticos de Europa.

Los reyes, colocados en el ápice de la organizacion feudal, tenian mas esplendor que poder: pero en Francia, á fuerza de habilidad y perseverancia, lograron los capetos emanciparse del yugo de los barones, siguiendo los principios del derecho comun y de la justicia universal, enseñados por la autoridad cristiana. Felipe augusto, S. Luis y Cárlos V, protegiendo á los débiles, favoreciendo la instruccion y devolviendo á los tribunales su autoridad, aumentaron en gran manera la preponderancia del trono. Felipe el Hermoso buscó su apoyo en los estados generales del reino: Cárlos VII en la creacion de un ejército permanente: y Luis XI, siguiendo á su manera el proyecto de sus antecesores, completó la revolucion.

En el sistema feudal cada reino, aislado y separado de los demas, débil por la falta de unidad en el poder, por las guerras privadas que se hacian los varones y por la indisciplina de las milicias feudales, apenas habia diplomacia: porque cada monarca tenia bastante en que entender en sus negocios y discordias interiores, y no curaban de intervenir en los agenos. Pero cuando el poder de los soberanos creció, y se establecieron ejércitos permanentes, cada gobierno atendió á los movimientos de sus vecinos, ya por prudencia, para no recibir daño de ellos, ya por ambi-

cion para estender su señorío. Entonces se formaron alianzas mas íntimas y permanentes: las guerras fueron mas largas, y empezó el espíritu de conquista, á hacer, con mas regularidad, casi tantos estragos como la anarquía turbulenta y ciega del feudalismo.

En el tratado de Arras, que celebró Cárlos VII con Felipe el Bueno, duque de Borgoña, concurrieron plenipotenciarios de casi todas las potencias cristianas para hacer la paz general. Aquel congreso fue, por decirlo así, la cuna de la diplomacia europea. Lo mismo se propuso en el congreso de Bolonia: pero las pretensiones recíprocas eran demasiado opuestas y las pasiones de las partes beligerantes demasiado exaltadas para esperar pronto y buen éxito de las negociaciones. Luis y Maximiliano en nada querian ceder: el primero alegaba la reversion de los feudos á la corona: el segundo, los tratados últimos y el derecho de posesion del difunto duque. Eduardo podia intervenir: pero estaba subyugado por el dinero de Luis y por la esperanza de casar su hija con el delfin, matrimonio que no llegó á efectuarse.

En Italia ganó Luis á don Fadrique, hijo del rey de Nápoles, prometiéndole la mano de una hermana del duque de Saboya con gran dote y los condados de Rosellon y Cerdania, si consentian en ello los reyes de Aragon y Castilla: pero al mismo tiempo concluia un tratado con ambos monarcas en San Juan

de Luz el 9 de octubre de 1478, por el cual se quedó Francia con aquellas dos provincias.

Renovacion de la guerra con Borgoña: batalla de Guinegate (1479). En Italia triunfó la política de Luis: porque Nápoles, Roma, Florencia, Génova, Milán y Venecia le eligieron por árbitro de sus respectivas pretensiones. Pasó los Alpes una embajada numerosa del rey de Francia, compuesta del vizconde de Lautrec, de Guido de Arpajon, del presidente Castelmarin, de un abogado, de un notario y de un juez. Su mision era obligar al papa á convocar un concilio general en que se estipulase la paz de la cristiandad y la alianza de todos sus príncipes contra los turcos que amenazaban á Europa. Los embajadores fueron recibidos en todas partes con sumo honor, el duque de Milán y los florentines, cuando pasó la embajada por estas ciudades, dieron grandes quejas contra Sixto IV, por las hostilidades que habia cometido: pero cuando llegaron á Roma los embajadores, les hizo presente el papa que no le fue posible tolerar el àsesinato de un arzobispo y de muchos eclesiásticos, muertos á puñaladas por el pueblo de Florencia, y les dijo que el obispo de Frejus, prometiendo en París que Roma nombraba por árbitro al rey de Francia, se habia excedido de sus poderes; desterró á dicho obispo, y los cardenales no se atrevieron á manifestar opiniones contrarias á las suyas. Sin embargo movido por las súplicas y amenazas

de los embajadores, prometió hacer la paz bajo las condiciones siguientes: "que Lorenzo de Médicis y los florentines pedirian perdon á la santa Sede, harian desaparecer los cuadros que recordaban sus atentados, celebrarian exequias por las almas de los que habian muerto violentamente, jurarian fidelidad á la iglesia, como tambien sus aliados, y recibirian la absolucion. Por su parte prometian Sixto IV, el rey de Nápoles, el conde de la Rovere y sus amigos mantener la república de Florencia en el goce de sus posesiones, y confederarse todos contra los turcos. Maximiliano y el emperador su padre sostuvieron las proposiciones del Papa.

Sixto IV, animado por esta proteccion, declaró que la santa Sede no reconocia por árbitro al rey de Francia, y que era menester que Lorenzo de Médicis y diez diputados de Florencia pasasen á Roma á pedirle perdon y aceptar las condiciones que les impusiese. Al mismo tiempo devastaban sus tropas los estados de la república: pero los embajadores del rey declararon que si no cesaban las hostilidades en el término de ocho dias, se volverian á Francia y cesaria toda comunicacion entre este reino y Roma. El Papa, asustado de esta amenaza, levantó la escomunion fulminada contra los florentines y les concedió un armisticio. En este tiempo Fregoso, que tomaba el título de dux de Génova, hizo juramento de fidelidad á la santa Sede: los em-

bajadores de Luis reclamaron contra este acto, alegando que el verdadero señor de Génova y Savoya era el rey de Francia. La corte de Roma replicó que la obediencia de Fregoso se entendia solamente en materias espirituales: y para complicar mas la negociacion, el emperador sostenia que á él solo debia darse el título de cristianísimo, y no al rey de Francia, que se habia puesto al frente de una confederacion contra la iglesia.

Pero al fin llegaron á Italia embajadores de Inglaterra, que unieron sus instancias á los de Francia, y el papa concedió paz á los florentines. Lorenzo de Médicis hizo su paz separada con el rey de Nápoles, y el duque de Milán con los suizos por mediacion de Luis. Este, seguro de la cooperacion de Eduardo, disminuyó las fuerzas que tenia preparadas contra Maximiliano, reformó diez compañías de gendarmas, y con la economía de sus sueldos, alistó un cuerpo auxiliar de suizos. Desde entonces las tropas de esta república han entrado y permanecido en el servicio de Francia.

Las hostilidades comenzaron en Flandes antes de que expirase la tregua: porque habiendo estipulado en ella que la guarnicion de Cambrai fuese, mitad de flamencos y mitad de franceses, los primeros sorprendieron una noche la ciudad, y se apoderaron de ella y de otras fortalezas, quebrantando el armisticio: pero Desquerdes reunió 800 lanzas bajo sus banderas, y rechazó al enemigo. Chaumont

fue enviado por el rey á Borgoña y puso sitio á Dole: Maximiliano acudió en su socorro: pero el gobernador, sobornado por el dinero de Luis, rindió la plaza. Anxonne, Besanzon y todo el Franco Condado se sometieron con igual prontitud.

El rey fue á Dijon, se mostró muy afable, y concedió grandes privilegios á los habitantes, y á los de Macon. En el norte fueron mas varios los sucesos. El ejército del rey hizo inútiles tentativas para sorprender á Douai. Los flamencos, mandados por Chimai, tomaron á Virtons. Maximiliano, habiendo reunido 30000 hombres cerca de Cambrai, marchó á Terouanne, y dió batalla á Desquerdes, que le habia salido al encuentro.

Los franceses apostados en la montaña de Enguin, dejaron al enemigo ocupar la de Guinegate. El centro del ejército flamenco constaba de 500 flecheros ingleses y 3000 arcabuceros alemanes. La caballería francesa los atacó vigorosamente, y rompió su línea. Desquerdes, no tomando consejo sino de su ardor impetuoso, cometió la imprudencia de perseguir al enemigo hasta muy lejos y entregar al saqueo sus reales; dejando con este movimiento aislada é indefensa su infantería, la cual, creyendo ganada la batalla, en vez de atender al combate empezó á saquear los bagages. El conde de Nassau, aprovechándose del desorden, acometió á la caballería francesa desmandada, la arrojó sobre la infante-

ría, y en pocos minutos fue completa la derrota de los franceses. De ambas partes fue grande la pérdida: y unos y otros se atribuyeron la victoria: los flamencos por haber quedado dueños del campo de batalla: los franceses porque obligaron al enemigo, muy debilitado por la pérdida que sufrió en el combate, á levantar el sitio de Terouanne.

Cuando Luis supo que este revés procedió de la codicia de sus tropas, escribió en estos términos al señor de Saint Pierre, gran senescal: "decid á vuestros oficiales que quiero que me sirvan para mi utilidad, y no para saciar su avaricia. Mientras dure la guerra, haced una sola masa de todos los prisioneros, y no deis libertad á ninguno que pueda serme perjudicial. Así mis capitanes no esperarán enriquecerse con los rescates, y no harán prisioneros, ni cogerán caballos ni bagages: sino matarán á todos los enemigos, y no perderémos las batallas." El desastre de Guinegate se compensó con la victoria que tuvo el almirante francés Coulon de una escuadra holandesa de 80 buques, que apresó y condujo á la playa de Normandía.

Este golpe irritó de tal manera á Maximiliano, que mandó ahorcar, contra la capitulacion, á 160 gendarmas y á Raimonet su gefe, que defendieron con suma intrepidez, y pertenecia el castillo de Malaunoi, sitiado por él en persona. Luis XI, en represalia, mandó á sus generales y á su compadre el berdu-

go Pedro Tristan L' Ermite, ahorcar en el mismo sitio siete prisioneros flamencos, diez en las puertas de Douay, diez en Sainte Omer, diez en Lila y diez en Arras. Mandó ademas asolar el condado de Guignes: y Desquerdes redujo á cenizas diez y siete villas de aquel territorio. Este mismo año ordenó Luis compilar las diferentes partes de la legislacion francesa, y formar de ellas un código regular y completo.

El duque de Albany, hermano de Jacobo III, rey de Escocia, se escapó de la prision en que le tenia este monarca, y se refugió en Francia. Luis le recibió con honor, pero le negó los socorros que pedia. Mas tarde, con el auxilio de Eduardo, volvió á Escocia, y venció á su hermano: pero detestando los triunfos adquiridos en la guerra civil, abandonó su patria y se estableció en Francia, donde acabó sus dias con tranquilidad.

Luis descubrió èn este tiempo que el duque de Bretaña tenia inteligencias secretas con el rey de Inglaterra y ofrecia la mano de su hija para el príncipe de Gales: le intimó pues, que cumpliese lo prometido enviándole un cuerpo de tropas auxiliares contra los flamencos, y al mismo tiempo para intimidarle compró en la suma de 50000 libras los derechos que alegaba sobre el ducado de Bretaña, Nicolasa de Chatillon, biznieta de Juana la coja. El duque, receloso de la conducta del rey, concluyó un tratado con Inglaterra, pero

de nada le sirvió: porque los ministros de Eduardo, siempre favorables á Luis, eludieron su cumplimiento. A un mismo tiempo seguía el rey de Francia muchas negociaciones é intrigas: sobornaba á los ministros ingleses: entretenia á Eduardo prometiendo á su hija Isabel la mano del delfin: adquiria á precio de oro grande influencia en los cantones suizos: fomentaba la discordia en Génova, y obligaba al duque de Gueldres, al obispo de Munter y á los estados de Zutphen, á nombrarle por árbitro y auxiliarle con sus armas. Poco satisfecho de los resultados de la campaña, aumentó considerablemente su ejército en las fronteras de Flándes y de Picardía: Castigó á la ciudad de Arras, que era muy afecta á la casa de Borgoña y se rebeló muchas veces contra él, lanzando de ella á todos los habitantes, é introduciendo otros nuevos; privándola de su nombre é imponiéndole el de *Franchise.* Para sostener su nueva Colonia, estableció en ella fábricas; cuyo coste pagó por medio de una contribucion impuesta sobre los habitantes del Sena y del Yonne. En el Franco Condado confirmó y estendió los privilegios de la nobleza que era muy poderosa en aquella provincia. Las erogaciones que hacia para ganar partidarios eran tantas que su erario estaba exaüsto: y como no era posible aumentar los impuestos, disminuyó en una cuarta parte todas las pensiones; providencia que fue muy agradable al

pueblo, aunque descontentó á los poderosos.

Incorporacion del Anjou en la corona (1480). Libre el rey de sus mayores enemigos, y no temiendo ya ninguna liga formidable, pero hallándose muy quebrantada su salud, no podia intentar grandes empresas, y comenzaba á desear la paz con sinceridad. En la campaña de 1480 se hizo la guerra de Flandes con mucha flogedad, y los generales de ambos partidos evitaron con igual cuidado venir á las manos. El delfin cayó gravemente enfermo: pero la naturaleza ó el arte triunfó de la enfermedad: y el rey premió con cartas de nobleza la ciencia ó la felicidad del doctor Tomas, médico de su hijo.

Mientras los príncipes cristianos de Europa, divididos entre sí, peleaban con fuerzas desiguales, aunque con igual ambicion, sin resultado que pudiesen compensar las calamidades de la guerra, Mahomet II, despues de haber destruido el imperio griego, y afirmado en Oriente su dominacion, se preparaba á estender sus conquistas en Occidente. Solo Pedro de Aubusson, gran maestre del orden de san Juan, habia tenido la gloria de detener este torrente impetuoso y de quebrantar sus fuerzas en las playas de Rodas. Pero Mahomet, mas irritado que abatido por este revés, llevó sus armas á Italia, desembarcó en ella y tomó á Otranto. Sus bárbaros soldados pasaron á cuchillo todos los habitantes de la ciudad, y asesinaron al arzobispo al pie del al-

tár. La noticia de esta invasion y de estas atrocidades asustó á las potencias cristianas: pero ninguna tomó las armas: porque los soberanos, mas confiados en sus medios de defensa, no esperimentaban ya aquel terror que inspiró en Africa, España y el mediodia de Francia la aparicion de los sarracenos en el siglo VIII. Pero Roma los incitó á todos á la defensa comun de la cristiandad.

El buen rey Renato de Anjou, el mas pacífico de los soberanos, terminó este año su carrera poética. En su testamento dejó la Provenza y sus pretensiones sobre Nápoles, á Cárlos, hijo del conde de Maine, algunas tierras, á Juana de Laval su esposa, y mandas considerables á las iglesias de sus estados. La inconstante fortuna fue largo tiempo contraria á este virtuoso príncipe: rara vez la gloria coronó sus armas: pero el amor constante de los pueblos fue la recompensa de sus virtudes. Su hija Yolanda habia heredado la Lorena, y cedídola al conde de Vaudemont. Luis XI se quejó de este testamento, que desheredaba, segun él, á la célebre Margarita de Anjou. Despues de algunas contestaciones, todo se arregló. El heredero de Renato murió poco despues, y el rey de Francia reunió á la corona el condado de Provenza, que Margarita le cedió al morir. La cuestion acerca de la herencia del ducado de Bar duró mas tiempo y produjo mayores disensiones. En estas luchas diplomáticas tenia ca-

si siempre Luis la superioridad: porque premiaba con magnificencia á sus plenipotenciarios cuando lograban el objeto de su mision, y los castigaba con severidad en el caso contrario. En una ocasion denunció el parlamento á Juan de Martigny, obispo de Elna, su embajador en Inglaterra, como reo de haber firmado convenios perjudiciales á Francia. El obispo se defendió muy bien, y el parlamento mostró valor; muy raro en aquel reinado, absolviéndole de la acusacion y al mismo tiempo negándose á archivar un decreto sobre el comercio de granos, que le parecia contrario á los principios de buen gobierno.

Cuando Eduardo se convenció de que Luis deseaba sinceramente la paz, propuso su mediacion, que fue aceptada por el rey y por Maximiliano: y se firmó una tregua de siete meses prolongada despues. Sixto IV ofreció tambien ser medianero; y á este efecto envió á Francia al cardenal de san Pedro, legado de la santa Sede. Luis, para hacerle sospechoso á Maximiliano, le hizo un recibimiento tan magnífico, que tuvo que declarar por ordenanza que aquellos honores no podrian servir de precedente para otro legado. Pero el parlamento se opuso á que se promulgase la bula del papa, porque en ella concedia al cardenal la facultad de obligar con censuras al rey y á Maximiliano á deponer las armas: y así hubo que modificarla, reduciéndola á la promesa de los buenos oficios de la santa Sede

Los favores que el cardenal habia recibido, produgeron el efecto previsto por Luis en el ánimo de Maximiliano, y este príncipe no quiso aceptar la bula. El mayor obstáculo para la paz era la ostinacion de la duquesa viuda de Borgoña, que incitaba á Maximiliano á reclamar toda la herencia de su muger. Luis respondió que su parlamento no podia reconocer en una hembra derechos á la dignidad de par de Borgoña, porque entonces los reconoceria á la corona contra la ley fundamental de los franceses. El rey de Inglaterra dijo confidencialmente á Maximiliano, que el rey de Francia, enfermo gravemente, no podria tardar mucho en morir; y que así debia esperar, para sostener los derechos de su esposa, á que llegase el tiempo de la regencia, y por ahora, hacer una tregua de dos años: prometiéndole, si Luis se negaba á ello, un cuerpo auxiliar de cinco mil gendarmas.

En efecto, la salud del rey descaecia visiblemente. En un ataque de epilepsia quedó desmayado, y Angelo Cato, su médico, le socorrió, mandando abrir las ventanas de su aposento. Luis volvió en su sentido, y habló: pero por muchos dias anunciaban sus palabras el desórden de sus ideas. La primer señal que dió de haber vuelto en sí, fue encolerizarse contra los oficiales de su casa, diciendo que no le habian obedecido cuando les dió orden de abrir las ventanas (orden que no habia dado), y destituyó á muchos de sus em-

pleos. Cuando se vió amenazado de la muerte, temió mas que nunca que algun ambicioso abusase de la situacion en que se hallaba para quitarle el mando: y así en los primeros dias despues del accidente, fingia que estaba escribiendo, leyendo ó trabajando, y exigia con rigor la mas pronta obediencia á sus órdenes, aun las de menos importancia. La memoria de sus maldades le afligia con la imagen del infierno: y era atormentado á un mismo tiempo con el temor de los hombres y el de los demonios.

Hallándose su espíritu en esta horrible situacion, consiguió de él el legado del papa que diese libertad al cardenal de La Balue y al obispo de Berdun. El cardenal, temiendo contraorden ó alguna nueva crueldad de Luis, huyó á Roma. Despues de la muerte del rey, se le permitió volver á Francia, no sin grande oposicion del parlamento. Luis se mejoró de este primer ataque: pero su mejoría fue mas bien una tregua que una convalecencia: porque el golpe fue mortal. Desde este momento le condugeron con lentitud al sepulcro la postracion de fuerzas, los males continuos de nervios, y la consuncion: pero á pesar de esto, se mostraba mas activo, mas vengativo, mas disimulado que nunca. Engañando acerca de la gravedad de su mal así como los habia engañado acerca de la direccion de su política, consiguió mantener inciertos y temerosos á sus aliados, á sus enemigos y á sus

vasallos. El rey era temido y respetado aun cuando estaba cercano á morir: el hombre yacia en su palacio de Plessis entregado á todas las aflicciones que el terror, la rabia y la imágen de sus víctimas le causaban.

Segun los tratados concluidos con Renato, se reunió á la corona el condado de Anjou. El rey incitó á los estados de Provenza á sostener con las armas las pretensiones que su conde el duque de Calabria tenia al reino de Nápoles. Al mismo tiempo se supo que los flamencos, quebrantando la tregua que todavía duraba, habian invadido el ducado de Luxemburgo á las órdenes de los señores de Chimay y de Croi. Luis XI declaró que no usaría de represalias, ni rompería la tregua mientras los turcos estuviesen en Italia. Dábale recelos el caracter turbulento de los habitantes del Franco Condado. Para contenerlos, estableció un parlamento en Salins y mandó promulgar en aquella provincia las leyes francesas. Fundó en Dijon una casa de moneda é hizo venir obreros de todos los paises industriosos para que estableciesen en Francia fábricas de paño y tela de seda.

Reunion de los condados de Provenza y de Maine á la corona (1481). Buscaba aliados en paises lejanos para inquietar á sus enemigos: y celebró un tratado con Ladislao, rey de Bohemia, que prometió hacer guerra á favor de Francia contra Maximiliano. Los genoveses, destrozados continuamente por facciones

intestinas y amenazados siempre por el duque de Milan, propusieron al rey que le reconocerian por soberano: y él les respondió: "vuestra enemistad no puede serme peligrosa: vuestra amistad me es inútil. El trabajo de gobernaros es gravísimo é intolerable. *Vosotros os dais á mí, y yo os doy al diablo.*"

El papa Sixto IV, temeroso con razon de la vecindad de los turcos, predicaba la paz á todos los príncipes cristianos, y los exhortaba á unir sus fuerzas contra los infieles. Luis XI le habia prometido, antes de caer enfermo, ponerse al frente de su ejército para arrojar á los musulmanes de Italia: pero siendo ya imposible la ejecucion de este designio, ofreció al papa un subsidio de 300000 escudos de oro, cuyos dos tercios debia pagar el clero, y el otro tercio el pueblo. Maximiliano, animado siempre de odio implacable contra su rival, no renunciaba á la esperanza de persuadir á Eduardo y al duque de Bretaña á que se coligasen con él para emprender la conquista de Francia: pero el rey de Inglaterra le entretuvo con vanas promesas, porque solo pensaba en sus placeres, y Luis XI pagaba su inaccion á peso de oro. La Bretaña no podia hacer nada sin la cooperacion de los ingleses.

La actividad de Luis, su fortuna, y el esplendor brillante de su poder le habian adquirido tanta fama, que era respetado su nombre en las extremidades de Europa. Matías

Corvino, rey de Ungría, le envió embajadores para que se coligase con él contra los otomanos. Matías era un héroe: por la fuerza de su genio habia salido de una oscura prision para elevarse al trono: amaba las ciencias, las artes, las letras y la gloria. Vencedor de los polacos y de los bohemios, habia triunfado del emperador Federico y detenido á Mahomet II en el curso de sus conquistas. Esperaba con el socorro de los franceses libertar á Bulgaria y Grecia del yugo de los otomanos: pero escogió por agente á un aventurero pérfido que abusaba de su confianza, y Luis, que lo sabia, no quiso recibirle: además de que sus males no le permitian ya empeñarse en espediciones tan lejanas. Aun la guerra de los flamencos le era gravosa; y procuraba con todas sus fuerzas terminarla por la paz, ó al menos por una tregua indefinida. En 1481 una noticia no esperada despertó sus recelos anteriores. El príncipe de Gales casó con Isabela, hija del duque de Bretaña: las esperanzas de Maximiliano revivieron: y el rey, para inspirarle los mismos recelos que él tenia, renovó sus pretensiones sobre los ducados de Lorena y de Bar. En fin para persuadir á sus enemigos y á sus vasallos que habia recobrado su antiguo vigor y salud, disimuló su flaqueza, y se presentó en un campamento, formado por su orden en Normandía. . . . .

Cuando volvió de este viaje á Tours, visi-

tó como piadoso peregrino el sepulcro de san Martin para cumplir el voto que habia hecho de dar cada año á esta iglesia en el dia de la Asuncion un número de escudos de oro triple del de los años que tenia. Luis creía que estos actos de devocion, no acompañados del verdadero arrepentimiento, podian compensar las injusticias y violencias que no cesaba de cometer.

Doyat, uno de sus favoritos, y vil agente de sus furores, habia sublevado la Auvernia por sus rapiñas y crueldades. Reunió en esta provincia por orden del rey una asamblea, que se llamó *la junta de los grandes dias*: la cual pronunció sentencia para vengar á Doyat de las injurias que habia recibido. Esta sentencia aumentó el odio que inspiraban Luis y su privado. Mas tarde sufrió este hombre con su cómplice Oliveros le Dain la justa pena de sus maldades.

La cercanía de la muerte, en vez de inspirar á Luis sentimientos de clemencia, irritaba su carácter vengativo. Renato de Alenzon, conde de Perche, no habia tenido parte en la conspiracion de su padre el duque de Alenzon, y así no se creyó obligado á solicitar cartas de absolucion. Luis le mandó prender con frívolos pretextos, y encerrar en una jaula de hierro. El conde reclamó el derecho de ser juzgado por sus pares. Luis respondió que no habiendo aceptado cartas de absolucion habia perdido las preeminencias de par. El par-

lamento deseaba salvar al acusado sin ofender al rey; y en la sentencia que dió, reprendió la conducta del conde: pero le condenó solamente á pedir perdon al rey, so pena de ser privado de todos sus honores, si cometia algun acto contrario á los intereses del monarca. Si la naturaleza comenzaba á mostrarse rigurosa con Luis, la fortuna continuaba todavía favoreciéndole. La muerte de Cárlos, conde de Provenza y de Maine, incorporó en su corona estas dos provincias. El conde de Forbin, al frente de las tropas reales, tomó inmediatamente posesion del condado de Provenza. La muerte de Mahomet II salvó en esta época á la cristiandad del mayor peligro que desde mucho tiempo antes la amenazara. Alfonso, hijo del rey de Nápoles, se aprovechó con celeridad de este suceso, sitió á Otranto y logró apoderarse de esta plaza, aunque despues de haber perdido la flor de su ejército. Otro Alfonso, rey de Portugal, terminó este año su carrera mas agitada que gloriosa.

La muerte de María de Borgoña, hija de Cárlos, produjo mudanzas muy considerables en la situacion política de Francia y de sus enemigos. Falleció en Brújas de resultas de una caida, cuyos funestos efectos le impidió revelar el pudor. Este suceso fue tan favorable á Luis XI como perjudicial á Maximiliano. Losganteses, consternados, pidieron á Luis que les concediese la paz: y este monarca astuto los entretuvo con promesas vagas,

se aseguró de la neutralidad de Eduardo, juntó sus tropas y tomó la ciudad de Aire.

Al mismo tiempo amenazó á Maximiliano de suscitar contra él un terrible enemigo. Este era Guillermo de la Marck, llamado por su ferocidad el Jabalí de Ardenas, digno aliado de Luis XI, y que habia levantado el estandarte de la rebelion contra el obispo de Lieja su bienhechor. Animado con la proteccion de Francia, se puso al frente de 1500 aventureros, gabilla sin patria ni hogar, venció un cuerpo de 2000 liegeses, entró en su ciudad, forzó el palacio episcopal, dividió por medió con su hacha la cabeza del obispo, y obligó á los habitantes aterrados á elegir al hijo del asesino por sucesor en la mitra. Este crímen atroz no quedó sin castigo: porque dos años despues Maximiliano le hizo prisionero y mandó que le cortasen la cabeza.

Todo se rendia al poder de Luis: solo el parlamento se atrevió algunas veces á oponerle vigorosa resistencia. El rey habia publicado edictos contrarios á las leyes y opresivos del pueblo; y el tribunal se negó á archivarlos. Luis renovó el mandato con amenazas. Santiago de la Vaquerie, primer presidente, vino con todo el parlamento á la corte del monarca, y dijo con firmeza: "venimos á entregar nuestros empleos: y estamos resueltos á sufrir todas las penas que querais imponernos antes que faltar á lo que nos dicta la conciencia." Luis, admirado de tan intrepida y

tranquila virtud, cedió, y revocó sus edictos. Este triunfo de la justicia sorprendió mas á los que le lograron, porque toda resistencia á las órdenes de Luis era castigada cruelmente. El canciller le habia enojado por no haber querido tampoco sellar unas letras patentes, y el rey le escribió: "canciller: os habeis negado á despachar las letras de mi maestresala: selladlas al momento, so pena de la vida." Este príncipe recibió una nueva prueba de la idea que se tenia de su poder en los paises estrangeros. Zizim, hijo menor de Mahomet II, aspiraba al trono de Constantinopla. El pueblo le queria: pero habiéndose declarado el bajá Acmet, hábil general, por el hijo mayor Bayaceto, se apoderó de la capital, marchó á Bitinia donde estaba Zizim, y le venció en una batalla. Zizim se refugió primero en Caramania, despues en Rodas, y últimamente vino á Francia á implorar la proteccion de Luis XI. Cuando llegó, el rey, mas acometido que nunca de los tormentos y terrores que le consumian, no quiso escuchar al príncipe fugitivo.

El último favor de la fortuna brilló á los ojos del monarca, cuando ya iba á morir. Los flamencos deseaban con ardor la paz; Luis la queria igualmente. Propusiéronle pues, casar al delfin con la hija de María de Borgoña; lo que reparaba la falta mas importante y grave que cometió este rey. El y Maximiliano nombraron plenipotenciarios, que se reunie-

ron en Arras: donde, despues de cortas contestaciones, habiendo renunciado Luis á la restitucion de Lila, Douay y Orchies, se firmó la paz el 23 de diciembre de 1482. Este lazo, que debia terminar tantas querellas, se rompió poco despues de haberse formado. El rey mandó publicar en todas las provincias la conclusion de la paz: y aunque muchos barones se oponian á una cláusula del tratado que los absolvía del juramento de fidelidad en caso de contravencion, todo se hizo como el rey queria. El delfin juró la ejecucion del tratado en presencia de los embajadores flamencos; y el tratado se ratificó y publicó.

El rey nombró al señor de Beaujeu tutor del heredero del trono: nombramiento escelente, porque este caballero era el hombre mas honrado é instruido de su tiempo. El parlamento pasó provisionalmente de París á San Dionis, á dar gracias á Dios por esta eleccion y por la paz. Recibiéronse entonces noticias poco satisfactorias de España. La reina de Navarra habia dejado el trono á su marido en perjuicio de sus hijos. El nuevo rey falleció en medio de las turbulencias que causó el testamento de su esposa; como tambien Febo su sucesor, que dejó el cetro á Catalina su hermana. Luis se declaró protector de esta princesa: pero un partido poderoso se formaba en Navarra para unir aquella corona á las de Castilla y Aragon bajo las leyes de Fernando é Isabel. Por otra parte,

el vizconde de Narbona tomó el título de rey de Navarra, favorecido por los duques de Orleans y Bretaña.

Luis no vió el fin de estas querellas, aunque deseaba casar á Juan, su hijo segundo, con Catalina. Antes de espirar tuvo noticia de la muerte de un príncipe, que le habia causado por mucho tiempo grandes temores. Este fue Eduardo IV, rey de Inglaterra. Algunos dicen que el pesar de haber sido engañado por Luis, abrevió su vida: otros, que falleció de apoplegía: otros en fin, que murió envenenado por Ricardo, duque de Glocester, manchado ya con varios crímenes. Glocester formó un parlamento, compuesto de sus partidarios mas celosos, hizo anular el matrimonio de Eduardo, declaró ilegítimos á sus hijos, y los mandó matar. Luis deseaba demasiado la prolongacion de estas discordias para intervenir en ellas.

El último acto de su política fue enviar embajadores á Italia para pacificarla. El duque de Calabria asolaba entonces los estados de Roma: los venecianos dieron socorro al sumo pontífice, á pesar de los celos que su poder y prosperidad causaba á la corte del papa. El señor de Beaujeu y su muger fueron á Brújas para traer á la princesa Margarita de Austria, hija de Maximiliano y prometida esposa del delfin, á la corte de Francia, donde hizo su entrada con gran pompa. Pretendió, en calidad de delfina, tener facultad para in-

dultar á los presos: pero el parlamento se opuso á ello, probablemente por insinuacion secreta del rey. Sin embargo, no se puede sin injusticia tachar á esta corporacion de complacencia á la corte, pues en circunstancias mas graves habia resistido enérgicamente á la voluntad de Luis. Este tribunal, fuerte por su inamovilidad, comenzaba ya á ser un poder en la monarquía: y por mucho tiempo no hubo otro dique, cuando no se reunian los estados generales, contra la arbitrariedad de la corte. Luis XI no temia al pueblo: y así dió fuerzas al parlamento, protegiéndole contra el feudalismo, enemigo comun de ambos. Pero haciendo inviolable la justicia para todos sus vasallos, sabia sobreponerse á ella, cuando lo exigia su política suspicaz: y en una ocasion mandó ahorcar á un juez, revestido con todas las insignias de su dignidad.

Este monarca estraordinario, que afectaba con los grandes tanta altivez, era familiar con el pueblo, y fue el primer rey de Francia que admitió en su mesa los vasallos. Pero casi siempre descubria la garra del leon: y un rasgo maligno y satírico lastimaba frecuentemente al crédulo convidado á quien aparentaba festejar. Un mercader rico, seducido por el favor que el rey le habia manifestado admitiéndole en su intimidad, le pidió cartas de nobleza. Luis se las concedió: y al dia siguiente, le recibió con estraordinaria sequedad. El mercader se atrevió á quejarse

de ella. "No lo estrañeis, respondió Luis: señor caballero, cuando os permití sentaros á mi mesa, erais para mí el primero de los mercaderes. Ahora sois el último de los nobles; y haría agravio á los demas señores, tratándoos como a ellos." Pero el vulgo, siempre dispuesto á creer lo que desea, le proporcionaba un gran número de personas, que celebraban su bondad, porque comia muchas veces en casa de los artesanos, y permitia que se pusiese su nombre en las listas de los gremios y cofradías. Los cortesanos le decian que humillándose de este modo, comprometia su dignidad: pero él les respondia: "cuando el orgullo camina delante, la vergüenza y el daño le siguen de cerca." Se enojaba contra los que le resistían: pero perdonaba las respuestas ingeniosas. Un dia que habia montado en un caballo de muy pequeña estatura, uno de sus cortesanos empezó á alabar la estraordinaria fuerza de aquel animal. "Tu te burlas, le dijo el rey: no tengo otro peor en mi caballeriza." "Pues yo creo, replicó el cortesano, que debe ser extraordinariamente vigoroso: porque lleva á V. M. y *á todo su consejo.*" Habiendo encontrado al obispo de Chartres, montado en un gran caballo, y vestido magníficamente, le dijo Luis: "Los obispos viajaban con menos lujo en otro tiempo." "Es verdad, señor, respondió el obispo: cuando los reyes eran pastores."

Algunas veces salieron de su boca cruel

espresiones muy humanas. Habiendo visto á Radulfo de Lannoi arrojarse el primero á la brecha de una plaza sitiada, y derribar á sus pies muchos enemigos que le acometieron, le echó al cuello una cadena de oro, que valia 500 escudos, diciéndole: "por la Pascua de Dios, amigo mio, que sois demasiado furioso en el combate: y como deseo que me sirvais mucho tiempo, es menester por ahora encadenaros." Nunca perdió ocasion de humillar á los nobles que servian en su palacio cuando los cogia en alguna falta. Un dia pasó revista, que no esperaban, á los oficiales de su guardia: y habiéndolos hallado mal armados y vestidos, les envió escribanías, advirtiéndoles que pues no se hallaban en estado de defenderle con la espada, era menester que en lo sucesivo le sirvieran con la pluma.

Despreciaba naturalmente á los hombres, porque solo tenia junto á sí los seres mas despreciables. Los confidentes, amigos y emisarios de Luis eran casi todos pérfidos intrigantes, como Olivéros, Tristan, Bessuire y otros muchos que le habian vendido su conciencia, y estaban siempre dispuestos á ejecutar sus órdenes sanguinarias. Gustaba de oirlos burlarse de las convulsiones en que caian las víctimas, sometidas por sus órdenes á los mas crueles tormentos, que algunas veces presenciaba el mismo Luis desde un sitio oculto. Uno de estos infames cortesanos habia merecido su favor inventando una prision en for-

ma de embudo, en la cual el miserable que entraba, ni podia acostarse, ni gozar un solo momento de descanso.

Luis XI no conocia los sentimientos que inspira la naturaleza. Fue hijo ingrato, hermano cruel, y esposo tibio, desdeñoso y tiránico. Su primera muger Margarita de Escocia murió de tristeza: Carlota de Saboya, que fue la segunda, llena de virtudes y de bondad, vivió casi siempre como desterrada en el castillo de Loches, olvidada de la corte, pero amada del pueblo. De este matrimonio nacieron Luis, Joaquin y Francisco, que murieron de corta edad; Cárlos, que sucedió á su padre; Luisa, que vivió pocos meses; Ana, que casó con Pedro de Borbon, señor de Beaujeu, y gobernó el reino como regente en la menor edad de Cárlos VIII; y en fin, Juana, esposa del duque de Orleans, que reinó despues con el nombre de Luis XI; el cual la repudió por casar con Ana, duquesa de Bretaña. Luis XI se mostró constantemente padre duro y celoso de su autoridad. El delfin estuvo casi prisionero en el castillo de Amboise, donde se educaba, por orden de su padre: el cual habia prohibido que se le instrúyese en las ciencias y en la literatura, recelando que los conocimientos le hiciesen soberbio y ambicioso, y le inclinasen á sublevarse contra su autoridad, como él mismo se habia sublevado contra la de su padre.

Luis era mas supersticioso que devoto,

como lo prueba la constante disolucion de sus costumbres. Tuvo muchas hijas bastardas: una casó con Aymar de Poitiers, señor de Saint Vallier: otra, con el bastardo de Borgoña: otra, con Luis de Saint Priest. Parecen increibles los rasgos de ferocidad que los escritores contemporáneos cuentan de este príncipe. Muchas veces se complacia en prolongar el suplicio de los que destinaba á la muerte. No se les daba de comer en la estrecha jaula donde estaban encerrados, sino con una horquilla que atravesaba por entre las barras de hierro para llegar hasta ellos. Se les sacaba frecuentemente de esta prision para atormentarlos, mutilarlos, y arrancarlos los dientes: los gritos de rabia y desesperacion que exhalaban, eran un placer muy esquisito para el tirano. Habia subyugado los ánimos por el terror de tal modo que los franceses, célebres por su franqueza y por el amor de la gloria y de la independencia, sufrieron muchos años sin rebelarse un yugo tan duro. El espíritu generoso de la caballería desapareció de las costumbres de Francia. Este príncipe consiguió en 20 años destruir el poder de los grandes y subyugar al pueblo. Pero un hombre, mancillado con tantas perfidias, violencias y homicidios, no terminó sus dias tranquilamente. La Providencia y la justicia castigaron aun en esta vida sus maldades. La fortuna, es verdad, favoreció sus designios, coronó sus artificios con el éxito

mas feliz, y colmó todos los deseos de su alma pérfida y cruel. Su poder se consolidó: su alianza era solicitada de todos los príncipes: sus enemigos gimieron abatidos: pero en medio del explendor que le rodeaba, en el centro de su palacio lleno de sirvientes humildes y de cortesanos solícitos, era continuamente perseguido por un verdugo mas desapiadado que los que ejecutaban á la menor señal que él les daba, sus bárbaros preceptos. Este verdugo era su conciencia. El remordimiento dilaceraba y atormentaba su alma con los espectros de sus víctimas y con la imagen espantosa de los suplicios eternos. El desgraciado rey se asia con furor á los resto de la existencia que se le escapaba, y á la autoridad espirante que á cada instante creia que le quitaban. Toda arma que brillaba á sus ojos, le parecia un puñal: todos los hombres, que se le acercaban, asesinos. Invocando á gritos los auxilios de la religion que habia ultrajado con sus maldades, y el arte de los médicos que cedia á la naturaleza, y en fin, deseando todavía reinar, castigar y vengarse, cuando apenas podia vivir, hubiera quizá inspirado compasion aun á los mismos que habia condenado al último suplicio. Débil como un niño, furioso como un demente, perseguido por todos los terrores que puede producir una conciencia herida y una imaginacion delirante, presentó al mundo en sus últimos dias el espectáculo mas consolador para la moral, mas instructivo para

los poderosos, mas terrible para los tiranos. Sus tormentos vengaron la virtud y justificaron la Providencia.

A los ojos del estrangero, que movido por la fama del monarca mas opulento y temido de Europa, se acercaba al terrible castillo de Plessis les Tours, en que Luis XI se habia encerrado, aparecia el espectáculo mas siniestro é infausto. Despues de atravesar un campo estéril y abandonado, donde Comines dice que se habian sembrado 10000 trampas de hierro para que no pudiese pasar por él la caballería, llegaba á una entrada larguísima en cuyos lados habia dos órdenes de cadenas, á las cuales llamaba el pueblo *las hijillas del rey*. Entre ellas habia una estendida fila de horcas, cargadas de su horroroso fruto. Por aquellos sitios vagaba el feroz Tristan con su cuadrilla de asesinos, espiando con inquietud las miradas, gestos y palabras de los imprudentes que penetrando sin orden del rey en aquel formidable recinto, excitaban sospechas y recelos. Al salir de aquellos campos de muerte, cada paso era un peligro y podia ser una asechanza. Mas lejos se descubrian las altas torres, los fosos profundos, las triples murallas, y las ferreas puertas de la residencia real. En ella reinaba espantoso silencio. Solo algunas veces, cuando las sombras de la noche cubrian la tierra, era interrumpido por los gemidos del infeliz monarca, que imploraba pronto socorro. El mas leve ruido, el de-

lirio de algun sueño horroroso le despertaban repentinamente de su agitado descanso. Salia medio desnudo de la cama, con una lanza en la mano, y llamaba aterrado sus guardias, acusándolos de negligentes; á pesar de que todos, á cada cuarto de hora se llamaban y respondian en todo el recinto de los muros para mostrar con cuánta vigilancia guardaban sus puestos. A los clamores del príncipe se tocaban las campanas, y acudian los flecheros, los suizos, la guardia escocesa: y un gran número de religiosos y religiosas y de sacerdotes elevaban al cielo sus ruegos por la salud del monarca: numerosas patrullas salian por las barreras, registraban los campos y perseguian, arrestaban y asesinaban á los aldeanos y gañanes desventurados, que por casualidad ó imprudencia se presentaban á sus diligentes pesquisas. Este celo desapiadado calmaba no mas que por un momento los terrores de Luis. Los soldados y oficiales que velaban por su seguridad, eran tambien objeto de su desconfianza y de sus sospechas. El que gozaba un dia de su favor, quizá era enviado al siguiente al suplicio ó á un calabozo. Casi todos los dias mudaba de sirvientes y de aposento. Tal era la horrible situacion de este príncipe, próximo á pasar el terrible lindero que iba á separarlo para siempre de su corona, de sus riquezas y de su poder para arrojarle en el mundo de la justicia.

Nada podia calmar su fiebre ni mitigar su delirio: sin embargo, hubo un hombre que

reprimia sus transportes y se atrevia á hablarle con autoridad: este era su médico Santiago Cottier. Persuadido Luis á que su débil existencia dependia de aquel hombre insolente, se sujetaba á su voluntad: le colmaba de dinero y de regalos: se sometia á sus caprichos, y sufria sin murmurar todas sus injurias. Pero algunas veces, avergonzado de su esclávitud, exalaba alguna amenaza: el Esculapio atrevido reprimia esta sedicion diciendo que le abandonaría, y llegó un dia hasta el estremo de hablarle así: "no ignoro que alguna mañana querreis salir de mí como habeis hecho con otros muchos: pero yo he tomado mis disposiciones, y os juro por la pascua de Dios, que no me sobrevivireis tres dias." Dícese que este charlatan codicioso le sacó, en el intervalo de un año, mas de 100000 escudos de oro. Las crónicas cuentan que le administraba remedios sumamente complicados y violentos: y añaden que le hizo creer que recobraría su juventud y vigor bañándose en la sangre de niños que se habian degollado al efecto. Esta fábula, inserta en la crónica escandalosa, manifiesta que el odio público daba crédito á los rumores mas injuriosos y menos verisímiles que se esparcian contra un príncipe aborrecido.

Algunas veces hallándose Luis mas tranquilo, y deseando distraerse de su profunda melancolía, mandaba á los aldeanos y zagalas de las cercanías que viniesen en dias se-

ñalados á bailar junto á los muros de su castillo. Pero el aspecto del rey, el temor de las prisiones y el espectáculo de las horcas, helaban de terror á aquellos infelices. Sus danzas obligadas y su afectada alegría hacian un contraste estraordinario con el sonido de las flautas y de los instrumentos rústicos: y aquella diversion era mas propia para aumentar el miedo que para mitigarlo. En las mas de las ocasiones no se mostraba Luis en público sino para desmentir las noticias que se esparcian, de su fin próximo. Entonces este príncipe, presentándose algunos instantes en un balcon á los ojos del pueblo, procuraba disimular su estraordinaria flaqueza, su debilidad, su cárdena palidez, vistiéndose contra su costumbre, de tela de oro y cubriéndose la cabeza con sombrero adornado y cubierto de plumas: pero tambien con imágenes de la vírgen y de los santos, y con los talismanes de la supersticion mágica. La caza habia sido muchos años una de sus diversiones. Tan celoso de este placer como de su autoridad, lo prohibia en sus dominios, so pena de la vida, aun á los señores mas distinguidos. Habia mandado traer de todos los paises de Europa perros, halcones, búfalos, leones y panteras. Pero no pudiendo ya gozar de las diversiones de esta especie, se contentaba con su sombra: y Comines cuenta que formó un simulacro de cacería, dando de comer á las ratas en un cuarto de su palacio, y soltando contra ellas gatos que las persiguiesen.

intereses del nuevo rey (porque ya le daba este nombre), diciéndoles: "no comprometais la tranquilidad de los primeros momentos de su reinado, acometiendo antes de tiempo á Calés: y durante cinco ó seis años, evitad la guerra, aun con Maximiliano.» Conociendo poco despues que era llegada su última hora, mandó al canciller que llevase al rey los sellos, y le envió tambien los grandes dignatarios de palacio y una parte de su guardia.

Luis falleció el 30 de agosto de 1483 á la edad de 61 años, cuando ya concluía los 22 de su reinado. Enterrósele, como habia mandado espresamente, en Nuestra Señora de Clery. Tenia tanto empeño en que se cumpliese esta voluntad suya, que Sixto IV, por su solicitud, fulminó una bula de escomunion contra cualquiera que llevase su cadáver á otra sepultura. Se habia esparcido y desmentido tantas veces la noticia del fallecimiento de Luis XI, que cuando sucedió verdaderamente, dudó el pueblo algun tiempo de su realidad. Nadie se atrevia ni á mostrar dolor anticipadamente, ni á manifestar contento peligroso: porque lo uno y otro daba lugar á sospechas. Ademas, si no faltaba quien se alegrase de verse libre de yugo tan pesado, otros muchos para los cuales se habia hecho Luis muy amado, sentian haber perdido en él un apoyo tan firme contra la prepotencia de los grandes.

Duclos, despues de haber pasado con imparcialidad, quizá demasiada, las prendas

y las maldades de Luis XI, pronuncia así su sentencia: "puede decirse que fue igualmente célebre por sus vicios y sus *virtudes*; y todo bien compensado, *era un rey*." A la verdad no puede negarse á este príncipe la penetracion de su espíritu, la firmeza de su voluntad y la intrepidez de que dió tantas pruebas: ni que promulgó sabios reglamentos é instituciones útiles al bien público. Pero fue egoista, artificioso, perjuro, sanguinario, hijo ingrato, hermano desnaturalizado. Ninguna de sus acciones tuvo el sello de la grandeza de alma: debió sus triunfos á la fortuna, sus peligros á sus yerros políticos, sus reveses á su imprudencia y malignidad, el aborrecimiento que inspiraba, á sus violencias y perfidias. El esplendor de su trono, fue eclipsado por el gran número de cadahalsos que levantó, y la sangre de 4000 víctimas manchó su púrpura. No, *Luis no fue rey*: y puede decirse, en honor del trono, que de todos los reyes franceses de la tercer dinastía, si se exceptua Cárlos IX, fue el único que mereció el nombre de tirano. Para ser *rey*, es necesario empezar por ser *hombre*.

Compárese su conducta con la de san Luis. Ambos tuvieron el mismo objeto, á saber, la diminucion del poder feudal, y san Luis tuvo que trabajar mas, porque los barones eran mas poderosos en su siglo: pero la virtud dominaba en su corazon, y solo empleó su brazo en sostener los derechos justos del trono,

porque si queria que este tuviese fuerza, era solo para que pudiese sostener la justicia y la humanidad. Luis XI tenia un alma ambiciosa y vengativa, que no hallaba en el poder mas mérito que el de ser instrumento de su soberbia y de sus venganzas. Si la consolidacion de la autoridad régia produjo bienes á la monarquía y á la nacion, los medios de que se valió para conseguirla, prueban que no fue su intencion conseguir aquellos bienes, sino saciar sus horrendas pasiones. Así no es de estrañar el juicio imparcial de la historia, que cuenta á Luis IX en el número de los santos, y á Luis XI en el de los monstruos.

CAPÍTULO ADICIONAL.

Historia de Alemania desde la extincion de la casa de Suevia hasta el tratado de Westfalia.

La union de las casas de Austria y Borgoña, verificada en el reinado de Luis XI que acabamos de describir, segregando de la corona de Francia los feudos mas ricos y poblados de su parte septentrional, y poniendo en contacto la potencia dominante en Alemania con el reino de los Capetos, produjo entre una y otra dinastía la larga y funesta rivalidad que aun dura entre las dos naciones. Nos ha parecido pues que es este el lugar oportuno

para continuar la historia moderna del imperio germánico, que dejamos interrumpida en el capítulo adicional del tomo XVII, y dar á conocer por qué grado fue engrandeciéndose en Alemania la casa de Austria, hasta poseer la corona imperial hereditaria de hecho: qué aumento de poder le dió el casamiento de Maximiliano I con María de Borgoña: á qué punto de grandeza llegó cuando Cárlos V enlazó en su frente la corona imperial á la de España: cómo este poder, acometido por los turcos, los franceses, y los protestantes, aspiró sin embargo á subyugar toda la confederacion germánica, y cómo en fin se establecieron en el tratado de Westfalia las bases que aseguraron á un mismo tiempo los derechos de la dinastía dominante y la independencia de los príncipes del imperio. Largas y sangrientas lides, disueltos los lazos sociales por la introduccion del principio protestante: mezcladas las guerras y sediciones civiles con las estrangeras, y terminados estos males por los progresos de la ciencia diplomática y por el prudente sistema del equilibrio, que despues dió orígen á pretensiones y querellas de otra especie, son los objetos que habemos de describir, aunque con la concision á que nos obliga la ley de nuestra obra.

Este capítulo abraza un intervalo de cuatro siglos, y se divirá en cuatro secciones. La 1.ª llegará hasta el advenimiento al trono imperial, de Alberto II, cuando extinguida la su-

cesion varonil de la dinastía de Luxemburgo, volvió la corona á la casa de Austria, para no salir jamas de ella: la 2.ª hasta el advenimiento de Cárlos V: la 3.ª comprenderá el reinado de este célebre monarca, en el cual adoptó la Europa el sistema de política que duró hasta la revolucion de Francia, y la 4.ª, los sucesos que pasaron desde la abdicacion de Cárlos V, que dividió en dos ramas la dinastía austriaca hasta el tratado de Westfalia y muerte del emperador Fernando III.

SECCION I.

Desde la extincion de la casa de Suevia hasta el segundo advenimiento de la casa de Austria en la persona de Alberto II.

Rodulfo I, emperador de Alemania (1273). Despues del corto reinado del emperador Guillermo de Holanda, que sucedió á Conrado IV, último de la casa de Suevia, hubo en Alemania un grande interregno, en el cual divididos los electores entre Ricardo de Cornwalles, hermano de Enrique III, rey de Inglaterra, y Alonso X el sabio, rey de Castilla, puede decirse que no hubo verdadero emperador. Si Conradino, hijo de Conrado IV, hubiese triunfado en Italia, quizá habria podido sostener los derechos de la dinastía de Suevia, de la cual era el único bástago: pero este

jóven infeliz y digno de mejor suerte, fue vencido en la batalla del lago Celano ó de Tagliacozzo, por Cárlos de Anjou, hermano de san Luis, cayó en poder de su cruel vencedor y fue degollado en un cadahalso. Este infausto suceso separó enteramente los intereses de Alemania é Italia, unidos desde el reinado del emperador Oton I el grande.

Los princípes de Alemania no querian dar fin al interregno, porque mientras el imperio estaba sin cabeza, aumentaban en la anarquía y confusion su poder, sus riquezas y sus privilegios: y así no quisieron unirse á favor de ninguno de los dos pretendientes, alegando por disculpa que estarian á lo que decidiese la corte de Roma: y ésta, escarmentada en los males que habia causado en Italia la ambicion de los últimos emperadores, tampoco se daba mucha prisa á decidir, pretestando que no queria ofender á ninguno de los dos ilustres y poderoses rivales.

Pero esta situacion de cosas no podia durar mucho tiempo. La mayor parte de los electores se decidieron por Alonso de Castilla, y este príncipe habria ceñido la corona imperial, si los negocios de su reino, la guerra con los moros y la distancia no le hubiesen impedido pasar á Alemania. El desorden y la confusion crecia con la prolongacion del interregno que duró 15 años: los príncipes, que habian adquirido grande poder, querian ya un orden regular de cosas que lo consolidase:

el papa Gregorio X, apartándose de la política de sus antecesores, deseaba dar á la Alemania un gefe, que le auxiliase en la guerra que meditaba contra los sarracenos de Oriente: el rey de Castilla no llegaba: reuniéronse pues los electores en Francfort, comprometieron sus votos en el de Luis el Severo, conde palatino de Baviera, y este nombró á Rodulfo, conde de Habspurg, el menos poderoso de sus rivales; pero estimado ya por su capacidad y su valór.

Sus posesiones se reducian al castillo de Habspurg en Suiza, y á algunas posesiones en Suevia y Alsacia; y como otros muchos caballeros de Alemania, fue oficial en el palacio de Otocaro, rey de Bohemia. Este príncipe, que no habia asistido á la dieta de eleccion, sino por medio de sus embajadores, no quiso reconocer á Rodulfo: y cuando los enviados de la dieta le instaron á que le prestase homenage, respondió: «nada le debo: porque le he pagado sus sueldos con mucha puntualidad." El rey de Castilla protestó contra la eleccion de Rodulfo, y aun tuvo una conferencia con el papa en Beaucaire para reclamar sus derechos al imperio: pero llegó tarde, porque ya Rodulfo se habia coronado en Aix la Chapelle: y aunque no renunció á sus esperanzas, nunca pudo realizarla, detenido siempre en España.

Guerra con Bohemia: batalla de Viena. (1277). Rodulfo puso á Otocaro en el ban-

do del imperio, acusándole porque desconocia su autoridad, y tenia usurpadas las provincias de Austria, Carintia, Carniola y Estiria, de que se habia apoderado durante el interregno, alegando los derechos de Margarita su muger, hermana de Federico el belicoso, último duque de Austria. La casa de Baviera tenia pretensiones á aquellos estados, que se habian desmembrado de ella, negando que las hembras pudiesen adquirirlos.

Cuando el emperador se hallaba ya en el centro del Austria para hacer la guerra á Otocaro, por mediacion de algunos príncipes del imperio se suspendieron las hostilidades, y se hizo un convenio, segun el cual Otocaro debia conservar la Bohemia y la Moravia, con cargo de recibir la investidura imperial, y dar en dote los estados de Austria á su hija Inés, que casaria con Rodulfo, quinto hijo del emperador. Otocaro, aunque con suma repugnancia, pasó adonde estaba Rodulfo á recibir de él la investidura de Bohemia y á prestarle el homenage. Pidió y obtuvo que esta ceremonia, humillante para su soberbia, se celebrase privadamente en una tienda cerrada: pero en el momento mas esencial del homenage, ó por acaso, ó por orden del emperador, que queria castigar su orgullo, se abrió el pabellon por entrambas partes, y los cortesanos de uno y otro príncipe vieron al rey de Bohemia postrado á los pies del que habia sido mayordomo de su palacio.

El enojo que recibió Otocaro por este suceso, se aumentó con los denuestos que le dijo su esposa, tan orgullosa como él, cuando volvió á su reino, por haber sufrido aquella que llamaban ignominia. Resuelto pues, á vengarla, quebrantó la paz, juntó poderoso ejército, entró en Austria, donde le salió al encuentro Rodulfo, y cerca de Viena se dió una terrible batalla, en que Otocaro fue vencido y muerto despues de haber hecho prodigios de valor peleando casi solo y abandonado de los suyos.

Este combate terminó la guerra y decidió de la superioridad de la familia de Rodulfo en Alemania. Wenceslao, hijo de Otocaro, que quedaba en menor edad, heredó el reino de Bohemia, donde el emperador nombró regente á Oton, marqués de Brandemburgo. El Austria fue gobernada primero por sus propios estados: despues se dió en administracion á Alberto, hijo mayor de Rodulfo, y últimamente en propiedad con el título de duque, á pesar de los derechos y reclamaciones de la casa de Baviera. La familia de Habspurg tomó entonces el nombre, mas grandioso de Austria que conserva en nuestros dias: y Rodulfo, que tuvo la gloria de ser el fundador de su grandeza, respetado y temido, no tuvo otras guerras que sostener durante su reinado, sino contra las numerosas cuadrillas de ladrones, que se habian formado en el interregno, y que consiguió estirpar. Dividió la Turingia en dos

partes, dando la oriental al duque de Misnia, y la occidental á los de Brabante con el título de Landgrave de Hesse: nombró á su hijo Rodulfo duque de Suevia, dándole con este título las posesiones que la desgraciada familia de Suevia tenia en aquel pais, y de que se apoderaron los señores cercanos mas poderosos durante el interregno. En fin, estableció la paz pública, es decir, la prohibicion de las guerras privadas, por tres años; y logró prolongarla hasta su muerte, que se verificó el 30 de setiembre de 1291, á los 73 años de edad y 18 de reinado.

El fundador de la nueva dinastía adoptó con respecto á los negocios de Italia una política muy diferente de la que habia arruinado las casas de Franconia y Suevia. Sin renunciar á los derechos que como emperador le pertenecian, procuró hacerlos útiles, vendiendo en grandes sumas las repúblicas de Luca Florencia, Génova y otras ciudades, la libertad que ya tenian de hecho. Conservó siempre estrecha amistad con la corte de Roma: mas ni quiso pasar á Italia á recibir la corona de manos del sumo pontífice, ni ser gefe de la cruzada que Gregorio X predicó contra los sarracenos. Conservó buena armonía con la casa de Anjou que dominaba en Nápoles, aunque se opuso con grande vigilancia á que dominase en el norte de Italia, y logró reducirla al mediodia, donde las vísperas sicilianas y la guerra con los aragoneses que se apoderaron

de Sicilia, dieron bastante que hacer á los angevinos para que estendiesen sus miras ambiciosas á los estados del centro y del septentrion de la península.

Rodulfo tuvo numerosa posteridad: Alberto, duque de Austria, su hijo mayor; Rodulfo, duque de Suevia, y otros cuatro hijos fallecieron sin sucesion: Matilde, muger de Luis el severo, conde palatino de Baviera: Ines, de Alberto II duque de Sajonia: Heduvigis, de Oton, marqués de Brandemburgo: Guta, de Wenceslao, rey de Bohemia: Clemencia, de Cárlos Martel, rey de Ungría: Margarita, de Teodorico, conde de Cleves: Catalina, de Oton, duque de Baviera; y Eufemia, que fue religiosa. Los enlaces de la familia de Rodulfo con las principales de dentro y fuera del imperio, dieron principio á su elevacion, y consolidaron su poder: y como su casa se engrandeció en todas épocas por medio de los matrimonios, se dijo de ella el famoso verso latino que ha quedado en proverbio:

«Bella gerant alii: tu, felix Austria, nube.»
Sigan otros las armas: tu á las bodas,
Austria felice, tus victorias debe.»

Adolfo de Nassau, emperador (1292). Gerardo, arzobispo de Maguncia, viendo que Alberto de Austria, hijo de Rodulfo, tenia casadas cuatro hermanas con los cuatro electores

seculares y miraba como segura su eleccion, se valió del siguiente ardid para que fuese nombrado emperador su primo Adolfo, conde de Nassau, y uno de los príncipes mas pobres del imperio. Reunida la dieta, persuadió separadamente á cada elector, que el enemigo de quien mas tenia que temer iba á ser nombrado. Los príncipes, no queriendo ver á sus contrarios adornados con la diadema, comprometieron sus votos en el arzobispo de Maguncia, "á condicion, le dijo, cada uno de que no nombreis á mi enemigo." Gerardo nombró á Adolfo de Nassau, que no era enemigo de nadie, y todos se admiraron de ver excluido á Alberto de Austria. Sin embargo, Adolfo fue reconocido emperador, aun por el mismo Alberto, y coronado en Aquisgran.

Adolfo de Nassau no poseía ninguna prenda estimable sino el valor de un soldado, de que habia dado brillantes pruebas en una guerra, de las que solian hacerse los barones, contra el duque de Brabante, cuyas tropas derrotó en cinco batallas campales. Pero en la sexta fue hecho prisionero, y la historia ha conservado el diálogo que tuvo con su vencedor. Llevado á la presencia del duque, le preguntó éste como burlándose quién era: "Yo soy, respondió, el conde de Nassau, y mis dominios á la verdad no son muy extensos: pero tú, que me lo preguntas, ¿quién eres?" "El duque de Brabante, á quien has hecho guerra ostinada, dando

muerte á los cinco mejores generales que yo tenia, en cinco batallas.» "Pues yo me maravillo, dijo Adolfo, cómo te has escapado tú de mi espada: porque solo contra tí la habia afilado.» Esta respuesta atrevida y brutal fue tan del agrado del duque, que le dió libertad, le hizo muchos regalos, y concluyó paces con él.

El valor de Adolfo era el de un soldado intrépido, y ni se unia á la prudencia y pericia de un buen general, ni compensaba la avaricia, el orgullo y deshonestidad que afeaban su carácter. Su disolucion no conocia freno, y fueron objeto y víctimas de ella las esposas de los barones mas respetables, y aun las mismas religiosas no estaban seguras en los monasterios.

Empleó el primer año de su reinado en someter algunas ciudades imperiales que no quisieron reconocer su autoridad. La que mas le resistió fue de Colmar en Alsacia, que se le entregó despues de un sitio de tres semanas. Los gefes de la rebelion fueron castigados con horribles suplicios.

En 1294 empezaron sus desavenencias con Felipe el Bello, rey de Francia, y con ellas los sucesos que prepararon su ruina. Eduardo I, rey de Inglaterra, que estaba en guerra con Felipe, solicitó la alianza del emperador, y la consiguió, mediante cuantiosos subsidios que le pagó para que hiciese por su parte guerra á Francia. Adolfo envió embaja-

dores á Felipe, reclamando la restitucion del antiguo reino de Arlés y del condado de Borgoña, que habian sido en otro tiempo feudos del imperio. Las proposiciones de la embajada fueron tan arrogantes, que Felipe no dió mas respuesta que una carta muy grande en la cual se leían solo dos palabras: *demasiado aleman.* Al mismo tiempo solicitó á Alberto de Austria para que se declarase contra Adolfo. La animosidad entre estos dos príncipes era cada dia mayor. El emperador habia pedido al duque la mano de una de sus hijas para su hijo. Alberto le respondió "que lo haria con mucho gusto, si con esta boda pudiese su hija llegar á ser princesa." Esta respuesta ofendió mucho á Adolfo.

Eduardo de Inglaterra logró muy poca utilidad de su alianza con el emperador: porque éste, habiendo llegado con su ejército á las orillas del Rin, en lugar de emplear los subsidios que habia recibido en hacer la guerra contra Francia, compró con ellos el landgraviato de Turingia, que le vendió Alberto, marqués de Misnia, desheredando á sus hijos á quienes aborrecia. Pero Adolfo perdió el dinero y el honor: porque los estados de la provincia opusieron tanta resistencia al padre desnaturalizado y al monarca ambicioso, que jamas pudo ponerse Adolfo en posesion de aquellos dominios.

Este acto de injusticia, y el deshonor que recaia sobre los alemanes por no haber cum-

plido Adolfo sus promesas al rey de Inglaterra, llevó á lo sumo el descontento que sus vicios y desórdenes inspiraban. El mismo arzobispo de Maguncia, á quien debia su elevacion, se ligó con los demas príncipes y electores para deponerle y dar la corona á Alberto de Austria, que juntando un ejército, marchó hácia el Rin; pero hallándose inferior en número, y viéndose perseguido, á favor de una tregua de veinte y cuatro horas que pidió y se le concedió, se retiró á Strasburgo, valido de las tinieblas de la noche.

Entretanto, tres electores, en cuyos votos se habian comprometido los demas, se reunieron en Maguncia, depusieron á Adolfo, y proclamaron emperador al duque de Austria. Alberto pasó á aquella ciudad desde Strasburgo, y fue reconocido. Adolfo marchó contra él, y engañado por sus espías á quienes sobornó el enemigo para que le dijesen que Alberto huía en el mas espantoso desórden, deseoso de alcanzarle, se puso al frente de un cuerpo poco numeroso, aunque escogido, de caballería. Pero, ¡cuál fue su sorpresa cuando al llegar cerca de Geinheim en el territorio de Spira encontró al enemigo puesto en orden de batalla, y dividido en tres cuerpos, que se movian para rodear su destacamento! No se desmintió en este peligro la intrepidez de Adolfo. Acomete á los contrarios, buscando su rival, cuya muerte sola podia salvarle de su ruina. Los austriacos se

abren para recibirle y rodearle, y cuando se encontró con Alberto, esclamó: "no te escaparás de mí: aquí me abandonarás la corona.» Alberto replicó: "eso lo decidirá la voluntad de Dios.» Empieza el terrible combate entre los dos: el austriaco dió una estocada á Adolfo cerca de un ojo, que le hizo caer del caballo: y ya en tierra, le dió muerte un caballero del duque. Así se terminó esta guerra civil, con muy poca sangre: pues apenas murieron cien hombres en la accion. Adolfo dejó muchos hijos: los mas conocidos en la historia son Gerlac, que le sucedió en el condado de Nassau, y Matilde, que casó con el conde Palatino de Baviera. Reinó seis años.

Alberto I, emperador (1298). Alberto de Austria fue elegido de nuevo, para hacer mas legítima su elevacion, y quedó dueño del imperio. Atento, como su padre Rodulfo, al engrandecimiento de su casa en Alemania, conservó paz y buena amistad con la corte de Francia y con la santa Sede, y no tuvo la menor intervencion en los negocios de Italia. Durante los diez años que reinó, sostuvo muchas guerras en Alemania, dirigidas todas á aumentar sus dominios y sus riquezas.

La primera fue en 1302 contra los tres electores eclesiásticos y contra el conde Palatino del Rin, que durante la anarquía del pasado interregno se habian apoderado de todos los peages del Rin que pertenecian al imperio. Esta guerra terminó con el sitio y to-

ma de Bingen, que fueron famosos en aquel tiempo. Alberto tomó esta plaza por asalto, é impuso la ley á los electores despojándolos de los derechos que habian usurpado, y restituyéndolos al imperio.

Al año siguiente hizo guerra á Wenceslao, rey de Boemia é hijo de Otocaro, pretendiendo tener parte en las minas de aquel reino, y reclamando algunos territorios. La campaña, en cuyos principios tuvo algunas ventajas, acabó infelizmente para él: porque los habitantes de Boemia envenenaron las fuentes, y hubo de evacuar el reino con gran mortandad de sus tropas; pero en 1303, deseando Wenceslao asegurar la causa de Ungría, vacante por muerte de Cárlos Martel, á Wenceslao VI, su hijo, hizo paces con Alberto, que podria oponer eficaz resistencia á sus designios, y le cedió algunas tierras y minas. Wenceslao VI reunió á la corona de Ungría la de Boemia por fallecimiento de su padre Wenceslao V: pero su soberbia y crueldad le hizo odioso á sus vasallos de ambos reinos, y pereció asesinado en Olmutz, capital de Moravia, donde habia ido á sosegar una sedicion, en 1305. No dejó sucesion: y la mayor parte de los boemios eligieron por rey á Enrique, duque de Carintia, y marido de una hermana de Wenceslao VI: pero Alberto se anticipó, entró en Boemia con un ejercitó, y colocó en el trono á su hijo mayor Rodulfo, duque de Austria; siendo ésta la vez primera

que un príncipe austriaco ciñó aquella corona. En Ungría reinó Caroberto, hijo de Cárlos Martel y de Clemencia, hermana del emperador, no sin disputar el cetro con Oton, duque de Baviera, á quien los úngaros habian elegido: pero el influjo de Alberto á favor de su sobrino, y los auxilios de Oton, destruyeron la pretension del bávaro, que vencido en una batalla, hecho prisionero, y habiéndose escapado de la prision, volvió á Baviera, y dejó libre el trono á su competidor. En los principios de esta lid, reconociendo los partidarios de Oton que su mayor contrario era Alberto, le dieron un veneno: los médicos lo conocieron á tiempo, y colgando al enfermo de los pies, le administraron remedios para que vomitára la pócima. Esta cura surtió buen efecto: pero en las bascas y en los esfuerzos violentos que hizo el emperador, se le saltó un ojo: de donde le vino el renombre de *Tuerto*.

En 1306 emprendió otra guerra para poner á Felipe de Nassau, hermano de Adolfo, en posesion del landgraviato de Turingia, comprado tan malamente como ya hemos dicho, por este emperador. El intento del austriaco era adquirir para sí alguna parte de aquellos estados. En esta guerra fue vencido por los hijos de Alberto, marques de Misnia, á quienes pertenecia de derecho el señorío, y que quedaron en posesion pacífica de él.

Independencia de los suizos (1307). Los

habitantes de la antigua Helvecia, pobres, valerosos y felices, se habian conservado, durante todas las vicisitudes del imperio de los francos, viviendo segun sus antiguas leyes y costumbres, aunque gobernados primero por los reyes austriacos, despues por los de Germania, á cuyo imperio quedaron definitivamente agregados. No admitian privilegios de nobleza, y el empeño que algunos emperadores de Alemania hicieron para introducirlos en aquel pais, dió motivo á varias sediciones. En la última que fue en el año de 1260, arrojaron los helvecios á los que habia en su pais.

Alberto de Austria, tanto por los bienes patrimoniales que gozaba en Helvecia, como en calidad de emperador, enviaba gobernadores á los diferentes cantones. Gesler, uno de ellos, trató inhumanamente á los del canton de Vri, obligando bajo crueles penas á los habitantes á saludar un espantajo, que habia puesto en una percha junto al castillo de Lejug, que habia edificado cerca de Altorf. Al célebre Guillermo Tell, que no quiso someterse á esta humillacion, le obligó á derribar de un flechazo una manzana que mandó poner sobre la cabeza de su hijo, y despues de haberla derribado sin daño del inocente niño, le condenó á prision perpétua. Guillermo logró escaparse de los que le conducian á ella, y animó á los otros cantones contra la tiranía de los ministros del empe-

rador, que era igual en todas partes. El teniente del gobernador de Underwald cometió crueldades inauditas: su última atrocidad fue mandar asesinar á una muger que se negó á satisfacer sus impuros deseos. Hasta allí llegó la paciencia helvética. Los cantones de Schwitz, Vri y Underwald formaron la famosa confederacion suiza, que tomó su nombre del de Schwitz, arrojaron á los gobernadores de Alberto, y se proclamaron independientes.

El emperador marchaba contra ellos, cuando fue asesinado en Rinfeld por su sobrino Juan, duque de Suevia, hijo de su hermano Rodulfo, y al cual dilataba bajo diversos pretextos, restituirle el ducado, de cuya administracion se encargó, cuando murió Rodulfo, por haber quedado Juan en menor edad. El asesino huyó á Italia, y acabó sus dias en un convento haciendo penitencia: y sus estados se reunieron á los de la casa de Austria. De sus cómplices solo uno, llamado Varth, cayó en manos de la justicia, y fue atado á la cola de un caballo, arrastrado y partidos sus huesos con barras de hierro.

Los hijos de Alberto fueron Rodulfo el piadoso, duque de Austria y rey de Bohemia, que falleció sin sucesion antes que su padre, por lo cual recayó la corona de aquel reino en Enrique, duque de Carintia: Federico el Hermoso: Leopoldo el Glorioso, Enrique Oton, y Alberto el Contrecho que conti-

nuó la sucesíon varonil de la casa de Austria, despues de la muerte de sus hermanos. Sus hijas fueron Ines, casada con Andres I, rey de Ungría, antecesor de Cárlos Martel: Isabel, con Federico, duque de Lorena: Ana, con Herman, marques de Brandemburgo, y en segundas nupcias con Enrique, duque de Breslaw: Catalina, con Cárlos, duque de Calabria, y Guta, con Luis, conde de Oestingen. Este emperador fue mas ambicioso que justo ni político: y perdió la vida por el desordenado deseo de aumentar sus posesiones con los bienes agenos.

Enrique VII de Luxemburgo, emperador (1308). Despues de la muerte de Alberto I, se presentaron como candidatos de la corona imperial Enrique, conde de Luxemburgo, y Carlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, rey de Francia. El interregno duró siete meses; y se habria prolongado mas tiempo segun las dificultades que tuvieron los electores para convenirse, si el papa Clemente V, que residia en Aviñon, donde habia trasladado la corte pontificia, no les hubiese escrito que acelerasen la eleccion, si no querian ver sometida la Alemania al yugo frances: porque Felipe trataba de emplear todas sus fuerzas á favor de su hermano; y el papa, á quien era muy gravosa la especie de sujecion política en que le tenia la corte de París, previa facilmente, que si llegaba á dominar un príncipe frances en Alemania, no quedaba

ningun recurso á la santa Sede para sustraerse á la influencia de dicha corte.

Fue, pues, elegido unánimemente, por emperador Enrique de Luxemburgo, príncipe de un pequeño estado, pero gran capitan, adornado de virtudes religiosas y civiles, y generalmente muy estimado y querido. Su primer cuidado, apenas recibió la corona imperial, fue terminar las disensiones de Boemia, donde despues de la muerte de Rodulfo de Austria, dominaba Enrique, duque de Carintia, á favor de un partido, y con el auxilio de un ejército de comanos; pueblo feroz de Tartaria, que á principios del siglo XIII invadió, incorporado con los mogoles, el mediodia de Rusia y Polonia, y el norte de Ungría donde se establecieron. Estos bárbaros, que Enrique habia tomado á su sueldo, y que le acompañaron en su espedicion á Boemia, cometieron tantas atrocidades en este reino, que sus habitantes sublevados corrieron con armas á Praga, y junto á sus muros dieron batalla á los comanos, y los esterminaron completamente. Enrique huyó á su ducado de Carintia: y los bohemios eligieron por rey á Juan de Luxemburgo, hijo del emperador, á condicion de que recibiese por esposa á Isabel, hija de Wenceslao V, rey de Boemia. Enrique ponia dificultades en este matrimonio, porque la princesa tenia fama de poco honesta. Cuando Isabel supo que esta sospecha era la causa de dilatarse los conciertos, se presentó al empera-

dor casi desnuda, y le dijo: "nunca falté á la castidad: haced que me examinen las matronas." Enrique, admirado de tanta osadía, lo repugnaba: pero vencido de sus instancias, la sometió al examen, y siendo reconocida por vírgen, la casó con su hijo. Así adquirió la casa de Luxemburgo el cetro de Boemia.

El emperador, que era amigo de la casa de Baviera, quiso restituir el ducado de Austria: pero Federico, hijo de Alberto I, le envió á decir: "la sucesion de estos estados ha costado ya la vida á cinco monarcas: mirad no seais el sexto." Enrique renunció á esta empresa, que podria causar una guerra civil muy peligrosa en el imperio, y aun estrechó amistad íntima con Leopoldo de Austria, hermano del duque Federico, que le sirvió siempre con gran fidelidad.

Espedicion de Enrique VII á Italia (1310). Enrique VII renovando las pretensiones sobre Italia, abandonadas con gran prudencia política por los dos emperadores anteriores de la casa de Austria, pasó los Alpes con ejército poderoso, so color de coronarse en Roma, pero con la firme resolucion de hacer que fuese reconocida y respetada la autoridad imperial en la península.

Esta espedicion fue inútil para Alemania, y le costó un ejército floreciente y la vida del emperador. En Milán favoreció Enrique á Visconti, y la faccion de los de la Torre em-

prendieron asesinarle un dia que la mayor parte de los soldados alemanes estaban fuera de la ciudad, á ver el suplicio de un delincuente condenado al fuego. Enrique se hizo fuerte en su palacio: Leopoldo de Austria abrió las puertas de la plaza, que habian cerrado los conjurados, y llamó las tropas, que acudieron y salvaron al emperador. Desde esta época favoreció á los Visconti, y empezó esta familia á ser poderosa en Lombardía. El emperador arrojó de todas las ciudades á los de la faccion contraria. La de Brescia le hizo ostinada resistencia, y la tomó despues de un sitio en que perdió gran parte de su ejército.

Pasó despues á Génova y á Pisa que le reconocieron: pero Florencia le cerró sus puertas. Habiendo llegado á Roma por el camino de Arezo, halló la capital del mundo cristiano dividida en dos facciones: la de los Colonas que estaban por él, y las de los Ursinos sometida á Roberto de Anjou, rey de Nápoles, al cual habia dado el papa Clemente V la comision de oponerse á los proyectos ambiciosos de Enrique. El emperador tuvo que entablar largas negociaciones diplomáticas y dar sangrientos combates para conseguir que cinco cardenales le coronasen en nombre del papa: pero su autoridad fue tan poco reconocida, que en el banquete que dió para celebrar la coronacion, recibieron los convidados algunas pedradas de los enemigos.

Enrique se volvió á Pisa resuelto á hacer guerra al rey de Nápoles, para lo cual hizo alianza con Fadrique, rey de Sicilia, y enemigo de la casa de Anjou: pero cuando iba á empezar las operaciones militares, falleció en Bonconvento, aldea del territorio de Sena, no envenenado con una hostia, como han dicho algunos historiadores, sino de un asbceso que se le formó debajo de la rodilla. Juan de Luxemburgo rey de Boemia, único hijo que tuvo, desmintió 33 años despues la noticia que corria de haber fallecido de veneno. Enrique VII tuvo tres hijas: Beatriz, esposa de Caroberto, rey de Ungría: María, de Cárlos IV el Hermoso, rey de Francia; é Inés, de Rodulfo, conde Palatino.

Luis V de Baviera, emperador (1314). Mientras los Visconti, en calidad de vicarios del imperio, dominaban en Lombardía, único efecto de la impolítica espedicion de Enrique VII, Alemania fue víctima de una guerra civil de sucesion. Presentáronse como candidatos al imperio Luis, duque de Baviera, hijo de Luis el Severo, y Federico, duque de Austria, hijo del Emperador Alberto I.

Cinco electores, reunidos en Francfort, eligieron á Luis, que fue coronado en Aquisgran: pero los otros dos, que eran el arzobispo de Colonia y el conde palatino del Rin, formaron un congreso en Saxenchausen, villa cercana á Francfort, y dando el derecho

de sufragio á otros varios príncipes que carecian de él desde muchos años antes, y que estaban reunidos con ellos, nombraron emperador á Federico de Austria, y le coronaron en Roma. Dividiéronse las provincias de Alemania, favoreciendo unas al bávaro, otras al austriaco; al cual favorecia tambien la corte pontificia de Aviñon, inclinada siempre á la familia de Rodulfo de Habisjurg, mas sumisa á la santa Sede y menos ambiciosa de engrandecerse en Italia.

La guerra civil empezó. La primer batalla se dió junto á Eslingen, ciudad de Suevia, colocada cerca del rio Necker, á la cual habia puesto sitio Federico, y en cuya defensa acudió Luis. El combate fue largo, sangriento é indeciso: porque Luis perdió mayor número de soldados y se retiró para hacer una invasion en Austria: y Federico, por acudir á la defensa de sus estados hereditarios, tuvo que levantar el sitio de Elingen. Este mismo año los suizos, animados por la guerra civil de Alemania, hicieron perpetua la confederacion de los tres cantones de Schwitz, Vri y Underwald, á la cual se agregaron sucesivamente los demas; y vencieron en un sangriento combate á Leopoldo de Austria, hermano de Federico, que con poderoso ejército habia entrado en su territorio para subyugarlos.

Batalla de Muldorf: prision de Federico de Austria (1322). Esta guerra civil duró ocho años, y se peleó ostinadamente, no solo

en Alemania, sino tambien en Italia: porque el pontífice Juan XXII, que pretendia someter los dos rivales á la sentencia que él diese en Aviñon, y que favorecia á Federico mas que á Luis, nombró á Roberto, rey de Nápoles, vicario de la santa Sede en Italia, y destituyó á los Visconti y demas vicarios imperiales que Enrique VII habia establecido en el centro y el norte de la península. D. Fadrique, rey de Sicilia, era favorable á los gibelinos, ó partidarios del imperio. El rey Roberto era caudillo de los güelfos, esto es, de los amantes de la santa Sede y de la independencia italiana.

La querella de los dos rivales se decidió en Alemania en la célebre batalla del Muldorf. Los austriacos tenian dos ejércitos: uno en la baja Baviera sobre las orillas del Inn, mandado por Federico en persona, y otro á las órdenes de su hermano Leopoldo en las cercanías del Rin. El emperador, conociendo que si los dos hermanos reunian sus fuerzas, no podria resistirles, formó el proyecto de batirlos separadamente, y marchó contra Federico, que estaba acampado en las llanuras de Muldorf. Su ejército constaba de 30000 infantes y 3000 caballos: el del austriaco era superior en caballería y menor en infantería.

El 28 de setiembre de 1322 se encontraron los dos competidores, resueltos á decidir su larga querella en una batalla campal. Luis dió mucha estension al frente de sus líneas.

para no ser flanqueado por la caballería enemiga, y confió el mando de su cuerpo de reserva al Burgrave de Nuremberg con instruccion de ocultarse detras de una eminencia cercana al campo de batalla, de atravesar la altura y de acometer al enemigo cuando viese que era ocasion.

Dada la señal, se dió la batalla, que duró 12 horas de sol á sol. Federico, mas soldado que general, mató por su mano mas de 50 enemigos, rompió la caballería bávara y la persiguió á mucha distancia teniendo por segura la victoria. Luis, no menos esforzado, pero mas prudente, mandó á su caballería echar pie á tierra, pelear con la infantería, que iba ciñendo y rodeando á la del enemigo. En esto bajó de la eminencia el Burgrave de Nuremberg con banderas austriacas para engañar á Federico que creyó ser el ejército de Leopoldo que llegaba en su favor. Pero apenas estuvo el Burgrave á tiro de flecha, hizo la primera descarga de sus dardos con gran mortandad de los austriacos, y los acometió despues por la espalda. Cogidos los de Federico entre dos ejércitos, aunque pelearon con valor, fueron casi todos muertos ó prisioneros. Enrique, hermano de Federico, pereció en el campo de batalla. Luis hizo prisionero á su rival, le trató muy generosamente, y le dió libertad, aunque no la gozó mucho tiempo, habiendo fallecido poco despues. Su hermano Leopoldo, que le sucedió en el ducado de

Austria, despues de una vana tentativa que hizo de acuerdo con Juan XXII, enemigo personal del bávaro, para dar la corona del imperio á Cárlos IV el Bello, rey de Francia, se reconcilió con Luis de Baviera, reconocido ya en toda Alemania, y recibió el título de vicario general del imperio.

Espedicion de Luis V á Italia: sitio de Pisa (1327). Luis de Baviera pudo haber reinado felizmente, si contento con la gloria adquirida, hubiese limitado su ambicion á la posesion del imperio. Pero deseaba vengarse de Juan XXII: queria favorecer á los gibelinos de Italia, y por medio de ellos restituir á la corona imperial sus derechos antiguos en aquel pais: y tuvo la imprudencia de consumir las fuerzas de Alemania en una lid, tantas veces repetida y perdida por los alemanes, que habian hallado siempre su sepulcro en la península.

Pasó pues, los Alpes, restableció los vicarios, gibelinos, recorrió sin obstáculo la Lombardía, y puso sitio á Pisa, que estaba por los güelfos. Esta ciudad le prometió pagarle 60000 libras de oro, á condicion que continuase su camino sin entrar en ella. El emperador no quiso y estrechó la plaza, la cual, habiendo nacido discordias entre sus defensores, se rindió á discrecion despues de un mes de sitio

Esta victoria le hizo formidable en toda Italia: y le abrió las puertas de Roma, que los napolitanos no se atrevieron á disputarle. Allí

fue coronado emperador; allí afectó la supremacía, tan olvidada ya de los gefes del imperio sobre los papas y demas príncipes de la cristiandad: depuso á Juan XXII, y condenó á este pontífice y á Roberto, rey de Nápoles, nada menos que á ser quemados vivos: en fin, creó antipapa á Pedro de Corbieres, que tomó el nombre de Nicolao V. Pero ya habia muerto la autoridad imperial en Italia, y todos los esfuerzos de Luis no consiguieron mas que darle aquella apariencia convulsiva de vida que suelen tener los miembros de un cadáver cuando se les aplica la pila galbánica.

El papa declaró á Luis destituido del imperio: el rey de Nápoles defendió tan intrépidamente las fronteras de su reino, que las tropas del bávaro no pudieron pasarlas y fueron rechazadas y perseguidas. Los napolitanos que eran dueños de Ostia se acercaron á Roma y la bloquearon: el pueblo, irritado por los procedimientos hechos contra el pontífice, por la creacion del antipapa, y por la escasez que produjo el bloqueo, se declaró contra Luis; y este príncipe que en el mes de enero de 1328 habia sido recibido en Roma con los mayores aplausos, salió en el de agosto, sin dinero, casi sin tropas, cargado de la maldicion pública y perseguido por sus enemigos. Siguióle su antipapa Pedro de Corbiere, que arrepentido poco despues de ser instrumento de un cisma, solicitó y logró, de la Iglesia y del sumo Pontífice, el perdon de su

pecado. De Roma fue Luis á Pisa, despues á Lombardía, y en fin, al año siguiente volvió á Alemania, sin haber sacado de su espedicion otro fruto que el de la guerra civil y contínua que durante el resto de su reinado sufrió el imperio.

Apenas Luis pasó los Alpes cuando las ciudades que favorecian su partido en Italia, se unieron al sumo Pontífice: porque los Visconti de Milán, los Escaligetos de Verona y los demas tiranos que se habian apoderado de las repúblicas de la península, querian mejor ejercer su autoridad como delegados de la santa Sede que como vicarios del emperador cuyas armas temian, y así hicieron, unos mas pronto, otros mas tarde, su sumision á la santa Sede. Juan XXII trató siempre como cismático á Luis, y solicitó á los electores de Alemania para que nombrasen otro emperador. Sus esfuerzos fueron inútiles por entonces, porque Juan de Luxemburgo, rey de Boemia, é hijo del emperador Enrique VII, era muy amigo de Luis, que acababa de nombrarle su vicario general en Italia: y Oton, duque de Austria, que habia sucedido á su hermano Leopoldo, era de una complexion sumamente débil y tenia muy poca ambicion. Este príncipe murió sin hijos, y dejó sus estados á Alberto el contrecho, último de los hijos de Alberto I, y que siendo eclesiástico, con dispensas del papa se casó, y continuó la sucesion de la casa de Austria que sin él se hubiera estinguido.

Espedicion de Juan de Boemia en Italia (1331). Viendo el emperador descaecido su poder en Italia, envió con tropas á este pais á Juan, rey de Boemia, su vicario: el cual se apoderó de Bérgamo y solicitó otras plazas, fingiendo que obraba en nombre de la santa Sede. Este fingimiento se trocó en realidad: porque habiéndole insinuado Beltran de Poyet, legado de la santa Sede en Lombardía, que Roma no llevaba á mal que se hiciese señor de las plazas que conquistase, pero que se opondria con todas sus fuerzas á que las volviese al poder de Luis de Baviera, hizo un tratado secreto con el legado, cuyo espíritu era acabar con los miserables restos de la autoridad imperial en Italia. Apenas fue conocido el convenio, se declararon contra él todos, güelfos y gibelinos, viendo amenazada su libertad: pues les importaba muy poco que su tirano se llamase Luis de Baviera ó Juan de Luxemburgo.

El rey de Boemia, teniendo necesidad de nuevas tropas, pasó á Alemania á alistarlas, dejando en Parma, centro de sus conquistas, á Cárlos su hijo, marqués de Morabia: mas el emperador, que sabia ya sus designios, le suscitó tantos enemigos, que no le fue posible volver á Italia por entonces. Casimiro, rey de polonia, Cariberto, rey de Ungría; el duque de Austria, y el marqués de Misnia hicieron guerra á Boemia con diversos pretestos. Al mismo tiempo su hijo Juan fue despojado

de los estados de Carintia que le pertenecian por su muger: enojado con Luis, autor de este despojo, se declaró contra él manifiestamente, y empezó á fomentar en Alemania partidos y disensiones funestas que duraron muchos años.

Segunda espedicion de Juan de Luxemburgo en Italia: batalla de Ferrara. (1332). Juan de Boemia hizo paces con los reyes de Ungría y Polonia por mediacion del papa, y empezó á solicitar los electores del imperio á fin de que llevasen á efecto la sentencia de Juan XXII contra Luis, y le diesen á él la corona imperial. Al mismo tiempo se ligó con los príncipes de Italia, que temian la restauracion de la autoridad de Luis: pero no menos temian la prepotencia del boemio: y así al mismo tiempo que se confederaban con él contra el emperador, sitiaron á Parma, y obligaron á su hijo Cárlos á entregarles esta plaza y volverse á Alemania.

El rey de Boemia tuvo en Aviñon una conferencia con el pontífice; y en ella convinieron que pasase á Italia á arreglar los negocios de Lombardía: y así habiendo juntado un ejército, al cual Felipe de Valois, rey de Francia, agregó un cuerpo de tropas considerable, mandado por el conde de Armagnac, atravesó los Alpes, é hizo guerra á Azon Visconti, señor de Milán, á Alberto y Mateo de la Escola, dueños de Verona, y al mismo rey de Nápoles, para quitarles muchas

plazas de que se habian apoderado, pertenecientes al dominio de la Iglesia. Los mismos güelfos no escrupulizaban en apoderarse de las tierras de la santa Sede, á favor de las turbulencias, cuando se les proporcionaba la ocasion.

Uniose á Juan de Boemia el ejército del sumo Pontífice, que estaba á las órdenes de Beltran de Poyet, legado de su santidad: pero habiéndose encontrado con las tropas enemigas, mandadas por Azon Visconti, fue completamente derrotado, y huyó de Alemania con su hijo Cárlos que le acompañaba en esta espedicion. Así acabaron los proyectos ambiciosos de este rey en Italia.

Constitucion de la independencia del imperio (1338). Luis de Baviera no pudo conseguir nunca que le reconociese el pontífice Juan XXII. Mejores esperanzas tuvo de reconciliarse con Benito XII, que ocupó la santa Sede, habiendo fallecido Juan en 1334: porque el nuevo papa era mas benigno y mas amante de la paz: pero la política de la corte de Francia retardó ó aceleró la negociacion entablada entre el emperador y el pontífice, segun convenía á sus intereses.

Entretanto la desavenencia de Luis con la santa Sede dió pretesto en Alemania á algunas sublevaciones parciales. Las mas notables fueron las del duque de Sajonia y de Enrique, duque de la baja Baviera, contra el emperador. Luis venció á sus enemigos: y conociendo

que la animosidad de Felipe de Valois, rey de Francia, era la causa única de que Benito XII no se reconciliase con él, hizo alianza con el célebre Eduardo III, prometiéndole el auxilio de sus armas contra Felipe, y nombrándole vicario del imperio en la Germania inferior: título que no le fue inútil, porque le dió en los Paises Bajos una autoridad que contribuyó despues en gran manera á las victorias que consiguió contra los franceses.

En fin, para asegurar mas la legitimidad del poder que ejercia, convocó una dieta en Francfort, y en ella se promulgó la célebre constitucion que hizo al imperio independiente de la tiara, y en la que se declaró que bastaba el nombramiento de los electores germánicos para conferir el título y la dignidad imperial, sin necesidad de confirmacion de la santa Sede. Esta dieta no hizo mas que declarar por de derecho lo que ya era de hecho desde el reinado de Rodulfo I: pero su declaracion quitó á los emperadores uno de los pretestos que tenian para sus funestas espediciones á Italia, que era el de ser coronados por el sumo pontífice. La autoridad imperial no tenia en sus principios otra atribucion que la de proteger la república é iglesia romana: pero habiéndose hecho desde Oton I propia del gefe y caudillo de la confederacion germánica, y habiendo resultado á causa de estas dos personalidades tantas guerras y disturbios entre italianos y alemanes, entre el sacerdocio

y el imperio, creyeron conveniente los electores y príncipes germánicos disminuir la fuerza del imperio en Italia, que ya era solamente nominal, para hacerlo mas independiente en Alemania.

Dieta de Rentz: Cárlos de Luxemburgo elegido rey de romanos (1346). Luis, conociendo que no reinaría tranquilamente mientras la santa Sede no se reconciliase con él, abandonó la alianza del rey de Inglaterra para tener propicio á Felipe de Valois, y obligarle á ser su mediador con el papa, cuyo ánimo le fue siempre favorable: y acaso hubiera logrado lo que pretendia, á no haber ocurrido dos sucesos que fustraron sus esperanzas. El primero fue la muerte de Benedicto XII en 1342, y la exaltacion al trono pontificio de Clemente VI, enemigo personal del emperador, y de condicion mas semejante á la de Juan XXII que á la de su antecesor. El segundo fue una injusticia que la ambicion hizo cometer á Luis. Juan de Luxemburgo, hijo segundo del rey de Boemia, estaba casado con Margarita, condesa del Tirol, que no teniendo hijos, pidió divorcios ante el emperador, acusando á su marido de impotencia. Luis olvidando las leyes vigentes segun las cuales pertenecia esta causa á los tribunales eclesiásticos, disolvió el matrimonio y dió por esposo á la condesa á su hijo Luis, marqués de Brandemburgo. La falta de competencia en el juez, y el interés que tenia de hacer propio de su familia el condado de Ti-

rol, y de quitarlo á la casa rival de Luxemburgo, hizo que fuese muy censurada su conducta en este negocio. Y así perdió muchos de sus partidarios, tanto por su violencia y codicia como por la versatilidad con que dejó la alianza de Eduardo sin haber recibido de este príncipe agravio alguno.

En este tiempo hubo grande movimiento en el pueblo de Alemania contra los judíos, á los cuales acusaban de muchas maldades y sacrilegios, principalmente de haber ultrajado las hostias consagradas que podian adquirir. En muchas partes fueron degollados, y robados sus bienes: y á vueltas de ellos, muchos cristianos. Un hombre particular, llamado Armileder, concitó un gran número de gentes del campo, tomó el título de rey, y con el pretesto de exterminar á los judíos, cometió crímenes horrendos. El emperador envió contra él un cuerpo de tropas, que disiparon su gavilla, y el fue preso y llevado al suplicio.

La persecucion de Clemente VI contra Luis de Baviera fue mas activa y enérgica que la de Juan XXII. Resuelto á colocar en el trono imperial á Cárlos de Luxemburgo, dió orden á los electores que nombrasen otro emperador: pero solo le obedecieron cinco, á saber: los tres electores eclesiásticos, Juan, rey de Bohemia, y Rodulfo, duque de Sajonia; los cuales, reunidos en Rentz, eligieron por rey de romanos á Cárlos de Luxemburgo, marqués de Moravia é hijo del rey de Boemia. Este

nombramiento causó muy poca perturbacion en el imperio: porque el partido de Luis era mas poderoso y estaba mejor armado: y así el nuevo emperador no pudo ser coronado ni en Aquisgran ni en Francfort, que le cerraron sus puertas: y hubo de contentarse con recibir la corona, sin séquito ni aclamaciones, en Bona, ciudad perteneciente al electorado de Colonia.

Despues pasó con su padre á Francia en auxilio de Felipe de Valois, y se halló en la célebre batalla de Crecy en que Eduardo III de Inglaterra venció completamente al rey de Francia. El intrépido rey de Boemia, aunque ya ciego y octogenario, pidió, cuando se trabó el combate, que le llevasen al sitio donde peleaba su hijo: y cayó atravesado de mil heridas en el campo de batalla. Su hijo Cárlos, despues de la derrota, pasó á Boemia á tomar posesion del reino, é hizo una invasion en el Tirol para sostener los derechos de Juan, su hermano menor, y á esta provincia: pero fue rechazado por Luis, y se volvió vencido á su reino.

Este fue el último acto del largo y turbulento reinado de Luis de Baviera. Al año siguiente, que fue el de 1347, murió cerca de Munich de un ataque de apoplegía, persiguiendo á un oso en la caza. Sus hijos fueron Luis, marques de Brandemburgo; Esteban, que era contrecho; Guillermo, conde de Holanda, por herencia que recibió de su madre;

Alberto, que sucedió á Guillermo en el mismo condado; Luis el *romano* (llamado así porque nació en Roma, cuando sus padres fueron á Italia á recibir la corona imperial), que sucedió á su hermano mayor, llamado tambien Luis, en el marquesado de Brandemburgo; y Oton, que sucedió á Luis el romano en dicho electorado. Ninguno de estos hijos de Luis dejó sucesion, sino Esteban el contrecho; y las ilustres casas de Austria y Baviera fueron perpetuadas por dos príncipes, tan poco favorecidos de la naturaleza, como eran Alberto y Esteban.

Luis de Baviera fue el primer emperador que puso en las armas del imperio dos águilas, reducidas despues á una con dos cabezas. Amaba las artes y las letras, é introdujo en la corte imperial la costumbre de tener un *poeta laureado*. El primero que gozó de esta distincion fue Albertino Mussat, natural de Padua, poeta é historiador muy apreciado en su siglo.

Cárlos IV, emperador (1347). Cárlos de Luxemburgo, aun habiendo muerto su competidor, no subió al trono sino despues de haber vencido grandes obstáculos, á pesar de la cooperacion siempre constante de la santa Sede á favor suyo. Admitido en Ratisbona como emperador, tuvo que volverse á Praga, capital de su reino de Boemia, arrojado por las tropas de Luis de Brandemburgo, hijo mayor de su antecesor.

Los electores seculares se reunieron con otros muchos príncipes en Loestein, y eligieron unánimemente por emperador á Eduardo III de Inglaterra: pero este príncipe, harto ocupado en la guerra de Francia, fue bastante cuerdo para no admitir una corona, que tenía mas esplendor que poder efectivo. Los mismos electores se reunieron de nuevo, y eligieron á Federico el Severo, marqués de Misnia; que renunció tambien la corona por 10000 marcos de plata que le dió Cárlos. Ultimamente nombraron á Guntero, conde de Schwartzburg, ciudad de Turingia, capitan valeroso y hombre de probidad. Despues de su eleccion, marchó á Francfort, donde no fue recibido: tuvo sitiada la ciudad por seis semanas y tres dias; y no habiendo sido socorrida la plaza en este tiempo por Cárlos de Boemia, se le recibió en ella: porque era fuero de Francfort, que cuando habia competencia acerca del imperio, podia abrir sus puertas al que la tuviese sitiada el tiempo de seis semanas y tres dias, si en este término no acudia en su socorro alguno de los competidores, aunque fuera el emperador legítimo.

Guntero fue envenenado en Francfort, siendo inocente el médico que le dió la bebida, pues la probó antes que él. Despues de haber bebido ambos, cayeron uno y otro enfermos. El médico murió á los tres dias: Guntero conservó la vida á fuerza de remedios: pero quedó impedido é inhábil para el gobier-

no. Se creyó generalmente que un criado del médico, sobornado por los emisarios de Cárlos, puso veneno en la bebida, sin saberlo su amo. Guntero, consumido por la enfermedad, aceptó 22000 marcos de plata y dos ciudades en Turingia, que le dió el rey de Boemia, y renunció el imperio. Pero despues falleció en Francfort, y se le hicieron magníficas exequias.

En este tiempo los electores contrarios á Cárlos, perdida la esperanza de hallar otro sucesor á Luis de Baviera, se reconciliaron con él; fue reconocido por emperador, y coronado solemnemente en Aquisgran en 1349. Entonces comenzó su largo y pacífico reinado de que tanta necesidad tenia Alemania para restablecerse de los desórdenes y calamidades anteriores. Cárlos era prudente, misericordioso, amante de las letras y de la paz, y buen político. Conservó toda la vida la mejor armonía con la corte de Roma, y jamas intervino en los negocios de Italia para acrecentar en ella su poder, sino para favorecer los intereses del sumo Pontífice, y establecer la paz entre la santa Sede y los Visconti de Milán, que no contentos con la dominacion de Lombardía, acometieron y tomaron á Bolonia, y usurparon esta plaza y otras muchas del estado eclesiástico.

En Alemania se dedicó á asegurar los derechos de los príncipes y electores cuyo fin promulgó la célebre *bula de oro*, y á conser-

var la paz, que pocas veces fue perturbada en su reinado, y á aumentar los estados de su familia. Su mayor defecto era la avaricia. Por sumas de dinero, aumentaba los fueros de las ciudades imperiales que habia, y creaba otras: enagenaba los peages y otros derechos del imperio, y tal vez cedia á los príncipes las mismas ciudades que habia declarado libres. Como empleó tan grandes cantidades de plata en ganar á los electores al principio de su reinado, y despues se repuso enagenando las pertenencias de la corona imperial, se dijo de él que *habia arruinado su casa para adquirir el imperio, y arruinado el imperio para restablecer su casa.* Por la misma razon le llamaba Maximiliano I, uno de sus sucesores, *peste de Alemania.* Residia habitualmente en Praga; y como los príncipes germánicos censurasen que siendo emperador, no se le veía nunca en el imperio, respondió: "estos alemanes quieren que yo vaya á gastar á su tierra los hermosos escudos de Boemia." Vivió en paz con todos sus vecinos: é hizo grandes esfuerzos para terminar la guerra entre Eduardo de Inglaterra y Cárlos V, rey de Francia, que era su sobrino, é hijo de su hermana Bona de Luxemburgo.

Espedicion de Cárlos IV á Italia. (1354). El emperador auxilió este año á Alberto, duque de Austria, en la guerra que continuaba siempre entre su casa y los cantones suizos. Los dos príncipes pusieron sitio á Zurich, y

se retiraron sin haberla podido tomar. Mas dichoso fue Cárlos contra la rebelion de la ciudad de Wutzburgo: logró sujetarla, y reconciliar al pueblo con su obispo

Sosegadas las cosas de Alemania, pasó á Roma á recibir la corona imperial, con solo 300 caballos: séquito mas propio para una cacería, que para hacer respetable su autoridad á un pueblo como el italiano, jurado enemigo de los alemanes. Sin embargo, fue muy festejado á la ida, y recibió en Milán la corona de hierro: pero cuando volvió de ser coronado en Roma, la mayor parte de las ciudades gibelinas le cerraron sus puertas, enojadas porque habia aumentado la autoridad y poderío da la santa Sede en Italia, en lugar de disminuirla como ellos querian, dando auxilios al cardenal español Gil de Albornoz, legado del Papa, que hacia guerra en Italia á los que tenian usurpadas las ciudades del estado eclesiástico. Cuando Cárlos entró en Pisa, se sublevó el pueblo, dió muerte á muchos de los alemanes de su comitiva, y prendió fuego á la casa donde se alojaba el emperador, que escapó con suma dificultad del incendio. En Cremona estuvo esperando á la puerta que el magistrado de la ciudad se determinase á recibirle como simple particular. La expedicion de Cárlos IV á Italia fue impolítica, porque no produjo mas efecto que una ceremonia, inútil ya en aquella época; y el envilecimiento del nombre imperial.

Dietas de Nuremberg y de Metz: bula de oro (1356). Este célebre diploma, llamado así por el metal sobre que está sellado, fue constituido en las dos dietas de Nuremberg y de Metz, celebradas en 1356. La bula de oro, con el pretesto de designar las funciones ceremoniales y preeminencias de los siete electores en los banquetes imperiales, afirmó su derecho esclusivo de eleccion, admitido ya por la costumbre, señaló la manera de hacer legalmente las elecciones, y vino á ser por esta causa el fundamento del derecho público de Alemania. Desde entonces fueron mejor conocidos los privilegios y obligaciones de los diferentes miembros del cuerpo germánico, y las guerras civiles de eleccion desaparecieron casi enteramente.

Este mismo año se hizo la paz, por mediacion del emperador, entre su hermano Wenceslao, duque de Luxemburgo y de Brabante, y Luis, conde de Flandes. Cárlos IV pasó con ejército á la Germania inferior, reconquistó el Brabante, ocupado por los flamencos despues de una gran victoria que habian logrado contra Wenceslao, y dictó las condiciones de la paz.

Al año siguiente añadió á las posesiones de su familia las dos provincias importantes de Silecia y Lusacia; conquistando la primera á los polacos, y ocupando la segunda á despecho de Alberto de Austria que tenia pretensiones sobre ella. Pero cuando este princi-

pe marchaba con sus tropas contra el emperador, los emisarios que envió á reconocer las fuerzas del contrario, sobornados por Cárlos, hicieron una descripcion tan formidable del ejército bohemio, que el duque de Austria se retiró á sus estados sin emprender nada. Poco despues falleció y le sucedió su hijo Alberto, tercero de este nombre entre los duques de Austria.

Segunda espedicion de Cárlos IV á Italia (1368). Uno de los motivos mas poderosos que tuvo el papa Urbano V para trasladar la corte pontificia desde Aviñon á Roma, despues de setenta y dos años de ausencia, fueron las instancias del emperador, al cual, bien como á los demas príncipes de Europa, no agradaba ver á los papas sometidos, en cuanto á lo temporal, á la política de la corte de Francia. Urbano pidió que Cárlos le acompañase en esta espedicion, por temor de los Visconti y otros señores que tenian tiranizados muchos dominios de la Iglesia; y Cárlos lo prometió: mas no pudo pasar á Italia hasta un año despues que el Papa, por haberse detenido en celebrar sus bodas con su cuarta y última muger, que fue Isabel, hija de Bogislao, duque de Pomerania.

Llegó el emperador á Roma el 22 de octubre de 1368, en compañía de su nueva esposa, y fue recibido con grandes muestras de afecto y amistad por Urbano V. La emperatriz Isabel fue coronada por manos del sumo

Pontífice. El único resultado político de esta espedicion fue que Bernabé Visconti, señor de Milán, temeroso de Cárlos, hizo paces con la santa Sede: bien que apenas volvió el emperador á Alemania, renovó las hostilidades.

Tres años despues pasó el emperador á la Germania inferior para libertar á su hermano Wenceslao, duque de Luxemburgo y de Brabante, de la prision en que le tenia el duque de Juliers despues de haberle vencido en batalla campal. Por mediacion de los electores y otros príncipes de Alemania se hizo la paz entre los duques; Wenceslao recobró la libertad: y el de Juliers pidió perdon al emperador, y lo obtuvo despues de haber dado satisfaccion competente. Cuando se presentó en la corte de Cárlos, éste no respondió nada á su súplica: pero Wenceslao, hijo de Cárlos, que entonces tenia once años, fue quien le reprendió y exigió de él que resarciese el yerro que habia cometido contra un miembro de la familia imperial.

En 1373 adquirió Cárlos el marquesado de Brandemburgo, poseido sucesivamente por los tres hijos de Luis de Baviera, llamados: Luis, Luis el romano y Oton. Este casó en 1366 con Ana, hija del emperador; y uno de los artículos del contrato fue, que si moria sin hijos, pasaria el Brandemburgo á la familia de su muger. Pero Oton no teniendo sucesion ni esperanza de ella despues de siete años de matrimonio, cedió el marquesado por una

suma considerable á la casa de Boemia: y el emperador lo dió á Segismundo, su segundo hijo.

Tres años despues fue elegido su hijo mayor Wenceslao por rey de romanos; dignidad que empezó entonces á separarse de la imperial, y á conferirse á los herederos del imperio. De esta manera llegó á hacerse la corona hereditaria de hecho: porque los emperadores de la casa de Austria, que volvió á reinar despues de la de Luxemburgo, cuidaron casi siempre de que sus hijos primogénitos fuesen elegidos por reyes de romanos antes de su fallecimiento.

El emperador Cárlos IV falleció en Praga en 1378, despues de un pacífico reinado de treinta y un años: pero cuando empezaba ya el funesto cisma de la iglesia entre Urbano VI y Clemente VII, que afligió la cristiandad cerca de medio siglo, y cuando los errores de Wiclefo, penetrando en Boemia, iban sembrando en ella los elementos de la guerra civil y religiosa. Quedaron de Cárlos IV tres hijos y diez hijas: Wenceslao, rey de romanos; Segismundo, marques de Brandemburgo; y Juan á quien dió el ducado de Lusacia. Sus hijas casaron con potentados ilustres de Európa y del império.

Wenceslao, emperador (1378). Wenceslao fue un príncipe crapuloso, deshonesto, pródigo y cruel. En breve dejó exhausto con su lujo y sus indignos banquetes y fiestas el

tosoro que le dejó su padre. Desatendió enteramente los negocios públicos, y descuidado del imperio como de sí mismo, se multiplicaron las guerras particulares, reprimidas por la vigilancia de Cárlos IV para preservar sus estados y defender su persona, llevó á Boemia á su sueldo cuadrillas de *tardíos*, especie de aventureros y bandidos que se multiplicó entonces en Europa por las guerras entre Francia é Inglaterra y por la irrupcion de los tártaros en Polonia y Ungría. Estos ladrones asolaron á Boemia en lugar de protegerla, y aumentaron el odio contra el inepto emperador. El desprecio que inspiraba en toda Alemania era tan grande, que los príncipes de la casa de Baviera le declararon la guerra, se apoderaron de muchas ciudades en el alto Palatinado, y le obligaron á pedir la paz y á ceder las plazas que su padre habia recibido del conde Palatino en calidad de rescate cuando le hizo prisionero en una guerra particular. Habiendo invadido la célebre Margarita de Valdemar el reino de Suecia, no solo no dió socorro á los alemanes que defendian el partido de Alberto de Meklemburgo, que allí reinaba, y que fue vencido, prisionero y destronado, sino tambien cedió á aquella princesa la isla de Gotlandia, posesion de los caballeros teutónicos, por una suma de dinero.

Combate de Sampach: tregua entre austriacos y suizos (1386). Las guerras privadas se enardecian cada vez mas en el impe-

rio, y se hacian con estraordinaria barbarie. Leopoldo, hermano de Alberto III, duque de Austria, é hijo de Alberto II el contrecho, ofendido de que se hubiesen agregado á la primera confederacion helvética de los tres cantones, los de Lucerosa y Berna, entró con su ejército en este último, y lo llevó todo á fuego y sangre. Los berneses, en represalia, asolaron el Argow: y los de Zurich se apoderaron de la plaza de Sampach, y dejaron en ella 600 hombres de guarnicion. Leopoldo acudió con los suyos para recobrarla, y los zurikeses para defenderla. Leopoldo, capitan esperimentado, deseaba evitar el combate; pero la impetuosidad y jactancia de los suyos, le obligó á acometer. Se adelantó en buen orden, y cayó intrepidamente sobre el enemigo. Sus suizos cejaron, y aun empezaron á desordenarse: pero viendo que los austriacos, oprimidos con el peso de sus armaduras, no mostraban el mismo ardor que al principio, volvieron al ataque é hicieron horrible matanza en los enemigos. Leopoldo y un gran número de sus caballeros quedaron muertos en el combate. Los austriacos desalentados hicieron con sus terribles enemigos la primer tregua que hubo en esta larga y sangrienta lid, y que duró hasta el reinado de Maximiliano I de Austria.

Martirio de san Juan de Nepomuk (1389). Wenceslao entretanto solo pensaba en banquetes y placeres inmundos. El pueblo oprimido de impuestos para satisfacer el lujo in-

sensato de la corte, yacia en la miseria. La emperatriz, que era muy virtuosa y caritativa, repartió entre los pobres las rentas y alhajas de que podia disponer: mas cuando le faltaban medios de aliviar á la indigencia, y buscaba á su marido para que se los diese, le hallaba siempre en un cuarto remoto del palacio, banqueteando entre mugeres ruines y tomado del vino, que imponia silencio á sus plegarias en favor de los pobres.

Los males públicos y el deshonor de la casa imperial produgeron en la emperatriz una profunda melancolía: y Wenceslao, deseando averiguar la causa, se obstinó en que habria de decírsela el confesor de su esposa, que era un canónigo de la catedral de Praga, natural de Nepomuk, pequeña ciudad de Bohemia. Juan resistió, como debia, á violar el secreto de la confesion, y Wenceslao enfurecido le mandó ahogar en el rio Moldaw, que baña á Praga. Hoy adoramos en los altares á este mártir de la moral cristiana. Wenceslao, como todos los príncipes disolutos, era cruel. En el castillo de Visigrad habia mandado construir una especie de torre hueca muy alta, cubierta en la parte superior con un enlosado, firme y unido en la apariencia: pero apenas se daba en él un paso, giraban las losas sobre ejes ocultos, y precipitaban al que estaba sobre ellas en un profundo abismo de agua, que habia en la parte inferior de la torre, y del cual era imposible salir. Con este artificio infer-

nal hizo morir un gran número de víctimas.

Este mismo año hubo en Ungría grandes revoluciones. Segismundo, marques de Brandemburgo, hermano del emperador, habia casado con María, hija y heredera de Luis el grande, rey de Ungría. Cuando este murió, los nobles del reino, para impedir que Segismundo tuviese parte en el gobierno, dieron la regencia á Isabel de Bosnia, madre de la reina: pero descontentos poco despues del favor que gozaba con ella un intrigante, llamado Juan Gara, determinaron dar la corona á Cárlos de Durazo, rey de Nápoles, que la aceptó, desembarcó en las costas de Dalmacia, llegó á Buda, y obligó á Segismundo á huir á Alemania, y se coronó por rey. Isabel, disimulando su resentimiento, le atrajo á una conferencia, en que fue muerto por asesinos apostados. Los nobles indignados dieron muerte á Isabel, y pusieron presa á María: pero su esposo Segismundo entró en el reino con un ejército que habia alistado en Brandemburgo, triunfó de los rebeldes, libertó á su muger y se coronó por rey de los úngaros. Tales fueron los principios de la grandeza á que despues llegó.

Wenceslao preso y restituido al trono dos veces (1396). En 1394 hubo una sublevacion general del pueblo y la nobleza de Bohemia contra Wenceslao, cuyas maldades no podian ya tolerar. El pueblo rompió las puertas de palacio, se apoderó del rey, le cargó

de cadenas y le puso en prision. Pero logró escaparse y se retiró á un fuerte que habia construido á dos leguas de Praga. El senado, para evitar los males de una guerra civil, pasó á verle y le representó que si enmendaba su conducta, el reino estaba dispuesto á recibirle otra vez por su soberano. Wenceslao prometió, volvió al trono, y no quiso corregir sus vicios y liviandades.

Los bohemios pusieron entonces los ojos en Segismundo, rey de Ungría, príncipe ya célebre por su valor y prudencia: el cual, aceptando la corona de Bohemia, entró en ella con ejército, vió reunirse á sus banderas todas las tropas del pais, y fue coronado en Praga solemnemente. Wenceslao fue puesto en prision segunda vez: pero temiendo el nuevo rey que los partidarios de su hermano conspirasen para libertarle, ó sus enemigos para darle muerte, le entregó al duque de Austria aliado suyo, para que le custodiase en un castillo de Viena.

Wenceslao sobornó á un pescador que solia entrar en la torre á vender pescado á los presos, y por medio de un cordon de seda bastante fuerte que le trajo, se descolgó de una ventana que daba al Danubio, entró en el bote del pescador, pasó á la otra orilla, se disfrazó de aldeano, llegó á la fortaleza de Visigrad en Bohemia, pidió licencia para hablar al gobernador, y obtenida, entró en el castillo, se descubrió á los soldados, que se pos-

traron á sus pies, y se apoderó de la fortaleza y de la persona del gobernador. Su hermano menor Juan, duque de Lusacia, á quien habia dado parte de su evasion, acudió en su socorro con tropas. Al favor de ellas se hizo dueño de Praga, no sin gran matanza de los habitantes de esta ciudad, que fueron sorprendidos por un ardid, inconcebible en el dia, y fue el siguiente.

El gobernador de Visigrad, preso en poder de Wenceslao, escribió una carta, dictada por este, á los magistrados de Praga, en que les exortaba á que pasasen á hablar con él sobre un asunto de mucha importancia: porque él no podia abandonar su puesto. Los magistrados vinieron, fueron presos y despojados de las insignias de sus dignidades; se revistió con ellas á los soldados de Wenceslao, que volvieron á Praga de noche, y á favor de este disfraz, se apoderaron de la ciudadela. Segismundo, que hacia entonces guerra á los turcos en las fronteras de Valaquia con poca felicidad, no pudo oponerse á la restauracion de su hermano, é hizo paces y alianza con él.

El único negocio serio en que entendió Wenceslao despues de su restauracion, fue la terminacion del cisma de la iglesia: para la cual pasó á Reims á verse con Carlos V, rey de Francia, que obedecia á Benedicto XIII, papa de Aviñon: Alemania reconocia al de Roma, y se convinieron los dos príncipes en

que ambos papas serian depuestos, y se reuniria un concilio en Pisa para nombrar pontífice legítimo. Pero este medio no surtió el efecto deseado, y el cisma continuó en grave daño de la cristiandad. Wenceslao se hizo tan despreciable en Francia como lo era en Alemania. En casi todas las conferencias que hubo sobre los asuntos políticos y religiosos, se quedaba aletargado, vencido de la embriaguez.

Roberto, conde palatino del Rin, emperador electo: cisma en el imperio (1400). Acabóse la paciencia de los príncipes del imperio, avergonzados de los vicios del emperador, y habiéndose reunido una dieta en Maguncia, determinaron que se procediese á la eleccion de nuevo rey de romanos: dos electores se reunieron en Landstein, y nombraron á Federico, duque de Brunswik: pero habiendo sido este príncipe asesinado pocos dias despues, se reunieron de nuevo en Rentz, y eligieron rey de romanos á Roberto, conde palatino del Rin, que fue coronado en Colonia. Este remedio fue acaso peor que la enfermedad; porque Roberto, aunque clemente, moderado y benigno, ni era apto para la guerra, ni fue reconocido en todo el imperio. Aquisgram y muchas provincias de la Germania inferior, el papa de Roma y los pueblos de Italia, y casi todo el oriente de Alemania, continuaron reconociendo á Wenceslao. En los 10 años que reinó Roberto, no hizo ninguna

empresa considerable sino una espedicion á Italia contra Galeazo Visconti, que derrotó su ejército y le obligó á volverse á Alemania. Roberto falleció en Oppenheim el 10 de mayo de 1410. En este intervalo nada pudo hacer Segismundo, rey de Ungría, para sostener los derechos de su familia en el imperio. Los úngaros se rebelaron contra él, le pusieron preso, y llamaron para darle la corona á Ladislao, rey de Nápoles, hijo y sucesor de Cárlos de Durazo: pero apenas este príncipe habia desembarcado en la costa de Dalmacia, supo que la nobleza de Ungría habia puesto en libertad á Segismundo, reconciliádose con él y restituídole al trono, y tuvo que volverse á Nápoles donde era necesaria su presencia para reprimir una rebelion de los barones, dirigida por el conde de san Severino. La prision y restauracion de Segismundo acontecieron en 1403. Los electores nombraron sucesor de Roberto á Jodoce de Luxemburgo, hijo de Juan, hermano segundo de Cárlos IV, y primo de Wenceslao; pero falleció al año siguiente en Brunn, ciudad de su marquesado de Moravia.

Segismundo, emperador (1411). En fin, los electores, reunidos en Francfort, nombraron unánimemente por emperador, á Segismundo, rey de Ungría, como el único príncipe que por su poder y heróicas cualidades era capaz de terminar los males del imperio. Desde la elevacion de su hermano, no tuvo Wen-

ceslao parte alguna en los negocios de Alemania, y se redujo á atormentar los pueblos de Boemia, hasta su muerte acaecida en 1418. Como falleció sin sucesion, dejó á su hermano Segismundo, la corona de aquel reino con la funesta herencia de la guerra de los Husitas: llamábanse así los discípulos de Juan Hus, que adoptó los errores de Wiclefo contra la autoridad eclesiástica: errores que se difundieron con mas facilidad que en otras partes en Bohemia, porque su rey Wenceslao daba el ejemplo de no respetar ninguna ley humana ni divina.

Concilio general de Constanza (1415). El principal objeto de la política de Segismundo fue terminar el cisma que afligia á la iglesia, y pervertia la moral de las sociedades cristianas, haciendo dudoso el orígen y fuente de la autoridad sacerdotal. A este fin persuadió á Juan XXIII, papa del concilio de Pisa, que convocase un concilio general, que debia reunirse en Constanza, ciudad de Alemania muy cercana á los confines de Italia, en el cual, tanto este pontífice como Gregorio, que era reconocido en Roma, abdicaron la tiara. Benedicto XIII, á pesar de las representaciones y viages de Segismundo á Perpiñan y á París, no quiso seguir el ejemplo de sus rivales, y Juan XXIII huyó del concilio y retractó su abdicacion. Pero estas dificultades no retardaron la grande obra de Segismundo. El rey de Aragon, único protector de Benedic-

allí pasó á Praga, se apoderó de la ciudad nueva y de la fortaleza de Bisigrad, saqueó la opulenta capilla de san Wenceslao, revestida toda de jaspe con embutidos de oro, sorprendió las centinelas de Praga, entró en la capital espada en mano, y se apoderó de ella.

El emperador pidió socorro á los príncipes de Alemania, los cuales temerosos de las crueldades de los husitas, que dueños de Boemia, amenazaban las demas provincias del imperio, acudieron con numerosos refuerzos á las banderas de Segismundo. El ejército imperial se presentó junto á las murallas de Praga. Ziska, aunque con tropas muy inferiores en número, le esperó apostado en una altura cercana á la ciudad. Segismundo le acometió denodadamente, y ya tenia ganada una gran parte del monte, cuando los husitas, haciendo el último esfuerzo, se precipitaron sobre el enemigo con el valor de la desesperacion, y le derrotaron completamente. Segismundo se retiró á Moravia, juntó nuevas tropas, volvió á tentar la suerte de las armas, y fue vencido segunda vez por el terrible Ziska.

Dueños los husitas de Boemia, quisieron tener un rey: cosa que desagradó mucho á su ambicioso caudillo. Jagellon, rey de Polonia, no quiso aceptar la corona que le ofrecieron, porque decia que "un príncipe cristiano no puede recibir un trono en detrimento de su legítimo poseedor." Coribut, su sobrino, no fue tan escrupuloso: pero Ziska le arrojó del

reino, parte por astucia, parte por fuerza.

Este guerrero, tan hábil como feroz, derrotó en 1421 el ejército de la cruzada que el papa Martino V mandó predicar contra los husitas, asoló la parte septentrional de Austria en 1423, y en 1424 tomó por asalto á Praga, donde mandaba Coribut, y obligó á este príncipe á volverse á Polonia. Esta fue la última espedicion de Juan Ziska. Estando próximo á la muerte, dijo á los suyos. «Dejad espuesto mi cadáver en el campo: mas bien quiero ser pasto de las aves que de los gusanos: pero desolladme antes, y haced con mi pellejo un tambor. Yo os fio, que solo con su sonido huirán nuestros contrarios."

Victorias de Procopio Raso (1425). Los husitas, muerto su gefe le dieron por sucesor á Procopio, por sobrenombre *Raso*, porque era clérigo y tenia cortado el cabello: única señal de su primitiva profesion: pues era digno discípulo de Ziska, y tan valiente, feroz y hábil capitan como él. Ya se habia distinguido en 1421 defendiendo la plaza de Justemberg contra todas las fuerzas de Alberto, duque de Austria y obligándole á levantar el sitio. Este nuevo caudillo derrotó á los imperiales, siempre que midieron sus fuerzas con él: invadió y saqueó el Austria, la Silesia, la Lusacia, el Brandemburgo y la Franconia oriental, é hizo formidable su nombre en toda Alemania.

Concilio de Basilea: derrota de los huérfanos (1431). Segismundo, desgraciado en sus

espediciones militares, habia persuadido á Martino V que convocase un concilio para terminar la querella de los husitas: pero este pontífice falleció en 20 de febrero de 1431, y su sucesor Eugenio IV, despues de algunas contestaciones con el emperador sobre si el concilio debia reunirse en Alemania ó en Italia, condescendió en que se celebrase en Basiléa.

Los husitas, despues de la muerte de Ziska, se habian dividido en dos facciones: la de los *huérfanos* y la de los *orebitas*. Los primeros, llamados tambien *Taboritas* de una montaña de Boemia, á la cual le habian dado el nombre de Tabor, no quisieron reconocer otro gefe, muerto su primer caudillo, y eran los mas exaltados y feroces de los husitas. Los otros, llamados *orebitas*, por contraposicion á los taboritas, reconocian por gefe á Procopio, y no se negaban á someterse á la autoridad de la iglesia bajo ciertas condiciones.

Dos eran las disidencias de los husitas con la Iglesia Católica: una relativa al dogma, y consistia en los errores de Wiclefo contra la autoridad del sacerdocio y la eficacia de los sacramentos, y otra sobre un punto de disciplina. La Iglesia habia suprimido, por el peligro de la irreverencia, la comunion bajo la especie de vino. Los boemios, aun los que creian con la Iglesia Catolica, que el cuerpo y sangre de Jesucristo se recibian tambien bajo la especie sola de pan, llevaban sin em-

bargo á mal la innovacion de la disciplina en esta parte. Los padres de Basiléa, inflexibles sobre el primer punto, no tuvieron dificultad en condescender por algun tiempo sobre el segundo; y toda la Boemia recibió con placer el decreto de Union del concilio de Basiléa, escepto los huérfanos. Procopio Raso, que no queria la paz, en la cual perderia toda su influencia, sitió á Pilsen: los catolicos vencieron en una batalla á los husitas: Procopio marchó contra los vencedores, peleó con el valor y fanatismo que le eran propios, y cayendo atravesado de mil heridas, dejó la victoria á sus enemigos. Esta batalla, que se dió en 1434, terminó la terrible guerra de los husitas, que durante 16 años asoló la Germania. Segismundo fue reconocido por rey de Boemia, y gobernó pacíficamente este reino hasta su muerte.

El resto de Alemania, durante la guerra de Boemia, gozó de paz y tranquilidad, y sus provincias florecieron con el comercio y las artes. Hubo sin embargo desavenencias entre el rey de Dinamarca y los condes de Holstein auxiliados por las ciudades austriacas, acerca de la posesion del ducado de Sleswig: el emperador interpuso su mediacion, pero en vano: la guerra continuó con vario suceso por muchos años.

Segismundo falleció en 1438 á la edad de 70 años, habiendo reinado 51 en Ungría, 27 en el imperio y 17 en Boemia. Fue vale-

roso y hábil capitan, aunque no feliz: los turcos en Ungría y los husitas en Boemia derrotaron muchas veces sus ejércitos. Pero sus intenciones eran siempre rectas, y á su política hábil y perseverante se debió la extincion del gran cisma de Occidente. De su primer muger María, reina de Ungría, no tuvo hijos: de la segunda, que fue Bárbara, condesa de Cilley, tuvo solo una hija, llamada Isabel, que casó con Alberto, duque de Austria, y que le llevó en dote toda la herencia de la casa de Luxemburgo, extinguida en Segismundo.

SECCION II.

Desde el advenimiento definitivo de la casa de Austria al imperio, hasta el reinado del emperador Cárlos V.

Alberto II, emperador (1438). Alberto, duque de Austria, príncipe benigno y amable, excelente político y general intrépido, sucedió á Segismundo, inmediatamente despues que este murió, en la corona de Ungría. La de Boemia le pertenecia tambien en virtud de un pacto entre las casas de Austria y de Luxemburgo, por el cual á falta de hijos varones debia recaer el cetro de aquel reino en la línea austriaca: pero no todos los boemios le reconocieron; porque los restos de partido de

los husitas eligieron por rey á Casimiro, hermano de Ladislao, rey de Polonia, que fue coronado en Praga. Alberto reunió sus tropas, entró en Boemia, disipó un cuerpo de 8000 polacos, enviados por Ladislao para sostener á su hermano, obligó á Casimiro á salir del reino, y se coronó rey de Boemia casi al mismo tiempo que los electores reunidos en Francfort, le elevaron á la silla del imperio.

Dueño de los tres cetros, se dedicó á hacer felices por la justicia y prudencia de su gobierno, los vastos territorios adonde se estendia su dominacion. Alemania le debió la division en círculos, nombrando á un príncipe del imperio por director de cada uno: providencia que estableció nuevos lazos políticos entre las casas reinantes, é hizo mas cortas y dificiles las guerras privadas, causadoras de tantos estragos en Alemania.

Despues emprendió una espedicion, cristiana y política á un mismo tiempo, contra los otomanos en defensa de Jorge, déspota de Bulgaria, amenazado de las armas infieles: pero antes de que llegase ya habia tomado la importante plaza de Semendria Amurates, sultan de los turcos; y habiendo hecho prisioneros á Estevan y á Jorge, hijos del déspota, les mandó sacar los ojos.

Alberto, con la noticia de esta crueldad, aceleró su marcha: se reunieron con sus tropas las de los úngaros avergonzados de no

haber socorrido con tiempo á Semendría, y juntó un ejército formidable; pero desgraciadamente, cuando se preparaba á marchar contra el sultan, acometió á sus soldados un contagio cruel, de que pereció la mayor parte de sus tropas; y el mismo emperador, acometido de una violenta disenteria murió el 27 de octubre de 1439 en una aldea cercana á Strigonia, á los 44 años de edad, y el segundo de su reinado. La emperatriz Isabel, su esposa, quedó en cinta de su primero y único hijo.

Alberto II, por sobrenombre el Magnánimo, fue uno de los mas grandes príncipes de la dinastía austriaca, y uno de los monarcas mas poderosos de su tiempo. Si su temprana muerte no hubiese cortado los pasos á su valor y á su política, hubiera aumentado sobremanera su poder con grande utilidad del mundo civilizado: pues su intencion era volver contra los mahometanos las armas que tan frecuentemente y con tanta mengua volvian los príncipes de la cristiandad unos contra otros.

Federico III, emperador (1440). Los estados de Austria, al saber la muerte de Alberto II, se reunieron en Viena, y confiaron el gobierno á Federico de Austria, duque de Estiria, y biznieto de Alberto el contrecho por Leopoldo su hijo tercero: á condicion que gobernase como tutor y regente, si la emperatriz daba á luz un varon, ó si era niña, fuese con un hermano que tenia, coheredero del

ducado. Los úngaros, movidos de las lágrimas y de la elocuencia de la emperatriz, le prometieron coronar á su hijo. Los boemios, que deseaban elegir otro rey, se contentaron con esperar al parto de la emperatriz, porque estando discordes todavía, aun no habian convenido en el príncipe que habian de nombrar.

Los electores del imperio, reunidos en Francfort, quisieron elegir por rey de romanos á Luis, Langrave de Hesse Cassel: pero este se negó á su designio, diciendo que *tenia pocas letras*, y que así no podia gobernar. Despues se convinieron en nombrar á Federico de Austria, y le proclamaron el 2 de febrero de 1440.

La emperatriz viuda dió á luz un príncipe, llamado Ladislao, y que tuvo por sobrenombre *Postumo.* Los úngaros le reconocieron por rey y dieron la regencia á su madre. Los boemios eligieron á Alberto de Baviera, príncipe lleno de prudencia y virtud, que se negó á condescender con sus deseos. Entonces suplicaron al emperador que ó recibiese el mismo la corona ó nombrase el príncipe á quien queria que se diese. Federico que no cedia en probidad á ninguno de los monarcas de su tiempo, protegió los derechos de Ladislao, y persuadió á los estados de Boemia, que instituyesen un concejo de administracion hasta la mayor edad del príncipe, y así lo hicieron, nombrando por regentes á dos caballe-

lleros, llamados Ptaczek y Casainova, célebres por sus servicios.

Ladislao, rey de Polonia y Ungría (1444). Ardía entonces en discordia la iglesia y el imperio por las desavenencias entre el concilio de Basiléa y el Papa Eugenio IV, que convocó en Italia otro concilio, mientras el de Basiléa, separándose de su obediencia, nombró un antipapa, que fue Amadeo de Saboya con el nombre de Felix V. El emperador no quiso reconocerle; y se conservó unido á la santa Sede: el cuerpo germánico, á pesar de las aficiones é intereses de algunos de sus príncipes, siguió su ejemplo. Federico se confederó con Cárlos VII, rey de Francia, contra los suizos, que sostenian el concilio de Basiléa: estos fueron vencidos, y la causa de Roma quedó triunfante, á pesar de las pretensiones ridículas, que sostuvo todavía por algunos años el antipapa.

Entretanto Ladislao, rey de Polonia, entró con ejército en Ungría, fue proclamado por un partido, redujo al silencio el de Ladislao Postumo, y se ciñó la corona. Declaró guerra á los turcos, hizo un tratado de paz con Amurates, lo violó, penetró en Bulgaria, y fue vencido y muerto en la célebre batalla de Varna. Esta catástrofe restituyó la corona de Ungría á su legítimo príncipe.

Concordato del imperio (1448). El primer tratado de esta clase que hubo en Europa, hecho con el objeto de distinguir los límites

entre la autoridad temporal y la espiritual, fue el que celebró el emperador Federico III con el Papa Nicolao V: en él se decidió cuáles beneficios eran de nombramiento pontifical, y cuáles pertenecian al ordinario, y se restableció el antiguo método de la eleccion en las catedrales y abadías.

Entranto los úngaros resistian al poder y á las armas victoriosas de Amurates bajo las órdenes del valeroso caudillo Juan Huriades, y Boemia era teatro de devastaciones tan espantosas como las de los husitas. El funesto ejemplo que estos dieron de robar las iglesias y maltratar á los sacerdotes era seguido, no solo por los sectarios secretos que aun quedaban en el reino, sino por todos los hombres inquietos y revoltosos que bajo el gobierno débil de una regencia querian adquirir riquezas, ó aspirar á los empleos haciéndose temibles. Los estados de Ungría y de Boemia pidieron repetidas veces al emperador que les enviase á su rey Ladislao Postumo, en lo cual obedecian al instinto que mueve á todas las naciones á no dejar en poder estrangero las prendas de su culto político. Pero Ladislao estaba aun en menor edad: Federico, que le amaba mucho, queria instruirle y completar su educacion antes de colocarle en el trono; y ademas temia que siendo de tan corta edad, correría grande riesgo si se le dejase en poder de señores ambiciosos, en dos pueblos tan turbulentos como eran el úngaro y el boemio. Por esta razon

se negó siempre á separarlo de su lado: conducta que fue siniestramente interpretada, no solo en aquellos reinos, sino tambien en Alemania; porque decian que el emperador procuraba tener sujetas las dos naciones en la persona de su rey.

Viage del emperador á Roma (1451). Federico tenia tratado su casamiento con Leonor, hermana de don Duarte, rey de Portugal: y habiendo venido esta princesa por mar hasta Liorna, pasó el emperador á Sena, ciudad de Toscana, donde la recibió. De allí fueron á Roma, hicieron su entrada solemne, y los coronó el sumo pontífice Nicolao V.

Poco pudo detenerse Federico en Italia: porque en el imperio se habia formado una liga contra él compuesta de los boemios, úngaros y muchos príncipes de Alemania. El objeto de esta confederacion era sacar de su poder al príncipe Ladislao. El emperador se negó á ello, á pesar de los consejos de su ministro el célebre Eneas Silvio, que despues fue Papa con el nombre de Pio II: pero se vió obligado á hacerlo, cuando el ejército de los confederados penetró en Austria, puso sitio á Neustadt y las tropas del emperador fueron derrotadas en tres combates. Ladislao fue coronado en Boemia en 1553, año funesto á la cristiandad; pues en él fue tomada Constantinopla por Mahomet II, sultan de los otomanos, mientras los príncipes de Occidente solo pensaban en hacerse guerra unos á

otros. Sin embargo, el heróico Huniades, que gobernaba en nombre de Ladislao el reino de Ungría, le defendió valerosamente contra los turcos, obligándoles á levantar en 1455 el sitio de Belgrado con pérdida de mucha gente y de la escuadra que tenian en el Danubio.

Muerte de Ladislao Postumo: Podiebrad, rey de Boemia (1457.) Ladislao Postumo falleció á la edad de 17 años; segun unos, de indigestion: segun otros, de veneno que le dieron los partidarios de los husitas: y este suceso justificó la oposicion de Federico á separarle de su lado. Los úngaros eligieron rey á Matías Corvino, hijo del grande Huniades: y los boemios, á pesar del emperador que pretendia disponer de aquella corona, á Jorge Podiebrad, señor poderoso en el pais, y que habia hecho grandes servicios al estado.

En Ladislao se estinguió la línea primogénita de la casa de Austria: y la rama de Stiria, descendiente de Leopoldo, hijo de Alberto el contrecho, entró en posesion de los estados hereditarios. Pero los tres príncipes de ella, que eran Federico III y sus hermanos Alberto y Segismundo, los disputaron entre sí: y hubo una guerra civil en Austria, en la cual se vió el emperador sitiado en el castillo de Viena, habiéndose apoderado de la ciudad los partidarios de Alberto. La muerte inesperada de este príncipe puso fin á la guerra: quedando Federico dueño de todo el

ducado, y Segismundo del Tirol y de la Aloa Carintia.

Ladislao de Polonia, rey de Boemia (1470). Podiebrad, inficionado en secreto con los errores de los husitas, creyó cuando se vió elevado al trono de Boemia, que era llegado el tiempo de levantar el partido de aquellos sectarios, y no disimuló ni su odio al clero católico ni su desprecio y aversion á la corte de Roma. El sumo Pontífice Paulo II le escomulgó y destituyó, y encargó á Matías Corvino, rey de Ungría, la ejecucion de su sentencia.

Matías penetró en Moravia con ejército numeroso, y puso sitió á Hradish. Podiebrad no tenia fuerzas para resistirle. El emperador habia dado justos motivos de queja á Corvino; porque teniendo guardada en Viena la corona real de Ungría, no habia querido restituírsela, lo que habia impedido su coronacion: ceremonia, sin la cual no reconocen los úngaros por verdadero rey aun al mismo que han elegido. Temia, pues, el emperador, que si Matías se hacia dueño de Boemia, volviese sus armas contra él en venganza de la injuria. Por esta razon aconsejó á Jorge Podiebrad, que pues no podia conservar el cetro de Boemia, lo cediera á quien por lo menos se lo agradeceria y pudiese defenderlo contra la ambicion de Matías.

Podiebrad siguió el consejo del emperador; y propuso á los boemios, á quienes tam-

poco agradaba la dominacion de los úngaros, que eligiesen nuevo rey. Fué nombrado Ladislao, hijo de Casimiro, rey de Polonia, el cual sostuvo la guerra contra Corvino. El Papa aconsejó á este, que dejase de pelear contra un príncipe cristiano, y volviese sus armas en defensa de Ungría, amenazada por los turcos. Matías obedeció, abandonó la empresa de Boemia, y pasó con su ejército á Moldavia donde consiguió una señalada victoria de Mahomet II. Despues, por mediacion de la corte de Roma, hizo la paz con Ladislao, rey de Boemia, y adquirió en ella la Moravia y la Silesia.

Union de las casas de Austria y Borgoña (1477). En este mismo tomo hemos contado muy á la larga las desavenencias crueles de Luis XI con Cárlos el Temerario, duque de Borgoña: la guerra de este contra Renato, duque de Lorena y contra los suizos: las batallas de Granson y de Morat, en que fueron quebrantadas sus fuerzas, y la de Nancy, en que murió peleando.

Su hija y heredera María, que Luis XI debiera haber casado con su hijo para que los vastos dominios de la casa de Borgoña volvieran á incorporarse en la corona de Francia, dió su mano al archiduque Maximiliano de Austria, hijo de Federico III: y por este enlace se agregó á la casa de Austria la sucesion de Borgoña. Es verdad que Luis XI, en la guerra que tuvo con Maximiliano, se apo-

deró de las plazas de Picardía que estaban por Cárlos, de la provincia de Borgoña y del Franco Condado: pero toda la Germania inferior quedó en poder de Maximiliano: y despues de la muerte de Luis XI, reconquistó el Franco Condado, que fue posesion austriaca hasta el reinado de Luis XIV.

Sitio de Viena por Matías Corvino (1479). El rey de Ungría, viendo ocupadas las fuerzas de Maximiliano y del emperador en la guerra contra Luis XI, con el pretesto de que Federico tomaba entre sus títulos el de rey de Ungría, entró en el Austria con ejército considerable, y puso sitio á Viena. Federico, que no tenia fuerzas que oponerle, entró en negociacion con él, renunció á sus pretensiones sobre Ungría, dió á Corvino la investidura de este reino, y compró la paz en la suma de 150000 escudos, que prometio pagarle. El mismo año nació Felipe, hijo de Maximiliano y María. Esta princesa falleció tres años despues, dejando ademas de Felipe, otra hija, llamada Margarita. Por la muerte de la verdadera señora de los Paises Bajos, hubo desavenencias, que degeneraron en guerra civil, entre los estados de Flandes y Maximiliano, pretendiendo ambos partidos la tutela del archiduque Felipe, heredero de su madre María.

Conquista del austria inferior por Matías Corvino (1486). El rey de Ungría invadió segunda vez el Austria. Sus pretestos

eran el casamiento de Cunegunda, hija del emperador, con Alberto, duque de Baviera, habiéndola él pretendido antes y recibido el desaire de negársela, y la falta de exactitud de Federico en pagarle la suma pactada en el tratado de paz de 1479. Esta nueva guerra duró tres campañas. En la primera, que fue en 1484, se apoderó de Haimburg y saqueó las orillas del Danubio. En la siguiente, habiendo acudido él en persona á rechazar los turcos que amenazaban la baja Ungría, envió al Austria á David Hazi, su general con una parte de su ejército. Este guerrero tomó por asalto á Pruck, puso sitio á Cornemburg, derrotó las tropas que envió Federico en defensa de esta plaza, la estrechó, y pereció en un asalto: pero su sucesor Estevan, conde de Scepus, la obligó á capitular.

Matías, resuelto á dar el último golpe, habiendo dejado bien defendida la frontera de su reino contra los turcos, tomó el mando de su ejército de Austria, y se apoderó de Viena. Federico hizo treguas de 8 meses con él, bajo la condicion de que si Matías (que estaba enfermo) moria en este intervalo, volviese el Austria á su antiguo señor, y el emperador conservase el título de rey de Ungría.

Este mismo año fue elegido Maximiliano por rey de romanos en Francfort y coronado como tal en Aix la Chapelle. Ladislao, rey de Boemia, protestó contra la eleccion, porque no se le invitó á concurrir á ella: pero

renunció á la protesta, habiéndosele asegurado por un acto auténtico el derecho de su sufragio para sí y para sus sucesores. Maximiliano volvió á Flandes á terminar su desavenencia con la asamblea de estados, que habia durado todo el tiempo de la guerra del Austria. Habiendo llegado á Brújas, donde se celebraba la junta, se estendió la voz en el pueblo de que el rey de romanos queria introducir tropas en la ciudad para apoderarse de ella. Hubo una sublevacion, y se le arrestó en el castillo; y á muchos de sus partidarios se les formó proceso en Gante, y fueron enviados al suplicio.

Su hijo Felipe reunió los estados en Malinas y pidió que se pusiese en libertad al rey de romanos: lo que se hizo, despues de haber firmado y ratificado un tratado de paz con él, por el cual se confió la tutela de su hijo á los estados. Matías Corvino falleció en 1487: y el Austria volvió al poder de Federico. En Ungría fue elegido rey Ladislao de Boemia á condicion de que casase con Beatriz, viuda de Corvino.

Federico III falleció en 1493, de un tumor en un pie que se le gangrenó. Este príncipe era religioso, mas no sin alguna mezcla de la superstición de su tiempo: pues gustaba mucho de astrólogos, alquimistas é interpretadores de sueños. Dió frecuentes pruebas de su probidad personal en la manera con que amó y educó á Ladislao Postumo, y fue ami-

go de la paz, lo que le mereció el sobrenombre de *Pacífico*. Pero era indolente, carecia de vigor, gustaba mucho de atesorar, y por no gastar, dejaba de emprender no solo guerras gloriosas, sino tambien necesarias. Casi no tuvo parte alguna en los grandes sucesos que ocurrieron durante su reinado: todos se decidieron en otras partes y por otras manos. Nada conocia del arte militar, y así fue vencido en casi todas sus guerras, y tuvo que hacer la paz á costa suya. En su tiempo hubo entre los príncipes de Alemania muchas guerras privadas, en las cuales rara vez intervenia. Su máxima era, que el olvido es el único remedio de los males incurables. Este proverbio, siempre peligroso en la práctica, porque la indolencia puede figurarse como *incurables* males que venceria la actividad y el talento, es aun cuando pueda aplicarse con verdad, mas propio de un filósofo, limitado á su existencia privada, que de un monarca, del cual esperan siempre su remedio las naciones, aun en las circunstancias mas desesperadas.

Sin embargo, á este príncipe tan flaco é indolente, debió la casa de Austria gran parte de su elevacion, por el enlace, que las circunstancias le proporcionaron, con la dinastía de Borgoña, extinguida en Cárlos el temerario.

Maximiliano I, emperador (1493). Maximiliano, que despues de la muerte de su

padre, subió al trono del imperio sin oposicion, era un príncipe valeroso, instruido, aplicado al gobierno: pero deseoso de dinero por la pobreza de sus estados y por el estrecho poder que le daba el título de emperador, fue censurado de avaro, á causa de que en sus tratados de alianza y aun en los contratos matrimoniales, su primer condicion fue constantemente la de los subsidios que debian pagarle: y no siempre cumplia, despues de recibidas las sumas, á lo que se obligaba.

En el primer año de su reinado juntó un poderoso ejército y ahuyentó de las provincias de Croacia y Carniola á los turcos, que habian penetrado en ellas. Libre de este enemigo dedicó sus cuidados al gobierno del imperio, con tanta felicidad que durante los 25 años que reinó, siempre se conservó la paz en Alemania. El comercio y las artes florecian: y las ciencias y letras tuvieron en el emperador un protector celoso é ilustrado.

Al año siguiente casó en segundas nupcias con Blanca María, hermana de Juan Galeazo Esforcia, duque de Milan, y sobrina del célebre Ludovico Moro, tutor de ambos, que se apoderó del ducado despues de la muerte de su pupilo. Este fue quien trató el casamiento: la dote de la princesa era 460000 ducados: y Maximiliano dió en secreto á Ludovico la investidura de Milan, en premio de haberle dado una princesa bella y virtuosa y una dote tan rica. A causa de este matrimo-

nio, tuvo Maximiliano que atender á los negocios de Italia é intervenir en ellos.

Casamiento del archiduque Felipe con Juana de Castilla (1495). Habíase tratado algunos años antes entre el emperador y los reyes de España don Fernando y doña Isabel las bodas de Felipe y Margarita, hijos del primero, con la infanta doña Juana y el príncipe don Juan, hijos de los reyes católicos. Aceleróse la conclusion de este tratado por el motivo siguiente.

Cárlos VIII, rey de Francia, hijo y sucesor de Luis XI, emprendió la conquista del reino de Nápoles alegando los derechos de la casa de Anjou, incorporada ya en la corona. Fernando llevaba muy á mal esta empresa que esponia su reino de Sicilia á los ataques de un príncipe jóven y belicoso; y buscaba en toda Europa enemigos á los franceses. Logró que se confederasen contra Cárlos VIII la santa Sede y los venecianos, enemigos naturales de que preponderase en Italia ninguna nacion estrangera, y Ludovico el moro, que habiendo sido quien llamó á Italia al rey de Francia para gozar bajo su proteccion del poder que usurpaba á su sobrino Juan Galeazo, estaba ya arrepentido de haberse dado un dueño á sí y á los demas estados de la península: tanta habia sido la felicidad y presteza con que Cárlos sometió á su imperio ó á su política las señorías de Génova y Florencia, la corte de Roma y el reino de Nápoles.

Como el nombre del emperador tenia siempre una grande influencia moral en Italia, quiso el rey católico ganar á Maximiliano para la confederacion contra los franceses, y lo consiguió por medio de los contratos matrimoniales que hemos mencionado. Entonces no podia preverse el inmenso grado de poder que este enlace daria á la casa de Austria: porque Juana, esposa de Felipe, tenia un hermano varon y una hermana mayor: pero habiendo fallecido uno y otro, como tambien un hijo que tenia su hermano Cárlos, hijo de Felipe y Juana, fue heredero de la monarquía española, aumentada en gran manera por las conquistas de Fernando el católico en Italia y por el descubrimiento del nuevo mundo.

Cárlos VIII perdió el reino de Nápoles con la misma facilidad que lo habia ganado: porque acometido en Fornovo por el ejército de la confederacion, que queria impedirle la vuelta á Francia, aunque la victoria quedó por él, no pudo sacar otro fruto de ella, que tener expedito el camino para su reino, y Fernando II, rey de Nápoles, fue restablecido en su trono con el auxilio de los españoles.

Guerra con los suizos: batalla de Brejentz (1499). Maximiliano fue el último de los confederados que se presentó en Italia: pero con tan pocas fuerzas y con tanta irresolucion, que hubo de volverse á Alemania, despreciado y mal visto de todos. La única faccion considerable que hizo fue tomar á Pisa, que es-

taba por los franceses, á los cuales quitó con esta plaza el camino por tierra al mediodia de Italia.

Ocupóle despues en Alemania la guerra de los suizos. Los grisones defendian su independencia contra los austriacos del Tirol: y nó teniendo fuerzas para resistirles, imploraron el auxilio de los cantones. Los suizos enviaron en su socorro el ejército de la confederacion, que encontrándose con el austriaco junto á Bregentz, le venció en batalla campal.

Maximiliano envió nuevas fuerzas á Suiza, que fueron siempre derrotadas: pues en el corto término de seis meses se dieron siete combates sangrientos, ganados por el ejército de los cantones en toda la línea del Rin desde Eschafusa hasta el valle de la Engadina. El emperador, cansado de esta guerra, tan infeliz para él, hizo paces con los suizos, que adquirieron entonces tres nuevos cantones, á saber, de Eschafusa, de Basiléa y de Apencel, que se confederaron con los diez antiguos, y la alianza de los Grisones y de las ciudades imperiales de Alsacia. Tenian entonces la fama de ser su infantería la mejor de Europa, y Luis XII, rey de Francia y sucesor de Cárlos VIII, hizo con ellos alianza ofensiva y defensiva, creyendo asegurada la victoria, si los tenia por amigos, en la empresa que meditaba contra el duque de Milan Ludovico Esforcia.

El archiduque Felipe, rey de Castilla (1504). En efecto, Luis XII pasó á Italia con poderoso ejército, y en sola la campaña de 1499 arrojó al duque de Alemania y se hizo dueño de sus estados. Es verdad que Ludovico Esforcia con algun refuerzo de soldados que juntó en el imperio, volvió al año siguiente á cobrar á Milan y á Navarra: pero los suizos que servian en sus banderas, ganados por el dinero de Luis XII, le entregaron á los franceses; y fue llevado á Francia donde acabó sus dias preso en el castillo de Loches. Maximiliano, viendo en manos de Luis el ducado de Milan, le dió la investidura de él, mediante el casamiento de su nieto Cárlos, hijo del archiduque Felipe, con Claudia, hija del rey de Francia: concierto que no se efectuó.

Teniendo ya los franceses un pie en el norte de Italia, procuraron estenderse en el mediodia: para lo cual concertaron Luis XII y Fernando el católico acometer á don Fadrique, rey de Nápoles y repartir sus estados. Movióse guerra sobre la division entre los vencedores; y derrotados los franceses, por el gran capitan en Cerinola y en el Garellano, y rendida Gaeta á los españoles, quedó el reino de Nápoles sometido á don Fernando, rey de España, en 1504.

Este mismo año falleció su esposa Isabel la católica, reina propietaria de Castilla, y como ya habian muerto el príncipe don Juan

su hijo, sin dejar sucesion de su esposa Margarita de Austria, y doña Isabel, la mayor de las hijas de la reina católica, y el príncipe don Miguel, único hijo que tuvo de su casamiento con don Manuel, rey de Portugal, recayó la corona de Castilla en doña Juana, hermana segunda de la mencionada Isabel ya difunta, y en su marido el archiduque Felipe, que con este motivo pasó á España, tuvo algunas desavenencias con Fernando el católico, á quien ya se hacia duro reducirse al reino de Aragon que heredó de su padre, y al fin, ajustadas todas las discordias, reinó pacíficamente, aunque poco tiempo: pues falleció de calentura en la flor de su edad en 1506. Dejó dos hijos, Cárlos y Fernando, que ambos fueron emperadores, tres hijas Leonor, Isabel y María, que fueron respectivamente reinas, la primera de Portugal, y despues de Francia, la segunda de Dinamarca, y la tercera de Ungría y Boemia; y otra postuma, llamada Catalina, que en adelante fue reina de Portugal. El rey católico quedó por regente de Castilla en la menor edad de don Cárlos, porque Juana, reina propietaria, estaba demente: y la tutoría del jóven príncipe, y el gobierno de sus estados de Flandes y Borgoña, se confió á su tia Margarita, viuda de don Juan, príncipe de España.....

En la guerra de Nápoles no tuvo parte activa el emperador Maximiliano. Habia hecho alianza con el rey de Francia, y los vín-

culos del parentesco y los intereses de su comun nieto le unian con el de España. Ademas, estaba entonces ocupado en someter al duque de Gueldres que le negaba el debido homenage, y tenia guerra con Roberto, palatino del Rin, sobre la sucesion de Baviera. Pero lo que mas le aquejaba era el deseo de recobrar de los venecianos las plazas de Verona, Padua y otras de Lombardía, del Friul y de Istria, que en otro tiempo habian pertenecido al imperio, y que la república poseia como conquistas que habia hecho en sus guerras anteriores contra los duques de Milan y de Austria.

Liga de Cambrai contra venecianos (1508). Formóse, pues, la famosa liga contra la república de Venecia entre el emperador, el rey católico, el de Francia y el papa Julio II. Todos tenian que reclamar de los venecianos; el rey de Francia, las plazas y territorios que ocupaba la república entre el Adda y el Adige: el rey católico, algunas plazas marítimas del reino de Nápoles en la costa del Adriático: el papa, muchas ciudades de Romaña, y el emperador, todo el pais que se estiende desde el Adige hasta Dalmacia.

La confederacion obró con tanta energía y prontitud que en la campaña de 1509, derrotados los venecianos por los franceses en la batalla de Agnadel, perdieron cuanto poseian en la tierra firme de Italia, y cada una de las potencias aliadas entró en posesion de lo que

le pertenecia de la conquista: pero habiéndose vuelto á Francia Luis XII con gran parte de su ejército, cobraron ánimo; mucho mas cuando conocieron que el rey católico y el papa Julio II, habiendo sacado de la liga de Cambrai todas las ventajas que esperaban, miraban con desagrado la excesiva influencia de los franceses en Italia. Volvieron pues, al continente, sorprendieron á Padua y la defendieron valerosamente contra las fuerzas unidas del emperador y de Francia en dos sitios que sostuvo esta plaza en 1509 y 1510.

Liga contra Francia: batalla de Ravena: los franceses pierden á Milan (1511). No se ocultaba á Luis XII la disposicion en que se hallaban con respecto á él las cortes de Roma y de España: por cuya razon envió nuevas fuerzas á Lombardía: y habiéndole declarado la guerra aquellas cortes, unidas ya con los venecianos, procuró estrechar su alianza con el emperador, y le propuso la convocacion de un concilio en Pisa para deponer á Julio II. Maximiliano adoptó con calor este proyecto, porque en aquel tiempo tenia la estraordinaria ambicion de ceñirse la tiara enlazada con la diadema del imperio: pero ó por su natural inconstancia, ó vencido por las representaciones de los reyes de Aragon y de Inglaterra, confederados contra Francia, ó ganados por los subsidios que le ofrecieron, abandonó la alianza de Luis XII, y accedió á la confederacion formada contra él.

El resultado de esta nueva guerra para los franceses fue la célebre victoria que consiguieron en Ravena contra el ejército de la iglesia y de Nápoles reunidos: pero á pesar de esta victoria, que les costó mucha gente, teniendo que defender sus propios dominios contra los ingleses que acometieron por la provincia de Picardía, no pudieron conservarse en Italia, y pasaron los Alpes. El ducado de Milan se dió á Maximiliano Esforcia, hijo de Ludovico el moro, á pesar del emperador que queria dar la investidura de él á su nieto Fernando, hijo segundo de Felipe.

La retirada de los franceses no pacificó la Italia: porque el emperador, al entrar en la liga contra Luis XII, no quiso conceder á los venecianos mas que una tregua, y exigió de ellos, si querian la paz, que le entregasen á Padua, Treviso y Vicenza. La republica, viéndose entregada á la merced de los confederados, imploró el socorro y la alianza del enemigo que mas daño les habia hecho, que era Luis XII. Este monarca se confederó con ellos, y envió á Italia un ejército que fue derrotado por los suizos junto á Navarra, y que por consiguiente nada pudo hacer á favor de los venecianos: pero estos defendieron valerosamente á Padua, sitiada tercera vez por las tropas de Maximiliano: y aunque vencidos por los españoles en la batalla de la Mota, castillo cercano á Vicenza, se sostuvieron valerosamente contra ambas naciones. Entretan-

to el emperador daba á la Europa un espectáculo estraordinario, por no decir indecente: pues en lugar de ponerse al frente de sus ejércitos, peleaba como voluntario en el de Enrique VIII, rey de Inglaterra, devengando de sueldo cien escudos diarios. El monarca inglés peleaba entonces contra Francia en la frontera de Picardía.

Paz entre Francia y el imperio (1515). Luis XII falleció á principios de 1515, y le sucedio Francisco I, jóven, activo y valeroso. Su principal designio fue la reconquista de Milan, y para conseguirlo, hizo paces con el emperador, que estaba fastidiado de la guerra en Italia. Sin embargo, cuando vió al rey de Francia descender de los Alpes con ejército poderoso, derrotar en la terrible batalla de Marignan á los suizos protectores del duque Maximiliano Esforcia, apoderarse casi sin resistencia de todo el Milanesado y volverse á Francia cubierto de laureles, concibió gran recelo de la preponderancia que cobraron los franceses en Italia; y juntando sus tropas penetró el año de 1516 en Lombardía, y puso sitio á Milan, defendida por el célebre Cárlos de Borbon, condestable de Francia: pero ó la inconstancia propia del caracter de Maximiliano, ó la valerosa defensa de su adversario, ó lo que es mas cierto, la falta de recursos pecuniarios para continuar la guerra, le obligó á renovar el anterior tratado de paz con Francisco. Ademas, el

papa Leon X, sucesor de Julio II, era tan amigo de la tranquilidad como su antecesor de la guerra: y Fernando el católico, que hubiera podido sostener á Maximiliano en su proyecto de renovar las hostilidades con Francia, terminaba entonces su larga y gloriosa carrera. La vasta herencia de España recaia en un príncipe menor de edad: y los peligros y alteraciones de una regencia eran poco á propósito para hacer que Maximiliano esperase, de parte de España, una cooperacion activa contra las empresas de los franceses.

Lutero (1517). El sitio de Milan fue la última operacion militar del emperador. Desde esta época, desengañado de cuán pequeña era su influencia en los negocios de Italia, pues á pesar de tantos años de guerras, alianzas y contraalianzas, no habia adquirido una pulgada de terreno en la península, se dedicó esclusivamente al gobierno del imperio, y á sofocar, si era posible, la grande revolucion en materia religiosa que empezaba en Alemania.

El sumo pontífice Leon X, careciendo de dinero para concluir la iglesia de San Pedro en Roma, comenzada por su antecesor, y para hacer un armamento contra los turcos en defensa de Italia, mandó predicar una bula de indulgencia plenaria en los estados de la cristiandad, destinando á aquellas dos empresas el producto de las limosnas que resultase de la predicacion de dicha indulgencia.

La bula de Alemania fue dirigida á Alberto, arzobispo de Maguncia, el cual nombró personas que las publicasen y percibiesen las limosnas, y encargó la predicacion acerca de las indulgencias á Juan Estze, dominicano, é inquisidor de la fé en el imperio, y á los religiosos de su orden. Esto fue una innovacion: porque era costumbre ya antigua en Alemania que se diese á los religiosos agustinos la comision de predicar las indulgencias. Esta especie de rivalidad, junta á algunos abusos, verdaderos ó supuestos, que cometieron los dominicanos, produjo su efecto: y Juan Stulpitz, vicario general de los agustinos, criticó públicamente los sermones de los predicadores. Para sostener esta especie de polémica, cuya trascendencia ignoraba él mismo, tomó por campeon á Martin Lutero, religioso de la misma orden, doctor y profesor de teología en la universidad de Wirtemberg, hombre estimado por sus conocimientos, pero de caracter violento, irascible, indócil é incapaz de volverse atras en la senda que habia emprendido.

Este genio fogoso é intratable empezó la guerra, publicando y defendiendo conclusiones contra los abusos que podian haberse introducido en la predicacion de las indulgencias. Juan Testzel sostuvo otras en Francfort, defendiendo su orden, y en calidad de inquisidor, condenó al fuego las de Lutero. Este, en represalias, hizo lo mismo en Witemberg

con las de los dominicos: pero entrambos partidos profesaban el mayor respeto al santo Padre, y le invocaban por juez de la desavenencia. Leon X mandó á Lutero que compareciese en Roma para ser juzgado: pero por súplica del elector de Sajonia que favorecia al general de los agustinos y á su colega, se le dispensó de este viage, y se encomendó el conocimiento de esta causa al cardenal Cayetano, legado de la santa Sede en Alemania, y que se hallaba entonces en la dieta de Ausburg, convocada por el emperador para que los electores nombrasen rey de romanos y sucesor suyo á su nieto Cárlos, rey de España: lo que no pudo conseguir.

Lutero se presentó en Ausburg con salvo conducto del emperador, hizo y dejó en poder de un notario protesta de sumision á la sentencia del papa, y promesa de retractarse en caso de que sus conclusiones fuesen reprobadas. El cardenal le oyó, declaró anticatólica su doctrina, y le mandó retractarla. Lutero huyó de Ausburg, se refugió en Witemberg, y apeló al papa de la sentencia del legado.

Estos fueron los principios de la llamada *reforma* de Lutero, que tantos males causó no solamente á la cristiandad, sino tambien á todo el mundo civilizado: porque la disputa, teológica en su principio, llegó á ser política y social. El mismo heresiarca, que habia apelado á Roma, cuando vió que la

sentencia del papa era contra él, negó la autoridad del papa, y apeló al concilio general y á la iglesia. Despues negó tambien la autoridad de la iglesia, y no admitió mas regla de doctrina que los libros santos, pero mutilando á su arbitrio el catálogo de ellos, y haciendo á la razon humana árbitra de su interpretacion.

Así el caracter principal de su inovacion consistió en la *rebeldía del entendimiento humano contra la autoridad.* Este ejemplo de emancipacion y de licencia fue imitado. Zuinglio en Helvecia, Calvino en Francia, Enrique VIII en Inglaterra, Knox en Escocia, Socino en Polonia, y otros menos célebres en otras diversas partes elevaron las débiles luces de la razon humana, amortiguadas ademas por la accion de las pasiones, sobre el fanal siempre puro, siempre brillante de la autoridad de la iglesia, que llega invariable hasta nosotros, por una sucesion no interrumpida de sacerdotes y ministros, desde el divino Autor del cristianismo.

Los nuevos sistemas religiosos, que desconocian la autoridad, sin la cual no puede existir creencia alguna, se dividieron en su nacer. Eran obra de la opinion y de las pasiones humanas. El deseo de adquirir celebridad dogmatizando, el de romper los vínculos importunos que la moral cristiana opone al desenfreno de los vicios, la ambicion política, la codicia de los bienes que poseia el clero,

fueron los grandes agentes de la reforma, que en cada pais tomó diferente colorido, segun las circunstancias y caracter particular de los hombres que la predicaron. En Escandinavia, norte de Alemania é Inglaterra se conservaron muchas ceremonias y maximas del antiguo y verdadero culto, con la institucion del episcopado. En Escocia y entre los calvinistas se despojó al culto de todo su esplendor, que los novadores llamaban *idolatria*: pero al menos conservaron el sacerdocio. Vinieron despues los cuakeros y otras sectas, que quitaron este débil freno al espíritu humano; pero respetaban aun los libros sagrados.

Los sucesores de los primeros heresiarcas no tardaron en conocer la inconsecuencia de sus raciocinios porque sino debia admitirse la autoridad para la interpretacion de los libros santos, ni para el establecimiento de los artículos fundamentales de la creencia, ni para la gerarquía y mútuos derechos de los fieles y del sacerdocio, ni para las ceremonias del culto: si la razon, como ellos decian, debia ser el supremo árbitro en todas estas materias; ¿por qué conservaron la fé en los libros sagrados y en la mision divina de Jesucristo? ¿No es un mismo fundamento de toda la creencia, á saber, la autoridad de la iglesia? Pues ¿por qué, negada esta en puntos tan numerosos é importantes, ha de conservar su imperio en otros? Quitóse, pues, enteramente el freno al espíritu humano, y nació *el*

Deísmo, sistema absurdo, que supone la existencia de un ser supremo taciturno é indiferente que nada dice ni revela á los hombres, sino lo que su débil entendimiento, alzando su voz flaca entre los rugidos de las pasiones, alcance á sugerirles. De creer un dios inútil á negar su existencia no hay mas que un paso, y este paso se dió. Ya deificando toda la naturaleza, ya materializándola toda, se formaron los mónstruos del panteismo, del materialismo, del ateismo, detestados á la verdad por la razon humana, cuando se halla libre y desembarazada del dominio é influencia de los afectos: pero abrazados y proclamados, con mas afectacion que buena fé, por la ambicion, por los vicios inmundos, por el orgullo filosófico y por los furores políticos. El siglo de oro de este último grado de depravacion, fue para desgracia de las generaciones actuales, el siglo XVIII. Hemos visto y probado sus amargos frutos: y segun todas las señales, la sociedad europea, apartada por tres siglos del verdadero camino de la felicidad social, volverá á él siguiendo la antigua antorcha que puede guiarla: *la autoridad religiosa*: porque sin autoridad no hay religion: sin religion no hay moral; y sin moral, desfallecen y mueren todos los principios de gobierno, todos los elementos de prosperidad pública.

La reforma pues, del siglo XVI, aniquilando el dogma de la autoridad, trajo, aca-

so sin pensarlo sus autores, pero por consecuencia inevitable del sistema que adoptaron, la incredulidad absoluta de todo principio religioso, y el desprecio de los poderes políticos sancionados por la esperiencia de los siglos; males que tanto han afligido la iglesia y el estado, el cristianismo y las naciones, los gobernantes y gobernados, en estos últimos tiempos.

Nos hemos estendido tanto en esplicar el origen y el carácter de la reforma, porque este infeliz acontecimiento ha tenido una influencia directa en la suerte de las naciones modernas de Europa desde el siglo XVI; y porque segun nuestro modo de ver, el actual estado de la sociedad europea tuvo su principio en el sistema de los roformadores, que ha traido gradualmente las naciones y los individuos á la situacion en que las vemos. La gran cuestion del género humano es esta ¿*debe gobernarse el mundo tanto religiosa como políticamente por la autoridad pública y reconocida, ó por las ideas privadas y opiniones individuales*? Hemos procurado esplicar tanto en sí mismo como en sus consecuencias el error fundamental de la reforma, que consiste *en la proscripcion de la autoridad*; porque fue un hecho inmenso que abraza toda la historia de los últimos siglos; y hemos dejado aparte los demas errores en materia de sacramentos, gracia y libre alvedrio, predestinacion y otros artículos fundamentales, tanto

porque estas materias pertenecen mas bien al teólogo que al historiador, como porque, negado en materia de religion el docma de la autoridad, no puede quedar en pie ningun principio. Desde la verdadera creencia hasta el Ateismo hay un despeñadero resvaladizo, por el cual se cae inevitablemente, aunque por grados y con admiracion del que vé y del que sufre la caida.

Los efectos funestos que produjo la reforma de Lutero, no fueron enteramente debidos al carácter impetuoso, soberbio é indocil de este heresiarca, ni á su elocuencia é instruccion. Nacieron en su mayor parte de las circunstancias en que se hallaba entonces la Europa. Desde los tiempos de Gregorio VII era la cristiandad una especie de república, á cuya frente estaba el santo padre, no solo revestido de la autoridad religiosa, propia de los sucesores de san Pedro: sino tambien de la autoridad temporal, que la necesidad y conviccion de los siglos pusieron en medios sus manos. Pero esta autoridad tuvo en diferentes épocas distintos caracteres. En los estados italianos de la iglesia dominaba el pontífice como soberano temporal, y bajo este carácter tenia guerras y celebraba treguas ó paces ó tratados de alianza con las demas potencias de Italia y de fuera de ella. En los demas reinos de la cristiandad, excepto los de Nápoles y Sicilia en que tenia la soberanía suprema, ejerció en los tiempos de Gregorio VII, Ino-

cencio III y Alejandro III, cierta especie de poder tribunicio, que consistía, no en ser soberano de los reyes, si no en poder refrenarlos cuando rompian los límites de la justicia y de la razon. Este poder se ejercia por medio de las censuras eclesiásticas: porque en aquellos siglos, en que dominaba el cristianismo como principio político, la escomunion era una sentencia de proscripcion, que como todas las de esta clase, producia sus efectos civiles. En fin, en la península italiana, el Papa, ademas de ser soberano en sus estados y dar la investidura de las dos sicilias, tenia ademas la representacion de ser el custodio de la libertad comun, amenazada continuamente por los emperadores: y en esta calidad, luchó victoriosamente con los príncipes de las casas de Franconia y Suevia y con Luis V de Baviera. La corte de Roma era pues, como en los tiempos de la antigua república y de los Augustos, Trajanos y Teodosios, *el poder político* predominante en Europa: mas no debió su preponderancia á las armas, sino á las virtudes, y á la conviccion de los reyes y de las naciones. Pero este poder político estaba, como todos los demas de su clase, espuesto á abusos, tanto mas notables cuanto no eran defendidos por la fuerza física, ni tenian otra sancion sino la de las armas religiosas, y estaban en contradicion con el principio de justicia, predicado siempre por la santa Sede, y con las luces nacientes que ella misma contribuyó

tanto á propagar. Roma, cómo fuente de la religion y de la doctrina moral, fue siempre pura, inalterable, maestra de la creencia y de la virtud: pero como autoridad política, estuvo espuesta á los mismos errores, abusos y pasiones que rodean y rodearán perpétuamente la esfera del poder humano. La soberbia, ambicion é imprudencia de Bonifacio VIII, que le espuso á los furores de Felipe el hermoso: la translacion de la corte pontificia á Aviñon, que sometió su política á la de Francia, y la hizo en cierta manera dependiente de la de París; los cuarenta años del terrible cisma que pusieron á los pontífices en la necesidad de halagar á los príncipes de sus respectivas obediencias para no perderlos: las estragadas costumbres é insaciable ambicion de Alejandro VI y el carácter belicoso de Julio II, acabaron con el poder político que la santa Sede ejercia sobre los demas reinos de la cristiandad, tanto mas cuanto ya habia cesado el imperio de la fuerza brutal de los bárbaros conquistadores de Europa, que dió origen á este poder estraordinario, y á los príncipes y los reinos, sometidos á las leyes de la justicia y del derecho comun, no necesitaban de la intervencion política de Roma para el gobierno de sus pueblos.

Habia, pues, decaido ya la autoridad temporal de los papas en los reinos de la cristiandad: y en Francia y Alemania se dió el ejemplo de celebrar concordatos con la santa

Sede para fijar de una vez el ejércicio de los mutuos derechos en todas las materias mistas de políticas y religiosas. Si se hubiese limitado á esto la reforma respetando al mismo tiempo la independencia de los tronos y la superioridad religiosa del Padre comun de la cristiandad, se habria conservado ileso el poder sacerdotal, y cortado de raiz los abusos de que se quejaban gobiernos y naciones. Por desgracia no fue así. Los nuevos dogmatizantes tenian una ventaja muy conocida sobre los Valdenses, Alvigenses y Wiclefitas, que en los siglos anteriores habian impugnado la autoridad de la Iglesia, cuando eran un poder político generalmente reconocido; estos fueron facilmente oprimidos con las armas espirituales y las temporales. Pero Lutero y sus imitadores vian á la corte de Roma despojada ya de su influencia temporal sobre los reyes y las naciones: y ambiciosos de levantar altar contra altar, no les fue dificil halagando las pasiones de los príncipes, poderosos y sacerdotes, ya con el cebo de la licencia, ya con los despojos de los templos y monasterios, ya como en Inglaterra, con la supremacía religiosa de la autoridad temporal, atraerlos á su partido y hacerlos favorables á las inovaciones.

Es digno de notar que los paises septentrionales, convertidos mas recientemente al cristianismo y menos instruidos, adoptaron la reforma con mas facilidad que los de mediodia, en que la fé verdadera, predicada des-

de el tiempo de los apóstoles habia echado raices mas profundas. Dividióse, pues, el mundo cristiano en dos grandes secciones: una quedó inviolablemente adicta á la fé de nuestros padres: otra, entregada á su propia razon y á la costumbre de las disputas escolásticas, propia de aquellos tiempos, variando perpétuamente de dogmas y de opiniones, hizo guerra mortal al catolicismo; ya para defenderse, ya para ofender. Las guerras á fuerza armada terminaron con el tratado de Westfalia á mediados del siglo XVII: pero entonces empezó la guerra sorda, y mucho mas funesta á la sociedad, de la incredulidad y el filosofismo. La reforma, en sus diferentes fases, conservando siempre la creencia del mediador y el principio moral de la caridad cristiana, conservó al menos las máximas fundamentales de la civilizacion universal. Pero los innovadores del siglo XVIII, degradando la naturaleza humana, privándola de las esperanzas y temores de la vida futura, igualándola á la condicion de los brutos, y proclamando *el interés* como la única base de la moral, quitó á la sociedad de los hombres todo principio de vida y de accion mútua, y restituyó así en la existencia civil como en la política, el principio democrático *de la pluralidad*, es decir, *de la fuerza*, por el cual habian comenzado, cuando fue arruinado el imperio de Occidente, las naciones modernas de Europa. Los que crean exagerado este cuadro, estu-

dien con meditacion la historia de la revolucion francesa.

Cuando las doctrinas de Lutero empezaban á agitar á Alemania, falleció en Wels, ciudad de Austria, el emperador Maximiliano I á los 60 años de edad, y 26 de reinado. Este príncipe era bondadoso y no carecia de saber y de prudencia: pero su ambicion, superior á su talento, á los medios de su casa y del imperio, y la veleidad continua de su carácter, le hicieron despreciable en Europa. El matrimonio de su hijo Felipe con Juana, heredera de los tronos de Castilla, Aragon, Navarra, Nápoles, y de las adquisiciones y riquezas en el nuevo mundo, elevaron su dinastía al mas alto grado de poder que tuvo otra alguna desde Carlomagno. Solo la faltaba á esta ilustre casa un héroe que consolidase su poder, uniendo con firmes lazos tantas y tan diversas posesiones, y combinándolas entre sí de manera que formasen una sola monarquía. Este héroe fue Cárlos V: jóven ambicioso de gloria y poder, de miras elevadas; hábil en la guerra, valiente soldado en cuanto es permitido serlo á un capitan; activo é infatigable; político, ilustrado, y rival del célebre Francisco I de Francia; del cual triunfó, y dió con este triunfo la preponderancia en Europa á la nacion Española, cimiento de su poderío y manantial de los principales recursos de este emperador para las guerras que sostuvo.

SECCION III.

Reinado del emperador Cárlos V.

Cálos V, emperador (1520). Cárlos de Austria, hijo de Felipe I el hermoso, rey de Castilla, y de Juana, hija y heredera de los reyes católicos, nació en Gante el año de 1500. El primer título que tuvo fue el de duque de Luxemburgo. Solo tenia 6 años cuando falleció su padre, y 16, cuando murió su abuelo materno don Fernando, rey de Aragon: y estando demente la reina doña Juana, entró Cárlos á poseer los reinos de España y de las dos Sicilias con el nombre de don Cárlos I.

Pasó de Flandes á la península española en 1517, donde estuvo hasta que fue elegido emperador. Despues de la muerte de su abuelo Maximiliano, se reunieron los electores en Francfort para nombrarle sucesor. Solicitaban la corona imperial Francisco, rey de Francia y Cárlos, rey de España. Los príncipes de Alemania, teniendo el poder del primero, que amenazaba mas de cerca á la independencia germánica, y habituados ya al dominio de la casa de Austria, eligieron al nieto de Maximiliano I.

Cárlos recibió la noticia en Barcelona, donde se hallaba á la sazon; pasó á la Coruña, donde se embarcó para Flandes, y fue coronado el 22 de octubre en Aquisgran: y al

mismo tiempo hizo donacion á su hermano Fernando de todos los estados que la casa de Austria poseía en Alemania. Al año siguiente celebró dieta en Wormes en la cual se presentó Lutero, y dió cuenta de su doctrina. Cuando se le exigia una respuesta categórica acerca de su opinion sobre la autoridad espiritual del Papá, solo respondia declamando sobre los abusos de la corte de Roma. Este heresiarca, temeroso de sufrir la misma suerte que Juan Hus, á pesar de haber tenido salvo conducto del emperador, huyó en secreto de Wormes. Fue declarado herege y se prohibió por ley del imperio darle asilo ni acogida en ninguna parte: pero el duque de Sajonia, su soberano y protector, aficionado ademas á sus principios, que le permitian apoderarse de los bienes de los regulares, no cesó de favorecerle, y la nueva secta hizo progresos espantosos en el norte de Alemania.

Cárlos V, siendo rey de España y emperador de Alemania, abrazaba en su política toda la Europa. En el norte, Cristierno II, rey de Dinamarca, marido de su hermana Isabel y aliado suyo, se habia apoderado del reino de Suecia. Los progresos de los turcos en Ungría habian hecho que se mirase el Austria como frontera de la cristiandad contra la invásion de los infieles. Francisco, rey de Francia, irritado de haber sido pospuesto á Cárlos en la eleccion de emperador, y deseoso de restablecer á su pariente Enrique de Albret

en el trono de Navarra, conquistada por Fernando el Católico, invadió este reinó, á favor de la célebre guerra de las comunidades de Castilla, á la cual dió ó causa ó pretesto la rapacidad de los flamencos que habian pasado con Cárlos á España cuando murió su abuelo Fernando, y que validos del favor que gozaban en la corte, invadian todos los destinos y se apoderaban del dinero del reino. Italia se hallaba á merced de los franceses desde 1515: porque la muerte de Fernando el Católico, y las turbulencias de la regencia y sucesion de España, habian obligado á las tropas españolas á ceder á Francisco I la Italia septentrional, y á contentarse con defender el reino de Nápoles. En fin Enrique VIII, rey de Inglaterra, marido de Catalina, hija de Fernando el católico y tia de Cárlos V, era aliado íntimo del emperador.

Tales eran los elementos políticos de que constaba Europa en aquella época memorable en que se consumó la ruina del régimen feudal, y se levantó y estableció con firmeza el monárquico: y todos estos elementos tenia que manejarlos y combinarlos la sagacidad de un príncipe de 20 años, que puesto al frente de la civilizacion europea, habia de defenderla contra los mahometanos sus eternos enemigos; estenderla en el nuevo mundo; cimentar el poder de su vasta monarquía, acometido por los descontentos interiores, por un rival poderoso, por la política incierta y po-

co segura de los pueblos y potentados de Italia, y por las doctrinas peligrosas que Lutero esparcía en el norte. El campo de batalla era vasto: la lid fue sangrienta y prolongada: y Cárlos se mostró, á pesar de su juventud, digno de llevar en sus manos el destino del mundo.

El cuidado que mas le aquejaba era el de los negocios de España, donde estaban los verdaderos cimientos de su poder: y así habiendo dejado á su hermano Fernando por vicario general en el imperio, á su tia Margarita, por gobernadora de los Paises-bajos, partió de las costas de Flandes en su armada y llegó á Santander el 22 de julio de 1522. Ya estaban reprimidas y castigadas las rebeliones de Castilla y Valencia, y al emperador solo le quedó la gloria del perdon y de un olvido generoso. Habiéndole indicado uno de sus cortesanos el sitio donde se ocultaba un caudillo de la pasada rebelion, le dijo Cárlos con severidad: "mucho mejor hubierais hecho en decirle á él que yo estoy aquí, que en decirme á mí dónde está él."

La empresa de los franceses contra Navarra, así como habia sido muy rápida en la ejecucion, lo fue tambien en malograrse. Andres Esparre, hermano del señor de Lautrec, que mandaba las tropas de Francisco I, no contento con haber tomado á Pamplona y apoderádose del reino de Navarra, entró por tierras de Castilla y puso sitio á Logroño. Los

españoles acudieron, le arrojaron al otro lado del Ebro, le vencieron é hicieron prisionero en batalla campal cerca de Noain, y recobraron todo el pais.

Pero el emperador meditaba dar golpes mas grandes á su rival. Habia hecho alianza con el pontífice Leon X, que continuó despues con su sucesor Adriano VI, contra Francisco I, y un ejército, compuesto de tropas imperiales, napolitanas y del papa invadieron el Milanesado en 1522, vencieron en la Bicoca al ejército francés, mandado por Lautrec, le obligaron á pasar los Alpes, y colocaron en el trono ducal de Milán á Francisco Esforcia, hermano menor de Maximiliano, é hijo del célebre Ludovico el moro. En 1524 volvió á Italia otro ejército francés, á las órdenes del almirante Bonivet, mas hábil cortesano que buen capitan: el cual casi sin pelear se dió traza á destruir su ejército, ya por falta de víveres, ya en reencuentros sin gloria, y se volvió desairado á Francia.

El plan del emperador no se reducia solamente á arrojar los franceses de España y de Italia. Era su designio acometer á Francia á un mismo tiempo por los Pirineos occidentales con un ejército español: por el Franco Condado con las tropas alemanas; por la parte de Flandes, con las flamencas, mandadas por el conde de Bure, al cual debia reunirse su aliado Enrique VIII, rey de Inglaterra, que debia desembarcar en Calés con su ejército é

invadir la Picardía: al mismo tiempo que el condestable de Borbon, enojado contra Francisco por resentimientos particulares, se uniria con sus partidarios al cuerpo aleman que penetrase en Borgoña. De este modo todas las provincias limítrofes de Francia hubieran caido en poder del emperador y sus aliados. El momento designado para este ataque general era la partida de Francisco I, que estaba resuelto á pasar á Italia con ejército formidable para recobrar el Milanesado. Pero el proyecto de Cárlos V, como todos los colosales, no se logró, porque ni aun empezó á ponerse en ejecucion. El rey de Inglaterra peleaba contra Francia por instigacion de su ministro el cardenal Volsey, que deseaba ser papa y esperaba conseguirlo con el favor del emperador: más nunca fue la intencion del gabinete inglés reducir á tanta estremidad á Francisco I, que su rival quedase árbitro de la Europa: y así con varios pretestos se negó á cooperar al plan de campaña de Cárlos V.

Batalla de Pavía: prision de Francisco I (1525). Tampoco el emperador podia ponerlo en ejecucion porque su potencia estaba amenazada en Italia. A Adriano VI, que reinó muy poco tiempo, sucedió en el trono pontificio Clemente VII, de la casa de Médicis, y amigo de la Francia, con la cual hizo un tratado secreto de alianza contra el emperador. Si la juventud impetuosa de Francisco I no le hubiera precipitado, podria haber triunfado

de las fuerzas de Cárlos en Italia, dando tiempo á que Roma, Venecia y Florencia se hubiesen armado en su favor. Pero queriendo con una espedicion famosa ganar la confianza de sus aliados y de los pueblos de Italia, penetró en el ducado de Milán, se apoderó de la capital, puso sitio á Pavía y aceptó junto á esta plaza la célebre batalla del mismo nombre, que decidió la suerte de Italia y elevó la casa de Austria á el puesto brillante de primer potencia del mundo.

Francisco, vencido completamente y hecho prisionero en esta batalla, fue conducido á Madrid, donde entonces se hallaba el emperador, para que estando próximos pudiesen tratar con mas facilidad las condiciones de la paz. Cárlos, siguiendo el consejo del célebre duque de Alba, que era el mejor capitan de su siglo, estaba resuelto á sacar de su victoria todas las ventajas posibles.

La batalla de Pavía fue un rayo para los potentados de Italia, enteramente dominada por un monarca poderoso, dueño ya del mediodia de la península, y que tenia en el septentrion un ejército vencedor, que se reclutaba fácilmente con tropas venidas de Alemania y de España. Deseando salir de la sujecion que previan, el papa, los venecianos y el mismo Francisco Esforcia, duque de Milán, que debia á las armas de Cárlos su restauracion, se ligaron en secreto contra él. Al mismo tiempo hubo una conspiracion en Mi-

lán, para echar á los imperiales de Italia, y propusieron al marques de Pescara, que mandaba el ejército de Cárlos en la península, que entrase en el plan de los coligados; para lo cual le ofrecian grandes ventajas Pescara, fiel á su soberano, le descubrió toda la intriga.

Cárlos mandó poner guarniciones en las plazas fuertes del ducado de Milán, y permitió á los colonos, que el pontífice habia arrojado de Roma, levantar tropas y hacer correrías en el patrimonio de san Pedro, para obligar á Clemente VII á restituirles sus dignidades. Despues envió orden á Pescara para entrar en Milán con 300 lanzas y 3000 infantes, y obligar á Francisco Esforcia á entregarle el castillo de Cremona y el de la capital. Asegurado así de las llaves de Lombardía, entró en negociacion con su prisionero, y el tratado de Madrid, que se concluyó á mediados de enero del año siguiente, tenia por condiciones el matrimonio del Rey de Francia con Leonor, viuda del Rey de Portugal, hermana del emperador, la cesion del ducado de Borgoña; y de la supremacía en Flandes y Artois, y de las pretensiones al Milanés, de parte de Francisco: y en fin, que este recobraría su libertad, dejando en rehenes sus dos hijos.

Saco de Roma por los imperiales (1527). Apenas el rey de Francia se vió libre, se negó á cumplir las condiciones del tratado: su

pretesto ó su razon era que los estados de su reino se negaban á consentir en la enagenacion de Borgoña. Prepaáronse pues, de una y otra parte á continuar la guerra. El condestable de Borbon, que mandaba el ejército imperial en Italia, parte porque mirase á Clemente VII como enemigo de Cárlos, parte por satisfacer las necesidades de aquellas tropas faltas de dinero, las llevó contra Roma, á pesar de que el pontífice decia tener ya concluido un tratado de paz con el emperador.

El condestable llegó á Vitervo el dia 26 de abril de 1527, y pidió al papa permiso para atravesar por Roma y pasar á Nápoles. Clemente se lo negó, y Borbon asaltó la ciudad por el arrabal del Vaticano: pero al tiempo que plantaba la escala para subir al muro fue muerto de un tiro de un mosquete. Así pereció uno de los mas grandes capitanes de su siglo; pero murió sin gloria: porque peleaba contra su patria y hacia una guerra de latrocinio.

No por eso cesó el ataque. Sus soldados, enfurecidos con la pérdida de su general, pasaron las murallas y entraron en la ciudad á sangre y fuego. La antigua señora del mundo, la capital del orbe cristiano, sufrió de aquel ejército sin freno, y compuesto de tan varias naciones, infestadas algunas de ellas con la heregía de Lutero, todos los estragos que esperimentára en otro tiempo de los godos y de los vándalos. Ni el saqueo duró dos ó tres dias

como es ordinario en las plazas tomadas por asalto. Mas de dos meses se renovaron á cada momento los insultos, las violencias, los latrocinios y los asesinatos.

El castillo de Santangelo, adonde se habia retirado el papa con 13 cardenales, fue sitiado. Los historiadores de aquel siglo y sus copiantes han censurado mucho que el emperador hubiese mandado hacer en España rogativas públicas por la libertad del papa, á quien tenia sitiado él mismo. Pero la intencion de Cárlos era hacer conocer al mundo la diferencia entre el padre de los fieles y el soberano político y temporal. A este queria debilitar, como lo hizo, hasta tal punto, que no tuviese fuerzas en lo sucesivo para emprender nada contra su poder: al pontífice le veneró, como caudillo espiritual de los cristianos. Desde esta época, los papas, aunque soberanos en Roma y en el estado de la Iglesia, nada pudieron, como monarcas, á favor de la libertad de Italia, por la cual habian combatido tantos siglos y con tanta gloria; dejaron de ser potencia domitante, y se redugeron á las funciones sacerdotales. Los monarcas de la cristiandad, á pesar de sus guerras y ambiciones, reconocieron cuan conveniente era que el poder supremo espiritual fuese independiente: y así todos han garantido como por una especie de mutuo consentimiento, la integridad de los dominios temporales de la santa Sede.

Los franceses entraron con ejército en Italia, se apoderaron del Turin, penetraron en el ducado de Milán, y Lautrec con una parte del ejército pasó á Nápoles, y puso sitio á la capital de este reino: pero la peste, de que murió el mismo general, obligó al ejército á retirarse: y Andres Doria, enemigo de los fregosos que dominaban en Génova, y que eran partidarios de los franceses, sublevó la república contra ellos, y agregó aquel territorio importante á la alianza del emperador. Desde entonces perdieron los franceses la senda por la cual penetraban en Italia: porque el duque de Saboya, aliado tambien del imperio, acabó de cerrarles el camino para sus espediciones: al mismo tiempo que por sus estados, el Franco Condado y la Lorena se comunicaban los ejércitos desde Flandes hasta el reino de Nápoles.

Paz de Cambray: primer sitio de Viena por los turcos (1530). En fin el Papa Clemente VII hizo la paz con el emperador, obligándose á pagar 400000 ducados, y á admitir guarnicion imperial en Ostia, Parma y Plasencia. El emperador prometió restablecer en Florencia la familia de los Médicis, dando por muger su hija natural Margarita á Alejandro de Médicis, gefe de aquella ilustre casa.

Poco despues pasó Cárlos de España á Sávona con nuevas tropas, y se presentó en Italia como vencedor al frente de 50000 hom-

bres. En este tiempo se concluyó el tratado de Cambray entre el emperador y el rey de Francia, siendo los plenipotenciarios de aquella paz la reina, madre de Francisco I, y Margarita de Austria, gobernadora de los Paises Bajos. Por esta paz conservó la corona de Francia el ducado de Borgoña: pero renunció á su soberanía sobre Flandes y el Artois, estados que gozó despues el emperador con absoluta independencia.

En medio de la alegría del triunfo, llegó aviso al emperador del cerco que tenia puesto á Viena Solimán II, emperador de los otomanos. Este príncipe prudente y valeroso, que elevó el imperio turco á su mas alto grado de poder y grandeza, emprendió la conquista de Ungría; se apoderó de Belgrado, venció á Luis II; rey de Ungría y Boemia, en la batalla de Mohacz, tan funesta para la cristiandad, y tomó á Buda, capital del reino. Luis se ahogó atravesando una laguna cuando huía de los turcos, despues de perdida la batella, y por derecho hereditario pertenecia la corona á Ana, su hermana, esposa de Fernando de Austria: pero como los úngaros reclamaban siempre el derecho de eleccion, dieron el cetro á Juan Sepusio, vaivoda de Transilvania, que la disputó con las armas y coligándose con los turcos, á Ana y á Fernando.

Valido Solimán de estas desavenencias de los cristianos, atravesó toda la Ungría, penetró en Austria en 1529, y puso sitio á Vie-

na su capital: mas no pudo tomarla, por la heróica defensa que hizo Felipe, conde palatino del Rin. El turco se retiró: pero amenazando siempre nuevas invasiones, como en efecto hizo otra tres años despues, aunque se vió obligado á volverse á Ungría por las grandes fuerzas que se le opusieron.

Llamaban pues, al emperador á Alemania el cuidado de la guerra contra los otomanos, los progresos espantosos del luteranismo en el norte, y el estado de las cosas en Dinamarca y Suecia, donde su cuñado Cristierno, llamado el Neron del norte, aborrecido en Suecia por su usurpacion y sus crueldades, y en Dinamarca por sus designios, públicamente manifestados, de abatir el poder y las prerrogativas de la nobleza, habia perdido entrambas coronas. La de Suecia le quitó el célebre Gustavo Vasa, fundador de la dinastía que ha reinado hasta nuestros tiempos: la de Dinamarca, su tio Federico, duque de Holstein, á quien los nobles elevaron al trono. En 1530 con los ausilios del emperador su cuñado, pasó desde Holanda, donde residia despues de su deposicion, á Noruega, y allí reunió algunos partidarios: pero fue vencido, cayó en poder de sus enemigos, y acabó sus dias en una prision. Los nuevos reyes de Escandinavia adoptaron la secta de Lutero, que se estendió en breve por todos los paises del norte de Europa: al mismo tiempo que Calvino predicaba nuevos errores en Fran-

cia, Zuinglio en Suiza, y Enrique VIII, rey de Inglaterra, enamorado de Ana Bolena, queria anular su matrimonio con Catalina, hija de Fernando el católico y tia de Cárlos V, y preparaba así los elementos de la reforma en la gran Bretaña.

Pero el centro principal de las innovaciones religiosas era Sajonia; desde la cual vomitaba Lutero errores é injurias contra Roma y contra la autoridad de la Iglesia. El emperador, movido por todas estas causas, despues de sosegadas las cosas de Italia, habiendo recibido la corona imperial en Bolonia de manos del pontífice, pasó á Alemania, y celebró dieta en Ausburg, donde los luteranos presentaron su profesion de fé llamada por esa razon confesion de Ausburg, y protestaron contra cualquiera sentencia del Papa en contrario, de donde les vino el nombre de protestantes, no solo á ellos, sino tambien á las demas sectas, que aunque diferentes en los artículos principales de su creencia, convienen sin embargo en desconocer la autoridad del sumo pontífice. Un decreto que publicó la dieta para que á nadie se le molestase en el ejercicio de su religion hasta que la causa fuese decidida en un concilio general, irritó los males en vez de aplacarlos.

Liga de Esmalcalda (1531) El partido protestante iba ya tomando consistencia en el Norte de Europa. Los reyes de Suecia y Dinamarca confundian en su aborrecimiento á

Cristierno II, y á Roma y al emperador que le habian favorecido. Felipe, landgrave de Hesse Casel, hizo alianza con los cantones de Zurich y Basiléa y con la ciudad de Strasburgo para defender su nueva secta. Alberto, elector de Brandemburgo y gran maestre de la orden teutónica, que era señora de Prusia, adoptado el luteranismo, renunció á sus relaciones con Roma, se apoderó de los bienes de la orden, y tomó el título de duque de Prusia. Juan Federico, elector de Sajonia, era el alma de la secta, como protector del heresiarca.

Estos príncipes, los duques de Meklemburg, Luneburg y Pomerania y las ciudades libres del Norte, se reunieron por medio de sus diputados en Esmalcalda, formaron una liga para defender con las armas su nueva creencia contra los enemigos que la atacasen, é invitaron á unirse con ellos á Enrique, rey de Inglaterra, próximo ya á negar la obediencia á Roma, que sostenia los derechos de Catalina su muger, y á declararse gefe de la Iglesia anglicana, como hizo poco despues.

Afligian al mismo tiempo el imperio la sublevacion de los paisanos de Suevia y Franconia, que se sosegó con mucha dificultad, y la de los anabaptistas, llamados así porque negaban que el bautismo de los párvulos fuese valido; al mismo tiempo defendian la poligamia, el incesto y la pluralidad de los dioses, no admitian el misterio de la encarnacion

del verbo, y predicaban la rebelion contra los soberanos. Era gefe de esta secta Nicolas Storck, contra el cual se declaró Lutero en sus sermones, aunque él hubiese sido el precursor del nuevo heresiarca y de todos los que le sucedieron, negando el principio de la autoridad y proclamando la soberanía de las luces privadas del hombre en materias religiosas, morales y políticas. La secta de los anabaptistas produjo guerras civiles en Westfalia y las dos Sajonias: hasta que al fin fueron esterminados por católicos y luteranos, que tenian igual interés en conservar los principios del orden político, acometidos por aquellos furiosos.

Cárlos V no pudo por entonces dar otro remedio á tantos males, que aumentar el poder y dignidad de su hermano Fernando, vicario del imperio, haciendo que se le eligiese rey de romanos. Alguna oposicion hizo á este nombramiento el elector de Sajonia: pero al fin, hubo de ceder, por no desagradar al emperador.

Espedicion de Cárlos V á Túnez (1535). Aradin Barbaroja, corsario de profesion, elevado por el Sultan de los turcos á la dignidad de almirante, y rey de Argel, infestaba con su escuadra las playas del Mediterráneo, cogiendo muchos cautivos y riquezas en las costas de España y Nápoles. En una de sus espediciones se apoderó de la plaza y reino de Túnez, echando de esta ciudad á Muley Hasen

que era su rey. Sabíase ademas que Francisco I, siempre deseoso de suscitar enemigos á su rival, tenia tratos con el gran Señor, y favorecia, en cuanto podia hacerlo sin mengua de su nombre, los designios de Barbaroja, enemigo comun de la cristiandad.

El emperador, que habia pasado de Alemania á Italia, y despues á España, resolvió hacer guerra á este pirata, para defender las playas de sus reinos y quebrantar las fuerzas de un aliado secreto de Francia. Movíale tambien á esta espedicion la excelente política de su grande abuelo Fernando el católico, rey de España, que á pesar de tan continuas guerras como sostuvo en Italia, nunca olvidó la conquista de África, y siempre sostuvo la lid contra la morisma, quitándole plazas y territorios: porque creía que la colonizacion militar de Berberia era empresa propia y esclusiva de los españoles, y el medio natural de engrandecer su monarquía, adquiriendo la posesion de todas las playas del Mediterráneo, y dando pábulo al espíritu belicoso de la nacion con la guerra eterna contra los mahometanos. En fin, Muley Hasen, rey de Túnez desposeido, imploró su asistencia, y acabó de decidirle.

Salió pues, de Barcelona el 30 de mayo con poderosa armada, abordó á las playas de Túnez, y tomó tierra junto al fuerte de la Goleta, que sitió al momento para apoderarse del canal del puerto, en el cual tenía Barbaroja

sus principales medios de defensa. La guarnicion del castillo se defendió algun tiempo: pero arruinadas sus murallas por la artillería, se rindió, y la escuadra imperial, mandada por Andres Doria, entró en el canal, y se apoderó sin resistencia de 40 galeras y 20 tartanas armadas que allí tenia el enemigo.

Barbaroja, desalentado con este primer triunfo de los cristianos, aunque tenia su ejército en orden de batalla y parecia resuelto á combatir, huyó por tierra á Argel, perdida la esperanza de defender á Túnez. El emperador se apoderó de esta plaza, restableció en su trono á Muley Hasen, hizo alianza con él bajo condiciones ventajosas, y dejando en la Goleta, cuyas fortificaciones mandó reparar y aumentar, una guarnicion de 1000 hombres á las órdenes de don Bernardino de Mendoza, dió la vela para el reino de Nápoles.

Entretanto el rey de Francia, siempre deseoso de recobrar el Milanesado, pasó los Alpes, á pesar de la resistencia de Cárlos, duque de Saboya, aliado del emperador, y se apoderó de Turin; donde puso la plaza de armas para sus conquistas ulteriores. Esta noticia irritó sobremanera al emperador, que se hallaba de nuevo en Italia coronado con el laurel de la victoria de Túnez, que era nacional para todos los cristianos: y determinó mover contra Francisco I todas las fuerzas que tenia á su disposicion.

Espedicion de Cárlos V á Provenza (1536).

Apenas entro Cárlos V con sus tropas en el Piamonte, se retiró el ejército francés á Provenza, dejando bien guarnecidas las plazas de Turin, Coni y Fossano. Solo esta última cayó en poder de los imperiales. Cárlos penetró por el condado de Niza en Provenza, á la cual alegaba los derechos antiguos del imperio, cuyo feudo habia sido, y los de la casa de Aragon, por la adopcion que hizo Juana II, reina de Nápoles y condesa de Provenza, en la persona de Alonso V el magnánimo.

Francisco I, á quien la esperiencia y los escarmientos habian hecho prudente, en lugar de correr á los combates con ciega impetuosidad, mandó arruinar el pais para quitarle las subsistencias al enemigo, y se apostó con su ejército en las riberas del Ródano. La Provenza, siempre funesta á las armas imperiales, fue sepulcro del floreciente ejército de Cárlos V, que quedó casi destruido sin pelear, por la escasez de víveres y por las enfermedades que le son consiguientes.

Cuando el emperador conoció la necesidad de evacuar la Provenza, para hacerlo á lo menos sin peligro de parte de los enemigos, fingió acometer á Marsella, y puso en efecto sitio á esta plaza: desde la cual empezó á efectuar su retirada por el camino de la playa, habiendo embarcado la artillería y los bagages mas considerables en las galeras de Andres Doria. El rey queria perseguir á los enemigos: pero su condestable Ana de Montmo-

rency se opuso á ello, representándole cuán peligroso seria reducir á la desesperacion un ejército valeroso. El emperador llegó á Génova, y se embarcó en la armada para volverse á España: pero la mar le fue tambien enemiga, y en una furiosa tempestad que sufrió antes de abordar á Barcelona, se perdieron muchos transportes. En esta espedicion de Provenza murió de gota en Aix Antonio de Leiba, uno de los mas hábiles generales que tuvo España en aquel siglo. El emperador nombró por sucesor en el gobierno de Lombardía al marqués del Basto.

En la campaña siguiente invadió el rey de Francia las fronteras de Flandes, y tomó las plazas de Alce, Herdin, Liliers, san Venancio y san Pol; y dejando fortificada esta última, se volvió á Dourlens y licenció su ejército. Entonces los flamencos, mandados por el general Reux y por el conde de Bure, sitiaron á san Pol, la entraron por asalto y pasaron á cuchillo la guarnicion, aunque conservaron vivos á Villebon, Bellay y otros capitanes. Tomaron despues á Montreval por capitulacion, y pusieron sitio á Terouanne, cuya guarnicion, mandada por un guerrero valiente, llamado Anebald, hizo una salida, en que fue derrotada, y quedó prisionera la mayor parte de ella. Los flamencos continuaban asediando la plaza, y ya el delfin Enrique y el condestable de Montmorency acudian en su socorro con muchas fuerzas, cuando se publi-

có la tregua que trataba entonces con el rey de Francia la reina María, hermana del emperador y viuda de Luis II, rey de Ungría, que gobernaba los Paises Bajos, desde que murió su tia Margarita de Austria, hija de Maximiliano I.

En Piamonte el marqués de Saluces se apoderó de Carmagnola, y perdió la vida de un balazo en el sitio de la fortaleza con notable sentimiento del ejército imperial, que le veneraba como uno de sus mejores capitanes. Acudió el marqués del Basto, tomo el castillo, y mandó ahorcar al gobernador en venganza de la muerte del de Saluces: con tanta barbarie se hacia todavía la guerra en Europa.

Humieres, enviado por el rey de Francia para continuar la guerra en este pais, ó engañado ó inhábil, no hizo ninguna accion que fue de contar. El marqués del Basto, habiendo recibido los refuerzos que esperaba de Alemania y que le trajo el conde de Fustemberg, tomó á Quiers, Quierasco y Alba, y bloqueó á Turin y a Pignerol Montmorency, nombrado capitan general de aquel ejército francés en lugar del incapaz Humieres, pasó los Alpes rodeando la posicion que habian tomado los imperiales en el paso de Susa, é hizo levantar el sitio de Turin. A esto se redujeron las operaciones de la campaña: porque llegó la noticia de la tregua concluida por tres meses en la frontera de Flandes, y se estendió á las

de Italia. En Ungría continuaba la guerra entre austriacos y turcos, con grandes ventajas de los infieles, que dueños de Buda, amenazaban penetrar hasta el corazon de Alemania.

Entrevista del emperador y del rey de Francia en Aguas muertas. (1540). El papa, los venecianos y el emperador hicieron liga contra los turcos: pero como esta confederacion no podia producir efectos útiles, mientras Cárlos tuviese ocupadas sus fuerzas en pelear contra Francia, procuró el sumo Pontífice Paulo III ajustar paces entre dos rivales tan poderosos: á este fin pidió una conferencia en Niza á Francisco I: y en ella se prorogaron por 9 años las treguas pactadas el año anterior. El emperador habia pasado á Mónaco en las Galeras de Andres Doria: acompañó al Papa, cuando se volvió de Niza, hasta Génova: y al restituirse á España, le sobrevino una tempestad que le obligó á arribar á Aguas muertas. Francisco I acudió á este puerto con sus hijos, fue recibido magnífica y afectuosamente por Cárlos en la capitana, recibió á este en la ciudad, y se renovaron las treguas. Concluida la entrevista, se volvió el emperador á España.

Cárlos V en París (1539). En este año hubo una sedicion terrible en Gante, capital del condado de Flandes, que se negó, so color de conservar sus privilegios, á pagar un subsidio destinado á los gastos de la guerra ante-

rior con Francia, que les pidió la reina gobernadora.

El emperador, á quien los ganteses enviaron diputados, les respondió que obedeciesen á la reina, y en caso de agravio, recurriesen al tribunal de Malinas, y que si obraban de otro modo los tendria por rebeldes. Consternados con esta amenaza y con la sentencia del tribunal que declaró debian satisfacer la suma pedida, acudieron á las armas, se pusieron en manifiiesta sublevacion, é imploraron el auxilio de Francisco I, que se guardó bien de concederlo, porque entonces esperaba conseguir amistosamente de Cárlos el ducado de Milán para su hijo segundo, en trueque de las plazas que ocupaba en el Piamonte: pues habiendo fallecido sin sucesion Francisco Esforcia, último duque de Milán, podia el emperador dar sin injusticia la investidura de aquel feudo del imperio á quien quisiese. Y aun no se contentó el rey de Francia con negarse á los designios de los rebeldes: sino que tambien dió aviso á Cárlos V de lo que tramaban.

El emperador, viendo el peligro que corrian las cosas de Flandes, y que eran largos y espuestos los dos caminos que tenia para pasar á aquel pais, el uno por el mar Océano en su armada, el otro por Génova, Milán y Alemania, determinó hacer su viage por Francia, confiado en la nobleza de su rival: y así preguntó á Montmorency por medio del obis-

po de Tarbes, embajador de Francia en España, ¿si seria cosa agradable al rey Francisco, que pasase por París para ir á Gante? Respondiole como deseaba, y hallándose enfermo entonces el rey de Francia, envió hasta Bayona á sus hijos Enrique y Cárlos para que recibiesen á tan ilustre huesped.

El emperador fue recibido en Francia con todo género de obsequios, que fueron mas grandes y suntuosos en París: pero en esta corte observó algunas cosas, que hubieran hecho temblar á un príncipe menos magnánimo: no porque Francisco vaciló ni un punto en la conducta que debia observar, á pesar de las sugestiones poco nobles de muchos de su consejo, sino porque no supo disimular cuán grande ocasion se le habia venido á las manos, si quisiera aprovecharla. Un dia presentó á Cárlos V la duquesa de Etampes, su dama, diciéndole: "ved una señora, la cual no cesa de aconsejarme que os retenga prisionero hasta que revoqueis el tratado de Madrid." Cárlos respondió con severidad: "si el consejo es bueno, debeis seguirle." Al dia siguiente, al darle la duquesa la tohalla, segun el uso, para enjugarse las manos, al volverse á poner un anillo que tenia engastado un diamante de mucho precio, lo dejó caer. La duquesa lo recogió y se lo presentó. "Quedaos con él, la dijo el emperador: yo me tengo por muy dichoso en dejarle para que adorne manos tan lindas."

En la corte de Francia habia un bufon, llamado Triboulet, cuya manía era ir apuntando en un librillo todos los que él tenia por locos. Cuando supo la venida del emperador á Francia, le apuntó inmediatamente en su libro. El rey lo supo, y le dijo: "¿qué harás, si lo dejo pasar?" "Entonces, replicó Triboulet, borraré su nombre y pondré el vuestro en su lugar." Un dia que iba el emperador á caballo, el duque de Orleans, segundo hijo del rey, que apenas salia de la infancia, dió un salto sobre la gurupa, abrazó á Cárlos por la espalda, diciendo por burla: "caballero, mi prisionero sois:" familiaridad que incomodó mucho al emperador, aunque hubo de sufrirle.

No es estraño pues, que observando todo esto, y sabiendo los consejos que daban á Francisco contra él, digese el emperador á los que le acompañaban, cuando ya se vió libre en Flandes: "apuesto alguna cosa á que ya estan deliberando hoy sobre lo que debieron hacer ayer." Fernando, rey de Ungría, acudió con las tropas alemanas, con las cuales se juntó la caballería flamenca, y el ejército marchó en buen orden la vuelta de Gante.

Los vecinos de esta ciudad, viéndose abandonados del resto de la provincia, y siendo incapaces de oponer resistencia contra el poder del emperador, salieron á recibirle fuera de las puertas con gran pompa y muestras de regocijo. El emperador entró en la ciudad, mos-

trando en el semblante la indignacion de su ánimo, y mandó hacer pesquisa de los culpados, cuyo número era grande. Muchos de ellos, vestidos de una túnica de lienzo, otros cubiertos de un saco negro, descalzos, con la cabeza descubierta y un dogal al cuello, se echaron á sus pies implorando su misericordia. A estos alcanzó el perdon. Veinte y seis gefes de la sedicion, que estaban presos, sufrieron el último suplicio. Otros fueron condenados al destierro, y todos á penas pecuniarias, á una contribucion anual, y á la abrogacion de sus privilegios; y con el dinero de las multas mandó el emperador construir una ciudadela, que tuviese enfrenada aquella turbulenta poblacion. Igual castigo sufrió Udenarda, que habia cometido la misma culpa. A Reinero, señor de Brederode, convencido de inteligencias secretas con el francés, y de haber querido apoderarse de Holanda, se le condenó á muerte y á confiscacion de bienes: pero despues por ruegos de la nobleza de Flandes, le volvió Cárlos á su gracia y le restituyó su señorío.

Reprimida la sedicion de Gante, empezó á moverse en Bélgica nueva guerra con motivo de la sucesion de los estados de Güeldres y Zutfen. Su último duque Cárlos de Egmont murió sin sucesion, y dejó en su testamento aquellos estados á Guillermo de la Mark, duque de Cleves, contra los derechos del emperador en calidad de duque de Borgoña. El pleito

examinado en los tribunales, fue sentenciado á favor de Cárlos: y el de Cleves, jóven y de natural ardiente, pasó á Francia á pedir socorros con que defender sus derechos.

Sosegadas por el pronto las cosas de Flandes, convocó el emperador una dieta en Wormes para el año siguiente, y envió á su hermano Fernando al Austria para que atendiese á la guerra de Ungría. La muerte del vaivoda Juan Sepusio no mejoró la situacion infeliz de aquel reino: porque Solimán, á quien por su testamento habia dejado Juan la tutela de su hijo Estevan, se encargó de ella, y con este pretesto hizo larga y cruel guerra á la casa de Austria. Ungría fue teatro y víctima de esta lid.

Espedicion de Cárlos V á Argel (1541). El emperador asistió á la dieta de Wormes, en donde Juan Eckio, teólogo católico, y Melancton, secuaz de Lutero, disputaron acerca de la religion: pero esta conferencia no produjo fruto alguno. La dieta se trasladó á Ratisbona, y allí se determinó dar socorro al rey de Ungría contra los turcos, se declaró á Cárlos de Saboya despojado del Piamonte por los franceses, digno de la proteccion del imperio, y á Guillermo, duque de Cleves, enemigo público, por haber implorado contra el emperador los auxilios de Francia.

El César, concluida la dieta, pasó á Italia para emprender la espedicion que desde mucho tiempo antes meditaba contra Argél,

guarida de piratas que infestaban las playas de ambas penínsulas. Esta empresa fue desgraciada desde sus principios. Se emprendió cuando el rey de Francia, perdida la esperanza de recobrar el Milanesado por medios suaves, é indignado porque dos embajadores suyos, enviados á Constantinopla, habian sido muertos por los soldados españoles cuando bajaban el Pó, habia hecho alianza con los turcos contra la casa de Austria, y se preparaba á renovar la guerra en Italia. La escuadra, en que se embarcó el emperador en Luna, puerto del señorío de Luca, tuvo una navegacion peligrosa y difícil, y arribó muy trabajada á Mallorca, donde se le reunieron las armadas de Sicilia y Nápoles. Con estas fuerzas llegó en dos dias á las playas de Argél, y dió fondo el 21 de octubre; estacion muy tempestuosa en aquellos parages: y Doria, el primer náutico de su siglo, aconsejó aunque en vano, que se desistiese de la espedicion por aquel año.

El emperador aprovechó un momento de bonanza para desembarcar: se dirigió con su ejército que constaba de 30000 hombres de infantería y 3000 caballos, á la parte oriental de la plaza, echó de allí á los bárbaros, estableció sus reales, defendidos por un fuerte, que aun hoy conserva el nombre del fuerte del emperador, y rechazó valerosamente dos surtidas de la guarnicion, llevando él mismo sus tropas al combate, puesto al frente de

ellas espada en mano. Mas su valor no pudo triunfar de los elementos. Una furiosa tempestad se levantó: los buques, chocando unos con otros, se quebrantaban y daban entrada al agua; y así se tragó el mar 140 naves de todos portes. Las que se encallaban en tierra para evitar el naufragio, eran presa de los beduinos que recorrian las playas. El soldado, con la fuerza del viento y de la lluvia, ni podia fortificar los reales, ni levantar tiendas, ni rechazar útilmente los continuos ataques del enemigo, que acometia á su salvo á los indefensos, y huía cuando hallaba resistencia. Añadióse á tantos males la falta de víveres. Solo la serenidad y valor de Cárlos V, que acudia á todas partes, consolaba á sus compañeros de armas y los aliviaba en sus privaciones, pudo sostener aquel desalentado ejército.

Sosegada un poco la tempestad, clamó Doria que era menester embarcarse porque amenazaba una tempestad mayor que la pasada; y que en el cabo de Matifú habia estacion cómoda para ello. Cárlos cedió, á pesar de las representaciones del célebre Hernan Cortés, que militaba en aquella espedicion, y prometia apoderarse de la plaza espada en mano, si se le confiaba el mando de las tropas españolas y de algunos cuerpos ausiliares. Embarcóse la gente, siendo el emperador el último que abandonó la tierra de Africa. La tempestad prevista sobrevino, y hubo otra

pérdida de buques. Las tristes reliquias de tan brillante espedicion se refugiaron al puerto de Bugía, de donde el emperador, despedidas las galeras á sus respectivos destinos, pasó en las de Génova á Mallorca y despues á Cartagena.

El valor y las virtudes régias y militares que mostró Cárlos en esta infeliz espedicion, no le salvaron de la nota de imprudencia: y el célebre poeta satírico Pedro Aretino, recibiendo poco despues una cadena de oro de mucho valor que le envió Cárlos V sin duda con el objeto de comprar su silencio, dijo al aceptarla: «mezquino regalo es este para la locura que acaba de hacer.»

Guerra con Francia: toma de Duren (1543). Entretanto Francisco I buscaba enemigos á su rival: y esta fue la primer ocasion, en que la corte de Francia, católica y que perseguian con el mayor rigor á los protestantes en su reino, solicitó en las alianzas de los príncipes protestantes del norte de Alemania y de Escandinavia medios de defensa contra la casa de Austria. Esta política, continuada por muchos años con vario suceso, y llegada á su perfeccion por el cardenal de Richelieu un siglo despues, trasladó de la casa de Austria á la de Borbon la supremacía europea, y con ella los celos y el aborrecimiento de las demas potencias.

Francisco hizo causa comun con Soliman, sultan de los turcos; con Guillermo, duque de

Cleves, con Cristierno III, rey de Dinamarca, y con los príncipes luteranos de Alemania, que aunque encubiertamente, no dejaron de enviarle socorros; y rompió las hostilidades en 1542. Peleóse con vario suceso en Piamonte, donde los franceses tomaron á Chierasco y fueron rechazados de Alba, en los Paises Bajos, donde conquistaron y perdieron el Luxemburgo, y en la frontera de España, donde el delfin Enrique puso sitio á Perpiñan, y tuvo que levantarlo con mucha pérdida por la valerosa defensa de Cerbellon y Machicao, que mandaban la guarnicion.

Al año siguiente, habiéndose repuesto el emperador de las pérdidas, sufridas en la espedicion de Africa, pasó desde Palamos á Italia, y por Milán y Alemania llegó á Flandes. Su primer cuidado fue castigar al duque de Cleves, que en la campaña anterior, auxiliado de los dinamarqueses, habia asolado varios territorios del Brabante La plaza mas fuerte de sus estados era Duren: Cárlos la sitió al frente de un ejército compuesto de 15000 alemanes, 4000 españoles y otros tantos italianos. Empezaron á batir las murallas con horrible estruendo, é incitados los españoles é italianos de honrosa emulacion, acometen sin esperar la señal del asalto, atraviesan los fosos, pelean denodadamente por pasar las murallas, lo consiguen á pesar de la obstinada resistencia que encontraron, entran en la plaza y pasan á cuchillo la guarnicion y la mayor

parte de los habitantes. La ciudad, despues de saqueada, fue reducida á cenizas. Este terrible ejemplo obligó al duque de Cleves á someterse á Cárlos y pedir perdon. Consiguiólo por mediacion del arzobispo de Colonia· pero á condicion de entregar al emperador en calidad de rehenes las plazas de Hansberg y Zitard, y de renunciar á sus pretensiones sobre los ducados de Güeldres y de Zutfen.

Libre ya Flandes del enemigo interior, volvió Cárlos sus armas contra los franceses, que en la frontera de Bélgica habian ocupado á Landrecy, Arlon, el Henao y el Luxemburgo. Enrique de Inglaterra, aliado del emperador, envió con un cuerpo de tropas á Milord Gallop, al cual se reunieron los flamencos, mandados por Reux, y un cuerpo de 3000 españoles, que trajo de España por el Océano en la campaña anterior don Pedro de Guzman, conde de Olivares. Estas tropas acometieron á Landrecy, mientras Gonzaga, generalísimo del ejército imperial, puso sitio á Guisa: pero ninguna de las dos empresas se logró, por haber caido enfermo de la gota el emperador en el Quesnoy. El rey de Francia acudió en socorro de Guisa, é introdujo tropas y víveres en la plaza, porque los ingleses no quisieron guardar los pasos del Sambra, como Gonzaga le habia encomendado. Cárlos, cuando se mejoró, acudió al ejército, y echó un puente sobre el rio para rodear el campamento de los franceses: estos burlaron su designio, le-

vantando el campo á media noche, y dejando encendidos los fuegos para ocultar su marcha. Los imperiales de caballería, ganosos de pelear, los persiguieron con desorden, y dieron en una emboscada, que les tenia puesta el delfin, y hubieron de volverse con alguna pérdida. Tampoco pudo tomar á Luxemburgo el conde de Furstemberg, general del emperador, porque Francisco acudió con fuerzas superiores y le obligó á retirarse.

Entretanto la armada de Soliman, aliado de Francia con escándalo de la cristiandad, apareció en los mares de Italia, tomó y saqueó á Regio, y unida con la francesa, auxilió á Niza aunque no logró apoderarse del castillo defendido por el valiente Simeoni. Despues infestaron sus divisiones las playas de España y Toscana, é hicieron en ella la acostumbrada guerra de latrocinio y piratería. El marqués del Basto, general del emperador en Lombardía, despues de haber reedificado las fortificaciones de Niza, se apoderó de Mondovi por ardid.

Batalla de Cerisola: espedicion de Cárlos V en Francia: paz de Soisson (1544). Francisco de Borbon, duque de Enguien, pasó al Piamonte con ejército numeroso, y puso sitio á Cariñan, plaza conquistada por el marqués del Basto en la campaña anterior. Defendiola Pirro Colona con escogida guarnicion, que hizo heróica resistencia, y empeñó al francés en tomar la plaza; así como al del Basto en

acudir á su defensa, apenas recibió un refuerzo de 4000 alemanes que le enviaba el emperador.

Levantó pues su campo y llegó á Cerisola, donde le salió al encuentro el enemigo y se trabó la batalla. Los veteranos españoles y alemanes, cuyo número ascendia á 3000, vencieron facilmente al enemigo, aunque superior, en él á la derecha: pero los corazas franceses desbarataron la caballería ligera imperial, cargaron sobre la infantería de nueva leva, y la obligaron á retirarse con gran pérdida. Ni los vencedores en el ala derecha, ni los vencidos de la izquierda conocian los unos la suerte de los otros: y así fueron en esta incertidumbre y contradiccion de movimientos rodeados por la caballería de los franceses, que completó su victoria con la muerte y prision de casi todos los alemanes y españoles: pues los italianos se retiraron á Asti.

Esta derrota pudo haber causado la pérdida de Lombardía: porque Pedro Estrozzi, florentin desterrado y de parcialidad contraria á los Médicis, juntó un ejército en la Mirándula por comision del rey de Francia, y pensaba penetrar en el Milanesado por la parte oriental, mientras el duque de Enguien la acometiese por la frontera del Piamonte. Pero la plaza de Cariñan se sostuvo todavía contra los franceses hasta el 22 de junio: es decir, mas de dos meses despues de la batalla de Cerisola, y Estrozzi fue desbaratado por el conde

de Petiliano, y el príncipe de Salerno, generales del emperador. Así, cuando el de Enguien, tomada por capitulacion la forlaleza de Cariñan, pensó en invadir la Lombardía, halló al marqués del Basto tan bien prevenido, que no le fue posible emprender ninguna faccion considerable: y aun los imperiales resarcieron la pérdida de aquella plaza tomando á Pontestura.

El desastre de Cerisola fue vengado con la victoria naval que consiguió contra los franceses en las costas de Galicia la armada española, mandada por don Alvaro de Bazan, y por la espedicion del emperador desde las orillas del Sambra hasta las del Marne. Habiendo celebrado dieta en Spira durante el invierno, cuando hubo recibido los refuerzos decretados en ella, penetró Gonzaga en el Luxemburgo, y tomó por hambre la capital: mientras los ingleses sitiaban á Boulogne y Montreuil, puso sitio el emperador á San Didier. Habiéndose apostado el general francés Brissac en Vitri, por si desde este punto pudiese introducir socorros de hombres y víveres en la plaza, envió Cárlos contra él un cuerpo de tropas con siete cañones. Sorprendido Brissac en su campamento, fue derrotado y se retiró; y San Didier se rindió al emperador.

Despues de la conquista de esta plaza, se dirigió el ejército imperial hácia París por Epernay, y estendió sus correrías hasta Meaux, separándolos solamente el rio Marne de los

cuarteles franceses. En París hubo grande consternacion, y los caminos de Orleans y de Ruan estaban llenos de carruages en que los mas tímidos enviaban sus familias y muebles. En esta situacion se hallaban las cosas, solicitando Cárlos dar la batalla, y evitándola los franceses, cuando se firmó la paz en Soissons por intervencion de doña Leonor, reina de Francia y hermana de Cárlos V. Las condiciones fueron que los franceses evacuasen el Piamonte, y que el duque de Orleans casase con una hija del emperador, recibiendo en dote los Paises Bajos con el título de rey, ó con una hija de Fernando, rey de Ungría, dándosele la investidura del ducado de Milán.

Concilio de Trento (1545). Los protestantes habian apelado siempre de las decisiones del papa al concilio general. El emperador se inclinaba á que se reuniese, para que los decretos de la iglesia universal terminasen las infaustas divisiones del imperio: pero la corte de Roma, escarmentada en las pretensiones del último concilio general, celebrado en Basilea, temió que so color de la reforma eclesiástica fuesen violadas sus preeminencias: y así retardó cuanto pudo la celebracion del nuevo concilio. Por otra parte los luteranos, que se sentian ya mas fuertes, rehusaban la autoridad del concilio, como habian recusado la del papa, y solo querian apelar al tribunal de la disputa escolástica en conferencias con los doctores católicos.

Al fin se conoció la necesidad de declarar cual era la doctrina de la iglesia católica en las materias controvertidas, para afianzar á los débiles en la fé, y quitar á los hereges todo pretesto de dogmatizar: y á fines de 1545 se abrió el santo concilio de Trento, cuya primer sesion se celebró en 13 de diciembre. Los protestantes no quisieron asistir á él, diciendo que no podian reconocer por jueces á sus mismos enemigos: lo que en otros términos queria decir, que toda autoridad, por legítima que sea, pierde su accion sobre los que se rebelan contra ella: máxima absurda en moral, política y religion.

Guerra contra la liga de Esmalcalda (1546). Cárlos V se vió libre de las obligaciones que contrajo en la paz de Soissons, por la temprana muerte del duque de Orleans que falleció en 1545. Entonces volvió su atencion á Ungría, afligida por los turcos; pero los príncipes de la liga de Esmalcalda llevaron muy á mal que se les exigiesen para pelear contra los enemigos del cristianismo las fuerzas que ellos querian conservar para defender su propia secta. Indignóse Cárlos de este abandono de la causa pública, y determinó sujetarlos por las armas.

En una guerra privada, que se movió con pretesto de religion entre Felipe, landgrave de Hesse Cassel, y Enrique de Brunswik, quedaron este y su hijo Cárlos Victor prisioneros de su enemigo. El emperador interpuso sus

buenos oficios; pero no pudo conseguir del landgrave, que era el hombre mas orgulloso de su siglo, la libertad de los príncipes de Brunswik. Pero Alberto, y Juan Juaquin, marqueses de Brandemburgo, tomaron las armas en defensa de los oprimidos: Mauricio de Sajonia, pariente del elector Federico, se coligó con ellos: y el emperador, resuelto á aprovechar una ocasion tan favorable para acabar con la liga de Esmalcalda, envió á llamar inmediatamente tropas de Italia, Flandes y Ungría.

Pero como la liga tenia sus fuerzas prontas, y se necesitaba tiempo para que el ejército imperial, diseminado en paises tan distantes, se reuniese, se halló Cárlos V en grave peligro: porque estando celebrando en Ratisbona la dieta del imperio, y teniendo muy pocas tropas todavía, penetraron los confederados en Baviera con poderoso ejército mandado por Felipe de Hesse. La salvacion de Cárlos en aquella ocasion fue que no les hubiese ocurrido acometer á Ratisbona, donde hubieran concluido la guerra en un solo dia. Pero preocupados con la idea de cerrar á las tropas de Italia los pasos de los Alpes, marcharon al Tirol, se apoderaron de las fortalezas de Fuessen y Clusa, que dejaron guarnecidas, y acometieron á Inspruk, capital del condado: pero fueron rechazados con pérdida y se volvieron á Ausburgo y Donawert.

Entretanto ya Cárlos V habia recibido las

tropas de Ungría, y enviado á Mauricio y á su hermano Fernando á Sajonia con un cuerpo numeroso para hacer diversion invadiendo los estados del elector, gefe y alma de toda la liga. El con las tropas que le quedaban, marchó á Landshat, ciudad de Baviera, á esperar el ejército de Italia: mientras los confederados acometian á Ingolstadt, plaza que defendió valerosamente Pedro de Guzman con algunas compañías españolas. El duque de Sajonia, que se hallaba en el ejército de la liga, queria dar la batalla antes que el emperador recibiese las tropas de Italia: pero el landgrave no se atrevia, por no excitar contra sí al duque de Baviera, en cuyos estados se hallaba el emperador. Mientras los dos gefes disputaban, llegaron el 13 de agosto mas de 12000 hombres que enviaban los príncipes de Italia, al campamento imperial, y Cárlos tomó la ofensiva, y se hizo dueño de ambas orillas del Danubio, por medio de dos puentes que echó en Ingolstadt y en Ratisbona. Los confederados quisieron dar batalla junto á Ingolstadt: pero Cárlos, conocida su intencion, se contentó con rechazarlos, siempre que quisieron acometerle, con mucha pérdida.

Entonces mudaron de plan: y recelosos del ejército de Flandes, que venia á unirse con el emperador, se fortificaron en Neoburg y Donawert, y enviaron un cuerpo considerable á las órdenes de Humberto, duque de Altemburg, para que se opusiese á la marcha de los

flamencos. Pero el conde de Bure, que los mandaba, despues de haber derrotado al enemigo junto á Francfort, y obligádole á encerrarse en esta ciudad, que era de la liga, por medio de una marcha rápida burló la vigilancia de los confederados y entró en el campamento imperial sin pérdida alguna de su gente.

Teniendo ya el emperador reunidas todas sus fuerzas, tomó á Neoburg y á Donawert, de donde los enemigos se retiraron á Nordlinga, y afligidos con escaramuzas continuas y con la falta de víveres que despues de la pérdida de Donawert eran muy escasos en su campamento, consternados con la pérdida de Clusa que los italianos recobraron y con los rápidos progresos del duque Mauricio en Sajonia, evacuaron la Suevia y la Franconia que quedaron en poder de los imperiales, y se retiraron á sus estados, robando en el camino todo cuanto encontraban.

Así se disiparon por los hábiles movimientos del célebre duque de Alba, general del ejército, y por la prudencia del emperador, las formidables fuerzas de la liga de Esmalcalda. Federico, conde Palatino del Rin, y muchas ciudades de Suevia y Franconia, pertenecientes á la confederacion, se sometieron á Cárlos, el cual no tenia ya mas enemigos que combatir que el Landgrave y el elector de Sajonia.

Batalla de Mulberg: fin de la liga de Esmalcalda (1547). A principios de esta cam-

paña, habiéndose apoderado el duque de Alba de muchas plazas del Wurtemberg, se sometió su príncipe, y las ciudades de Ulma, Ausburgo y Strasburgo siguieron su ejemplo y pagaron cuantiosas contribuciones por los gastos de la guerra.

El elector de Sajonia, que se habia vuelto á sus estados para defenderlos contra Mauricio, recobró todas las plazas que este conquistó en la campaña anterior, excepto Leipsic, y penetró en Boemia, cuyos habitantes por el recuerdo de las antiguas victorias de los husitas, tenian aficion al luteranismo, y preferian el elector á su rey Fernando: el cual viéndose acometido por fuerzas superiores, y no bien querido de sus vasallos, pidió socorro á su hermano.

El emperador, que tenia su cuartel general en Ulma, envió á Alberto de Brunswik con un cuerpo de ejército, para que arrojase á los sajones de Boemia; pero este general se entretuvo en Roclitz con los bailes, banquetes y diversiones, que le dió Binda, hermana del landgrave, la cual estaba en inteligencia secreta con el elector de Sajonia, y le daba parte de todas las operaciones del imprudente Alberto. Federico aprovechó la ocasion, y á marchas forzadas llegó á Roclitz, y sorprendió el campo imperial Alberto peleó con su acostumbrado valor; mas no pudo evitar que su ejército fuese derrotado con pérdida de 400 caballos, gran parte de la infantería y

12 cañones, quedando él mismo prisionero.

Indignado el emperador con el desastre de Roclitz, resolvió hacer la guerra en persona: y así levantó el campo de Ulma, se reunió en Egra con su hermano, y llegó á las orillas del Elba, desembarazándole el camino el duque de Alba, que iba de vanguardia con los tercios españoles. El enemigo estaba en la derecha del rio, acampado en Mulberg para impedir el paso á los imperiales.

Doce soldados cuyos nombres ha cometido la historia la injusticia de no conservar, se arrojaron al rio con las espadas en la boca, llegaron á la otra orilla entre un diluvio de balas, se apoderaron de las barcas que los sajones llevaban rio abajo, y las volvieron á la ribera donde estaba el ejército imperial. Con estas barcas y otras cogidas en el mismo dia, se construyó un puente para la infantería. Cárlos acompañado de la caballería pasó por un vado, á pesar del fuego del enemigo.

Apenas supo el de Sajonia que los imperiales estaban pasando el rio, levantó su campo y se retiró, dividido en dos cuerpos, hácia Witemberg: pero la caballería imperial, con algunos mil hombres de infantería española que iban á las ancas de los caballos, alcanzó á los sajones: y mientras los ginetes trababan la batalla, los infantes se apoderaron de un bosque por donde el elector queria hacer su retirada. Rodeados los sajones por todas partes, é interceptados los caminos, se hizo en ellos

gran carnicería, y el elector quedó herido y prisionero. En este memorable combate, que acabó con la liga de Esmalcalda, no hubo de parte de los imperiales mas infantería que los 1000 españoles: porque los demas seguian á Cárlos muy atras con los bagages.

Cuando el duque de Alba llevó al de Sajonia á la presencia del emperador, dijo Federico: "soy tu prisionero, clementísimo César, por el derecho de la guerra: pídote que me trates como á príncipe que soy." "No me dabas antes ese nombre," le respondió el emperador con severidad: porque Federico acostumbraba á llamarle por desprecio *Cárlos de Gante*.

El ejército marchó desde Mulberg á Torgaw, que se le rindió, y puso sitio á Witemberg, plaza fuerte y bien defendida. Mandósele al elector prisionero que la entregase, y se resistió á hacerlo. Cárlos V cortó todas las dificultades, condenando á muerte á Federico, que en la dieta de Ratisbona del año anterior habia sido puesto en el bando del imperio. Todos los parientes y amigos del elector pidieron su vida, y el emperador no la concedió sino bajo las condiciones siguientes: que le entregase las plazas de Witemberg y Gotha: y que resignase en sus manos la dignidad electoral, la cual fue dada á Mauricio.

Concluida la guerra de Sajonia, marchó contra Felipe, landgrave de Hesse, que atemorizado, se sometió á las condiciones que

se le impusieron. Así concluyó la liga de Esmalcalda, que tanto terror habia infundido en los estados católicos de Alemania: pues la guerra que Cristobal Fransperg y Enrique de Brunswik hacia en la baja Sajonia contra los luteranos de las ciudades anseáticas con vario suceso, cesó apenas se supo en aquellos parages la victoria de Mulberg, y todo el círculo se sometió.

Fernando trató con sumo rigor á los boemios que se habian mostrado partidarios del elector de Sajonia al principio de la campaña. Los boemios tomaron las armas so color de defender sus inmunidades; y despues de vencidos en varios reencuentros, imploraron la piedad del vencedor, que les perdonó la vida á casi todos, pero confiscó los bienes á muchos, y quitó las armas y los privilegios á las ciudades.

Interin de Cárlos V (1548). El concilio general se habia trasladado en 1547 desde Trento á Bolonia con motivo de la peste que habia en la primer ciudad, y poco despues se suspendieron las sesiones, instando el emperador porque volviese á Trento adonde los protestantes habian prometido en fin que asistirian.

Pero como los males de Alemania no permitian dilacion, promulgó Cárlos V el 15 de marzo de 1548, un decreto, llamado *Interin*, en el cual se mandaba observar la creencia católica, y en materia de disciplina, se per-

mitia la comunion bajo las dos especies y el matrimonio del clero; dejando la decision de todas las cuestiones al concilio ecuménico. Este decreto desagradó á entrambos partidos; á los católicos, porque el emperador daba decretos en materia de religion: á los protestantes porque estaban resueltos á no reconocer la autoridad del concilio: pero á lo menos dió algunos momentos de tregua á la lucha cruel que desolaba el imperio.

Guerra con los sajones y franceses: convenio de Passau (1552). Mauricio, elector de Sajonia, y que debia todo lo que era á Cárlos V, fue el primero en oponerse á la supremacía casi absoluta con que dominaba en Alemania. Varias fueron las causas que le incitaban á la guerra. La primera, el rigor con que eran tratados los protestantes, y por causa de ellos, los príncipes y ciudades del imperio; pues él mismo aunque á su pesar, tuvo que hacer la guerra á los de Magdeburgo de orden del emperador. Otra, la prision, sin esperanza de libertad, en que yacia en el castillo de Malinas Felipe, landgrave de Hesse Cassel, con quien estaba unido por los vínculos del parentesco. Pero la mas fuerte de todas fueron las instancias de Enrique II, rey de Francia, hijo y sucesor de Francisco I, jóven de grandes pensamientos y heredero del odio y rivalidad de su padre contra Cárlos V. Este emprendió lo que Francisco no habia podido conseguir: quitar á Cárlos la suprema-

cia en Alemania, coligándose con los príncipes protestantes, y disminuir su poder en Italia, uniéndose con los turcos cuya armada infestó las playas de Nápoles en 1551, y con los farnesios que aspiraban al dominio soberano en Parma. El mismo envió al Piamonte á Cárlos de Brissne con un ejército, que se apoderó de Chierasco, san Damian y Quiers, y al duque de Nevers á insultar las fronteras de Flandes.

Entretanto Mauricio buscando pretestos de guerra, solicitó del emperador la libertad del landgrave, que le fue negada. Pero á pesar del enojo que este desaire le causó, supo disimular de tal manera sus verdaderas intenciones, que un hombre tan sagaz como era Cárlos V, no concibió ninguna desconfianza. Al mismo tiempo que tomaba casa en Inspruk, donde estaba el emperador, y hacia creer á todos que iba á conferenciar con él sobre los intereses comunes de Alemania, penetraba al frente del ejército protestante en Suevia, dejaba un cuerpo en el Rin para sitiar á Francfort, atravesaba una parte de la Baviera y entraba en el Tirol. Cárlos V, sorprendido en Inspruk sin tropas ni medios para alistarlas con la prontitud necesaria, huyó, siendo ya enfermo y anciano, á Villach ciudad de Carintia. Su hermano Fernando entabló pláticas de paz con Mauricio. Esta paz era entonces muy necesaria: porque el rey de Francia, so color de defender la liber-

tad de Alemania, tomó las plazas de Toul, Verdun, Metz y Nancy, pertenecientes á Lorena, y las de Haguenau y Weissemburg en Alsacia, y acometió á Treveris y Strasburgo, aunque no las pudo tomar.

Mauricio pues, en calidad de príncipe del imperio, no podia ver con tranquilidad al francés apoderado de las fortalezas de Alemania; y ademas el ejército del emperador se reforzaba diariamente con tropas venidas de Italia, Ungría y Boemia. Fue facil pues, ajustar en Passau un convenio por el cual se confirmó la libertad que el emperador habia dado poco antes á Federico de Sajonia: el landgrave Felipe salió de la prision, siendo fiadores de su conducta Mauricio y sus confederados, y se estipuló que el ejército de los protestantes, que constaba de 15000 hombres, auxiliaría á Fernando en la guerra que sostenia contra los turcos; lo que fue ejecutado con fidelidad y valor, aunque sin fruto.

Entretanto la guerra ardia en las fronteras de Francia y Flandes: porque las tropas que tenia el emperador en los Paises Bajos, invadieron el territorio francés y lo llevaron á sangre y fuego hasta Noyon. El rey de Francia penetró en el Luxemburgo, y tomó á Verdun y á Iroi. Cárlos V, que ya habia recibido todos los refuerzos que esperaba de Italia y de España, se encaminó hácia Metz, y puso sitio á esta plaza, contra el dictamen del duque de Alba, cuando el otoño estaba ya muy adelan-

tado. Defendióla con sumo valor el célebre duque de Guisa contra un ejército de 100000 hombres. Es verdad que tuvieron contra sí los sitiadores al frio y las lluvias. Cuando la artillería derribaba una parte de la muralla, los franceses levantaban otra en lo interior de la plaza. Las minas que hacian los imperiales, ó no podian seguir adelante por lo peñascoso del terreno, ó eran contraminadas por el enemigo. En fin, Cárlos, que gozaba de muy poca salud, y que perdió la esperanza de tomar la ciudad, se retiró á Tionville con su ejército muy disminuido. En esta ocasion dijó al duque de Alba: "la fortuna es muger, y no le agradan las canas.»

Al año siguiente fue destruida la ciudad de Terouanne por los imperiales que tambien tomaron á Hesdin con gran mortandad de los vecinos y de la guarnicion. Una y otra plaza estaban ya para capitular; pero en la primera, los españoles que nada sabian de la capitulacion, sorprendieron un puesto y penetraron en las calles, seguidos de los flamencos, que arrasaron muros y edificios en venganza de los males que la guarnicion les habia causado: y en la segunda se voló una mina mientras se capitulaba, no se sabe si de intento ó por casualidad: los sitiadores enfurecidos se arrojaron á los muros, se hicieron dueños de la plaza, y no dieron cuartel á nadie.

Felipe, hijo de Cárlos, rey de las dos si-

cilias y de Inglaterra (1554). Entretanto procuraba aumentar el emperador la potencia de la familia de Austria; casando á su hijo don Felipe (que estaba entonces viudo) con María, reina de Inglaterra y sucesora de su hermano Eduardo VI: y para que no se presentase desairado á recibir la mano de una princesa tan poderosa, renunció Cárlos V en él los reinos de Nápoles y Sicilia con los demas señoríos que poseía en Italia.

Este año fue célebre el sitio de Sena, defendída por los Estrozzis, partidarios de Francia, y auxiliados por tropas de la misma nacion, que ocuparon esta plaza y otras de Toscana. Vencidos por el ejército imperial en varios reencuentros, y encerrados en Sena, se defendieron valerosamente hasta el año de 1555, despues de haber sufrido todos los males que sobrevienen en una plaza sitiada: señaladamente el hambre, que fue la que los obligó á rendirse.

Abdicacion de Cárlos V: tregua con Francia (1556). En la campaña de 1555 fueron varios los sucesos de la guerra, pero no decisivos: porque los franceses estaban resueltos á no dar ninguna batalla campal, por mas que buscaba ocasion para ella Filiberto, duque de Saboya, á quien dió el mando del ejército el emperador, retirándose á Bruselas por haberse agravado sus enfermedades.

El 25 de octubre de 1555, habiendo convocado una junta de todos los estados de los

Paises Bajos, renunció en su hijo don Felipe los señoríos propios de la casa de Borgoña y el maestrazgo del Toison de oro; y manifestó la intencion de renunciar tambien las coronas de España y del imperio, y de retirarse á acabar sus dias en la soledad. En efecto el 16 de enero de 1556 convocó á los grandes que se hallaban entonces en su corte y ejército, y cedió á su hijo todos los reinos y señoríos de España en uno y otro hemisferio; y envió el cetro y corona imperial á su hermano Fernando, habiendo antes dado noticia de su abdicacion á la dieta germánica. Casi en el mismo tiempo se firmaron treguas por cinco años entre Francia y la casa de Austria, conservando cada una las plazas que habia tomado en la guerra.

El emperador Cárlos V, que habia llenado el orbe con la fama de sus victorias y de sus combinaciones políticas, despues de haber ejercido por muchos años el mayor poder que entonces existia sobre la tierra, y tal, que Europa no lo habia conocido mayor desde los tiempos de Carlomagno, volvió á España como un particular á sepultarse en el monasterio de Yuste en Estremadura, donde habitó una hospedería cercana al convento, entregado á los ejercicios religiosos, viviendo de una pension moderada que se habia reservado sobre la corona de España. Dos años despues falleció en su retiro á los 58 de edad; reinó en España 44 años y en Alemania 36. De su

esposa Isabel, hija de don Manuel, rey de Portugal, tuvo á Felipe II, que le sucedio en los reinos de España é Indias, en las posesiones de Italia y en los estados de Flandes y Borgoña: á doña María, que casó con Maximiliano, su primo, hijo de Fernando de Austria, rey de Boemia, y á doña Juana, esposa de don Juan, príncipe de Portugal, y madre del valeroso y desgraciado rey don Sebastian. Tuvo ademas dos hijos naturales, que fueron doña Margarita, que casó en primeras nupcias con Alejandro, duque de Florencia, y en segundas, con Octavio Farnesio, duque de Parma: y don Juan de Austria, ilustre por la victoria de Lepanto, por sus conquistas en Africa y por la batalla de Gemblours, que ganó contra los belgas rebelados.

Cárlos V y su fama póstuma han sido piedra de escándalo entre españoles y franceses, entre católicos y protestantes: pero la posteridad desinteresada, censurando lo que pudo tener de excesivo su ambicion, y de astuto su política (vicios sobradamente generales en los grandes hombres y en los grandes monarcas), no puede dejar de hacer justicia á su valor, á sus miras elevadas, á su actividad, á su amor á las artes y ciencias, á su celo por la conservacion del principio de la autoridad religiosa y á la magnanimidad en sufrir los reveses con que la fortuna se vengó de los muchos favores que le habia dispensado.

De las grandes empresas que llevó á cabo

cualquiera de ellas bastaba para inmortalizar á otro soberano. Dió á su familia de Austria el primer puesto en Europa: arrojó de Italia á los franceses: hizo dominante su política en todas naciones: tuvo sobre Roma una superioridad mas reconocida que la que tuvieron jamas los Enriques y los Federicos de Franconia y Suevia: dió grande y decisivo impulso á las ciencias y á las artes que entonces renacian: enfrenó con la victoria de Mulberg el torrente del luteranismo que amenazaba invadir todo el mundo civilizado: agregados á su vasto imperio los de Mégico y del Perú, estableció leyes protectoras de los indios, movido de las instancias del virtuoso obispo de Chiapa Bartolomé de las Casas, á quien los españoles modernos, siguiendo el ejemplo de un historiador estranjero, se complacen en censurar, porque posponia los intereses materiales á los del cristianismo y de la civilizacion: con la conquista de Tunez abrió el camino para toda la costa de Berbería: en fin, estableció y consolidó en Europa para algunos siglos el poder monárquico y las formas ministeriales del gobierno, que á su ejemplo adoptaron los demas príncipes de la cristiandad. Tantas y tan importantes cosas, ejecutadas por un solo monarca, son dignas de que se le ponga en el número de los grandes hombres.

Todo era en él noble y magestuoso: su presencia, su conversacion lacónica, pero afable y

animada; el gran número de coronas que ceñian su frente, á las cuales añadió otras muchas; su valor, propio de un general, y no de un soldado; su fortaleza en los peligros y en las adversidades; su vigor en el gobierno; su amor de la justicia, templado con la clemencia; su aficion á las ciencias y á la literatura. Desde Carlomagno no habia conocido Europa reunidas en un solo hombre tantas y tan magníficas cualidades, no siendo la menor de ellas su semejanza con Anibal: pues siguiendo sus estandartes muchas naciones, diversas en idiomas y costumbres, y aun en intereses y religion, todas le amaban y servian, como si fuese el padre comun de los hombres.

No es estraño pues, que los que fueron enemigos y rivales suyos, hayan procurado deslustrar su gloria, exagerando segun la costumbre, sus defectos y deprimiendo sus nobles cualidades. Esta conducta se imitó por tradicion en muchas historias estrangeras, principalmente en las francesas: y las nuevas ideas de democracia, que han cundido en nuestros dias, no son muy á propósito para hacer amable á los historiadores de aquella nacion al que dió el impulso y el ejemplo de la monarquía ministerial.

Le han acusado de ambicioso y aspirante á la monarquía universal: y nosotros no estamos lejos de creer que la hubiera fundado á no ser porque los franceses, á quienes encerró en los límites de su reino, le opusieron un

obstáculo inexpugnable en las fronteras de Provenza y de Bélgica. Mas justa es la acusacion de haber dejado los dominios de Flandes y el Franco Condado á la corona de España: porque aquellas provincias, tan lejanas, de tan diferentes usos y costumbres, y de tan varias formas de gobierno, eran mas bien un gravámen que un aumento de poder á nuestra monarquía. Pero la disculpa está en las circunstancias en que abdicó. Acababa de casar su hijo Felipe II con María, reina de Inglaterra: aun no se sabia que de este matrimonio no habia de quedar descendencia; y la política previsora de Cárlos V quiso que hubiese en el norte de Europa un grande estado, dependiente de su hijo, para establecer sólidamente el dominio de otra tercera rama de Austria, capaz de oponer un nuevo dique á los progresos de la reforma.

Todos los escritores franceses que han hablado de la abdicacion de Cárlos V, han asegurado, y aun aseguran en nuestros dias, que la retirada de Impruck ante las tropas de Mauricio y el levantamiento del sitio de Metz le hicieron perder la esperanza de restablecer su poder abatido, y que esa fue la causa de haberse retirado á una soledad. Pero la historia y los hechos militan contra esta suposicion. Despues del convenio de Passau, en que hizo algunas concesiones á los príncipes luteranos, se presentó en las fronteras de Francia mas formidable que nunca: y el desaire de no to-

mar aquella plaza de Lorena disminuyó tan poco sus fuerzas, que los franceses nunca quisieron medirse con él en batalla campal. Cuando despues de su renuncia se atrevieron á tentar la suerte de las armas con su hijo Felipe, á quien suponian menos poderoso porque no estaban á disposicion suya las tropas imperiales, fueron vencidos en la memorable jornada de san Quintin y en la batalla de Gravelinas, y obligados á firmar la paz de Cateau Cambresis, que afirmó para un siglo la supremacía de España. No se habia pues, disminuido el poder de Cárlos V por aquellos reveses, ni él era hombre á quien cogiesen de nuevo los rigores de la fortuna que tan mal le habia tratado en Argel. ¿Por qué se buscan razones para esplicar su abdicacion, cuando son tan naturales y obvias las que corren á primera vista? Se hallaba enfermo continuamente y afligido de la gota, é incapaz por consiguiente de la actividad constante, de los repetidos viages, de las laboriosas campañas que le obligaban el cuidado del gobierno y la defensa de sus estados. Tenia un hijo jóven, vigoroso, acostumbrado á gobernar: pues en los últimos años del emperador, fue su regente en España. ¿Qué estraño es que hubiese querido descansar, y mas en una edad en que ya le era lícito estar saciado, y aun desengañado de las ilusiones de la ambicion?

El emperador habia querido que Felipe le sucediese tambien en la corona imperial; pero

esto no era posible, nombrado ya mucho antes rey de romanos su hermano Fernando, y acostumbrados los alemanes á su imperio en tantos años como ejerció el puesto de vicario en ausencia de Cárlos V. Se limitó pues, á establecer entre las dos ramas de la casa de Austria, de España y de Alemania, una union tan íntima, que no se desmintió jamas mientras duró la primera. Contribuyó mucho á afianzar esta union haber agregado al imperio el círculo de Borgoña, compuesto de todos los estados de esta casa, que heredó la de Austria despues de la muerte de Cárlos el Temerario.

Fernando I, emperador (1558). Fernando fue elegido emperador en Francfort y coronado en Aquisgran. Fue reconocido de todas las potencias, excepto de la corte de Roma, que estaba entonces en guerra con España: pero concluida la querella, siguió el ejemplo de los demas estados: y el Papa Pio IV entabló una negociacion muy larga é inútil con Fernando I para que los luteranos volviesen al gremio de la Iglesia, y se sometiesen á las decisiones del concilio de Trento.

Este emperador, reducido á los dominios primitivos de la casa de Austria y á los reinos de Ungría y Bormia que poseía por derecho de su esposa Isabel Ana, acometido de los turcos, sospechoso á los protestantes, no pudo ser, como su hermano, árbitro del imperio y de Europa: y así se redujo á ser testigo de

los grandes acontecimientos que en su corto reinado pasaron. Era suave, benigno, afable; y tenia valor, superior á los recursos que le proporcionaban sus limitados señoríos.

La batalla de san Quintin, el tratado de Vervins, los principios de la rebelion de los hugonotes en Francia y en los Paises Bajos, el establecimiento del luteranismo en Livonia, y la conquista de Ditmania por los príncipes de la familia de Holstein que reinaba en Dinamarca, fueron sucesos, en que casi ninguna parte tuvo, aunque muchos de ellos acaecieron en paises sometidos á la dignidad imperial: nombre, que tenia una significacion muy diferente en Fernando I que en el temible y poderoso Cárlos V.

Sin embargo tuvo el mérito de haber conservado con su prudencia y moderacion la paz del imperio. En Ungría, donde casi siempre llevaron sus tropas lo peor peleando contra Solimán, hizo treguas con este Sultan en 1563 por ocho años.

Fernando I falleció á los 60 años de edad y seis de reinado. Sus hijos fueron: Maximiliano, rey de Ungría y Boemia, que ya habia sido elegido rey de romanos, y le sucedió en el trono imperial: Fernando, á quien dejó el condado del Tirol con las posesiones de la casa de Austria en Alsacia, fronteras de Italia y la Selva negra: Cárlos, á quien dejó las provincias de Estiria, Carintia, Carniola, Istria y Gorice, y la ciudad de Trieste: Isabel,

que casó con Segismundo Augusto, rey de Polonia: Ana, con Alberto II, duque de Baviera: Catalina, muger en primeras nupcias de Federico, duque de Mántua, y en segundas de Segismundo Augusto, viudo ya de Isabel: Bárbara, que fue esposa de Alfonso II, duque de Ferrara: Juana, de Francisco de Médicis, duque de Florencia: Leonor, muger en primeras nupcias de Guillermo, duque de Mántua, y en segundas, de Segismundo Augusto, viudo de Catalina: María, esposa de Guillermo, duque de Juliers: Magdalena, Margarita y Helena, que fueron religiosas: y Juan y Ursula, que murieron de corta edad.

Maximiliano II, emperador (1564). Maximiliano II era de un carácter pacífico, suave, tolerante demasiado en materia de religion. Rara vez se enojaba: pero cuando esto acontecía, no perdonaba nunca. Su bondad nacia mas bien de indolencia que de virtud, y así fue generalmente despreciado, tanto mas cuanto era vano y orgulloso. Vivió siempre en buena armonía con sus hermanos, aunque por el testamento de su padre quedó despojado, á favor de ellos, de gran parte de sus señoríos hereditarios. Un príncipe de este temple de alma, ni era apropósito para defender la Ungría contra los turcos, ni para contener á los protestantes. Al mismo tiempo que proclamaba la tolerancia, y decia, que *no se honra al padre comun de los hombres derramando sangre humana en sus altares*, permitia

al elector palatino, que habia abrazado la secta calvinista, perseguir el clero católico de sus estados.

Guerra con los turcos: sitio de Zigeth (1566). Solimán quiso desquitarse en Ungría de la terrible rota que sus armas acababan de sufrir en Malta, heróicamente defendida por los caballeros de san Juan, y rompiendo la tregua jurada con Fernando I, marchó á Buda al frente de 80000 hombres: Maximiliano juntó un ejército de igual ó mayor número, compuesto de tropas de sus estados hereditarios y de los contingentes del imperio; dió el mando de estas fuerzas á su hermano Fernando bajo la direccion del conde de Salm; le mandó marchar á Javarin, él mismo fue á esta ciudad; y como si bastase haber llegado hasta allí para concluir la guerra, permanecieron las tropas en la mas completa inaccion, mientras los turcos se apoderaban de Giula y de Zigeth.

El sitio de esta última plaza fue memorable. Defendíala el valiente conde de Serin con una guarnicion de 3000 hombres. El bajá de Natolia recibió orden de Solimán, de sitiar á Zigeth al frente de un cuerpo numeroso de tropas: pero la resistencia fue tan intrépida que el general turco se vió obligado á interrumpir los trabajos y levantar el cerco. Enfurecido Solimán juró arrasar la plaza y pasar á cuchillo á todos los habitantes, si no se entregaban; y marchó contra ella, resuelto á

tomarla ó á perecer al pie de sus muros. El sitio se renovó con toda la actividad que este héroe bárbaro sabia inspirar á sus guerreros. Serin la defendió por mucho tiempo, esperando que el ejército imperial acudiria en su socorro; pero viendo que no se movia, y que su guarnicion no podia defenderla por mas tiempo, puso fuego á la ciudad, y se retiró á la fortaleza. En ella sostuvo otro nuevo sitio que duró muchos dias, hasta que le faltaron municiones y víveres. Ni aun entonces quiso rendirse. Puesto al frente de su valerosa guarnicion, hizo una salida, espada en mano; su pequeño cuerpo fue rodeado por los genízaros, y exterminado sin salvarse un solo hombre, despues de pelear tres horas. La conquista de Zigeth costó á los otomanos 30000 hombres y tres bajaes. La cabeza del heróico Serin fue puesta en una pica y paseada por las filas de los genízaros; despues la envió Solimán á los cristianos, é hizo magníficas exequias al cadáver.

Solimán falleció de allí á pocos dias. Su hijo y sucesor Selin II llegó á los reales, é hizo algunas espediciones de poco momento. Viendo que las demas plazas de Ungría estaban bien guarnecidas y provistas (única operacion buena que hizo Maximiliano en esta campaña), asentó treguas con él, y se volvió á Constantinopla. El ejército imperial se retiró indignado de la ignominia con que volvia por culpa de su caudillo.

Conspiracion de Guillermo Grumbach: sitio de Gotha (1567). Guillermo Grumbach era un gentil hombre de Françonia, tan osado como perverso. Su castillo y bienes estaban en el obispado de Wurtzburgo. Habiendo cometido algunas violencias, el prelado, que era soberano de aquel territorio, confiscó sus bienes por sentencia judicial. Poco despues fue asesinado el obispo y el cabildo, habiendo recaido la sospecha de este delito sobre Guillermo, trató de apoderarse de su persona. Grumbach huyó: y despues de haber errado largo tiempo por otras provincias de Alemania, consiguió reunir una cuadrilla de 600 hombres perdidos como él, sorprendió con esta tropa la ciudad, desarmó á los habitantes, y obligó al cabildo á que le restituyese sus tierras. El emperador Fernando I, en cuyo tiempo acontecieron estos desórdenes, y sabedor del hecho, puso á Grumbach en el bando del Imperio.

Temiendo este hombre revoltoso que Maximiliano llevase á efecto la sentencia de su padre, empezó á solicitar los nobles de Alemania para que se sublevasen contra el emperador, restituyesen á Juan Federico, duque de Sajonia Gotha é hijo del elector del mismo nombre, desposeido por Cárlos V, la dignidad electoral, y le diesen la corona del Imperio. El primer proyecto de los conjurados fue asesinar al elector Augusto, hijo del célebre Mauricio: empresa que se malogró por

haberla descubierto uno de los cómplices, y confesádola otro. Grumbach intentó despues apoderarse de Witemberg: Augusto levantó tropas, y puso sitio á Gotha, cogiendo encerradas dentro de esta plaza todas las fuerzas de la conspiracion. No habia víveres ni municiones en la ciudad: los habitantes, llevando al frente uno de los ciudadanos, llamado Osman, hicieron una salida, en que pelearon valerosamente hasta que Osman cayó. Entoncés se retiraron á la ciudad, atribuyeron la muerte de su caudillo á la cobardía de los conjurados que no salieron á pelear con ellos; pusieron preso á Grumbach y á todos sus cómplices, y pidieron á Augusto que los perdonase. El elector les prometió el perdon á condicion que le entregasen los presos, que Juan Federico, duque de Gotha, fuese entregado al emperador, y que su título y señorío pasase á su hermano Guillermo que no habia querido tomar parte en la conjuracion.

Los vecinos de Gotha aceptaron estas condiciones, por mas duras que fuesen. Grumbach y su cuadrilla pereció en los suplicios, y Juan Federico fue llevado á Viena, donde se le mostró al público sentado en un carro descubierto con un sombrero de paja en la cabeza. Despues fue enviado á Nápoles, donde murió en una prision. Maximiliano, resuelto á borrar hasta el último vestigio de la rebelion, determinó arrasar á Gotha: y como los habitantes, implorando su clemencia, le digesen

por medio de sus diputados, que el elector Augusto habia perdonado, él respondió: *pues yo castigaré.* La ciudad y la fortaleza fueron demolidas.

Libertad de conciencia en Austria (1569). Maximiliano fue el monarca de su familia menos enemigo de los protestantes. Intervino con Felipe II, rey de España, para que se aviniese con los hereges de los Paises Bajos, dió acogida en el imperio al célebre príncipe de Orange, que estaba al frente de los rebeldes de Olanda y Flandes y que hacía guerra á los españoles: prohibió que se alistasen tropas en el imperio á favor de Cárlos IX, rey de Francia, desde la matanza de los hugonotes en la noche de san Bartolomé: y en fin, concedió á los protestantes de sus estados hereditarios la libertad de conciencia, en premio, decia, de los socorros que le habian dado, en hombres y dinero, para la guerra de Ungría contra Solimán.

Mientras todas las naciones del Mediterráneo se armaban contra Selim II; mientras la victoria de Lepanto quebrantaba el poder de la media Luna, y ensalzaba hasta el cielo el nombre de don Juan de Austria, y la rama de esta familia que reinaba en España, Maximiliano, sumergido en torpe ociosidad, en vez de hacer una diversion en Ungría á las fuerzas otomanas, asentó paces con Juan Segismundo, vaivoda de Transilvania, bajo la proteccion de los turcos, y con Estevan Batori su sucesor.

Dos veces pudo haber agregado el emperador la corona de Polonia á su familia: una, cuando murió Segismundo Augusto, otra cuando Enrique I se volvió á Francia. La primera, que fue en 1570, perdió la ocasion por su vanidad: porque exigió que los polacos viniesen á pedirle á Ernesto, su hijo segundo, para que reinase sobre ellos. Los polacos nombraron rey á Enrique de Anjou, hermano de Carlos IX. Otra en 1574, cuando Enrique volvió á su patria á reinar por muerte de su hermano Cárlos IX. Una gran parte de los señores de Polonia proclamó á Maximiliano rey: los demas no consentian en ello. Los amigos del emperador le aconsejaban que se presentase en Varsovia para persuadir á los disidentes: mas no lo pudieron acabar con su indolencia. Conviniéronse pues, todos en elegir á Estevan Batori, príncipe de Transilvania, y uno de los hombres mas ilustres que se han ceñido la corona de aquella república.

Maximiliano falleció el año siguiente á los 49 de su edad y 12 de reinado. De María, hija del emperador Cárlos V, y hermana de Felipe II, tuvo á Rodulfo, que le sucedió, á los archiduques Ernesto, Fernando, Matías Maximiliano, Alberto, y Wenceslao, á Ana, que fue la cuarta muger de Felipe II, y á Isabel, que casó con Cárlos IX, rey de Francia.

Rodulfo II, Emperador (1576). La muerte de Maximiliano produjo muy poca al-

teracion en el imperio: porque su hijo Rodulfo II era tan moderado, suave é indolente como él, y todos sus esfuerzos se dirigieron á mantener la paz. En la dieta de Francfort que celebró el primer año de su reinado, conservó los derechos de los protestantes, y se obligó á recibirlos en los tribunales como jueces.

La guerra de los sublevados en los Paises Bajos continuaba: el emperador les envió por gobernador, como que aquella provincia era dependiente del imperio, al archiduque Matías, su hermano, y ofreció su mediacion para reconciliarlos con Felipe II. Pero de nada sirvieron estas providencias. Los rebeldes, aunque recibieron con gran pompa al archiduque, nombraron lugar teniente suyo al príncipe de Orange, que era quien lo mandaba todo: y Matías, fastidiado de poseer el título de la autoridad sin la autoridad misma, despues de tres años de mansion inutil en el Brabante, se volvió desairado á Viena.

El archiduque Maximiliano prisionero en Polonia (1587). En 1585 falleció Estevan Batori, rey de Polonia: y su corona tuvo muchos pretendientes, siendo el que reunió mas partido Segismundo, hijo de Juan, rey de Succia. Ernesto, Matías y Maximiliano, hermanos del emperador Rodulfo, se presentaron para que los polacos eligiesen á cualquiera de ellos, sostenidos por el rey de España y por los electores del imperio. El obispo de

Kiew y su partido se decidió por Maximiliano: y se opuso á la proclamacion de Segismundo, hecha por el mayor número de diputados á la dieta de eleccion.

Segismundo desembarcó en Dantzik y fue reconocido en Varsovia: pero á pesar de esto Maximiliano, llamado por los suyos, entró en Polonia con algunas tropas, y Zamoiski, general de Segismundo, le venció é hizo prisionero. Recobió al año siguiente su libertad, prometiendo renunciar al título de rey: pero apenas llegó á las tierras del imperio, en vez de ratificar su promesa, como habia ofrecido, la retractó: bien que esta falta de buena fé no produjo efecto alguno.

Guerra con los turcos (1590). Por mas amante que fuese Rodulfo de la paz, hubo de sostener una lucha larga y sangrienta contra los otomanos, que invadieron á Ungría con ejército poderoso. En esta guerra, que ya hemos descrito con suficiente estension en el tomo XI de esta obra en los reinados de Amurates III y Mahomet III, sultanes de Constantinopla, adquirieron mucha gloria los austriacos, y una preponderancia conocida sobre los turcos, hasta el año 1604, en que subió al trono Amed I, hijo del Mahomet Agria. La introduccion de la religion reformada en Ungría, la rebelion de Estevan Bostkai, capitan úngaro que aspiraba al trono con el ausilio de los turcos, y las pretensiones de Gabriel Batori y Belen Tabor á la vaivodía de

Transilvania, cedida por Juan Segismundo á la casa de Austria en cambio de dos principados de Silesia, introdugeron la confusion y la discordia entre los cristianos, y de ellas se valió el nuevo sultan, que estaba adornado de prudencia, valor y firmeza, para sostener con felicidad la guerra contra los austriacos.

El archiduque Ernesto venció á los turcos en Bosnia en los primeros años de esta guerra: pero habiéndole nombrado Felipe II gobernador de los Paises Bajos, se dió el mando del ejército austriaco de Ungría al archiduque Matías, que en 1594 se apoderó de Novigrad, y de Gran, y derrotó á los turcos.

Matías tuvo que volver al Austria á reprimir una rebelion de los aldeanos, y se dió el mando del ejército imperial á su hermano el archiduque Maximiliano, príncipe sensible á la gloria, pero sin esperiencia. El sultan Mahomet entró en Ungría con poderoso ejército, y tomó á Agria, en la campaña de 1595. El archiduque acudió al socorro de la plaza mas tarde de lo que debiera. Despues peleó con el ejército turco en Caresta: tenia ya la victoria en las manos, cuando la indisciplina de los austriacos, que se pusieron á saquear los bagages enemigos, mal reprimida por su gefe, se la hizo perder. Mas feliz fue en 1596 contra los rebeldes del Austria, á los cuales venció y castigó.

El archiduque Ernesto, gobernador de los Paises Bajos, falleció en 1595, y Felipe II

le dió por sucesor á su hermano el archiduque Alberto, el cual casó tres años despues con la infanta Isabel Clara Eugenia, hija del rey de España, dándoles en dote los Paises Bajos en soberanía: pero estos volvieron á la corona española, por haber fallecido la infanta sin sucesion.

Paz de Comora (1607). El sultan Amed que necesitaba todas sus fuerzas para la guerra de los persas que habian penetrado en la Armenia turca, á pesar de la superioridad que tenia contra los austriacos, hizo paces con el emperador por 20 años, conservando cada una de las partes contratantes las plazas que ocupaba, y dando el principado de Transilvania á Botskai, bajo condicion de que si este moria sin sucesion entrase á mandar en aquel territorio el archiduque Matías. Los turcos quebrantaron esta condicion, pues muerto Botskai, nombraron príncipe de Transilvania á Gabriel Batori, y asesinado este por sus soldados, á Belen Gabor.

Rodulfo no tuvo parte alguna en ninguno de los sucesos del imperio y de su familia durante su largo reinado. Entretenido en el estudio del Algebra, que empezaba entonces á ser conocida en Europa, en las ilusiones de la Alquimia y de la Astrología, en el trabajo de tornear piezas de madera, á que era muy aficionado, y en el examen de las cuentas antiguas del gasto de su casa, dejó á sus hermanos el cuidado de hacer la guerra y la paz,

de reunir las dietas y de pedir á los príncipes del imperio los socorros necesarios contra los turcos.

En 1608 aspiró el archiduque Matías á las coronas de Boemia y Ungría, y Rodulfo se las cedió por conservar la paz en la familia. Tres años despues falleció el emperador, á los 60 años de edad y 36 de reinado. Nunca quiso casarse, sin duda porque temió que los cuidados domésticos le distragesen de sus importantes estudios.

Matías, emperador (1612). La indulgencia de los tres emperadores que sucedieron inmediatamente á Cárlos V, aumentó las fuerzas de los protestantes; que en vez de contentarse con la libertad de conciencia, concedida por Maximiliano II, aspiraban á ser los señores. En aquella época eran tan intolerantes, ó mas que los católicos: y las cuestiones de religion se resolvian aun en cuestiones políticas y de poder. A fines del flaco reinado de Rodulfo II, estaba el imperio dividido en dos confederaciones: la católica, cuyo gefe era el emperador: su objeto se reducia á conservar la religion antigua y á libertar la Ungría, antemural del imperio, del poder de los otomanos; y la protestante, determinada á exterminàr el catolicismo, y á quitar, si podia, la corona imperial á los príncipes de la casa de Austria. Poco le importaban los desastres de Ungría: porque los estados austriacos eran los primeros que estaban espuestos á la inva-

sion de los turcos; y no les pesaba de ver amenazada continuamente por una potencia tan formidable la familia que aborrecian.

Despues de la muerte de Rodulfo II, ascendió al trono imperial su hermano el archiduque Matías, á pesar de la oposicion de los electores protestantes, que eran solo dos, el de Brandemburgo y el conde palatino del Rin. Matías, con su prudencia y vigor, remedió muchos de los males que afligian á Alemania: quitó á los protestantes gran parte de sus privilegios, restituyó sus derechos á los católicos y sus bienes al clero: y administró la justicia con tanto vigor, que desaparecieron las cuadrillas de ladrones que infestaban casi todas las provincias. Pero no era dado á la prudencia humana evitar la colision de dos partidos poderosos y armados, que se aborrecian con todo el furor que inspiran las discordias religiosas y políticas. A la primer ocasion estalló la guerra: que continuada por el espacio de 30 años y estendida á una gran parte de Europa, terminó por el célebre tratado de Westfalia, primer ensayo del sistema del equilibrio político.

Principio de la guerra de 30 *años* (1618). El emperador Matías, viéndose sin sucesion de su esposa Ana, hija del archiduque Fernando, conde de Tirol, resolvió dar la corona de Boemia á su primo, llamado tambien Fernando, duque de Estiria, hijo de Cárlos, y nieto del emperador Fernando I. Los de-

mas archiduques, hijos de Maximiliano II y hermanos de los emperadores Rodulfo II y Matías, habian muerto sin dejar hijos.

El duque de Estiria se habia distinguido por su vigor en sostener los intereses de los católicos contra los protestantes en sus propios estados: y el emperador queria que reinase en Boemia, no solo para facilitarle el camino al trono imperial despues de su fallecimiento, sino tambien para que fuese su cooperador en la grande obra de tranquilizar el imperio. Pero los estados de Boemia, donde dominaba el partido protestante, se opusieron á la eleccion de Fernando: arrojaron á la calle por las ventanas del salon, donde se celebraba la dieta, á tres de los partidarios del emperador: el miedo obligó á los demas á enmudecer, y el conde de Thurn, alma del partido antiaustriaco, alistó tropas, se apoderó en dos meses de todas las fortalezas de Boemia, hizo alianza con los pueblos de Silesia, que tambien se habian rebelado, y tremoló el estandarte de la guerra civil. El emperador Matías, enfermo y ya de edad de sesenta y tres años, falleció de la pesadumbre que le causaron tantas calamidades. Reinó siete años, y solo quedó de él un hijo natural, llamado Matías de Austria.

Fernando II, emperador (1619). La dieta electoral de Francfort eligió emperador á Fernando II, á pesar de Federico, conde palatino del Rin, y gefe de la liga protestan-

te, cuyo voto fue que se nombrase á Maximiliano, duque de Baviera. El mismo Maximiliano, aterrado de la osadía y poder de los protestantes, que amenazaban acabar con el catolicismo en Alemania, convencido de que solo las fuerzas de la casa de Austria eran capaces de hacerles frente, y ligado ademas con Fernando por los vínculos de la amistad y del parentesco, dió su voto al archiduque, y los demas electores siguieron su ejemplo.

Los boemios, resueltos á no volver bajo el dominio de la casa de Austria, eligieron por rey al conde palatino, que aceptó la corona, no tanto por su ambicion propia, cuanto por las orgullosas sugestiones de su muger, que era hija de Jacobo I, rey de Inglaterra. Fernando, despues de haber agotado todos los recursos de la diplomacia, apeló á las armas. Sus aliados mas útiles eran los duques de Sajonia y de Baviera, y la corte de España, que ademas de neutralizar con sus negociaciones los esfuerzos del rey de Inglaterra á favor de su yerno, mandó al célebre Espinola, gobernador de los Paises bajos ocupar el Palatinado del Rin, y envió al emperador un cuerpo auxiliar de 10000 españoles mandados por el conde de Buquoi.

El nuevo rey de Boemia para hacer frente á la tempestad que le amenazaba se coligó con Belen Gabor, vaivoda de Transilvania que aspiraba á la corona de Ungría. Este atrevido y valiente guerrero se apoderó sucesiva-

mente de Casovia, Fileck, Tirnaw y Novigrad, puso sitio á Presburgo, de cuya plaza se apoderó á entradas de invierno, y amenazó á Viena. El archiduque Leopoldo, hermano de Fernando, y encargado de la defensa del Austria, llamó en su socorro al conde de Buquoi, que entonces habia penetrado en Boemia, y tenia sitiada la plaza de Thabor.

Buquoi, conociendo cuán peligroso era que el ejército boemio, mandado por el conde de Thurn, se diese la mano con las tropas victoriosas de Belen, levantó el sitio de la plaza, y voló al socorro del Austria. Thurn, que adivinó el motivo de aquel movimiento, siguió al enemigo con la mayor presteza que pudo. Alcanzóle en las cercanías de Viena, y le acometió con intrepidez: pero no fue menos denodada la defensa de Buquoi. Los boemios rechazados se retiraron en desorden á su pais, despues de haber dejado 2000 cadáveres en el campo de batalla. Esta victoria salvó los estados hereditarios de Austria, y preparó los triunfos de la campaña siguiente.

Batalla de Praga (1620). Toda Alemania, afligida por las calamidades presentes y las que temia, esperaba con terror el éxito de la sangrienta lucha que iba á empezarse. Los agüeros de la campaña fueron siniestros para los protestantes, porque el marques Espinola penetró en el Palatinado con gran parte del ejército español de Flandes, arrojó

del pais al marqués de Anspach, que lo defendia, y ocupó todas sus plazas.

Entretanto Maximiliano, duque de Baviera, generalísimo del ejército imperial, penetró en la Alta Austria, sometió los protestantes que habia en aquella provincia, la dejó defendida contra cualquiera empresa que pudiera intentar desde Ungría el transilvano, y penetró en Boemia al frente de un ejército formidable. Estaban reunidas en Praga todas las fuerzas de la liga protestante. Federico, el nuevo rey de los boemios, se acampó á vista de la capital en una posicion formidable, y mandó cerrar las puertas de la ciudad para quitar todo asilo á la cobardía.

Cuando el ejército imperial se avistó con el enemigo, reunió el elector generalísimo consejo de guerra para deliberar si se daria batalla á los protestantes. Los votos fueron diferentes: pero prevaleció el del coronel español Verdugo, comandante de los walones, que aconsejó acometer al enemigo. El combate empezó por el cuerpo que mandaba Tilly, y que fue rechazado vigorosamente. Federico acometió entonces al cuerpo del conde de Buquoi con tanto denuedo que le obligó á cejar: pero como le persiguiese con demasiado ardor, observando el conde que el desorden era igual en unos y en otros, hizo cara con algunos batallones. El coronel Verdugo le auxilió, apoderándose de un reducto, donde hizo prisionero al príncipe de Anhalt, uno de los gefes

del ejército enemigo, y volviendo su artillería contra las divisiones de los rebeldes, en que hizo grande estrago. El duque de Baviera entró entonces en combate, y la batalla se convirtió en matanza. La victoria de los austriacos fue completa. Federico casi solo se refugió en Silesia, y de allí pasó á Dinamarca: porque los silesianos, aterrados con la derrota de los protestantes, se sometieron al emperador y lograron su perdon por medio del duque de Sajonia.

En las dos campañas siguientes quedaron vencidos los protestantes de Alemania. Boemia se sometió, y 43 de los caudillos de la rebelion perecieron en el suplicio. Los restos del partido de Federico, mandados por el conde de Mansfeld y el marqués de Baden Dourlach, que se habian retirado al círculo del Rin, fueron completamente derrotados por Tilly cerca de Heilbron y de Darmstadt, Cristierno, duque de Brunswik, y uno de los mas ardientes caudillos de la liga protestante, que se llamaba á sí mismo *amigo de Dios y enemigo de los sacerdotes*, fue derrotado completamente en Aschaffemburg por el mismo general Tilly. Las reliquias del partido protestante, que se retiraban por el Luxemburgo, para buscar un asilo en Holanda, fueron esterminadas junto á Fleurus, por don Gonzalo de Córdoba, sucesor de Espinola en el gobierno de los Paises bajos.

Toda Alemania quedó sometida á Fernando II. En Ungría recobró el conde de Buquoi la plaza de Presburgo: y aunque murió peleando valerosamente en el sitio de Neuhassel, los austriacos adquirieron grande superioridad sobre Belen Gabor, y le obligaron á restituir á la casa de Austria las plazas usurpadas y á hacer paces con el emperador. En fin, privado el conde palatino de la dignidad de elector, se dió este título con el alto Palatinado á Maximiliano, duque de Baviera. El palatinado se repartió entre los príncipes limítrofes y las casas de Austria y de Baviera.

Espedicion de Cristierno IV, rey de Dinamarca, en Alemania: batalla de Northeim (1626). Un nuevo campeon apareció en el teatro de la guerra para sostener la causa de los protestantes contra la dominacion austriaca: éste fue Cristierno IV, rey de Dinamarca, incitado por el interés de los de su misma secta, por los lazos de la sangre que le unian al conde palatino, y por agravios particulares que decia haber recibido el emperador en las contestaciones sobre algunos territorios del círculo de la baja Sajonia. Como en calidad de duque de Holstein, era individuo de los estados de este círculo, cuyos príncipes eran casi todos luteranos, no le fue dificil excitarlos á la union contra la casa de Austria; mucho mas cuando estaban irritados por los desórdenes que cometian las tropas del gene-

ral Tilly, que guarnecian las plazas del Elba, del Weser y de Westfalia.

Apenas Cristierno se puso en campaña, y ocupó el principado de Minden, vinieron á reunírsele Mansfeld y Brunswick, que estaban refugiados en Holanda y el duque de Sajonia Weimar. Tilly pidió socorros al emperador, que le envió un cuerpo de tropas considerable desde Suevia á las órdenes del célebre Alberto, baron de Walstein, caballero boemio, dotado de todas las prendas que forman un gran general y un profundo político: pero cuya ambicion insaciable fue causa de su ruina. Habiéndose distinguido en la guerra anterior de Boemia, el emperador le eligió por privado suyo, le dió el ducado de Friedland, y le elevó á los mas altos empleos de palacio. Su actividad y su pericia militar justificaron siempre la eleccion y la confianza del emperador.

Tilly, habiendo recibido un refuerzo tan considerable, presentó la batalla al enemigo, y solicitó la ocasion de obligarle á que la admitiese. No era ese el designio del rey de Dinamarca, inferior en fuerzas á los austriacos. Y así destacó de su ejército un cuerpo á las órdenes de Weimar para que hiciese una diversion en Westfalia, y él ocupó con el resto de su ejército el ducado de Brunswick y el obispado de Hildesheim. Esta division le fue funesta: porque no quedaron fuerzas suficientes para impedir que Tilly sitiase y to-

mase á Gotinga, y el duque de Weimar nada hizo: sobornado por el oro de los de Munster, se abstuvo de sitiar esta plaza, y se contentó con obligar al clero de Osnabruck que nombrase á su hijo por coadjutor del obispado.

El general austriaco, despues de la toma de Gotinga, hizo preparativos que demostraban la intencion de sitiar á Northeim. El danés reunió todo su ejército para oponerse á esta empresa; y esta reunion le fue mas funesta que la separacion anterior. Tilly, en vez de poner sitio á la plaza, rodeó el campamento enemigo, y le obligó á pelear ó á rendirse. La batalla fue reñidísima y sangrienta. En ella perecieron un gran número de personas distinguidas, entre ellas Felipe, Landorare de Hesse Cassel. La pérdida del rey fue inmensa: 10000 de sus soldados quedaron en el campo de batalla, y prisionera de los austriacos vencedores toda la oficialidad superior. Al mismo tiempo el conde de Papenheim venció á los protestantes de los estados de Austria, cuyo número era formidable, pues ascendia á 60000 combatientes: pero sus generales eran un sombrerero, un zapatero y un estudiante. Casi todos fueron exterminados.

El rey de Dinamarca, habiendo perdido á Mansfeld y Brunswick, que eran sus dos generales mas hábiles, y que fallecieron de enfermedad en 1626, hizo paces con Fernan-

do II por mediacion del duque de Sajonia, obligándose á no intervenir en los negocios del imperio. Las águilas austriacas llegaron hasta las orillas del Baltico, y el emperador dió á Wasein el ducado de Mecklemburgo en premio de los señalados servicios que hizo en esta campaña.

Espedicion de Gustavo Adolfo, rey de Succia, en Alemania: batalla de Leipzic (1631). El poder de Fernando II en Alemania fue, despues de la retirada de los dinamarqueses, el mas absoluto que se habia conocido desde Carlomagno. Un ejército de 160000 hombres distribuido en guarnecer los círculos donde habia estados protestantes, le aseguraban la mas completa dominacion, Walstein, su favorito, cuya ambicion no tenía límites, que deseaba aumentar el imperío de su soberano para adquirir él mismo mas riquezas y señorío, decia: que "era necesario reducir los electores y príncipes del imperio á la clase de los grandes de España, y los obispos, á la de capellanes de palacio."

Fernando se inclinaba bastante á adoptar las ideas de su valido, tanto mas, cuanto era menester una autoridad muy fuerte en el emperador para oprimir el partido protestante, único objeto de sus deseos. En un edicto que promulgó en 1629, mandó que los sectarios restituyesen todos los bienes eclesiásticos de que se habian apoderado desde 1555, lo que produjo grandes trastornos en la propiedad;

y concedió á los príncipes católicos licencia para arrojar de sus estados á los protestantes establecidos en ellos.

Estas determinaciones rigurosas desagradaron á todos: porque aun los católicos temian el demasiado poder que ejercia el emperador. A esto se juntaba la envidia y el aborrecimiento que inspiraba generalmente el carácter despótico y la altanería de Walstein. Los protestantes buscaron un defensor, y le hallaron en Gustavo Adolfo, rey de Suecia, príncipe de su misma religion, célebre ya por sus victorias contra dinamarqueses, moscovitas y polacos, y que estaba enojado contra el emperador, porque este príncipe habia enviado un cuerpo auxiliar de tropas á Segismundo, rey de Polonia, contra los suecos que hacian entonces la guerra en Prusia. Walstein decia á Fernando: "no temais al rey de Suecia: conservad vuestro ejército, y yo os prometo echarle de Alemania á palos»

Fernando no siguió el consejo de Walstein, que era excelente. Movido por las representaciones del elector de Baviera, enemigo del privado, redujo su ejército á la cuarta parte, y aun de ésta, envió un cuerpo considerable á Italia, para hacer efectivo el secuestro de los estados de Mántua y Monferrato, mientras se decidiese en justicia quién tenia derecho á la sucesion: porque la solicitaban el duque de Saboya y el de Nevers. Mántua, que se negó á admitir guarnicion

austriaca, fue tomada y saqueada por las tropas del emperador. A tantos yerros añadió el de quitar á Walstein el mando del ejército, y desterrarle á sus dominios de Moravia. Las sugestiones de los enemigos y enviadiosos del privado le habian hecho sospechar de su fidelidad, no desmentida hasta entonces: sospecha que produjo el efecto ordinario; y fue el de convertir al que no era mas que ambicioso, en desleal.

Gustavo desembarcó en 1630 en la isla de Rugen: se apoderó de ella, y de las de Uredom y Wollin: echó á los imperiales del Meklemburgo y penetró en Pomerania. El emperador le escribió una carta, amenazándole que enviaria contra él todas sus fuerzas, si no evacuaba á Alemania. El rey recibió con mucha cortesía la carta, y habiéndola leido, dijo al portador: «decid á vuestro amo, que no puedo responder hasta que no me haya curado del picotazo que un águila me ha dado en el brazo;» aludiendo al socorro que los imperiales dieron contra él á los polacos.

Dirigia entonces la monarquía francesa, bajo el nombre de su rey Luis XIII, el célebre cardenal de Richelieu, hombre de miras elevadas y de ruin corazon, que habia formado el proyecto de aniquilar la potencia de los grandes en Francia, y de quitar á la casa de Austria la supremacía en Europa. Mientras completaba el primer proyecto, que tenia ya muy adelantado, dió los primeros pasos

para el segundo, haciendo alianza con el rey de Suecia, y pagándole cuantiosos subsidios para hacer la guerra al emperador.

Gustavo se apoderó rápidamente de toda la costa alemana del Báltico. Las plazas de Colberg, Francfort del Oder, y Demmin se le rindieron. El comandante de esta última, llamado Savelli, se defendió tan mal, que cuando se presentó á el rey, le dijo éste: «podeis volveros á Viena: porque creo que sereis mas útil al emperador en el gabinete que en la guerra.»

Entretanto los estados protestantes reunidos en Leipzic, hicieron alianza con el rey de Suecia, alistaron tropas, juntaron ejércitos, y amenazaron al imperio una reaccion terrible: Tilly, general de las tropas imperiales, reunió su ejército con el del conde de Papenheim, que sitiaba á Magdeburgo, tomó esta plaza por asalto con pérdida de 9000 austriacos, la saquó y destruyó, y pasó á cuchillo mas de 30000 protestantes; se apoderó de Hall y de Leipzic, y ejerció grandes crueldades en todos estos puntos. Este movimiento de Tilly, originado sin duda de la imposibilidad de mantenerse en el Brandemburgo contra Gustavo, teniendo á sus espaldas el ejército de los príncipes alemanes confederados, dejó en poder del rey de Suecia toda la Alemania septentrional, y le proporcionó unirse con sus aliados.

Gustavo marchó contra Tilly, resuelto á

pelear con él, ú obligarle á evacuar la Sajonia alta. Hallóle en línea de batalla, apoyada su izquierda en la aldea de Poldewitz, la derecha en un bosque, y el centro colocado sobre una altura que estaba enmedio. Peleóse con sumo valor por entrambas partes: pero estando aun indecisa la victoria, el rey se puso al frente de su cuerpo de reserva, y atacó á los austriacos con tanta furia, que los derrotó completamente. Tilly no tenia nada que oponer á este nuevo cuerpo, porque todas sus tropas habian entrado en accion, sin dejar reserva ninguna. Habiendo recibido tres heridas, el príncipe de Lawemburg que militaba por el emperador, le libertó de caer en manos del enemigo, y le llevó á Hall.

Esta fue la memorable victoria de Leipzic, que hizo conocer en Europa los suecos, nacion casi ignorada hasta entonces. Pocas batallas han sido mas decisivas, á lo menos por el momento. El ejército vencedor se estendió por Franconia, y el Palatinado del Rin; pasó este rio, ocupó á Maguncia, Landau y Strasburgo, y se preparaba á invadir la Suevia mientras sus lugartenientes y aliados conquistaban la Boemia y la Silesia en oriente, y las plazas del Meklemburgo situadas sobre el rio Weser en el norte. Tilly, habiéndose retirado con su ejército á Wesifalia, aunque con los refuerzos que le llegaron, ascendia ya á 40000 hombres, era espectador ocioso de los estragos de Alemania, y no

creia oportuno volver á tomar la ofensiva.

Paso del Lech: batallas de Nuremberg y de Lutzen (1632). El emperador, aterrado con tantas desgracias, no halló mas recursos que volver á confiar á Walstein el mando de sus ejércitos: y el orgulloso privado puso por condicion, que no habia de depender del consejo de Viena, y que solo consultaria sus operaciones con el emperador.

Entretanto Gustavo pasó el Rin en el rigor del invierno, ocupó la Suevia, puso sitio á Ingolstadt, que defendida valientemente por los austriacos, le opuso invencible resistencia, resolvió penetrar en Baviera, y pasó el Lech en balsas, protegido por su artillería, á vista del enemigo; operacion militar no vista hasta entonces. Los imperiales decian que Gustavo era un *rey de nieve que se derretiria con los aires de primavera*. Tilly pereció al retirarse de este combate, de una bala de cañon que le partió el muslo.

Ausburgo, Landshud, Freisinga y Munic cayeron sucesivamente en poder de Gustavo. Los protestantes le incitaban á que vengase en la capital de Baviera el desastre de Magdeburgo: pero el héroe respondió: «no imitemos á los godos nuestros antepasados,» y se contentó con imponer á la ciudad una contribucion de guerra. Walstein, que habia arrojado á los enemigos de Boemia y Silesia, recibió orden del emperador de marchar al socorro de Maximiliano, duque de Baviera.

Apostóse con su ejército en Nuremberg: el rey de Suecia, deseoso de medir sus armas con un hombre de tanta reputacion, atacó sus atrincheramientos, y fue rechazado con pérdida de 5000 hombres. Despues de esta accion, que alentó mucho á los austriacos, el rey pasó á Sajonia para defender aquella provincia contra el general Pappenheim, que al frente de las tropas auxiliares del imperio la habia invadido. Walstein caminó hácia el mismo punto, para auxiliar al general austriaco: y los dos ejércitos enemigos se hallaron en presencia uno de otro en las llanuras de Lutzen: allí se dió la célebre batalla, en que Gustavo Adolfo perdió la vida haciendo un reconocimiento con solo dos edecanes, á manos de algunos coraceros imperiales que le sorprendieron: pero su caballo corriendo por medio de las tropas sin su dueño, manifestó á los suecos que habian perdido su rey. Excitados por el deseo de la venganza, hicieron prodigios de valor: ni la prudencia de Pappenheim, que pereció en la batalla, ni la intrepidez de Walstein fueron poderosas á impedirles la victoria, que quedó por ellos con gran ruina de los enemigos.

Gustavo dejó por heredera de su trono á Cristina, su hija única y en menor edad, bajo la regencia de un consejo, dirigido por su canciller Oxenstiern, el mejor estadista de su siglo: y continuaron sosteniendo el honor de las armas suecas en Alemania Banier, Horn.

Torstenson y otros ilustres generales, que habian aprendido el arte militar en la escuela de Gustavo.

Muerte de Walstein: batalla de Nordlinga (1634). Despues de la muerte de Gustavo, adquirió el emperador pruebas ciertas de la traicion de Walstein, que formado el proyecto de coronarse rey de Boemia, en nada atendia al bien del imperio, ni al cumplimiento de las órdenes de su soberano. Habiéndosele mandado penetrar en el Brandemburgo y reconquistar la Pomerania, se contentó con tomar á Francfort del Oder, y se volvió á Boemia, por no alejarse de Praga, centro de su poder. Tenia inteligencias con los protestantes para asegurar un asilo en caso de revés: el general austriaco Aldringhem, criatura y cómplice suyo, habiéndose reunido al duque de Feria, que con un ejército español penetró en Alemania en auxilio del emperador, desconcertó todas las operaciones del duque, é hizo que consumiese su ejército sin producir efecto alguno: de cuya pesadumbre murió el pundonoroso español. En la campaña de Nuremberg, Walstein, por vengarse de Maximiliano su enemigo, saqueó el alto Palatinado como pudiera hacerlo el rey de Suecia. En fin, se interceptaron cartas y se recibieron declaraciones de confidentes que no dejaron duda alguna acerca de los intentos alevosos de este general. Fernando le quitó el mando de sus ejércitos, le puso en el bando del imperio

y un coronel escocés de su guardia y otros dos oficiales austriacos de la misma graduacion le asesinaron en Egra, cuando meditaba su fuga á los paises protestantes.

Este mismo año midieron sus armas los españoles con los suecos en la célebre batalla de Nordlinga. Mandaba el ejército austriaco el archiduque Fernando, hijo mayor del emperador y rey de Ungría, ya célebre por la toma de Ratisbona que habia recobrado de los enemigos; y el infante don Fernando, hermano de Felipe IV, rey de España, tenia bajo sus órdenes un cuerpo numeroso de españoles. El general sueco Horn acometió los atrincheramientos imperiales con todas sus fuerzas: pero la infantería española, mandada por don Martin Idiaques, los rechazó constantemente. No fue mas feliz en el ataque de caballería, en que le hicieron terrible resistencia los ginetes úngaros y napolitanos. En fin los austriacos y españoles se arrojaron sobre los suecos, ya quebrantados con tantos ataques infructuosos, y los pusieron en completa derrota. Esta victoria libertó de enemigos las provincias meridionales del imperio.

En 1636 se estendió el fuego de la guerra: porque Richelieu, resuelto á tomar parte activa en las operaciones militares, coligado con los holandeses, declaró guerra á España y al emperador: pero este príncipe se halló aliviado en gran parte del peso de la guerra interior por la paz que hizo en Praga con el

duque de Sajonia, en la cual concedió algunos privilegios á los protestantes, permitiéndoles por 40 años el goce de los beneficios usurpados.

Al año siguiente falleció este monarca, que despues de haber excedido en póder á todos sus antecesores, se vió espuesto á su ruina, y dejó envuelta la patria en una guerra cruelísima, y espuesta á las invasiones de tres potencias belicosas que la hicieron teatro de sus hazañas y derrotas. De Mariana, hija de Guillermo duque de Baviera, su primera muger, tuvo á Fernando III que le sucedió, y al archiduque Leopoldo, á Mariana que casó con Maximiliano, elector de Baviera, y á Cecilia Renata, esposa de Ladislao, rey de Polonia. De su segunda muger Leonor, hija de Vicente, duque de Mántua, no tuvo sucesion. Fernando II falleció á los 59 años de edad y 18 de reinado.

Fernando III, emperador (1637). La guerra continuaba en Alemania: pero no tan ejecutiva y rápida, como bajo la direccion de Gustavo y Walstein. Banier, comandante del ejército sueco, siempre feliz contra Galas, general imperial, le arrojó de Pomerania y de la marca de Brandemburgo: mientras el duque de Weimar, con el auxilio de la Francia se apoderaba de la Alsacia. Habiendo fallecido este duque, cayeron en manos de los franceses Strasburgo y las principales ciudades de aquella provincia. Pero los austriacos

estaban victoriosos en Westfalia, donde vencieron en dos batallas campales á Cárlos Luis, hijo del elector palatino que fue causa de la guerra, é hicieron prisioneros á sus dos hermanos Ruperto y el conde de Ferentz.

El general sueco Banier, habiendo recibido nuevas tropas en Succia, penetró en Sajonia, derrotó el ejército del elector, ocupó todo el curso del Elba, hizo una invasion en Boemia y puso sitio á Praga. Acudió al socorro de esta plaza, defendida por una valiente guarnicion, el general austriaco Picolomini con ejército numeroso, aunque bisoño. Banier se retiró á Sajonia, y reunido con un cuerpo auxiliar francés, mandado por el duque de Longueville, emprendió el sitio de Wolfembutel. Pero desistió de él, por la esforzada resistencia de las tropas austriacas que la defendian, y puso todo su cuidado en obligar á Picolomini que le seguia, á una accion general. Mas no pudo conseguirlo, y la prudencia del austriaco libertó al imperio de un peligro, que era inevitable, si se perdia el ejército que él mandaba y que era ya el único recurso del Austria.

Preliminares de Amburgo (1640). Como todos estaban cansados de la guerra, mucho mas despues que no producia resultados capaces de alagar la ambicion, se reunieron en Hamburgo plenipotenciarios de las potencias beligerantes, y despues de muchas conferencias inútiles, se concluyó por la mediacion de

Dinamarca, un convenio para celebrar congreso en Westfalia donde se tratase de la paz entre el imperio, Francia y Suecia. Decidióse que los plenipotenciarios de Francia concurririan á Munster y los de Suecia á Osnabrück. El conde de Avaux, embajador de Luis XIII, y Salvio, ministro de Suecia, hicieron en nombre de sus potencias un tratado de alianza, por el cual se obligaban á no hacer la paz separadamente, y continuar la guerra de comun acuerdo, mientras durase; los suecos en Westfalia, Sajonia y Boemia, y los franceses, en las provincias cercanas al Rin.

La corte de Viena no quiso ratificar el convenio preliminar de Hamburgo: porque la muerte del general sueco Banier, que falleció en Halberstad, le daba esperanzas de recobrar la superioridad militar. Y así no empezó el congreso hasta 1643, cuando la funesta batalla de Leipzic obligó al emperador á consentir en que se negociase la paz.

Segunda batalla de Leipzic (1642). Torstenson sucedió á Banier en el mando de las tropas suecas: su primera empresa fue el sitio de Leipzic. La heróica defensa de la guarnicion, dió lugar á Picolomini y al archiduque Leopoldo, hermano del emperador, que mandaban el ejército austriaco de acudir al socorro de la plaza. Torstenson convirtió el sitio en bloqueo, y esperó al enemigo, el cual le acometio estrechándole por todas partes contra la ciudad, cuya artilleria le hizo mucho

daño. Torstenson tomó inmediatamente la resolucion atrevida de hacer que desembocase todo su ejército en la llanura de Breitenfeld por un paso estrecho, que no habian guardado los austriacos. Cuando se vió en campo abierto desplegó sus tropas en batalla. El archiduque le acometió: pero la caballería austriaca, despues de haber peleado con sumo valor, fue derrotada y se retiró á la plaza, y la infantería no pudiendo sostenerse, hizo lo mismo. La derrota de los imperiales fue completa: perdieron 46 cañones, y mas de 8200 hombres de sus mejores tropas. El ejército vencido se retiró á Boemia, donde se reforzó mientras Torstenson, despues de un largo sitio y ostinada resistencia, se apoderaba de Leipzic.

No fue tan feliz con la plaza de Fridberg en Lusacia, que fue socorrida por Picolomini. En una accion que este general tuvo con los sitiadores, les mató 2000 hombres, y los obligó á evacuar la provincia. Pero abandonó el servicio de Austria por pasar al de España, y le sucedió el general Galas en el mando del ejército imperial En el Rin alternaban los buenos y malos sucesos entre franceses y austriacos: porque Francia tenia entonces empleadas sus principales fuerzas en la guerra con España.

Retirada de Magdeburgo: invasion de los suecos en los estados hereditarios: batallas de Tabor, de Mariendal y de Nordlinga (1646). Ga-

las habiendo intentado un ataque contra las fuerzas que los suecos tenian en Silesia, y llamado hácia esta provincia el ejército de Torstenson, se dirigió á la baja Sajonia, para alejar al enemigo de los estados hereditarios. El general sueco le persiguió con tanta diligencia, que le alcanzó en Hall y le rodeó, aunque no se atrevió á acometer sus atrincheramientos. Galas salió de este peligro, destacando al coronel Donaben con 2000 infantes y 1500 caballos contra Eisleben. Torstenson, como el general austriaco habia previsto, persiguió el destacamento con la mejor parte de su caballería: y el ejército imperial, sin perder tiempo salió de su campo, y llegó á Magdeburgo, donde se halló en el mismo peligro que en Hall: porque el infatigable Torstenson le cortó los víveres y le tuvo como sitiado en esta plaza.

Parecia imposible que el ejército de Galas se escapase, y en efecto lo era, si Torstenson no hubiese dejado al general sueco Konigsmark una parte de su ejército delante de Magdeburgo, y no hubiese partido él mismo al frente de 12000 hombres para hacer una invasion en Boemia. Galas advertido del movimiento del enemigo, se abrió paso por entre las tropas de Konigsmark, muy inferiores en número, y á marchas forzadas llegó al círculo de Leitmeritz.

El objeto del general sueco era sorprender al emperador y á su hermano Leopoldo, que

se hallaban entonces en Praga: pero estos príncipes advertidos á tiempo, le tuvieron para retirarse á Viena, y reforzar con cuantas fuerzas tenian disponibles en los estados hereditarios el ejército de Galas. Este puso su cuartel general en Tabor, donde no tardaron los suecos en acometerle. La victoria quedó por Torstenson; los austriacos perdieron 26 cañones y mas de 8000 hombres entre muertos y prisioneros. Boemia, Moravia y el Austria septentrional fueron saqueadas por el vencedor, cuyas incursiones llegaron hasta las puertas de Viena. La familia imperial abandonó esta capital, y se retiró á Gratz. Ya no tenia ejércitos que oponer al enemigo: pero la fortaleza de Brunn en Marovia hizo tan heróica resistencia, que dió lugar el archiduque Leopoldo, nombrado generalísimo de las tropas austriacas, á juntar nuevas fuerzas con que defender los pasos del Danubio. Torstenson, vencedor de los imperiales, pero vencido por los dolores de la gota, hizo dimision del mando del ejército, se retiró á Suecia, cuya regencia nombró sucesor suyo al general Wrangel.

Entretanto el general austriaco Merci se llenaba de gloria en las orillas del Rin, sorprendiendo al gran Turena, general de los franceses, en Mariendal, pueblo del obispado de Spira, y consiguiendo de él la victoria, aunque no fue menos ilustre la retirada del francés, que pasó el Tauber y el Mein, pe-

leando contínuamente, y logró salvar buena parte del ejército. Reforzado por 8000 hombres, que le trajo el duque de Enghien, tan conocido despues con el nombre de gran conde, avanzó hasta el Danubio, encontró al enemigo en los campos de Nordlinga, ya ennoblecidos con la victoria del Infante cardenal contra Weimar y Horn, y se emprendió la batalla. Una columna francesa atacó una aldea, y fue rechazada con gran pérdida: pero habiendo sido muerto el valiente general Merci al principio de la accion, Turena acometió con impetuosidad la otra ala de los enemigos, y logró la victoria, aunque muy sangrienta; pues le costó cuatro mil hombres.

Sorpresa de Praga: paz de Westfalia (1648). Los suecos y franceses alteraron su plan de combate: y determinaron que una parte del ejército de Wrangel pelearía unida con las tropas de Francia en el occidente de Alemania, y la otra en las provincias hereditarias. En 1646 el general austriaco Lamboi echó á Konigsmark de Boemia, y recobró algunas de las plazas que Torstenson habia conquistado despues de la batalla de Tabor.

Wrangel, que unido entonces con los franceses ocupaba á Franconia y suevia, y amenazaba á Baviera, pasó á la baja Sajonia para alistar nuevas tropas, reforzó el ejército de Konigsmark, y le mandó volver á Boemia. Hecho esto, se reunió segunda vez con Turena, obligó á retirarse al general austriaco

Montecuculi, y suecos y franceses hicieron en Baviera una invasion que dejó asolada aquella floreciente provincia para muchos años.

Entretanto Konigsmark, obedeciendo las órdenes de Wrangel, se hizo dueño en Boemia de Talknaw, Elnbogen y otras plazas, y formó el designio de apoderarse de Praga. No teniendo tropas suficientes para una empresa de tanta consideracion, resolvió valerse del ardid. Habiendo echado voz de que su objeto era apoderarse de Pilsen, marchó hácia esta plaza, para atraer allí las fuerzas del ejército imperial. Despues envió un destacamento de 200 caballos, que ocupó á Rakonitz, é impidió que ninguna persona saliese del pueblo. Guarneció despues con tropas todos los caminos de Praga, deteniendo á cuantos iban á esta ciudad ó salian de ella: de modo que ni en la capital ni en el ejército imperial se tuvo la menor noticia de su empresa.

Hecho esto, con marchas forzadas llegó de noche cerca de la ciudad, esperó oculto con sus tropas en un bosque á que la ronda se concluyese, subió sin ser sentido á la muralla de Praga la chica, degolló el cuerpo de guardia, é introdujo en aquella parte de la plaza su infantería y caballería.

Entretanto el duque de Wurtemberg llegó, avisado por Konigsmark, con las tropas que tenia en Silesia, y se reunió con los suecos: mas no tan pronto, que no diese tiempo al conde de Bacchain, general austriaco, pa-

ra introducir en Praga vieja, cuya guarnicion era ya numerosa, un refuerzo considerable. Tres veces asaltaron los suecos la plaza, y tres veces fueron rechazados con pérdida: pero en el cuarto ataque, que fue violentísimo, pidieron capitulacion los habitantes: mas como no se les concedió sino á discrecion, continuaron defendiéndose valerosamente.

La corte de Viena, que hasta entonces se habia resistido á firmar la paz, dió orden á sus plenipotenciarios en Westfalia de concluir el tratado, por no perder una plaza como Praga, que era la llave de sus estados hereditarios. En esta paz, que fue el fundamento del derecho público en Alemania hasta los tiempos de la revolucion francesa, se vió obligada la rama austriaca de Viena á abandonar á la de España, que tuvo que sostener sola una guerra infeliz contra Francia, y á renunciar para siempre al dominio absoluto que desde Cárlos V procuraba ejercer sobre los príncipes del imperio. Termináronse para siempre las guerras civiles entre católicos y protestantes, cuyos derechos respectivos quedaron exactamente definidos, y Suecia, en premio de su cooperacion á favor del protestantismo, adquirió dominios considerables, y fue considerado su rey como uno de los príncipes del cuerpo germánico.

Las principales disposiciones de este tratado fueron las siguientes:

Francia adquirió la supremacia de los tres obispados de Metz, Toul y Verdun, de

Brissac, del Suntgaw de los landsgraviatos de la alta y baja Alsacia, y el derecho de tener guarnicion en la fortaleza de Philipsburg. Suecia, ademas de cinco millones de escudos por los gastos de la guerra, el arzobispado de Brema y de Verden secularizados, la Pomerania citerior, la isla de Rugen, y las plazas de Stettin y Wismar, todo como feudo del imperio, con tres votos en la dieta germánica. El elector de Brandemburgo, en indemnizacion de la Pomerania citerior, recibió el arzobispado de Magdeburgo, y los obispados de Halbestade, Minden y Camin secularizadose con cuatro votos en la dieta. El duque de Mecklemburgo, en indemnizacion de Wismar, obtuvo los obispados de Schwerin y Ratzeburg y las encomiendas de Mirow y Nemerow secularizadas. Los duques de Brunswik tuvieron la alternativa perpétua en el obispado de Osnabruk, de modo que á un obispo católico, elegido por el cabildo de la catedral, sucediese otro protestante, descendiente de la familia de Brunswik en cuanto al goce de las rentas. El hijo del elector palatino Federico entró en posesion del bajo Palatinado; y en general, los demas príncipes del imperio volvieron al goce de sus estados y señoríos, como los poseian antes de la guerra.

Estos artículos completaron la obra del protestantismo, dirigido siempre á despojar de sus bienes á la Iglesia en favor de los príncipes seculares. Otros artículos sirven de ga-

rantía al libre ejercicio de la confesion de Ausburgo y del calvinismo, asimilado á la secta de Lutero en cuanto á los derechos civiles y políticos. Los principales fueron los siguientes. Se confirmaron en toda su estension la transaccion de Passaw de 1552, y la paz religiosa de 1555. Todo beneficiado católico protestante perderá su beneficio si muda de religion. Todo miembro inmediato del imperio tendrá derecho de mudar la religion en sus tierras y señoríos. La autoridad del Papa y de los obispos católicos queda suspendida en Alemania con respecto á los protestantes. Si algun súbdito de un príncipe germánico muda de religion, el príncipe podrá tolerarlo, y si no quiere, deberá concederle tres años de término para que salga de sus estados. La cámara imperial se compondrá de 24 miembros protestantes y 26 católicos. El emperador recibirá seis protestantes en el consejo aúlico. En las dietas de diputacion habrá igual número de protestantes y católicos, escepto cuando se convoquen estraordinariamente para asuntos particulares; que entonces serán todos los diputados católicos ó protestantes, segun que el negocio para que se ha convocado, pertenezca á una ú otra religion. Ni en la dieta ni en ningun cuerpo ó tribunal colegiado del imperio se tendrá por decision la votadura de todos los católicos contra todos los protestantes.

En cuanto al gobierno público se estipuló

que en la próxima dieta se estableceria una capitulacion perpétua para todos los emperadores; y que todos los príncipes y estados de Alemania tendrian voto decisivo en las dietas del imperio en materia de leyes, de paz, de guerra, de contribuciones, de proscripciones, y en fin, de cuanto pertenezca al gobierno en general. El colegio de las ciudades imperiales tendrá un voto decisivo como tambien el colegio de los electores. Todos los príncipes y estados soberanos de Alemania tendrán derecho de hacer alianzas con las potencias estranjeras, escepto contra el emperador ni contra el imperio. Todos los artículos del tratado fueron puestos bajo la garantía de Francia y de Suecia. Así se completó la obra del régimen feudal; y el emperador quedó reducido á ser el gefe de una república de soberanos.

La superioridad que Francia adquirió en Alemania por este tratado era inmensa: pero la ambicion de Luis XIV, hijo y sucesor de Luis XIII, y la política hábil y moderada de la casa de Austria alteró bien pronto las relaciones políticas. Todos los príncipes protestantes del imperio y la Suecia misma, tan íntimamente unidos con la Francia en la guerra de los 30 años, se vieron poco despues seguir las banderas del Austria para defender la independencia del imperio y la de Europa contra las agresiones del monarca francés. La casa de Austria, humillada en el tratado de West-

falia, valiéndose diestramente de las circunstancias, supo no solo conservar, sino aumentar con la política el poder que ni Cárlos V ni Fernando II pudieron consolidar por la fuerza.

Celebróse una reunion de plenipotenciarios en Nuremberg para proceder á la ejecucion del tratado, que ofrecia muchas dificultades, porque los generales suecos, cuyo ejército ascendia á 60000 hombres, no querian evacuar las plazas y territorios que ocupaban hasta que se hubiesen cumplido enteramente los artículos relativos á la amnistía y á la restitucion de los territorios. La junta de Nuremberg decidió que el emperador licenciaría una parte de sus tropas: que el rey de Francia sacaría las suyas de las tierras del imperio; y para la restitucion de las plazas, se fijaron tres términos, el 10 de Mayo, el 24 de junio y el 3 de agosto: estipulándose que se pagaria á Suecia en cada una de estas épocas una parte de la suma que se le debia.

El archiduque Fernando, elegido rey de romanos (1651). El emperador, viendo tranquilo el imperio, convocó una dieta en Ratisbona para que se nombrase en ella rey de romanos á su hijo mayor el archiduque Fernando. De todos los electores solo se opuso á ello el marqués de Brandemburgo, á instigacion, segun se creyó entonces, de las cortes de Francia y Suecia. Fernando III venció esta dificultad, prometiendo al marqués, que no estaba muy

contento con el tratado de Westfalia, algunas condiciones mas ventajosas.

En este tiempo Cristina, reina de Suecia, abdicó la corona en Cárlos Gustavo, su primo, conde palatino de Dos Puentes, se retiró á Roma, abrazó la religion catolica y se dedicó al estudio de las letras y de la filosofía, en la cual habia tenido por principal maestro al célebre Descartes. La alegría del emperador por la eleccion de su hijo, duró poco: pues murió en la flor de su edad el año de 1654.

Movióse guerra cruel entre Casimiro, rey de Polonia, y Cárlos Gustavo, rey de Suecia. El primero, que creía tener mas derecho que Cárlos á la corona de Suecia, se negó á reconocerle: y Cárlos, en venganza de esta injuria, desembarcó en Prusia, penetró hasta Varsovia, se apoderó de esta capital, y obligó á Casimiro á refugiarse en Silesia, y á implorar el ausilio del emperador. Fernando III, aconsejado del embajador de España, se negó al principio á dar ausilios ostensiblemente al polaco: pero mudó de pensamiento, cuando supo que el elector de Brandemburgo se habia coligado secretamente con el rey de Suecia; y echo voz de que iba á poner á disposicion de Casimiro 50000 hombres de sus mejores tropas.

Cárlos Gustavo procuró conjurar la tempestad, enviando á decir al emperador que las armas suecas solo se movian contra Polonia, y que jamas habia tenido designio de hostilizar ninguno de los estados del imperio.

Fernando, mal satisfecho de esta respuesta, envió un cuerpo de tropas con cuyo ausilio recobró á Varsovia el rey Casimiro, y se puso en marcha contra Gustavo: pero fue vencido y perdió segunda vez su capital. Entretanto concluia Fernando III una liga ofensiva y definitiva con los ministros polacos; una de las condiciones era que Polonia preferiria siempre en la eleccion de sus reyes á los príncipes de la casa de Austria.

Este fue el último acto de soberanía que ejerció Fernando III. Falleció en Viena el 2 de abril de 1657 á los 49 años de edad y 20 de reinado. Fue casado tres veces: la primera, con Mariana, hija de Felipe III, rey de España, de la cual tuvo á Fernando Francisco, que falleció antes que su padre, elegido ya rey de romanos; á Felipe Augusto y Maximiliano Tomás, que murieron de corta edad; á Leopoldo Ignacio, que le sucedió; á Mariana, que casó con Felipe IV, rey de España, y á María, que murió niña. De su segunda muger María Leopoldina, hija de su hermano Leopoldo, tuvo á Fernando Cárlos José, que fue obispo de Pasaw. De su tercer matrimonió tuvo á Leonor María que casó en primeras nupcias con Miguel, rey de Polonia, y en segundas con Cárlos, duque de Lorena, y á Mariana Josefina, esposa de Juan Guillermo, duque de Neoburg y elector palatino.

Fernando III no estaba dotado del genio de Cárlos V y de Fernando II. Benigno, afa-

blé y amante de la paz, tuvo que sostener en defensa de su casa amenazada, guerra cruel y devastadora. Obligado á hacer una paz desventajosa, se dedicó á poner sus estados en una situacion floreciente: y así mereció y consiguió ser amado de sus vasallos.

La historia del largo periodo que acabamos de describir, tiene dos fases muy importantes; la primera, relativa al réjimen político: la segunda, al social. La casa de Austria, desde que subió al trono de Alemania, renunciando á la dominacion de Italia, dirigió todos sus esfuerzos contra el sistema feudal, que habia echado mas raices en el imperio que en otras partes, ya por el espíritu de independencia de la nacion teutónica desde los tiempos mas remotos, ya por las querellas de los emperadores de las casas de Franconia y Suevia: y sus frecuentes viajes á Italia, dieron oportunidad á los príncipes y ciudades particulares del imperio para aumentar sus preeminencias y establecer sólidamente su soberanía en los estados que les estaban sometidos.

Los príncipes austriacos, cuyo patrimonio era muy corto, no tuvieron otro medio para aumentar su poderío, que la adquisicion de nuevos dominios, ya por matrimonios, ya por proscripciones. Habiendo adquirido la provincia de Austria en la guerra contra Otocaro, rey de Boemia, pusieron en ella la silla de su imperio, que se estendió sucesivamente á Ungría, Moravia, Silesia, Boemia, y otros mu-

chos territorios en otros círculos de Alemania.

Cuando las grandes herencias de Borgoña y España entraron en la casa de Austria, se halló naturalmente establecida en ella, como hereditaria de hecho, la corona imperial. Cárlos V fue señor de Italia, y realizó la ilusion de los Enriques y Federicos. Alemania se vió sometida á la casa reinante: y algunas circunstancias favorables pudieran haber convertido el imperio germánico en una monarquía regular, semejante á las de Francia, España é Inglaterra.

Pero estas circunstancias no se presentaron: la inmensa fuerza del Austria se dividió en dos partes cuando Cárlos V abdicó sus estados: y la revolucion social, que produjo la doctrina de Lutero, dividiendo los ánimos, fue mas favorable á la continuacion del feudalismo, que á los progresos del principio monárquico. Las guerras de religion dieron por un momento la supremacía á Fernando II: pero Suecia y Francia, interesadas, la una en hacer conquistas en Alemania, la otra, en debilitar la potencia austriaca, sostuvieron los derechos de los príncipes del imperio, impusieron la ley al emperador en el tratado de Westfalia, y se reconoció legalmente este principio, que esta máxima consuetudinaria en Alemania, desde que fue habitada; á saber, que el gefe supremo ó emperador no es mas que un general, como lo fueron Arminio y Marobaduo contra los romanos: y que cada

estado ó territorio debe gobernarse por príncipes ó repúblicas particulares

Desde el tratado de Westfalia cesaron en el cuerpo germánico las disputas y guerras de religion, y no se ha visto que la casa de Austria haya renovado las pretensiones de mandar absolutamente en los demas príncipes del imperio, que tuvieron Cárlos V y Fernando II. Contenta con gobernar y aumentar sus estados hereditarios, y valiéndose siempre contra los enemigos esteriores de las fuerzas que los círculos del imperio no le negaron en ninguna ocasion importante, floreció, ausiliada de la Inglaterra y Holanda, y prevaleció contra las fuerzas de la monarquía francesa: mas nunca quiso tocar á las formas establecidas por el tratado de Westfalia; conociendo prudentemente que su moderacion con respecto á los príncipes alemanes le valdria medios y recursos con que aumentar su consideracion esterior y sus dominios hereditarios.

Este sistema de cosas duró hasta que la revolucion de Francia vino á alterar todas las relaciones políticas anteriores. Pero durante siglo y medio, el imperio germánico, aunque compuesto de partes tan heterogéneas, de intereses tan diversos, de los cuales algunos pertenecian á potencias estrangeras, y de tan varias formas de gobierno, conservó siempre su unidad. Incapaz por sí mismo de hacer conquistas, su principio antiguo de nacionalidad, representado en el emperador y en la dieta,

le ha dado fuerza para conservarse independiente. El pueblo aleman se dejó subyugar por el principio de civilizacion que le trajo Carlo magno: resistió al principio monárquico que queria imponerle Cárlos V; y arrojó lejos de sí el yugo de la fuerza, con que Napoleon le oprimió por algunos años.

TABLA CRONOLÓGICA

de la historia del imperio de Alemania desde la extincion de la casa de Suevia hasta el tratado de Westfalia.

Rodulfo I, emperador en 1273: batalla de Viena, en que venció y dió muerte á Otocaro, rey de Boemia. Establecimiento de la paz pública. Falleció en. . . . . 1291.

Adolfo de Nassau, emperador: combate de Geinheim, en que murió Adolfo á manos de Alberto de Austria en. . 1298.

Alberto I de Austria, emperador. Corona su hijo mayor Rodulfo, rey de Boemia. Es asesinado por su sobrino Juan, duque de Suevia, cuando marchaban contra los suizos, que se habian revelado en. . . . . 1308.

Enrique VII de Luxemburgo, emperador. Su hijo Juan es coronado rey de Boemia. Pasa á Italia á recibir la corona imperial en Roma. Favorece á los Visconti de Milán. Muere en Toscana en. . . . . 1314.

Luis V de Baviera, emperador. Guerra civil entre Luis y Federico de Austria. Batalla de Muldorf, en que Luis venció é hizo prisionero á su rival. Desavenencias de Luis con la santa Sede. Su espedicion á Italia. Toma de Pisa. El papa le escomulga y destituye. Luis crea un antipapa. Su vuelta á Alemania. Juan de Luxemburgo, rey de Boemia, vicario del imperio en Italia. Sus dos espediciones á esta península Batalla de Ferrara, en que fue vencido. Su hijo Cárlos es elegido rey de romanos por algunos electores. Luis de Baviera muere en. . . . . 1347.

Cárlos IV de Luxemburgo, emperador. Disputa la corona con Guntero de Schwartzburg: *bula de oro*, que fijó los derechos de los electores. Sus espediciones á Italia en favor de los sumos pontífices: Silesia y Lusacia agregadas á su reino de Boemia: Wenceslao, su hijo mayor, rey de romanos: su hijo menor Segismundo, elector de Brandemburgo. Cárlos IV muere en. . . . . . . , ... 1378.

Wenceslao, emperador: sus vicios y crueldades. Segismundo, rey de Ungría. Los austriacos, vencidos por los suizos en Sampach, hacen la primer tregua con los cantones. Roberto, con-

de palatino del Rin, elegido emperador. Wenceslao, depuesto dos veces y restituido al trono de Boemia. Roberto muere en 1410. Wenceslao, privado definitivamente de la corona imperial en. . . . . 1411.

Segismundo, emperador: termina el cisma de la Iglesia en el concilio de Constanza. Guerra de los husitas. Victorias de Juan Ziska y de Procopio Raso. Concilio de Basilea: su decreto de Union, que terminó la guerra de los husitas: Procopio Raso, vencido y muerto por los católicos. Segismundo muere en. . . . . , . . . 1438.

Alberto II de Austria, yerno de Segismundo, emperador y rey de Ungría y Boemia. Arroja de este reino á Ladislao de Polonia, que se lo disputaba. Division del imperio en círculos. Grandes cualidades de Alberto, y su temprana muerte en. . . 1439.

Federico III de Austria, emperador. Ladislao, hijo póstumo de Alberto II, rey de Ungría y Boemia. Concordato del imperio con la santa Sede. Muerte de Ladislao: Podiebrad, rey de Boemia, y Matías Corvino, rey de Ungría. Podiebrad depuesto, y nombrado en su lugar Ladislao de Polonia. Casamiento de Maximiliano, hijo de Federico, con María, hija

de Cárlos el temerario y duquesa de Borgoña. Maximiliano, elegido rey de romanos. Matías Corvino, rey de Ungría, conquista el Austria, que por su muerte es restituida á Federico III. Muerte de este emperador en . . . . 1493.

Maximiliano I, emperador. Casamiento de su hijo Felipe con Juana de Castilla. Guerra con los suizos: es vencido por ellos: establecimiento de la confederacion helvética: colígase con los reyes de Francia y España, y con el Papa contra los venecianos. No saca utilidad alguna de esta guerra. Heregía de Lutero. Muerte de Maximiliano en. 1519.

Cárlos V, rey de España, nieto de Maximiliano, emperador. Batalla de Pavía: prision de Francisco I, rey de Francia: saco de Roma por las tropas imperiales. Cárlos V domina en Italia, Paz de Cambrai con los franceses. Conquista de Tunez. Nueva guerra con Francia: espedicion desgraciada de Cárlos V á Provenza. Paz con Francia. Cárlos V en París. Desgraciada espedicion á Argél. Nueva guerra con Francia. Toma á Durén. Los españoles derrotados en Cerisola: paz de Soissons. Concilio de Trento, Guerra contra los protestantes: bata-

lla de Mulberg: Interino. Convenio de Pasaw. Sitio de Metz. Cárlos V abdica los reinos de España en su hijo Felipe, y la corona imperial en su hermano Fernando. Muere dos años despues en.......................... 1558.

Fernando I, hermano de Cárlos V, emperador. Hace treguas con los turcos: muere en .... 1564.

Maximiliano II, su hijo, emperador. Conquista de Zigeth por los turcos. Treguas con el sultan Selim II. Conjuracion de Grumbach y ruina de Gotha. Libertad de conciencia en Austria. Maximiliano muere en. . . . 1576.

Rodulfo II, hijo de Maximiliano II, emperador. El archiduque Maximiliano aspira á la corona de Polonia, y es vencido y hecho prisionero por Segismundo de Suecia, su competidor. El archiduque Matías gobernador de los Paises Bajos: abandona este puesto, Guerra contra los turcos. Batalla de Caresta. Tregua de 20 años con el sultan Amed I. El archiduque Ernesto gobernador de los Paises Bajos. El archiduque Albert casa con Isabel Clara Eugenia, y es reconocido por soberano independiente de los Paises Bajos. Rodulfo cede al archiduque Matías los reinos de Ungría y Boemia, y muere en.................. 1612

Matías, hermano de Rodulfo II emperador. Reprime á los protestantes. Principio de la guerra de los 30 años. Nombra rey de Boemia á su primo Fernando, archiduque de Stiria, y los estados de Boemia se resisten á admitirlo. Los austriacos echados de Boemia. Matías muere en. . . . . 1619.

Fernando II, emperador. Los boemios nombran rey á Federico, conde palatino del Rin. Belen Gabor, vaivoda de Transilvania conquista la Ungría. Batalla de Praga, ocupacion del palatinado por los españoles y derrota completa de los protestantes en todo el imperio. El rey de Dinamarca, gefe de la liga protestante, es vencido en Northeim por Tilly. Invasion de Gustavo Adolfo, rey de Suecia. Batalla de Leipzic, paso del Lech, batallas de Nuremberg y de Lutzen. Muerte de Gustavo Adolfo. Traicion y muerte de Walstein. Batalla de Nordlinga. Fernando II muere en. . . . . 1637.

Fernando III, su hijo, emperador. Batalla segunda de Leipzic en que Picolomini es derrotado por el general sueco Torstenson. Retirada del general austriaco Galas desde Magdeburgo á Boemia. Derrota de Galas en Tabor. Torstenson devasta los es-

ADVERTENCIA

DEL TRADUCTOR.

Cuando el conde de Segur fue arrebatado por la muerte á su patria y á la república de las letras, dejó solamente publicados los nueve tomos que ya hemos traducido de la historia de Francia, y que llegan hasta concluir el reinado de Luis XI. Ignoramos si dejó escrito mas; como tambien si piensan sus herederos en seguir publicando sus manuscritos, en caso de que hayan quedado algunos.

Pero aunque existiese una continuacion de la obra, y la intencion de publicarla, la lentitud con que esto se haria (pues en cerca de tres años no se ha dado á luz en Paris ningun tomo posterior al noveno) nos impediría aguardar á esta publicacion para cumplir nuestras obligaciones con el público.

El objeto principal de nuestra empresa ha sido formar un curso de historia universal: y este lo seguiremos continuando nosotros mismos la historia de Francia desde donde la dejó el conde de Segur; á quien solo hemos tomado por testo, porque entre las historias universales, publicadas hasta el dia, nos pareció la suya mejor ordenada y mas filosófica que las demas. Procuraremos en este nuevo trabajo de que nos encargamos, imitar su método é imparcialidad; aunque evitando las repeticiones demasiado frecuentes en lo que dejó escrito de la historia de su pais.

Fin del tomo IX de la historia de Francia; XII de la moderna y XX de la obra.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE FRANCIA.

Capitulo XXXIV.

Capitulo XXXV.

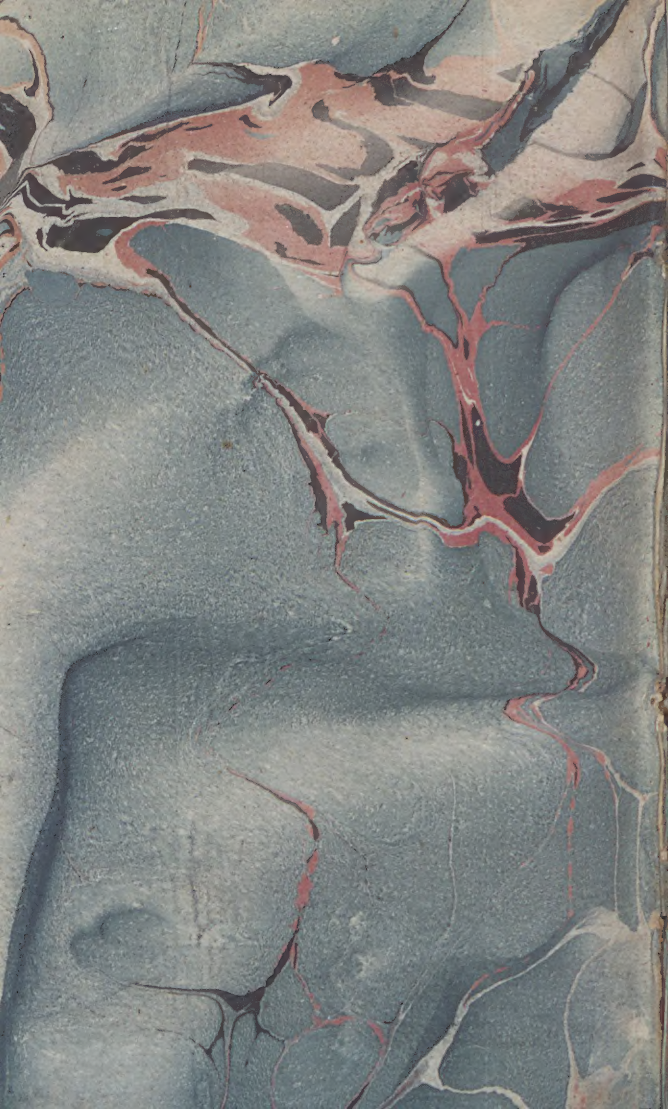
CAPITULO ADICIONAL.

SECCION PRIMERA.

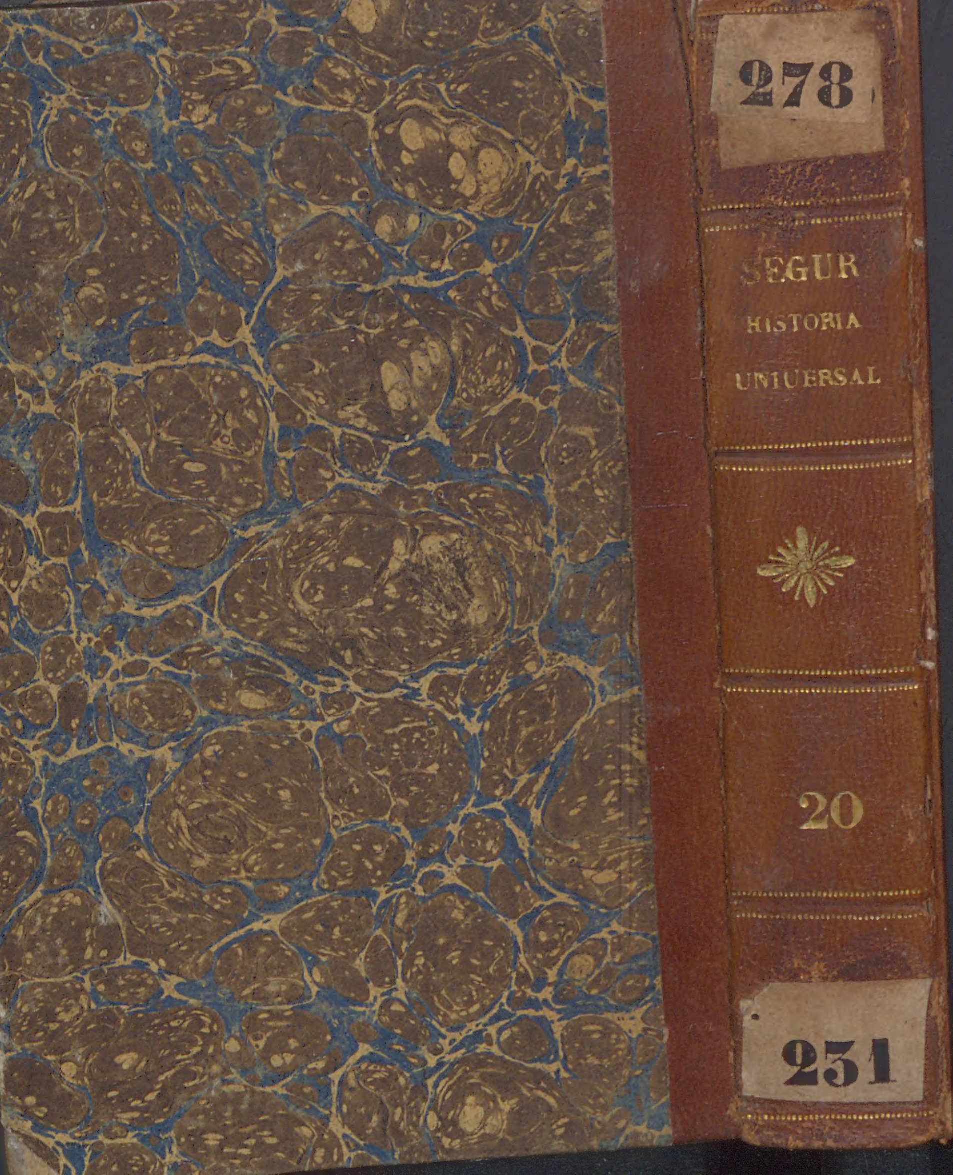
SECCION SEGUNDA.

SECCION TERCERA.








278
SEGUR
HISTORIA
UNIUERSAL
20
231


colorchecker CLASSIC
mm